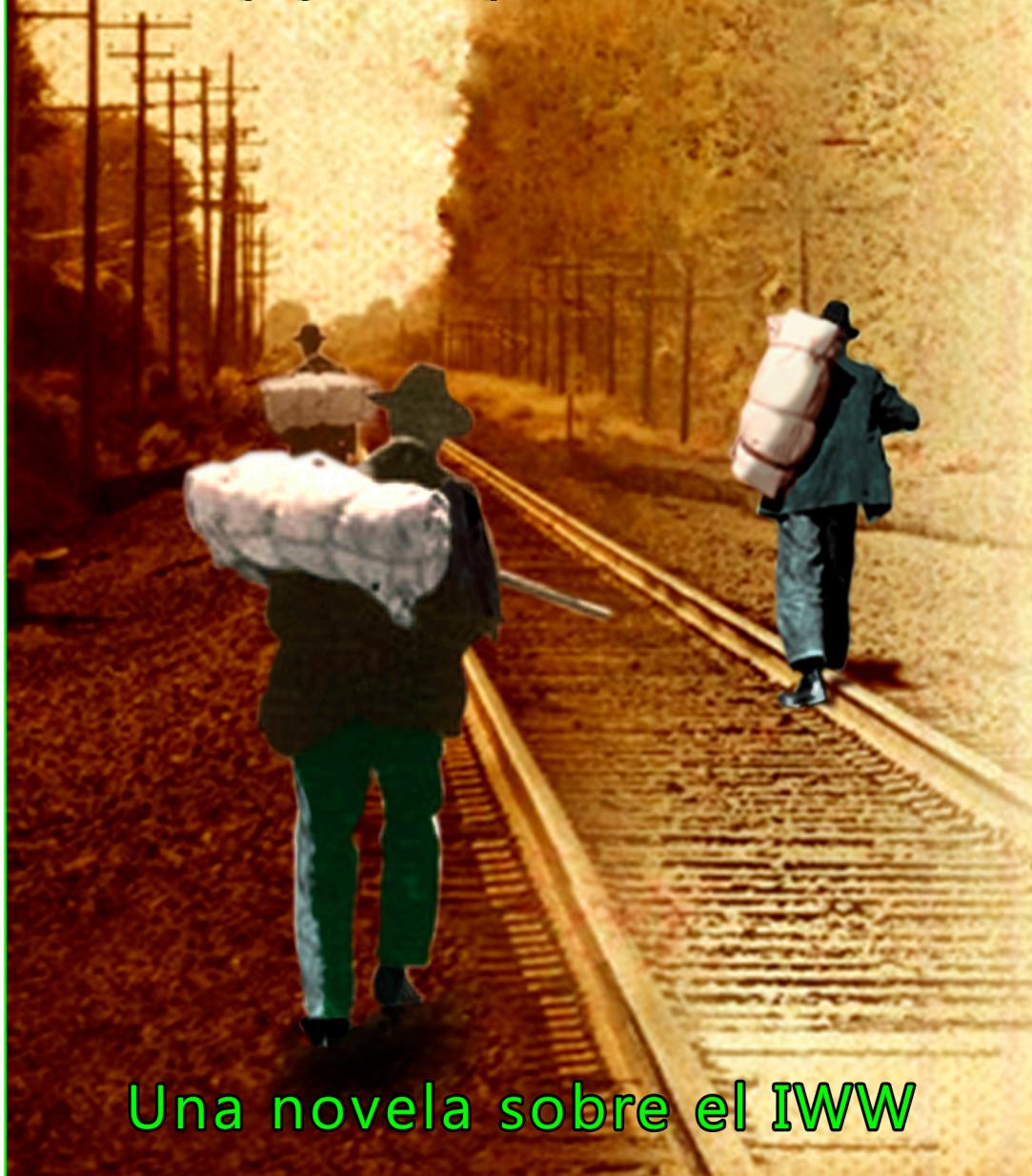


Eugene Nelson

ROMPER SU PODER ALTANERO

Joe Murphy en el apogeo de los wobblies



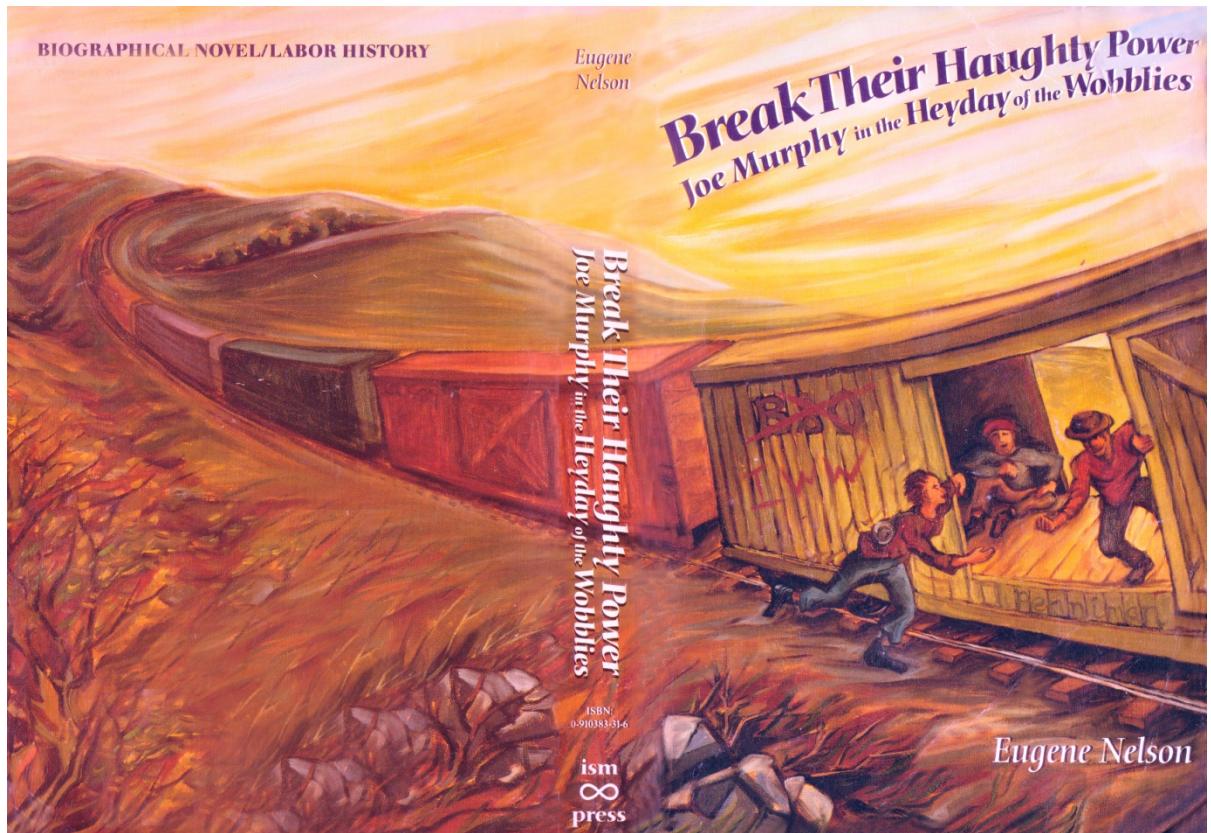
Una novela sobre el IWW

Eugene Nelson

ROMPER SU PODER ALTANERO

Joe Murphy en el apogeo de los wobblies

Una novela biográfica



Cubierta original: pintura al óleo de Liz Penniman

*Han tomado innumerables millones que nunca trabajaron para ganar,
Pero sin nuestro cerebro y músculo ni una sola rueda podrían hacer girar;
Podemos romper su poder altanero,
y obtener nuestra libertad cuando aprendamos...
Que la unión nos hace fuertes.*

Ralph Chaplin: *Solidarity Forever*

Traducción y edición digital: C. Carretero

[Se incluyen anotaciones del traductor entre paréntesis cuadrados]

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Joe Murphy en 1933 a la edad de 27 años

ÍNDICE

PREFACIO

AGRADECIMIENTOS

I. EL CHICO DE BILL HAYWOOD

II. UN WOBBLY REAL

III. PRIMER AMOR

IV. CENTRALIA

V. EL ABOGADO DE LOS CONDENADOS

VI. PLATOS EN EL TECHO

VII. 'TODOS SOMOS LÍDERES'

VIII. HAY BELLEZA EN LOS FURGONES

IX. EL ESCUADRÓN DE VUELO

X. LA ALTA SOLEDAD

XI. MISSOURI

XII. LA GRAN HUELGA DEL FERROCARRIL

XIII. UNA OBJECIÓN AL DESPOTISMO

XIV. EL ESPÍA LABORAL

XV. EN EL INFIERNO

XVI. LA REVOLUCIÓN DE PORTLAND

XVII. EL CUADRADO DE CADÁVER

XVIII. AL MAR

XIX. DE VLADIVOSTOK A SYDNEY

XX. 'MUCHOS DIABLOS'

- XXI. TODAVÍA CANTAN LOS WOBBLIES
- XXII. 'PAGA CORTA, PALA CORTA'
- XXIII. VOLANDO ALTO
- XXIV. HELEN KELLER: 'POR QUÉ ME CONVERTÍ EN IWW'
- XXV. 'EL JESÚS DE NAZARET DE LOS TRABAJADORES DE LA MADERA'
- XXVI. EL AGUJERO DE LA GLORIA
- XXVII. ERA MI CAMELOT
- XXVIII. EL REPARTO
- XXIX. SOSTENIENDO EL FUERTE
- XXX. SOSTENIENDO EL FLETE
- XXXI. CONDUCIENDO CON DEBS
- XXXII. UN ATISBO DE ESPERANZA
- XXXIII. '¡BOBBLIES REBELDES EN COLORADO! '
- XXXIV. LA CHICA DEL VESTIDO ROJO
- XXXV. UN PAR DE ZAPATILLAS PARA *EL SANTO*
- XXXVI. LA PRESA BOULDER
- XXXVII. UNA ALEGRÍA TRANQUILA
- DESPUÉS DE TODO
- GLOSARIO
- ACERCA DEL AUTOR

PREFACIO

Conocí a Joe Murphy en 1970; un compañero wobbly me lo presentó. Joe vivía en Occidental, a unas setenta millas al norte de San Francisco, con su esposa Doris. Yo vivía en Forestville, a unas doce millas de distancia. Durante los siguientes diez años lo visité una vez por semana. Me contó muchas historias de su fantástica vida viajando por todo el mundo como organizador y recaudador de fondos para la IWW, conociendo a Big Bill Haywood, Helen Keller, Vincent St. John, Upton Sinclair, Emma Goldman, Sylvia Beach, Eugene Debs y Charlie Chaplin. Participó en algunas de las huelgas más importantes en la dramática historia del IWW. Y de su carrera posterior como dirigente del Laborers Union en San Francisco y luego representante de ese sindicato en once estados del Oeste.

A mediados de la década de 1970, Joe me pidió que grabara la historia de su vida. Más tarde grabé alrededor de cuatro horas de sus memorias para los archivos de historia laboral de la Universidad de California en Berkeley. Desafortunadamente, no había podido recopilar suficiente material textual para un libro completo de no ficción cuando Joe murió a la edad de ochenta y un años el 18 de mayo de 1987 (el 59 aniversario de la muerte de Bill Haywood en Moscú).

Unos meses después de la muerte de Joe, otro amigo suyo, Henry Anderson, me pidió que colaborara en un libro semi-ficticio sobre Joe que dramatizase los acontecimientos más sobresalientes de su vida como wobbly.

Más tarde decidí escribir mi propio libro.

La gran mayoría de las escenas se basan en eventos en los que Joe participó; algunos son puramente ficticios. La memoria de Joe Murphy era mucho mejor que la de la persona promedio, pero no perfecta. Por ejemplo, no podía recordar el año exacto en que conoció a Helen Keller en Chicago, o las fechas de algunos de los eventos menos conocidos que describió. Pero he intentado hacer que estos eventos sean lo más precisos históricamente posible.

Eugene Nelson, Oakland, 21 de marzo de 1992

AGRADECIMIENTOS

Primero al fallecido Joe Murphy, que pasó cientos de horas contándome sus experiencias en el IWW. También en primer lugar estoy en deuda con Henry P. Anderson, de Oakland, California. Henry, uno de los principales promotores de la sindicalización de trabajadores agrícolas en California, me aportó material de investigación valioso para una de mis novelas anteriores, *Bracero*, y me envió a ver a Cesar Chávez, con cuya Farmworker Union trabajé unos dos años, los años más satisfactorios de mi vida. Sin Henry que me instó a escribir este libro, su colaboración en sus etapas iniciales, y la inspiración y ayuda con la investigación, el libro no se habría escrito.

A Doris Murphy, esposa y compañera de un gran hombre.

A Willa Baum, jefa de la Oficina Regional de Historia Oral de la Universidad de California en Berkeley, quien me instó a grabar las memorias de Joe Murphy.

A Judy Eda, por su excelente trabajo de corrección.

A Liz Penniman, por su interés entusiasta en el libro y su excelente pintura para su portada. A Marisha Swart, por su trabajo creativo y minucioso en el diseño de la portada.

A Herb Edwards (nacido Edvartsen) de Kvalosater, Noruega y Seattle, Washington, cuyo propio libro sobre la organización del IWW en el Noroeste, *Slowly We Learn*, me proporcionó mucha información de fondo e inspiración.

A las siguientes personas, por leer el manuscrito y/o darme valiosas sugerencias:

Mi hija, Tamar Juana Nelson, R N; Jake Kenney, Charles Pusey, Carlos Cortez, Steve Lehmann, Larry Skoog, George Underwood, Barbara Atchison y Mike Moriarty.

A Tommy Zee, por su valiosa información de antecedentes sobre la marina mercante.

Al personal de la IWW en su antigua sede de Chicago.

A Thomas Featherstone, archivista de la Biblioteca Walter P. Reuther en la Universidad Estatal de Wayne en Detroit, por su ayuda amistosa en la entrega de fotos históricas para reproducción. A Edward C. Weber, jefe de la Colección Labadie de la Biblioteca de la Universidad de la Universidad de Michigan, por proporcionar la foto de Elizabeth Gurley Flynn. A los investigadores del Bettmann Archive en Nueva York, que proporcionaron varias fotos de personajes históricos y escenarios reproducidos aquí. Gracias también al *New York Times* por el permiso para reproducir titulares y artículos de su cobertura de la huelga ferroviaria nacional de 1922; y a la University Microfilms International en Ann Arbor, Michigan, por el suministro de fotocopias de varios de esos artículos.

Y a los maravillosos bibliotecarios de las bibliotecas públicas de Springfield y Kansas City, Missouri; Pueblo, Colorado; la Universidad de California en Berkeley; la biblioteca de la Sociedad Histórica de Oregón (en Portland); el Museo del Estado de Nevada y la Sociedad Histórica (en Las Vegas); y el museo histórico en Telluride, Colorado.

I. EL CHICO DE BILL HAYWOOD

Nos quedamos bajo la desnuda bombilla en el pequeño porche trasero. Recuerdo las últimas palabras de mi madre: "Tu cabello es tan hermoso, Joe, como un pajar que se filtrara con la luz del sol".

Estaba temblando "Te quiero, mamá", le dije. "Voy a escribir, tan pronto como llegue a Harper".

"Escribe pero no pongas tu nombre en el sobre".

"No lo haré, mamá".

"Y dale mi amor a tu hermano Emmett."

"Lo haré, mamá".

Ella lloraba ahora. Los dos estábamos llorando. Le di un último abrazo y me fui a través de la oscuridad. "Sé bueno con la gente, Joe", el viento arrojó sus palabras detrás de mí.

Atravesé las sombras a través de los bajos campos ondulados, abriéndome camino entre casitas, desconfiando de despertar a los perros, tomando una ruta diferente a la habitual al oeste de la ciudad para evitar a la policía. Hacia el este, pude ver una dispersión de luces nocturnas flotando hacia el centro de Springfield como luciérnagas con insomnio. Levanté mi mochila y continué a través de la oscuridad, atravesando cada sombra repentina, sintiendo mi pulso acelerado.

Los eventos de la madrugada seguían gritando en mi mente. Había llevado la cena a mi padre a los ferrocarriles. Siempre fui cauteloso debido a las palizas que había recibido de las pandillas católicas.

Esta vez me sorprendieron, brotando en la oscuridad detrás de un cobertizo abandonado.

"¡Ahí está! ¡Vamos por el sucio Mick!"

"¡Vamos a matarle esta vez!"

"¡Vamos a cortar su pene!"

"¡Amante de los negros, Bastardo!"

Ya casi había alcanzado seis pies de altura a mis trece años, pero ellos también eran grandes. Estuvieron sobre mí antes de que pudiera girar y correr. Uno de ellos abrió la bandeja del almuerzo y estampó la cena de mi padre contra mi cara. Estaba demasiado asustado para hablar, o incluso para ver quiénes eran. Probablemente algunos de los niños del KKK que me habían estado atormentando durante años. Finalmente me solté y traté de correr por una pequeña bancada, pero la hierba húmeda estaba resbaladiza y me deslicé hacia ellos.

Comenzaron a golpearme con sus puños, en la cabeza y todo el cuerpo. Me retorcí de nuevo. Vi a uno de ellos recoger una gran roca. Estaba aterrado. No puedo recordar exactamente lo que pasó por mi mente o cómo sucedió, pero de repente mi navaja de bolsillo estaba en mi mano y su hoja se abrió.

"¡Mátale, Josh!" Escuché gritar. Y de repente uno de ellos pareció ser empujado o cayó contra mí. Le oí jadear y me di cuenta de que mi cuchillo había entrado en su estómago. Se dejó caer al suelo a mis pies como un saco de papas.

"Jesús", dijo alguien.

No esperé a ver qué podrían hacer los demás a continuación. Una fuerza ambigua pareció impulsarme a través de la oscuridad.

Estaba tan asustado que ni siquiera podía sentir mis piernas y mis pies. Parecía ser una cabeza sin cuerpo y un corazón que latía corriendo hacia las sombras.

Ahora parecía que los veía de nuevo, corriendo hacia mí desde detrás de cada arbusto o árbol en la sombra. Ahora corría con fuerza por los humeantes bosques, porque había oído el distante silbato de un tren de carga que ya estaba saliendo de los patios de Springfield, una o dos millas al este. Mi mochila se empujó contra mi espalda, y varias veces tropecé y casi caí.

Escuché ahora el rugido gradual del tren y corrí más rápido. Sabía por experiencia que incluso los trenes más largos pueden acelerar a una velocidad asombrosa. El verano anterior había montado trenes de carga con un niño vecino para trabajar en la cosecha de fresas en Arkansas. Sabía que para

cuando el tren llegara hasta mí, podría estar yendo a quince, veinte millas por hora.

Me caí una vez, me levanté y trepé por unos arbustos hasta la altura de la pista. Ahora vi el resplandor cegador de la luz del motor y volví a meterme en las sombras. Tuve suerte: la larga fila de vagones iba despacio. Esperé, sin aliento, rezando por ver un furgón vacío. Debe haber un montón de ellos dirigidos a la cosecha de granos en Kansas.

Apenas podía distinguir los nombres a los lados de los coches en la oscuridad: B & O, Great Northern, Rock Island Line. Y recordé que cuando era un niño me encantaba sentarme en las vías leyendo asombrado los diferentes nombres de los vagones del tren, entusiasmado y envidioso ante la idea de a qué parte del extenso continente iban y venían, deseando ver esos lugares lejanos.

Ahora que la luz del motor había pasado, me acerqué más a la pista, el chasquido rítmico de los coches rodantes ensordecía mis oídos. Vi lo que parecía un vagón vacío, comencé a correr y me acerqué, luego vi caras mirando hacia atrás y retrocedí. El maldito tren iba más rápido ahora. Llegó otro vacío. Corré a su lado, agarré el fondo de la puerta abierta y me elevé.

Me dejé caer sin aliento en el piso del coche lleno de paja, con la mochila suelta. Las caras me miraban en la oscuridad. "¿Tienes el carnet rojo, Pardillo?"

"¿Qué?"

¡Bump! De repente me encontré en un grupo de arbustos junto a las vías. Y ese fue el final de ese viaje. Todo sucedió tan rápido que casi no era consciente de cómo había sucedido. Era como si una poderosa ráfaga de viento me hubiera expulsado del furgón con cien manos invisibles.

Me levanté de los arbustos y observé cómo pasaba el furgón con una sensación de vacío. Luego, a unos cincuenta metros por la pista, vi que mi bolsa salía del vagón y caía rodando en un grupo de arbustos. Ahora, ¿qué clase de locos prácticamente me matarían y luego me devolverían la mochila? Me puse de pie crujientemente y me froté el trasero. Ahora, el tren que esperaba que me salvara de la cárcel era solo un recuerdo.

Entonces me llamó la atención: ¡Wobblies! Una frase volvió a mí: la línea de piquete de mil millas para mantener a los hombres no sindicalizados fuera del cinturón de la cosecha. Mi hermano mayor, Emmett, que trabajaba en la cosecha cerca de Harper, Kansas, me había enviado los periódicos del IWW de

vez en cuando, y había leído cada palabra. Deshacerse en los trenes de los trabajadores sin conciencia de clase que trabajaban por salarios más bajos era la única forma en que podían obtener algo que se acercase a un salario decente.

Pero eso era poco consuelo ahora. Me quedé mirando las largas vías que se extendían desiertas hacia el oeste. Sabía que en cualquier momento podría venir una pandilla por mí. Corré de regreso a los arbustos, sintiéndome más vacío y solo de lo que nunca me había sentido en mi vida. Luego, cuando no vi venir a nadie, me abrí paso lentamente a través de los arbustos, hasta donde estaba mi mochila. Afortunadamente no estaba dañada.

Regresé a lo más profundo del bosque y me senté jadeando, mis manos y todo mi cuerpo temblaban. Mi mente era un caos de pensamientos caóticos. Apenas sabía lo que estaba pensando. Cinco o seis patrones de pensamiento y sentimientos diferentes parecían estar superpuestos uno encima del otro en mi cerebro, moviéndose de un lado a otro y repitiéndose e interrumpiéndose mutuamente en forma de pesadilla. El más fuerte de todos parecía ser mi ferviente esperanza de que mi atacante no muriera. Superpuesto a esto estaba el rostro de mi madre como lo había visto por última vez, y luego los rostros de mi padre y mis hermanos y hermanas se deslizaban de un lado a otro en la pantalla de mi mente como si un proyectista de películas ebrio estuviera mostrando una docena de proyecciones diferentes e indiscriminadamente.

Tuve malos desalientos. Me acordé de la vergüenza para mí y mi familia. De repente, vi una imagen de mí mismo yaciendo muerto a través de las vías del tren y me sentí enfermo en el estómago y sentí la necesidad de lanzarme a través de las vías y esperar a que el próximo tren terminara mi miseria. Al mismo tiempo, empecé a sentir una emoción vacilante de libertad y aventura, la idea fugitiva de dispararme al gran mundo por primera vez por mi cuenta, de unirme a mi hermano mayor Emmett, de saber más sobre el gran y misterioso IWW.

Comenzó a hacer frío. Saqué las dos mantas de mi macuto y las envolví sobre mí. Estaba demasiado nervioso y asustado para dormir. Estaba demasiado enfermo de miedo como para querer comer los sándwiches que mi madre había puesto en mi mochila. Me senté tratando de calmarme, repitiendo una y otra vez en mi mente lo que haría si escuchara a alguien acercarse. Cada vez que escuchaba el sonido más débil de un pequeño animal saltaba, preparado para correr por el bosque. Sentí en el bolsillo de mi chaqueta el polvo de chile

picante que había traído para el caso de que me enviaran perros, y deseé haber pensado en esparcir un poco a lo largo de mi ruta más atrás. Una vez casi me quedé dormido, pero me desperté y me obligué a seguir escuchando atentamente, rezando por que pronto llegara otro tren.

Pero no llegó tren, y la noche fría pareció durar siempre. Dios, pensé, si llega el amanecer y todavía estoy aquí, me voy a quedar sin nada. Me pregunté si sería ejecutado o solo pasaría el resto de mi vida en prisión. Pero finalmente llegó el amanecer, y el sol era una gran mancha de color rojo en el este, como una gran mancha roja en un par de monos de algodón azules.

Con la creciente luz mi miedo aumentó. Guardé mis mantas en mi mochila con manos temblorosas. Luego, moviéndome un poco, me di cuenta con un sobresalto que podía ver por un pequeño hueco cercano entre los árboles donde el humo azul salía de las cabañas soñolientas. Moví mi cabeza rápidamente detrás de un arbusto y me senté mirando a través de sus hojas.

En la tenue brisa matinal, el humo se curvaba en una neblina azul de chimenea en chimenea, como si las cabañas estuvieran conectadas entre sí y las personas en las diferentes cabañas estuvieran hablando entre sí como indios con señales de humo. Como si todas las personas estuvieran conectadas en una gran familia feliz, pensé, y me pregunté por qué el mundo entero no podría ser así. Porque así era como debería ser el mundo entero, mi padre solía decir: una gran familia feliz. No más discusiones y peleas, todos trabajando por el bien común. Pero sabía que el mundo no era así, ahora lo sabía más que nunca.

El viento comenzó a elevarse y las manchas de humo se abrieron. Entonces lo volví a escuchar: el silbido lejano de un tren. Esta vez, lo sabía, tenía que hacerlo. Si no conseguía este, estaba acabado, seguro. Al no ver a nadie por el camino, comencé a acercarme con cuidado a la ciudad a través de los arbustos para asegurarme de que lo conseguiría antes de que el tren fuera demasiado rápido.

Luego se colocó a la vista, resoplando lentamente hacia mí, ganando velocidad lentamente. Con un sobresalto vi las caras del maquinista y el fogonero en la gran locomotora negra, esperando que no me vieran en los arbustos. Era otro largo, y vi pasar tres o cuatro vagones con hombres dentro, luego varios autos cerrados, y luego otro vagón abierto con hombres, y finalmente un vacío en el que no podía ver a nadie.

Salí apresuradamente de los arbustos y subí por la orilla hacia el camino de grava, esperando que ningún toro o guardafrenos estuviera mirando. Corré a lo largo del largo carro, temblando con el tintineo, agarré la puerta abierta y me aupé. Demasiado tarde, vi a varios hombres sentados en un extremo del auto. Me quedé jadeando por un momento, luego me incorporé para enfrentarlos. No se veían tan mal en la penumbra, y un hombre mayor con un mono tenía una especie de rostro amable que me recordó un poco al de mi padre.

[Toro: policía en lenguaje coloquial, madero]

El vagón se movía y se sacudía a lo largo. "¿Tienes un apodo, hijo?" preguntó el hombre mayor. "¿Tienes un mote?"

El largo tren crujío a lo largo, tomando velocidad. Por el lado de mi visión, vislumbré las últimas casas de Springfield que pasaban, cada segundo alejándose del arresto y la prisión. Y, al mismo tiempo, me di cuenta, con creciente pánico, de que cuanto más rápido iba el tren, más me arriesgaba a morir si me tiraban de nuevo. Miré con desesperación a los ojos de mi interlocutor.

"Joe", le dije. "Joe Murphy". Noté que los seis u ocho hombres con sus ropas de trabajo limpias pero desiguales tenían un pequeño fuego en la parte delantera del auto.

El hombre grande me miró, frotándose los bigotes. "Bueno, Joe, no creo que tengas un carnet rojo, el salvoconducto de trabajo para montar este elegante Pullman por la puerta lateral"

Sentí que el miedo subía dentro de mí. Una sacudida del tren me lanzó contra la pared del furgón y extendí una mano firme. "Sé de la IWW", dije rápidamente. "Planeo unirme tan pronto como gane unos cuantos dólares en la cosecha".

Otro hombre habló, un pequeño chico con una cicatriz en la frente. "Planeo unirme", imitó él. "Hemos oído ese argumento antes, Bo".

[Bo, contracción de hobo, trabajador migrante o vagabundo]

Me sentí tenso, preparado para estar mirando hacia adelante para poder correr e intentar evitar caerme si me echaban.

El hombre mayor habló de nuevo. "No queremos ser hostiles, Joe", dijo. "Pero esto es un asunto serio. Me temo que si no tienes un carnet rojo, tendremos que pedirte que lo hagas, hijo, la próxima vez que este artificio disminuya un poco".

"Mira", le supliqué. "Mi hermano es un wobbly. Mi papá, Big Bill es un wobbly", dije nombrando al wobbly más famoso de todos. "Debes saber de él. Te prometo que me uniré el mi primer día de pago".



Big Bill Haywood

Los hombres al final del auto parecían animarse. Se levantó una carcajada.

"¡Big Bill!" se rio alguien "Y yo soy un Molly Maguire. ¿Y cuál es el primer apellido de Big Bill?"

Miré a los ocho hombres a los ojos. "William Dudley Haywood", logré decir sin pestañear.

[Los Molly Maguires fueron un sindicato secreto violento del siglo XIX. Infiltrados por la Agencia de Detectives Pinkerton, sus líderes fueron denunciados por éstos y ahorcados en 1877]

Los hombres que estaban frente a mí carcajeándose en el furgón parecían atónitos. Excepto el hombre mayor, que parecía tener un destello de aprecio en sus ojos. Después de un momento, uno de los hombres dijo: "Espera un momento. El único hijo de Big Bill es una niña. Leí sobre eso en *Industrial Solidarity*".

Bajé la cabeza. "Es por eso que generalmente no lo menciono", murmuré. "Soy estrictamente ilegal. Mi padre se reunió con mi madre en Chicago justo antes de la Convención de fundación del IWW en 1905. Creo que no estuvieron juntos mucho tiempo. Papá volvió a Denver después de eso..."

"Bueno, sabe *algo* de eso, al menos", dijo uno de los hombres.

Uno de los otros se acercó a mí. "Está bien, niño", dijo. "Sí, parece que sabes mucho sobre el IWW, ¿cuál es la primera línea del *Preámbulo*?"

Algunos de los hombres se rieron. "Veamos al joven sabelotodo ahora", oí murmurar a un hombre de la parte posterior.

Miré sus sombras oscuras que bailaban en la pared del vagón por el pequeño fuego. Le di las gracias a Saint John por mi memoria casi fotográfica. Miraba a los ocho hombres constantemente.

"La clase trabajadora y la clase empleadora no tienen nada en común", comencé. Sentí una punzada de orgullo por la sorpresa en sus caras. "No puede haber paz entre estas dos clases, mientras haya hambre y deseo entre los millones de trabajadores, y los pocos que conforman la clase empleadora tengan todas las cosas buenas de la vida. La lucha debe continuar hasta que los trabajadores del mundo se organicen como clase, tomen posesión de la tierra, y los medios de producción, y acaben con el sistema del salariado..."

El tren se meció. Las fauces de mis oyentes parecían cerradas, como si estuvieran presenciando un milagro religioso menor. Las palabras que nunca antes había pronunciado en voz alta me sonaban bien, ardiendo y picando en mi lengua. Terminé con un broche de oro:

"...La misión histórica de la clase trabajadora es acabar con el capitalismo. El ejército de la producción debe organizarse, no solo para la lucha cotidiana con

los capitalistas, sino también para llevar a cabo la producción cuando el capitalismo haya sido derrocado. Al organizarnos industrialmente, estamos formando la nueva sociedad dentro del núcleo de la antigua".

Una ronda de aplausos saludó mi actuación.

"Seré condenado", dijo un hombre.

"Por Dios, tal vez el niño es el verdadero bien", dijo otro.

El hombre mayor me dio unas palmaditas en el brazo. "Bueno, no creo que seas un hijo de Bill Haywood", sonrió entre sus dientes podridos, "pero eres lo suficientemente bueno para mí, chico". Se volvió hacia los demás. "¿Qué, compañeros de trabajo, creéis que deberíamos dar al niño un descanso?" Un flujo de asentimiento vino de los demás. "Está bien, chico, puedes viajar junto con nosotros y tomar tu tarjeta roja cuando recibas tu primer día de pago. "Ponte por ahí, me llaman Mac."

"Aquí, niño, ven y toma una taza de java", dijo una voz desde la parte delantera del auto.

[Java: café de vagabundos]

Me acerqué y me senté junto al fuego que ardía en una lata grande junto a la pared delantera del vagón. Sonréí y estreché la mano de los hombres. El café llegó en una lata, pero sabía mejor que cualquier taza que haya probado nunca. Algunos de los otros también bebían, y uno de mis nuevos compañeros levantó su taza de hojalata en señal de saludo: "¡Aquí está, para poner a trabajar a los parásitos de la clase capitalista!"

"¡Escucha Escucha!" dijo un pequeño inglés de ojos entrecerrados, y todos tocamos nuestras latas y bebimos.

El tren rodó hacia el oeste. Me sentía cada vez mejor entre mis nuevos amigos, los wobblies. La pesadilla de la noche anterior comenzó a parecer algo que le había sucedido a otra persona, en otra tierra. En ese momento uno de los hombres comenzó a freír un poco de carne en una sartén grande sobre el fuego. Cuando estaba casi hecha me dio la primera pieza. "Uno para todos y todos para uno, ese es nuestro lema", dijo con una gran sonrisa

dentuda. "Tenemos que alimentarte bien, Joe. Necesitamos a un tipo grande como tú para que nos defienda de los toros".

Después de haber comido, uno de los hombres sacó un folleto rojo hecho jirones y todos empezamos a cantar. Mi hermano Emmett me había dejado una copia del *Little Red Songbook* [Pequeño libro rojo de canciones] una vez, y aprendí varias de las canciones, pero no sabía la mayoría de ellas. Uno de los hombres me entregó otra copia del libro, y pronto estaba cantando con los demás con la parte superior de mis pulmones. Cantamos "Where the Fraser River Flows" [Donde fluye el río Fraser] de Joe Hill; "Dump the Bosses Off Your Back" [Quítate a los jefes de la espalda] y "Fifty Thousand Lumberjacks" [Cincuenta mil leñadores], y terminamos con "Commonwealth of Toil" [La mancomunidad del trabajo] de Ralph Chaplin:

*...Porque tenemos un sueño brillante
de lo justo que se verá el mundo
cuando todos los hombres puedan vivir sus vidas
de manera segura y libre...*

Cuando terminamos, sentí que había pasado por una experiencia religiosa intensa y alegre y que había entrado en un nuevo y emocionante mundo donde las personas se amaban y se respetaban. Era como mi hermano Emmett había dicho: el IWW era *la cosa más grande de la Tierra*, y ser miembro era la cosa más orgullosa que una persona podía hacer.

El tren siguió volando. Salimos de las hermosas colinas de niebla azul de Missouri. Después de una o dos horas, me asomé por la puerta que sobresalía del furgón y sentí las manos invisibles del viento en mi cara. Grandes campos ondulantes de trigo se extendían por todas partes, extendiéndose en una gran alfombra dorada hacia el horizonte del Oeste.

"Usted está en Kansas ahora, compañero de trabajo", escuché decir detrás de mí al hombre mayor llamado Mac, y en las palabras "compañero de trabajo", sentí inundarme una emoción de aceptación.

¡Kansas! Y esto era solo el comienzo. Decidí que iba a ver todo el mundo, hasta el último rincón de él. Recordé mi primera regla vital que había formulado unos meses antes, mientras yacía en mi litera en Springfield: todo

es posible. Y sentí un repentino amor abrumador por la vida y el mundo y todas sus plantas y árboles y montañas y hombres y criaturas.

Después de absorber la belleza de las ondulantes olas doradas del trigo por un tiempo, volví a penetrar en el coche y me senté a escuchar a mis nuevos amigos y hermanos contar historias de sus viajes, de mujeres, de grandes huelgas y peleas de libertad de expresión, de Bill Haywood y Elizabeth Gurley Flynn, de Joe Hill, del gran organizador negro del litoral Ben Fletcher, del medio indio Frank Little que había sido linchado en Butte, Montana, y del "Santo".



Vincent St. John, *el Santo*

"¿Quién es ese 'Santo' del que todos hablan?" preguntó un nuevo recluta.

Mac se enderezó, con un destello de luz en sus ojos. "Bueno, es Vincent St. John, el más grande de todos."

"¿Alguna vez lo conociste?"

"Lo conocí, porque lo ayudé a organizar en Goldfield, Nevada en 1906 y 1907". Se detuvo, meciéndose suavemente con el movimiento del tren. "Sí, nunca ha habido nadie como *el Santo*. Bill Haywood no se queda

atrás, pero el Santo tiene esa personalidad. Sabes que está interesado en tu bienestar en el momento en que lo conoces. Primero se hizo un nombre por sí mismo como Secretario del Sindicato Minero en Telluride, Colorado".

"¿Alguna vez has estado en Telluride? Esperas que una mina de oro sea un agujero en el suelo, algo que miras hacia abajo. Nunca antes había visto una mina a cielo abierto así, como la Smuggler-Union de Telluride. Había una milla o dos de curvas que conducían directamente hacia ella desde esa hermosa y pequeña ciudad de montaña, así que parecía que toda la ladera estaba a punto de caer sobre ti, con ese gran agujero negro allá arriba en el cielo, flotando sobre ti. Había algo malo en ello, y también algo dramático y majestuoso. Te preguntabas si ese agujero conducía al cielo o al infierno.

"Bueno, un día hubo una explosión y un incendio en la mina. Después de un tiempo, todos perdieron la esperanza de rescatar a las docenas de hombres atrapados allí. Pero St. John no se rindió. Dirigió el rescate allí a través de los gases y humos, y sacó a casi todos con vida. Sufre de una dolencia bronquial desde entonces, de todo el humo que inhaló.

"Pero eso no detuvo al Santo. Se convirtió en el mejor organizador que el país haya conocido. Era absolutamente incorruptible. También era un hombre muy hábil con un arma de fuego. Participó en diez tiroteos y fue arrestado. Diez veces, pero en todos los casos fue declarado inocente".

"En los años 1906 y 1907, organizó Goldfield casi sin ayuda. Era el campamento minero más grande de la historia de occidente. Allí vivían veinte o treinta mil personas. Incluso tenían una casa de ópera. La pelea del campeonato mundial entre Gans y Battling Nelson se llevó a cabo allí en 1908. Y el Santo lo organizó todo. Fue lo más parecido a una sociedad sin clases en América. Los vendedores de periódicos, los lavaplatos y los mineros cobraban el mismo salario. Nos tratábamos con respeto, la forma en que se supone que debe ser. Y no fuimos a rogar a los amos de esclavos por mejores salarios o condiciones. El sindicato escribió en la pared de las oficinas de los propietarios cuál sería la escala salarial y esa era la ley.

"Pero supongo que éramos una gran amenaza para los hombres que quieren vivir sobre todos los demás. El héroe de San Juan Hill, Teddy Roosevelt, envió a sus asesinos a sueldo allí y ese fue el final. Y el Santo perdió su primer tiroteo allí; fue herido en una mano, y esa mano sigue paralizada hasta el día de hoy.

"Él es todo para los trabajadores, y pone a los trabajadores por encima de los políticos. Hasta 1908, la *Constitución* de la IWW pedía una lucha tanto en el

frente político como en el económico. Todos sospechábamos que Daniel DeLeon, el marxista que dirigía el Partido Socialista del Trabajo, quería tomar el IWW y embridarlo con mano de hierro. Pero St. John es un sindicalista: él cree que los trabajadores son lo suficientemente inteligentes como para dirigir la producción ellos mismos y que se lo merecen.

"Un grupo de wobblies migrantes que se llamaban a sí mismos *Brigada de los Monos de Trabajo* viajaron en varios mercancías a la Convención nacional de 1908.

Expulsaron a DeLeón y eligieron a St. John como Secretario General y tesorero. Y su mano rectora hizo de la IWW lo que fue hasta que Big Bill asumió el control en 1915. Luego el Santo se fue a organizar una mina cooperativa en Nuevo México".

Los hombres continuaron hablando de héroes "tambaleantes", pasados y presentes. Me recosté en el suelo rasposo del furgón, y lo tomé todo con entusiasmo. Pero finalmente la larga noche de insomnio me afectó y me quedé dormido.

[El término "tambaleante", o "tembloroso" que se refiere a wobbly, siempre se pondrá entre comillas]

II. UN WOBBLY REAL

Cuando desperté, el vagón traqueteante se mecía en la oscuridad. El interminable chasquido de las ruedas en las vías, el latido incesante del corazón del tren, ahora parecía un fondo continuo de mi vida, como un misterioso metrónomo interior que latía suavemente dentro de mi pecho. "¿Dónde estoy?" Me pregunté por un momento perdido y asustado.

Me incorporé, me froté los ojos y vi los cuerpos dormidos a mi lado. Con una emoción de descubrimiento, recordé: ¡Soy un wobbly! O casi uno, de todos modos. Luego escuché un contrapunto de staccato a la música de percusión del tren: Así que los wobblies roncaban igual que los hombres normales. Luego, para no despertar a los demás, me arrastré con cuidado hacia la puerta y miré hacia afuera.

Las agitadas espigas del grano brillaban suavemente a la luz de la luna, como una vasta membrana protectora plateada extendida sobre la tierra dormida. Unas pocas luces lejanas puntuaban la oscuridad, parecían increíblemente lejanas y desconectadas como si fueran barcos distantes en el océano. Y me preguntaba si las familias de las granjas estaban desayunando antes del amanecer, preparándose para salir a ordeñar las vacas o enganchar a los caballos o poner en marcha sus cosechadoras.

El tren siguió avanzando. Me acosté boca abajo con la cabeza en los brazos, mirando el vasto panorama que se extendía en la oscuridad. Qué extraña era la vida: los acontecimientos de pesadilla de la noche anterior, mis nuevos amigos wobblies, y ahora navegando en este vasto mar de trigo. Esperaba de nuevo fervientemente que mi asaltante no hubiera muerto. Cerré los ojos y luché con la concentración más intensa que pude reunir para revivir esos terribles segundos. Estaba seguro de que solo quería asustar a mis atacantes y no tenía la intención de usar el cuchillo, y que no fue un movimiento mío lo que resultó en tragedia. Pero ¿quién me creería en un tribunal de justicia? Sería la palabra de tres —o cuatro— contra uno. Sabía que cuanto más me alejase de Missouri, más seguro me sentiría, y comencé a instar al tren a que fuera más rápido.

Abrí los ojos y volví a mirar el oscuro paisaje fugaz. Por otro lado, empecé a sentir una punzada de soledad, extrañando profundamente a mis padres y mi hogar. Ya me preguntaba si alguna vez los volvería a ver. Me pregunté cómo se iba a sentir mi padre. Sabía que él quería que yo fuera aprendiz en las empresas ferroviarias en un año o dos, para ayudarme a ver las cosas y apoyarme para llevar una vida estable. Pero sabía que era demasiado inquieto para una vida tan monótona y sin incidentes y por lo que recordaba, había querido ver el gran mundo. Y de todos modos, muchos niños salían solos a los doce o trece años para abrirse camino y ayudar a aliviar la carga de sus padres. Y si pudiera encontrar a mi hermano mayor Emmett, sería casi como estar de vuelta en casa de nuevo.

Haré lo que quiero en la vida, me pregunté, sintiendo el ritmo reconfortante del tren por debajo de mí ahora en un tramo más suave de la vía, mirando en la oscuridad. De todos modos, ¿qué era la vida? ¿Qué era lo más importante en la vida? Mirar cálidamente a los ojos de tus semejantes, pensé, a la gente que amas y que te ama, como las cálidas miradas y la risa que había intercambiado con estos hombres que dormían cerca, compartiendo una alegría mutua de vivir, sintiéndonos uno con toda la Tierra, que era lo mejor que la vida tenía para ofrecer. Ansiaba más de ese tipo de compañía y alegría de vivir.

Se hizo más frío, y comencé a sentir las punzadas del hambre. Recordé los sándwiches que mi madre me había preparado, los saqué de mi mochila, me envolví con una manta y me senté contra la pared del vagón comiéndolos, lleno de gratitud por tener padres tan cariñosos. Yo compensaría la vergüenza y el dolor que les estaba causando, resolví. Los haría sentir orgullosos de mí.

El tren seguía y seguía. Comencé a preocuparme de nuevo. De repente me di cuenta de que no debería haber dado mi nombre real a mis nuevos compañeros. ¿Y si la policía ya había hecho circular mi nombre en Paterson, Nueva Jersey, en aquel junio de 1913 y una descripción mía? ¿Realmente podría confiar en todos mis nuevos amigos? Tal vez debería saltar a la oscuridad la próxima vez que el tren disminuya la velocidad y dirigirme a Harper por mi cuenta, usando un nuevo nombre. O tal vez cuando finalmente me uniera a la IWW oficialmente, podría conseguir un nombre diferente que poner en mi carnet. Emmett me había dicho que muchos wobblies utilizan diferentes nombres o apodos como Boxcar Blackie o T-Bone Slim o Side-door Shorty. Bueno, decidí que era inútil preocuparse por eso ahora.

El amanecer llegó. Largos rayos de luz salieron disparados desde la parte trasera del tren, como extraños animales que saltaran o flotaran a su lado. Una luz dorada inundó todo, haciendo centellear las espigas de trigo. Me sentí muy vivo.

Mis compañeros empezaron a agitarse. Olí el aroma del café en el aire. Las extremidades y los torsos cobraron vida a mi alrededor, y pronto sentí que estaba en medio de un jovial circo ambulante, con saludos matutinos y chistes caseros volando por todas partes.

"¿Qué tal dormiste, compañero de trabajo?" preguntó Mac. Una vez más sentí la emoción de ser abordado por ese término de compañía, que más tarde aprendí que contenía el alma del wobblyismo: ganas respeto y voz al contribuir al trabajo necesario de la sociedad.

"No estuvo tan mal", le dije. "Aunque es una especie de colchón lleno de baches".

"Joe estaba sosteniendo lo suyo", dijo otro wob con una sonrisa dentuda. "Durmió durante toda la noche". Me sentí ruborizarme.

Cruzamos y seguimos, pasando por pequeñas ciudades perdidas. De vez en cuando veía a una niña o una joven parada cerca de las vías o caminando a la temprana luz del sol y mi pulso se aceleraba. Después de la mañana, me encontré sentado junto a la puerta abierta con un hombre canoso y amistoso de unos cuarenta años que, como la mayoría de los wobblies, siempre parecía tener una media sonrisa en su rostro, como si supiera algo que la gente normal no sabía.

"¿Alguna vez has leído algo de Emma Goldman antes?" preguntó.

"¿Qué?" Dije. Entonces, incierto: "No-ooo..."

"Ed y yo tenemos algo aquí. Y un par de otros hobos. Llamamos a este vagón Emma Goldman, durante la cosecha de bayas en Michigan el año pasado. Nunca pensé que volvería a meterme en la vieja Emma. Muestra cuán pequeña es esta bola. Echa un vistazo cuando te apees, su nombre aún está allí. Rascamos nombres en muchos coches. Tom Paine, Gurley Flynn, el tren de Bertha... Espero que a Emma no le importe que lleve su nombre un vagón de B&O..."

Nos mecíamos y rugíamos a través del trigo. Después de unos minutos, Mac vino y se sentó a mi lado en la puerta abierta, con las piernas fuera. Él no dijo nada por un tiempo, y solo sentí el agradable calor del hombre mayor a mi lado. Finalmente se volvió hacia mí y dijo con una especie de guiño:

"Como hijo de Big Bill, probablemente ya sepas todo esto", comenzó. "Pero por si acaso, pensé en informarte de qué se trata nuestra propuesta, Joe". Y se puso a explicar de una manera sencilla sin pretensiones lo que la IWW buscó siempre: salarios y condiciones decentes, las industrias dirigidas democráticamente por todos los trabajadores, poner fin a la guerra, la pobreza, la prostitución y la opresión; un medio de vida digno y un hogar y una voz para todos. Le di una palmada y le dije que me sonaba bastante bien.

Alrededor de las siete de la mañana entramos en Harper. Miré a mi alrededor con ansiedad, pensando que tal vez podría ver a Emmett a lo largo de las pistas. Los wobblies decidieron saltar cerca de las afueras cuando el tren todavía estaba haciendo aproximadamente diez km/h, para el caso de que hubiera toros hostiles alrededor. Mac me recordó que corriera en la misma dirección en que iba el tren, para evitar caerme. Para mi sorpresa, uno de los wobs tomó un pequeño trozo de escoba y barrió el auto justo antes de saltar. "Creemos en dejar las cosas mejor allí donde hemos estado, no peor", explicó.

Vi hombres saltando de arriba a abajo a lo largo del tren. Debió haber sesenta o setenta que lo dejaron. Me puse el broche de forma segura y me dejé caer. Cuando llegué a la arena empecé a correr tan rápido como pude y logré evitar caer. Algunos de los hombres de los otros autos comenzaron a caminar hacia Harper, otros vinieron hacia nosotros.

Cuando todos nos habíamos congregado, debía haber unos cuarenta wobblies. Tuvimos una breve reunión y luego el grupo comenzó a caminar hacia el campo, lejos de la ciudad. "Vamos a comer primero en la jungla, el lujoso hotel IWW", me explicó Mac, "y coordinar nuestro plan de acción. Y algunos de los chicos quieren hervir: consiguieron algunos ingredientes gratis durante la noche."

[Las junglas o selvas eran campamentos de vagabundos y/o trabajadores migrantes instalados fuera de las ciudades generalmente con núcleos de ferrocarril, donde había agua. Los wobblies compartieron junglas (o selvas) con otros hobos (vagabundos) y tuvieron las suyas propias]

No quería mostrar mi ignorancia, así que no dije nada. Caminamos aproximadamente una milla y llegamos a la jungla "tambaleante" en un pequeño claro. En el camino, cuando pasamos por un par de granjas, Mac me mostró algunos ejemplos del lenguaje código hobo pintado en postes de cercas. En una puerta se cortaron cuatro líneas verticales con una cola unida, lo que indica un perro guardián. En otra, había cuatro líneas horizontales que indicaban que podrías obtener una comida si cortabas suficiente madera. Una "c" indica una ciudad barata con salarios bajos. Un par de esposas indicaban toros hostiles. Y así.

Llegamos a la jungla, ocultos de la llanura abajo en el claro. Fue un espectáculo asombroso: todo estaba muy limpio y ordenado, con rollos de cama dispuestos de manera ordenada y la ropa de los treinta o cuarenta hombres congregados allí bien arreglados en su mayor parte. Varios hombres se ocupaban de cocinar, lavar platos y otras tareas. "St. John Arms", anuncia una señal burda en el borde del enclave, y sabía que se refería a Vincent St. John, el famoso wobbly del que nos había hablado Mac el día anterior.

Mac y algunos de los otros sacaron sus carnets rojos. Varios hombres se apresuraron a saludarnos con entusiasmo. Hubo palmadas en la espalda, apretones de manos e incluso un par de besos en la mejilla de un par de tiesos que parecían franceses. Vi a un chino, dos negros, dos indios y un par de otros hombres morenos. Cuatro o cinco de nuestros saludantes me estrecharon cálidamente la mano. Era como una gran reunión familiar feliz. Pronto nos reunimos todos alrededor de la olla comunal, lamiendo los restos de un sabroso mulligan.

[Se denominaba *tiesos o rígidos* a los trabajadores migrantes que portaban su ropa de cama en el hatillo, mochila o macuto rígido que llevaban a la espalda]

[El *estofado mulligan* era un guiso propio de la jungla en la que se ponía a cocer en la olla todo aquello que cada cual pudiera aportar]

El campamento funcionaba eficientemente. Había una división sistemática del trabajo, y todos se ofrecían voluntarios para hacer algo. Algunos hombres fueron a hervir ropa para matar piojos. Otros reunieron madera. Algunos se fueron a la ciudad para tratar de obtener algo de carne del carnicero, otros a

las panaderías, otros a cubrir otras necesidades comunes. Terminé como un "buceador de perlas", ayudando a lavar las latas, ollas y sartenes en que comimos. Siempre se dejaba el campamento impecable para los próximos wobblies, según supe. A medida que avanzaban las cosas, les pregunté a todos los wobblies que pude si sabían algo sobre mi hermano Emmett, pero nadie tenía noticias de él.

Después de que habíamos ahogado el hambre, nosotros, los recién llegados no reunimos con los compañeros de trabajo que había ya allí para discutir la situación laboral y la estrategia de la organización. Aprendimos que había habido un éxito considerable en la inscripción de nuevos miembros. La táctica IWW del *ca'canny*, o trabajo lento donde los salarios o las condiciones eran deficientes, había dado buenos resultados en muchas granjas. Este retiro concienzudo de la eficiencia trajo un mejor pago y una reducción de la jornada laboral a diez horas. En algunos casos los trabajadores habían sido despedidos. Cuando fue posible, un nuevo equipo wobbly era enviado de inmediato para continuar la lucha donde el último grupo la dejó.

Nos enteramos de que un equipo wob acababa de ser despedido por una desaceleración que habían organizado en una granja hacia el norte. Después de una pequeña discusión se realizó una votación, y se decidió que viajaríamos al norte y trataríamos de ser contratados allí. Había un mercancías que se detenía en un pequeño burgo cerca de la granja.

Ahora éramos unos cincuenta. Era un grupo alegre. Entramos en Harper, cantamos canciones wobbly e intercambiamos noticias.

Estaba empezando a aprender la jerga de los trabajadores migrantes: *Bull* [toro] era policía; *'bo* era vagabundo [hobo]; *flop* era una habitación; *chuck* y *slum* eran comida; *balloon* era un rollo de cama; *el mercado de esclavos* era una agencia de empleo. Las nuevas palabras se sentían y sonaban bien en mi lengua.

A medida que nos acercábamos a la ciudad, un "shack" amistoso (guardafrenos) nos dijo que habría un remolcador lento hacia el norte en un par de horas. Sabía que esta podría ser mi última oportunidad de encontrar a Emmett. Se lo conté a Mac y él aceptó que yo fuera a la ciudad y lo intentara. Un joven wobbly llamado Gary, que tenía unos dieciséis años, decidió acompañarme.

Entramos al pueblo polvoriento. Estaba aterrorizado por la policía, pero estaba decidido a encontrar a mi hermano. Le pregunté a casi todas las

personas con las que me crucé, especialmente a aquellos que parecían granjeros, pero nadie había oído hablar de Emmett. Finalmente, desesperado, casi esperando ver un cartel de "Se busca" con mi nombre, entré en la oficina de correos. El empleado no había oido hablar de Emmett.

Luego, justo cuando nos íbamos, otro empleado dijo: "Recuerdo ese nombre. Vino aquí hace unas dos o tres semanas. Creo que dijo que se dirigía hacia el norte. Pero espere un minuto. Ahora recuerdo que estaba con un amigo de mi vecino de al lado. Probablemente sepa a dónde fue. Si va a esperar diez minutos hasta la hora del mediodía, voy a preguntar. Vivo justo ahí detrás".

"Caramba, gracias", le dije. "Realmente lo apreciaría. Esperaremos justo enfrente". Entonces, para mi sorpresa, el empleado de correos desapareció por una puerta trasera.

El pánico se disparó a través de mí. ¿Les había dicho que Emmett era mi hermano? No pude recordar. Tal vez el empleado había escuchado que la policía buscaba a un niño llamado Murphy. Estaba temblando cuando salíamos a la calle. Debatí si contarle a mi nuevo amigo Gary la historia completa.

Después de un minuto, dije: "Oh, vamos. Probablemente no podré encontrarlo. Y además, quiero quedarme con ustedes. No quiero que el tren se vaya sin nosotros".

Aunque intenté no demostrarlo, me sentí muy afectado por la decepción. ¿Cuándo volvería a ver a Emmett? Y durante todo el camino de regreso al ferrocarril, esperaba en cualquier segundo escuchar a un payaso o a un toro de la ciudad ordenándonos que nos detuviéramos.

Estaba subiendo la temperatura. El remolcador lento llegó unos minutos tarde. Alrededor de cincuenta de nosotros nos acurrucamos en algunos arbustos fuera de la ciudad, y lo abordamos justo cuando estaba aumentando la velocidad. Me estaba volviendo bastante bueno saltando a los mercancías ahora. Tan pronto como subimos a bordo comencé a sentirme mejor. Me estaba alejando más y más de la policía de Springfield, y estaba más cerca de Gary y Mac y de mis otros nuevos amigos wobbly.

Llegamos a nuestra parada sobre las dos de la tarde. Era un pequeño andén de unas tres cuadras de largo. El destino debe haber estado en connivencia con nosotros. Había un carro tirado por caballos en la polvorienta calle principal. Casi tan pronto como salimos de las vías, su dueño montó a nuestro lado. Era un tipo grande de aspecto severo con bigote, de unos cincuenta

años. Dijo que se llamaba Schneider, y recordé que ese era el nombre del granjero que acababa de despedir a toda su tripulación wobbly.

Nos paramos y nos quedamos boquiabiertos con él. Mac había sido elegido para hablar por nosotros. Todavía estaba ofreciendo lo que se había negado a nuestros compañeros de trabajo, un día de once horas a treinta centavos por hora.

"¿Ustedes no son wobblies, verdad?" Resopló el granjero.

"¿Qué es un wobbly?" Preguntó alguien.

"Bueno, voy a darles una oportunidad", dijo el *John Farmer* [el Granjero Juan]. Y nos dio instrucciones para llegar al rancho.

Lo hicimos a través del intenso calor de la tarde, pensando que si fuera medio hombre, nos habría enviado un carro, o al menos nos habría llevado a algunos de nosotros en su *surrey*.

Llegamos a la granja a las cuatro de la tarde, cansados de andar y empapados de sudor. Había una gran casa, un granero mucho más grande, un silo, una larga barraca en ruinas y algunos edificios más pequeños. Vimos la que debía ser la esposa de Schneider y un par de sus hijos en la granja. No parecía haberse trabajado en absoluto en el trigo.

Uno de los hijos de Schneider, un niño corpulento de unos dieciocho años, salió y nos mostró la barraca. Era un viejo gallinero reconvertido con un piso de tierra y dos largas filas de viejos catres de lona con mantas sucias esparcidas sobre ellas. La estancia colindante miraba al alto cielo. Desempacamos y extendimos nuestras bolsas. Algunos de los hombres se acostaron para descansar, con el rostro cubierto de sudor. Algunos otros se quedaron afuera en pequeños grupos, hablando o fumando.

Alrededor de una hora más tarde, otro de los hijos de Schneider vino y nos llevó a otro edificio largo y bajo cerca de la granja para poner los utensilios de alimentación. La esposa del granjero y una hija entraron cargando platos de pollo frito que estaba casi negro. Pero tenía hambre, así que no me importó demasiado.

Me senté junto a Gary. Al cabo de un par de bocados de pollo quemado, me tomé un trago de agua para bajar la comida. Inmediatamente la escupí en el suelo, avergonzado. "¿Qué en el...?"

El hombre al otro lado de mí se rió. "Nunca bebiste agua alcalina antes, ¿eh, Joe?", dijo. "Eso es todo lo que puede conseguirse en todo el país. Pero al menos no tendrá que preocuparse porque el pollo quemado ensucie sus cañerías, lo limpiará todo en un rato".

Estaba en lo cierto. Tenía que aprender qué era lo peor de trabajar en el cinturón del trigo: la maldita agua alcalina que te producía diarrea. Me tomó mucho tiempo acostumbrarme a ello.

Al día siguiente conocí los hechos de la vida. Nos levantábamos al amanecer. Schneider vino y nos pidió a algunos de nosotros que aprovecháramos los caballos. Como resultado tuvimos un desayuno muy apresurado.



Luego salimos a los campos. El aire era hermoso y claro, pero a las seis y media de la mañana ya se estaba calentando. Me asignaron para trabajar en lo que se llamó una carpeta. Era una larga plataforma de madera tirada por cuatro caballos. Junto a la parte delantera había una larga barra de hoz afilada que se movía hacia adelante y hacia atrás, cortando el trigo y tirándolo hacia arriba sobre una polea móvil. Otro mecanismo unía el trigo en paquetes. Mi trabajo, el de Gary y algunos de los otros era caminar junto a la carpeta, agarrar los paquetes de trigo y apilarlos. Luego vendrían carros, y los haces de trigo se cargarían y se llevarían a la trilladora cerca de la granja.

Esto no era nada parecido a la cosecha de fresas de Arkansas. El hijo del granjero que guiaba la carpeta conducía los caballos tan rápido que casi tuvimos que correr para seguirla. Antes de que pasara la primera hora estaba sudando a mares. El sol se puso más y más caliente. Así que de esto se trataba la vida, pensé, luchando por mantenerme al día. No es de extrañar que el IWW llegara a existir. Si esta era la forma en que la mayoría de las personas vivían sus vidas, entonces Dios debería haberse detenido en el gusano y la salamandra. Después de dos o tres horas mis músculos comenzaron a doler. Comencé a tener visiones borrosas de nuestro fresco porche en Springfield, de la buena cocina de mi madre. ¿Por qué me había dejado entrar en esta pesadilla? Pero no podía regresar ahora, lo sabía, a menos que supiera que la policía ya no estaba detrás de mí. Cuando la campana del almuerzo finalmente sonó, sentí que estaba a punto de colapsar. Volví tambaleándome al comedor.

La tarde fue peor. Debió haber alcanzado más de 38º C. A las tres en punto, estaba seguro de que me iba a desmayar. Para empeorar las cosas, Schneider apareció y comenzó a caminar cerca de nosotros, observándonos trabajar.

De repente se acercó a mí, gritando por encima del ruido de la máquina. "Estás hecho como un gorila", gritó en mi oído. "Si no puedes trabajar más rápido que eso, tendré que despedirte". Se marchó, burlándose.

Me sentí humillado, avergonzado, enfurecido. "¿Qué crees que soy, una mula?" Pero no lo dije, solo lo pensé, y apreté los dientes y traté de trabajar más rápido.

Uno de los wobblies me tomó del brazo. "No dejes que consiga cabrearte, chico Joe" dijo. "Le bajaremos los humos antes de que termine esta operación".

Esa noche, después de la cena, ni siquiera tuve la energía para decir algunas palabras a Gary. Me puse boca abajo en mi cama y me quedé dormido.

El trabajo continuó. Al día siguiente, todos los músculos de mi cuerpo estaban doloridos, pero estaba mejorando en el trabajo. El tercer día estaba un poco más fresco y las cosas mejoraron. Pero aún así era un duro trabajo agotador, once horas al día bajo el calor del sol. Y por la noche, acostado en mi litera, empecé a sentir cada vez más nostalgia, a tener un deseo intenso de ver a mi papá, a mi mamá, a mis hermanos, a mis hermanas y amigos.

Pero en otra parte de mi mente disfruté de esta nueva independencia, la sensación de que era un hombre autosuficiente. Ahora que había tenido el gusto de la libertad, tuve un deseo irresistible de ver más del gran mundo. Y especialmente de disfrutar más de la camaradería de los wobblies y ayudarlos en su lucha por un mundo mejor.

Nuestro primer día de pago llegó. Schneider actuó como si estuvieran sacándole los dientes cuando pagó nuestros salarios. No era tanto por el dinero, sino por otra razón por la que había mordido el bocado ese día. Después de que nos pagaron, acorralé a Mac cerca de la barraca. "Bueno, ¿puedo unirme?" Pregunté.

"Sería mejor, si entiendes que es bueno para ti", sonrió. "Pero no tengas tanta prisa, Haywood", me guiñó un ojo. "Los muchachos tienen una pequeña fiesta de iniciación preparada para ti".

Un poco más tarde, cuando comenzó a oscurecer, Mac me pidió que entrara en la barraca. Estaban todos allí, los cuarenta o cincuenta wobblies, esperando para darme la bienvenida al IWW. Fuera de las puertas, se colocaron centinelas. Pagué con orgullo mi dinero ganado con tanto esfuerzo, y me incliné con un sentimiento de profunda solemnidad para firmar el compromiso de ser fiel a los principios de la IWW. Luego Mac me dio mi carnet rojo, y me sentí como si fuera un miembro de la corte del rey Arturo siendo nombrado caballero. Tuve que ahogar una lágrima.

Cuando tomé el pequeño libro de cuotas en mi mano, hice una promesa interna de que sería un wobbly para siempre y nunca dejaría de luchar por la libertad y la justicia. Con cuidado, guardé el libro en mi bolsillo y lo abotoné, sintiendo que por fin era uno de los miembros más selectos de la organización más importante de la historia.

Todos aplaudieron, luego comenzaron a pisar fuerte y gritar. "¡Que hable, que hable!" Alguien lloró.

No estaba seguro de si era en serio. Pero antes de que tuviera la oportunidad de ponerme nervioso, sentí algo suave y helado sobre mi cabeza. Era un cubo de helado. Lo cogí de mi cabeza, lamiendo aquella cosa fría de sabor dulce en mi boca. "Gracias, compañeros de trabajo", fue todo lo que pude decir. Luego se sirvió más helado de otros recipientes para todos. Fue mi día más feliz desde que me fui de casa. Aquella noche dormí sonriendo.

III. PRIMER AMOR

El granjero Schneider había ignorado todas nuestras solicitudes de mejores salarios y condiciones. La noche siguiente, después del trabajo, tuvimos una reunión en la barraca. Era mi primera reunión oficial de IWW. Lo primero que había que hacer era elegir un presidente. Para mi sorpresa y alarma, alguien me sugirió. Esto estaba llevando la democracia demasiado lejos. Pero antes de que pudiera retirarme, alguien más lo había secundado, y fui elegido por aclamación.

"Pero no sé nada de ninguna clase de reunión", protesté.

"No hay nada de eso, Joe", dijo uno de los tiesos de la cosecha. "Simplemente haz lo que dice en este libro aquí". Me entregó una *Constitución* de la IWW con la forma de desarrollar las reuniones.

Yo estaba estupefacto. Tartamudeando y balbuceando, leí la lista de procedimientos y puse en marcha la asamblea. Bajo "asuntos nuevos", Mac fue el primero en hablar.

"Bueno, muchachos, le hemos enseñado a este conductor de esclavos que sabemos cómo trabajar", dijo. "Ahora veamos si sabe apreciarlo". Se levantó un rugido de aprobación.

Luego, todos votamos y aprobamos una lista de demandas: un día de diez horas, cuarenta centavos por hora y una comida menos grasienta. Se seleccionó un comité para presentar nuestras demandas a Schneider al día siguiente, justo cuando el trabajo estaba por comenzar. Estábamos bastante seguros de que podía pagar más, porque uno de los chicos lo había escuchado hablar con su esposa sobre la compra de una nueva cosechadora pronto.

A la mañana siguiente nos sentamos todos tensos durante el desayuno. Cuando llegó el momento de salir a los campos, nuestro comité se acercó a la granja. Tres minutos más tarde, nos enteramos de la serie de maldiciones más largas y ruidosas a las que mis oídos se habían sometido.

Nuestro comité vino caminando hacia atrás. "Dice que podemos trabajar al mismo ritmo y horas o salir a la carretera", dijo uno de los miembros.

Esperaba que una manta de tristeza se asentara sobre el grupo. Pero algunos de los miembros parecían tener destellos de maldad y alegría en sus ojos. "De acuerdo, muchachos, ustedes saben qué hacer", dijo Mac.

Comenzamos nuestro trabajo. Pero casi de inmediato, el hombre que estaba a mi lado me dijo: "Estás trabajando demasiado duro, Joe. Disminuye la velocidad y observa cómo aumenta tu sueldo. *Ca'canny*, lo llamamos. Una buena palabra escocesa. Casi tan buena como el whisky escocés. Los miembros de la gran Federación Americana del Trabajo pierden su salario y pierden su tiempo haciendo piquetes. Esto tiene mucho más sentido".

Así que trabajamos a tientas y caminamos, yendo aproximadamente a la mitad de nuestro ritmo normal. Después de un tiempo, vi a uno de los hijos de Schneider regresar a la casa de campo. No vimos a ninguno de ellos durante dos o tres horas, así que sabíamos que debían estar teniendo una discusión del infierno.

Hicimos casi la mitad del trabajo normal ese día. No vimos a Schneider hasta que irrumpió en el comedor en medio de nuestra cena. Dejó un gran plato de pollo de la mesa y se levantó en un banco.

"Creéis que sois inteligentes, ¿verdad?", gritó. "Bueno, no lo sois... sois unos tontos. Sois un grupo de malditos wobblies, eso es lo que sois".

"¿Qué es un Wobbly?", chilló alguien.

"Y si no os decidís a hacer un buen día de trabajo mañana", continuó Schneider, "os voy a perjudicar. Tengo algunos parientes aquí que saben cómo trabajar. Cómo los hombres pueden ayudarme cosechar el trigo". Se burló de nosotros y se marchó.

Después de la cena, convocamos una reunión de emergencia en la barraca. Parecía que Schneider era un rematado obstinado, y estaba claro que nuestra táctica de trabajo lento no iba a funcionar.

"Entonces, ¿qué hacemos, chicos?", preguntó Mac". ¿Abandonar? ¿Piquetes? ¿Tratar de llamar a otro equipo de wobs?"

Nadie tuvo una respuesta inmediata. Para mi sorpresa, Mac se volvió hacia mí. "¿Joe?"

Me sentí nervioso con todo el mundo mirándome. Sentí que tenía que decir algo, cualquier cosa.

"Bueno... Tal vez podríamos perjudicar parte de su equipo agrícola", ofrecí dócilmente.

"¿Perjudicarlo?"

"O esconderlo", dije.

"Esconderlo" resopló alguien. "Mira a tu alrededor, chico Joe, no hay un árbol, un arbusto o una zanja, ni siquiera un agujero de oruga que el ojo pueda ver".

Sentí que mi cara se ponía roja. Miré hacia el gran corral desesperadamente. Apunté mi pulgar hacia el gran pajar a veinte o treinta metros de distancia. Los hombres miraron fijamente.

Un brillo de deleite entró en los ojos de Mac. "Joe, eres un genio", dijo. Algunos de los otros hombres se echaron a reír y gritaron su aprobación. Un par de ellos se acercaron y me dieron una palmada en la espalda. Sentí un arrebato de exultación.

Afortunadamente, nuestra barraca y el granero estaban entre el pajar y la granja. Sobre la medianoche comenzamos a enterrar las dos carpetas en el heno. Fue un trabajo duro, pero todos estábamos riéndonos y bromeando en voz baja que era lo más divertido. Hicimos el trabajo alrededor de las cuatro. Para el observador casual, el pajar parecía el mismo de siempre.

A la mañana siguiente, cuando estábamos terminando el desayuno, Schneider entró en el comedor con sus dos hijos y otros cuatro o cinco hombres. Algunos de ellos parecían avergonzados.

"Bueno chicos", dijo. "Ustedes deciden, Maestros Artesanos de Alto Nivel"

Mac le habló y dijo que nuestras demandas eran las mismas que siempre.

Schneider se volvió hacia sus parientes. "Está bien, muchachos", dijo. "Mostradles lo que pueden hacer los hombres temerosos de Dios que realizan un trabajo honesto". Se volvió hacia nosotros. "Os espero I Won't Works [No Quiero Trabajar] de aquí a dentro de una hora." Se dio la vuelta y se marchó.

A los cinco minutos estaba de vuelta, con la cara roja de rabia. "Está bien", gritó. "¿Qué hicisteis con ellas? ¡Los meteré a todos en la cárcel por robo!"

Mac habló con calma. "No hemos robado nada, señor Schneider. Puedo jurar en una pila de biblias de Gutenberg que no hemos... Pero si falta algo, tal vez podamos ayudarlo a recuperarlo..."

Schneider se marchó de nuevo. Diez o quince minutos más tarde volvió, un poco más tranquilo ahora. Se sentó en una de las mesas del comedor, con la apariencia de un hombre golpeado. Cuando volvió a hablar, fue casi con un gemido. Parecía estar hablando a la mesa. "El informe meteorológico dice que podría llover", murmuró. "Tengo que conseguir el trigo. ¿Qué deseáis, de todos modos?"

"Nuestras peticiones son las mismas, señor Schneider", dijo Mac.

Schneider levantó las manos. "De acuerdo, muchachos, me han engañado. Diez horas y cuarenta centavos por hora".

"Y la comida menos grasa", dijo una voz.

"Y la comida menos grasa".

Trabajamos allí aproximadamente una semana más o menos hasta que el grano estuvo listo, luego fuimos a trabajar para otro agricultor en el próximo condado al norte. Tal vez porque había oído hablar de algunas de nuestras tácticas novedosas y raras, era más razonable. Nos contrató a cuarenta centavos y diez horas al día desde el principio, y la comida y el alojamiento fueron mejores.

Mejor aún, el granjero tenía una esposa alta, esbelta y amigable, de unos veintidós años, con un largo cabello castaño. Tal vez porque su marido mucho mayor la trataba como a una esclava, como tantos agricultores a sus esposas, ella parecía simpatizar con los trabajadores. Un par de veces sentí que su cabello me rozaba mientras se inclinaba para servir nuestra comida, y no pude evitar preguntarme si era un accidente. Su nombre era Sarah.

El primer domingo en la nueva granja me quedé en la barraca escribiendo una carta a casa, mientras que todos los demás wobs fueron a la ciudad cercana. Cerca del mediodía noté que el cochecito del granjero también faltaba. Con la esperanza de obtener un sello, me dirigí a la granja y llamé a la puerta trasera.

"Oh, Joe". Sarah se acercó a la puerta, pareciendo un poco sin aliento. A diferencia de su marido, ella había aprendido los nombres de todos los trabajadores.

Le conté mi misión. Parecía un poco nerviosa, y me invitó a entrar y me encontró un sello. Entonces ella me ofreció un poco de café y pastel. Tal cosa parecía demasiado buena para creer, y lo acepté con entusiasmo. Pronto me estaba metiendo enormes bocadillos de pastel en la boca, mientras ella se sentaba mirándome con lo que parecía una mirada de asombro.

"La vida es muy solitaria aquí", dijo de repente, y pensé que iba a estallar en lágrimas.

"Sí, creo que sí", le dije, sorprendido por su arrebato.

"Si solo fuera un hombre" dijo ella. "Me iría con ustedes, a ver el mundo".

Cepillé una migaja de mi labio. "Sí, pero es un trabajo muy duro, dije".

"Sí, pero haría cualquier cosa para salir de aquí".

No sabía qué decir. Parecía inquieta y nerviosa, y en ese momento fue a hacer algo en la despensa cercana. Observé sus hermosos tobillos blancos debajo de su falda.

Terminé mi pastel y café. Luego dijo desde la despensa: "Joseph, hay algo a lo que no puedo llegar aquí: ¿podrías venir y ayudarme un momento?" Su voz parecía tener algo salvaje y quejumbroso.

Fui y me paré en la puerta de la despensa. Me llegaban olores dulces y picantes. Señaló algo en el estante superior. "Esa jarra de mermelada, ¿podrías bajarla?"

Estaba alta, pero me parecía que podría alcanzarla si lo intentaba. Fui, me paré junto a ella y alcancé el frasco y se lo tendí. Pero en lugar de tomarlo, todo su cuerpo pareció caer repentinamente contra el mío. La jarra cayó al suelo y se rompió. Sentí su suave cabello contra mi cara y de repente estábamos uno en los brazos del otro. Nunca había conocido nada igual. Parecía estar devorándome y me pregunté por qué su boca contra la mía estaba tan mojada. Ella hacía pequeños gemidos mientras me besaba. Nos estábamos agarrando por todos lados, agarrando, besando y gimiendo. Sentí algo extraño en mi parte inferior del cuerpo presionando contra ella. Sentí que todo mi cuerpo estaba quemando. Entonces sentí sus largas y delgadas manos deslizándose y quitándome los pantalones.

"Yo nunca..."

"Te lo mostraré", susurró ella contra mi mejilla.

Luego se levantó la falda, de puntillas. Me pareció instintivamente saber que tenía que agacharme un poco, y luego me guió hacia ella. Sentí que todo iba a explotar, como que la Tierra iba a terminar. ¿Por qué todas las historias de la infancia se burlaban de esto, cuando era mil veces más grande que cualquier otra cosa en la vida? "Te amo, te amo", la oí gemir una y otra vez, y le susurre las mismas palabras. Pareció durar para siempre y, sin embargo, demasiado poco tiempo. Y luego sentí la extraña explosión y sentí que me estaba perdiendo todo en ella. Ella gritó dos o tres veces y luego se aferró a mí, gimiendo suavemente.

Estaba demasiado emocionada para hablar. Todo lo que pude hacer fue aferrarme a ella. Nos quedamos pegados el uno al otro por lo que debieron haber sido ocho o diez minutos. Entonces me di cuenta de que ella estaba llorando. Saqué mi pañuelo y le sequé las lágrimas.

Finalmente conseguí el coraje para hablar. "Nunca he hecho algo como esto antes", le dije. 'Es lo más maravilloso que me ha pasado.' Y, vacilante: '¿Podemos hacerlo de nuevo?'

Sarah pasó su mano delgada por mi mejilla. "Yo quiero, José, oh, quiero", dijo. "Pero quizás sea mejor que te vayas ahora, no sé cuándo volverá".

Dejarla parecía lo más difícil que había hecho nunca. Tomé su mano y la besé, y luego me levanté y salí a través de la cocina.

Fui y me acosté en mi litera. Sentí que me estaba quemando. Así que este fue el trabajo arduo e inagotable para estos pocos momentos del paraíso. Nunca había soñado que el acto de hacer el amor pudiera ser una medicina tan fuerte. En realidad, tenía parte de mi cuerpo en el cuerpo de otra persona. Parecía glorioso, irreal, sagrado, mágico. Sentí como si siempre fuera parte de Sarah ahora, como si fuera una hermana o una madre o una hija, incluso algo más cercano, como si fuera parte de mi propio cuerpo y el de ella y que nada podría destruir el vínculo entre nosotros. Me sentí más maravilloso y poderoso de lo que nunca me había sentido en mi vida, pero al mismo tiempo, más desesperadamente dependiente de lo que nunca había sido de otra persona para mi felicidad. Yo sabía que estaba enamorado de ella, y me obligué a creer que ella también debía estar enamorada de mí.

Los próximos días no estuve en este mundo. Sarah fue lo único en lo que pude pensar durante todo el día en los campos. Durante las largas y duras horas bajo el ardiente sol, me moví como un robot, un hombre en un sueño. Parte del tiempo me sentí como si estuviera en llamas, y parte del

tiempo parecía estar flotando entre las nubes, acompañado por las voces de los ángeles. Y luego, durante un tiempo, me obligaba a concentrarme en mi trabajo. Gary y los demás me miraban de forma extraña. Cada vez que la veía durante las comidas me sentía muy mal del estómago. Y sentí un bloqueo en el pecho, y pensé que mi corazón estaba a punto de detenerse.

Una vez, cuando nadie estaba mirando, me lanzó un beso, y una vez me saludó mientras nos dirigíamos al campo. La primera noche después de nuestro encuentro amoroso no pude dormir en absoluto, y mis períodos de sueño y de vigilia comenzaron un nuevo ciclo: una noche despierto toda la noche pensando en ella, y al día siguiente quedándome dormido inmediatamente después de la cena y durmiendo doce horas seguidas. Luego se repetía el ciclo.

Una y otra vez en mi mente, reviviría los momentos de felicidad que habíamos tenido juntos. Y una vez, sintiéndome menos emocional, comencé a preguntarme por qué las personas hacían el amor de pie. Siempre había asumido, por alguna razón, que lo hacían tumbados. ¿Acaso era esa la única forma en que se abriría el agujero de la mujer? ¿O fue que nunca se le había ocurrido a nadie hacerlo acostado, lo que me parecía más natural y cómodo? Entonces mi imaginación se volvió loca, y se me ocurrió la idea de que podría llegar a ser famoso y aclamado en todo el mundo al ser la primera persona en la historia en tener la idea muy superior de hacerlo acostado. Sería un héroe, sería una innovación mayor que la luz eléctrica. Pero luego, cuando estos pensamientos salieron de mi mente, quedé con mi soledad y frustración y miserias de nuevo.

Me pregunté cuánto tiempo podría seguir así. El domingo siguiente todos los chicos volvieron a la ciudad y me quedé atrás. Pero la calesa estuvo cerca del establo durante todo el agonizante día. Sudé y me rasgué el cabello, y sentí que iba a morir.

Al día siguiente, en la mesa del desayuno, Sarah me guardó una nota en el bolsillo de la camisa. Sentí como si la mano de un ángel me hubiera tocado. Cuando nadie estaba mirando, lo saqué con entusiasmo, con amor, y le eché un vistazo. "Te amo", decía.

Pasaron cuatro días más. No podía comer, estaba perdiendo peso. Sabía que no podía pasar mucho tiempo antes de que me despidieran. Y quizás incluso mis compañeros wobblies no pudieran, con buena conciencia, defenderme, porque los wobblies se enorgullecían de hacer un buen trabajo por un buen salario.

Me levanté antes del amanecer del día siguiente y esperé a que saliera para establecer los lugares en el comedor, demasiado desesperado y despreocupado como para temer de que su marido nos atrapara.

"¡José!" dijo ella, sorprendida, cuando aparecí detrás de un pequeño cobertizo. Entonces ella vino y se arrojó a mis brazos. Nos cubrimos el uno al otro con besos. Los dos estábamos llorando.

"No sé si puedo soportarlo por más tiempo", dije.

"Ni yo", dijo ella. "Ni yo"

"Te amo", le dije. "Si tengo que irme, esa será la razón".

"Lo sé, José, lo sé". Entonces oímos un ruido y me agaché detrás del cobertizo.

Los siguientes días, observarla furtivamente mientras servía la comida, era un verdadero infierno. Y el tercer domingo tampoco tuvo remedio.

Esa noche le dije a Gary que estaba pensando en salir a la carretera, que estaba ansioso por salir y ver las grandes ciudades del oeste. Le pregunté si le gustaría acompañarme y él estuvo de acuerdo.

A la mañana siguiente, antes de que se despertara, esperé de nuevo detrás del cobertizo. Finalmente salió Sarah con un cubo de leche. Estaba todo desgarrado por dentro. Me tomó de la mano. "Creo que será mejor que me marche", dije, apenas capaz de pronunciar las pocas palabras.

Ella pareció jadear un poco. "Sí, Joseph, tal vez sea la única manera..."

Mi voz era ronca. "Si alguna vez vuelvo, y usted no está casada, tal vez podría..." Las palabras me abandonaron.

"Claro", dijo ella. Ella sonrió con una sonrisa divertida y puso su mano sobre la mía. "Cualquier cosa es posible", dijo en voz baja.

¡Mi primera regla de vida, y ella me la estaba devolviendo!

"Adiós, Joe", dijo ella. "Siempre te recordaré." Y se lanzó al comedor vacío.

Me fui a mi litera y lloré durante media hora.

Después del desayuno, antes de que los hombres salieran al campo, Gary y yo dimos la vuelta y les estrechamos las manos. Les dijimos que íbamos a golpear al alto solitario.

"Cada vez que veo un pajar, pienso en ti, niño", dijo uno.

"Y yo también, cada vez que escucho el nombre de Bill Haywood", dijo otro.

Todos nos golpearon a Gary ya mí en la espalda. Alguien metió la última copia de un periódico wobbly en mi paquete.

Cuando recogimos nuestros hatillos para irnos, Mac se me acercó y buscó en su bolsillo. "Quiero que tengas esto, Joe", dijo. "Tengo la sensación de que vas a hacer grandes cosas por el *Único Gran Sindicato* algún día." Extendió un pequeño botón de solapa negra, roja y dorada del IWW. "El Santo me dio esto", dijo. "En Goldfield".

Me sentí profundamente conmovido. El hermoso y reluciente alfiler me pareció un talismán mágico. ¡Y había pertenecido a Vincent St. John! "Lo atesoraré por siempre, Mac", dije. "Y siempre recordaré que fuiste tú quien primero me alineó... compañero de trabajo".

Gary y yo nos giramos y nos dirigimos a la ciudad y al ferrocarril. Quería alejarme rápido, antes de ceder a las ganas de mirar hacia atrás.

Al mediodía estábamos en las entrañas de un traqueteante. No me importaba a dónde iba, solo quería borrar a Sarah de mi mente. Trabajamos todo a lo largo del cinturón de trigo, en Nebraska, las Dakotas y en todo Canadá, hasta el Palouse en el este de Washington. A veces trabajábamos con otros wobblies y otras trabajábamos solos. Y a veces tomamos parte en huelgas o trabajo a ritmo lento que tuvieron éxito, y otras veces perdimos. Pero poco a poco fuimos mejorando el salario y las condiciones, construyendo el IWW y difundiendo el sueño de la Comunidad Cooperativa.

Un par de días después de que hubiéramos salido al camino, y el peligro de cualquier chisme hubiera pasado, finalmente le conté a Gary mi amor por Sarah. Y le conté mi idea de introducir el amor horizontal en el mundo.

"Oh, Joe", dijo. "Oh, Joe..." Entonces pensé que nunca iba a dejar de reír. "Las esposas de los granjeros lo hacen de esa manera porque así son menos propensas a ser golpeadas. ¡La mayoría de la gente lo hace en horizontal!".

Mi amor por Sarah tomó mucho tiempo para calmarse. A veces, yacía en mi litera o en un furgón solitario, pensaba en ella y lloraba. Pero poco a poco mi mente volvió a despertar a mi alrededor. Al pasar por las Montañas Rocosas sentí que estaba a punto de estallar con la belleza del mundo que me rodeaba. Se me ocurrió que todo el fantástico mundo de la naturaleza era

como una mujer, otra Sarah, y que yo también podría amarla, y ella siempre me sería fiel.

A mediados de octubre estábamos en un territorio de troncos cortos cerca de Wenatchee, al este de las Cascadas. La cosecha había terminado, y realizábamos trabajos de leñador para los señores de la madera en un gran campamento maderero en las profundidades del bosque. Compré mi primer par de botas calafateadas y pantalones tejanos negros de hachero, y sentí que me estaba uniendo a una nueva hermandad de trabajadores.

Este era un nuevo tipo de tierra, y me impactó: los bosques y los arroyos, las mañanas frescas y frías, la humedad en el aire, las impresionantes vistas de las montañas cubiertas de nieve, la gente cordial y vibrante, y la gran tradición de la vida. La IWW había esculpido esta tierra con lucha y sangre.

En cierto modo, el trabajo no era tan malo como el sacrificio bajo el ardiente sol diez u once horas al día para *John Farmer*. En la huelga de los madereros de 1917, la IWW había ganado la jornada de ocho horas, y estaba vigente en la mayoría de los campamentos. Pero nuestro pote de frijoles no tenía nada que le hubiera dado de comer a mi perro en Springfield, y la abatida barraca estaba tan llena que me sentía como si estuviera viviendo en una colonia de hormigas.

De todos modos, tenía hambre de nuevas vistas y aventuras, de ver las grandes ciudades de la Costa Oeste y de estar en una zona donde el IWW estuviera realmente activo. Así que la noche del 10 de noviembre dije adiós a Gary y cogí un traqueteante en dirección oeste sobre las cascadas, y al día siguiente ya estaba en el gran Hall del IWW en Seattle.

IV. CENTRALIA

Era uno de esos días de otoño fríos, cubiertos y grises. Había unos cien de nosotros en el vestíbulo de Seattle, en su mayoría *bestias de la madera* como yo, con nuestros overoles de ciervo y botas calafateadas, pero había también algunos tiesos de la cosecha. En el invierno siempre había más esclavos en la sala wobbly, porque era un lugar al que ir para mantener el calor y resguardarse del viento y la lluvia.

Sucedió el día del armisticio, el 11 de noviembre de 1919, solo cuatro días después de mi decimocuarto cumpleaños. Pero sentí que habían pasado más de diez años desde que me fui de casa hacía cinco meses, considerando todos los viajes y las variadas experiencias que había tenido en ese poco tiempo. Cuando salí de casa yo era un niño. Pero ahora, solo cinco meses después, sentía que era un hombre de verdad, tan capaz de desenvolverme tan bien en el mundo como cualquiera que me doblase la edad. Y ahora también tenía una especie de religión.

Era alrededor de la media tarde cuando llegaron las noticias a la sede. El Secretario vino de repente y se puso de pie en el pequeño escenario en un extremo de la sala grande y pidió la atención de todos. Su rostro estaba blanco como una sábana. Luchando con las palabras, nos contó lo que había sucedido más temprano ese día, durante un desfile del Día del Armisticio.

Los legionarios estadounidenses habían atacado nuestra sede en Centralia, a 120 millas al sur, y tres de ellos habían muerto. Docenas de wobs habían sido encarcelados y algunos de nuestros chavales estaban siendo cazados con perros por el bosque. Era urgente que saliéramos en su defensa.

Durante un momento, después que dejase de hablar, podrías haber oído caer un alfiler. Deberías haber visto las caras de los compañeros allí. Al principio, aturdido asombro, luego ira, indignación, compasión, miedo, casi cualquier emoción que pudieras nombrar. Pero sobre todo una determinación feroz de apresurarse a ayudar a nuestros compañeros de trabajo necesitados. Algunos de nuestros muchachos se echaron a llorar. Se oyeron gritos salvajes, sugerencias sobre lo que deberíamos hacer.

Para calmar el clamor durante unos minutos, el secretario nos llevó a cantar un par de canciones wobbly: "Hold the Fort" [Guardad el fuerte]; "All Hell Can't Stop Us" [Ni todo el infierno conseguirá pararnos] y "Workingmen Unite" [Trabajadores unidos]. Después de eso, no pasaron cinco minutos antes de que se pusieran en marcha nuestros planes para coger el primer traqueteante hacia el sur a Centralia. Todos teníamos ese "sueño salvaje y tembloroso" en nuestros corazones, y no pensábamos quedarnos inactivos y rendirnos cuando nuestros compañeros trabajadores estaban en apuro.

Recogimos nuestros hatillos y corrimos como una tropa del ejército avanzando en carrera hacia el balastro. Vimos un par de toros, pero cuando vieron el nivel de nuestra decisión y las miradas en nuestras caras, simplemente se escabulleron en las sombras.

Después de unos minutos encontramos uno de los guardabarreras que sabíamos que poseía un carnet rojo. Nos dijo que había un mercancías hacia el sur en unos quince minutos. No era un tren largo, pero afortunadamente tenía tres o cuatro vagones vacíos y un par de góndolas. Terminé con un grupo de veinte o más que saltaron a un vagón cerca del furgón de cola. Lo primero que hicimos fue esconder nuestros carnets wobbly en nuestros zapatos, para el caso de que los toros nos agarraran.

Pareció pasar una eternidad hasta que el tren se puso en marcha y aceleró. Todos estábamos locos como el infierno y, al mismo tiempo, temíamos por nosotros mismos y por nuestros compañeros de trabajo de Centralia. Pero, sobre todo, teníamos prisa por llegar allí y superar el infierno o la salvación que nos esperase.

Las ruedas empezaron a hacer clickety-clack. Por un rato, nadie dijo mucho. Todos nos sentamos contra las paredes del vagón mirándonos de vez en cuando, como hombres atrapados en una mina o un barco que se hunde. Algunos de nosotros nos conocíamos, pero también había muchos wobblies de diferentes áreas que eran extraños entre sí.

Poco a poco los hombres empezaron a hablar. Un tipo, tratando de hacer sonar una nota optimista, dijo que estuvo en la lucha por la jornada de ocho horas en 1917, cuando los leñadores finalmente la llevaron adelante simplemente sacando el silbato y abandonando el trabajo cuando cumplían las ocho horas. Funcionó: ganaron el día de trabajo de ocho horas.

Luego, algunos de los hombres comenzaron a contar historias sobre la terrible persecución que había sufrido el IWW porque los wobblies se habían opuesto a la guerra.

Un hombre contó cómo un delegado de los wobs en su ciudad, había sido alquitranado y emplumado, y habiéndose enterado de que él era el siguiente, abrió una almohada y la puso en una ventana delantera que daba a la calle, con una nota en el sentido de que estaba listo para ellos y con mucho gusto le suministraría sus propias plumas para asegurarse de que fueran de buena calidad. Lo dejaron tranquilo.

Entonces comenzaron las historias de terror. Un hombre contó cómo había estado en el vapor Verona en 1916, cuando cientos de wobblies habían navegado hasta Everett para ayudar a los cortadores de tableros de madera de la AFL en huelga. Cinco de sus amigos "tambaleantes", un francés, un alemán, un irlandés, un judío y un sueco, habían sido asesinados por la pandilla de vigilantes del sheriff cuando llegaban al muelle. Habían demostrado el carácter internacional de la IWW.

Otro dijo que había estado en Sedro Woolley el año anterior, cuando él y los otros wobs habían sido azotados con cuerdas y luego se les había vertido alquitrán caliente en la carne sangrante. Se desabotonó la camisa para mostrarnos sus cicatrices: "Para que veáis por qué voy a Centralia, tengo un pequeño asunto que resolver".

Luego, otro compañero que era de Centralia, contó que había estado allí el año anterior cuando la sede wobbly fue allanada. El secretario fue llevado al bosque, obligado a correr un pasillo y casi murió por los golpes. La turba había destrozado completamente la sede, incluso arrancó los tablones de las paredes. Luego agarraron a los wobs los introdujeron en algunos camiones, uno por uno golpeándolos hasta dejarlos inconscientes, y después los arrojaron fuera de la línea del condado.

Otros contaron de wobs que sabían que habían sido colgados en el bosque. Otro wob que también había estado en Centralia contó cómo unos meses antes, un vendedor de prensa local, que era ciego, fue secuestrado y sacado de la línea del condado por vender el periódico IWW. Qué coincidencia, pensé, porque en el pasillo de Seattle acababa de leer un brillante ensayo de Helen Keller sobre por qué se unió a la IWW, tal vez eso hizo que ese vendedor de noticias ciego se hiciera pro-wobbly.

[Sobre Hellen Keller, una wobbly sordociega se habla más adelante en la novela en el capítulo XXIV]

Después de un tiempo, mientras el tren avanzaba hacia el sur, comenzamos a cantar nuevamente para tratar de reforzar nuestros espíritus: "Solidarity Forever", escrito en 1915 por uno de nuestros miembros, Ralph Chaplin; y algunas de las canciones de Joe Hill como "Mister Block" y "Pie in the Sky" [Pastel en el cielo] y "Get the Bosses Off Your Back" [Saca a los jefes de tu espalda]. Éramos un grupo de tontos cantores esos días. Las canciones eran el pegamento que mantenía unido al IWW.

A medida que el tren disminuía la marcha por su llegada a Tacoma, nos preparamos y dispusimos un plan de acción para el caso de que los toros trataran de atraparnos o tirarnos del tren. Pero afortunadamente no vimos ningún toro.

Justo antes de que nos retiráramos, algunos wobblies de Tacoma saltaron a nuestro vagón. Uno era un chico de unos treinta y tantos años que tenía una mirada como si acabara de ser llevado en una visita guiada al infierno. Algunos de los wobs en mi auto lo conocían y se reunieron alrededor de él en el centro del furgón. Acababa de subir de Centralia para reunir a más compañeros de trabajo para ir allí y nos contó lo que había sucedido. Tenía una mirada lejana en sus ojos, como si todavía estuviera en estado de shock.

Había estado en el Hotel Arnold ese mismo día, justo al otro lado de la calle del vestíbulo wobbly, y lo había visto todo. Los legionarios vinieron marchando y se detuvieron justo en frente de la sala. Algunos de ellos llevaban brazaletes, otros llevaban palos o pistolas. Esta vez los wobs estaban listos. Estaban hartos de que sus sedes fueran destrozadas en todo el Estado. Su abogado, Elmer Smith, les había informado el día anterior que tenían el derecho legal de defender la sala. "Un buen tímido, Elmer Smith", dijo nuestro informante con reverencia en su voz. "Bien sabéis lo que dicen los plutócratas: 'Un abogado, con corazón es tan peligroso como un trabajador con cerebro'.

"Así que allí estaban frente a nuestro salón. De repente sonó un silbato y alguien gritó: '¡Vamos! ¡Atentos, muchachos!' Y luego, el infierno se desató. Un grupo de manifestantes corrió hacia la sede. Algunos de ellos rompieron la puerta y los cristales volaron por todas partes. Entonces uno de nuestros muchachos, Weesley Everest, todavía con uniforme del ejército, gritó: ¡Luché por la democracia en Francia y voy a luchar por ella aquí!

"Y luego, cuando los Legionarios comenzaron el tiroteo, uno de los atacantes se arrodilló justo en la entrada. Luego cayeron dos más. Luego el tiroteo se detuvo y el resto de los manifestantes entraron en la sala. Y un par de minutos más tarde, vi a Wesley Everest corriendo por la calle con una multitud detrás de él, hacia el río.

"Me escabullí por el camino de atrás del hotel y corrí hacia el bosque para esperar un mercancías. Para cuando llegó uno, toda la ciudad era como un campamento armado".

El recién llegado se detuvo, recuperando el aliento, la mirada de miedo todavía en sus ojos. Luego nos aconsejó, si es posible, que saltáramos del tren fuera de la ciudad y nos escondiéramos en el bosque hasta que pudiéramos evaluar la situación.

Discutimos qué hacer cuando el tren giró hacia el sur. Pero no podíamos idear un plan mejor de lo que se había sugerido. Finalmente, después de que la conversación se calmase, me senté escuchando el chasquido de las ruedas en los rieles, esperando que todo saliera bien.

Llegamos a Centralia un poco antes de que oscureciera. Pero el tren no disminuyó la velocidad lo suficiente para que pudiéramos saltar hasta que casi estuvimos en la ciudad. Tal vez algunos de nuestros muchachos lograron escapar al bosque, pero la mayoría de nosotros no tuvimos la oportunidad. El pueblo entero estaba patrullado por cientos de legionarios y los tarugos enchufados por los barones de la madera. Tan pronto como salté del vagón oí a alguien gritar, "¡Vamos a lincharlos aquí, muchachos!" Y pude ver que al menos uno de los hooligans llevaba un brazalete sobre su brazo. Luego, tres o cuatro me agarraron a la vez de los pelos. Me las arreglé para deslizarme y eludir a alguno de ellos, pero luego algo me golpearon en la parte posterior de la cabeza y me desmayé.

Lo siguiente que supe fue que estábamos siendo llevados a la cárcel. Y a lo largo de la ruta, esos matones seguían gritándonos blasfemias, lanzándonos cosas e intentando romper el cordón de vigilantes para atacarnos o golpearnos.

Finalmente llegamos a la cárcel. Inmediatamente pude ver que los toros locales no tenían el control: los Legionarios y otros matones de confianza de las empresas de la madera se habían hecho cargo. Los legionarios se paseaban por todas partes, ladrando órdenes a los policías y a los pobres tiesos. Los wobblies encarcelados eran un grupo de aspecto lamentable: sus ropas

estaban rasgadas, y tenían moretones donde los habían golpeado, o atacado con palos, pero estaban allí mirando desafiantes e invictos como si tuvieran al mundo agarrado por los testículos.

Me arrojaron a una celda con varios otros hombres. Al principio, los recién llegados nos quedamos inmóviles, mirando a nuestro alrededor, escuchando los gritos, las maldiciones y las amenazas de la mafia.

Tal vez porque era el más joven, un pelirrojo de unos treinta años se me acercó y puso su brazo en el mío. "No tengas miedo, hijo", dijo. "Nosotros estaremos fuera y ellos estarán aquí antes de que termine este episodio".

Luego se presentó. Me sorprendió saber que él era nuestro abogado, Elmer Smith, quien había avisado a los locales de que tenían derecho a defender su sede.

Como un tonto, le pregunté que cómo lo llevaba. Me dirigió una sonrisa sombría. "Lo llamamos defensa propia. Lo llaman asesinato", dijo. Luego agregó: "Sólo por informar a los muchachos de sus derechos constitucionales, al parecer".

Era un frío día de noviembre, y las cárceles no proporcionaban mantas en esos días. Elmer Smith fue uno de los pocos que tenía alguna manta, e insistió en darme una. Y poco después, le dio su última manta a otro joven wobbly que no tenía ninguna.

Poco antes de que oscureciera, escuchamos un clamor ensordecedor, incluso más fuerte que el clamor que había estado ocurriendo fuera de la cárcel todo el tiempo.

Debía haber sonado así en los primeros días de Roma cuando trajeron a los cristianos para que fueran comidos por los leones, pensé. A través de la alta ventana con barrotes apenas podíamos ver a la multitud separándose cuando un gran grupo de hombres arrastraba a alguien por la calle hacia nosotros con una correa de cuero alrededor de su cuello. Cientos de personas patearon y golpearon la forma postrada mientras era arrastrada.

A medida que la multitud enloquecida se acercaba, los wobblies a mi alrededor en la cárcel de repente se callaron. Pudimos ver que la forma que arrastraban por la calle llevaba uniforme, "Wesley Everest", alguien se quedó sin aliento. Observamos sin palabras mientras el cuerpo era arrastrado más cerca. Algunos de los hombres tenían lágrimas corriendo por sus mejillas.

Luego, cuando la multitud estaba a solo unas docenas de metros de distancia, pudimos ver que la figura sangrante que se arrastraba aún mostraba signos de vida. Se retorcía y giraba, lo arrastraban por el cuello, le pateaban constantemente y le golpeaban y sus ojos miraban impotentes como los de un perro moribundo atropellado en la calle.



Wesley Everest

Cuando llegaron al frente de la cárcel, lo pusieron de pie y lo golpearon contra la pared. Varias voces clamaron que lo colgaran en el lugar, y alguien deslizó una soga alrededor de su cuello. Luego, le escuchamos de una forma

que la mayoría de la gente habría pensado que estaba demasiado cerca de la muerte, gritar con una voz alta y vibrante: "¡No tenéis agallas suficientes para linchar a un hombre a plena luz del día!"

Luego, alguien golpeó la culata de su rifle en la cara de Everest, y todo lo que pudimos ver fue un montón de dientes rotos y sangre donde había estado su rostro.

Un momento después, para asombro de todos, una mujer solitaria pasó a través de la multitud y los acusó de ser una pandilla de cobardes y criminales por tratar a una persona así. Y ella se acercó con calma a un abrazo sangriento y quitó la soga del cuello de Wesley Everest.

Lo siguiente que supimos fue que la puerta de la cárcel se abrió. Arrastraron el cuerpo del Everest y lo arrojaron al piso de concreto del corredor entre las celdas, para que todos nosotros lo viéramos como un ejemplo, supongo. Everest simplemente se quedó allí sangrando, aparentemente inconsciente ahora, y no pudimos hacer nada más que observar.

Llegó la noche. El furor en la calle se hizo aún más fuerte. A través de los barrotes, pudimos escuchar fragmentos de la conversación de los legionarios, sobre el envío de gente para buscar a wobblies en el bosque, de irrumpir en todas las casas de la ciudad en busca de literatura IWW, de lincharnos a todos.

Elmer Smith me contó un poco sobre lo que había sucedido. Unos días antes, cuando escucharon rumores del inminente allanamiento, pidió protección a la policía local e incluso viajó a Olimpia para pedirle protección al gobernador. Nada había funcionado. Luego me señaló, en celdas contiguas, a los hombres que habían sido capturados en la sede: Bert Faulkner, Ray Becker, el anterior secretario, Britt Smith, el secretario actual, Mike Sheehan y James McInerney. Todos tenían la mirada fría pero desafiante de hombres fuertes e inteligentes que sabían que habían hecho lo correcto y lo moral. Smith me dijo que habían sido llevados uno por uno toda la tarde a una habitación contigua, brutalmente interrogados, amenazados y agredidos.

Mientras decía esto escuché un grito. Smith me dijo que debía ser el más joven de los hombres capturados, Loren Roberts, a quien habían estado interrogando durante horas. Finalmente, trajeron a Roberts y lo arrojaron a una celda cercana, temblando de pies a cabeza. Se sentó en el suelo de la celda, sollozando. Podríamos ver a los hombres a su alrededor tratando de consolar al joven, pero él solo se quedó sentado hablando consigo mismo. Y poco a poco todo el mundo se dio cuenta de que su mente se había perdido.

Unos minutos más tarde, de repente parte de la multitud entró corriendo, agarró a James McInerney y lo arrastró a la calle. No sé por qué lo aislaron. Cuando lo sacaron a la calle, la muchedumbre aulló como cerdos a la hora de comer. Le pusieron una soga al cuello y la cruzaron sobre una barra transversal. Entonces, uno de los principales atormentadores le pidió a McInerney que confesara que los wobblies habían disparado antes de que los Legionarios se dirigieran hacia la sala.

McInerney respondió: "Vete al infierno" Entonces tiró de la cuerda, lo levantó del suelo por el cuello y después de un minuto lo bajó de nuevo. Le volvieron a pedir que confesara. Una vez más dijo: "Iros al infierno". Así que lo levantaron de nuevo. El mismo proceso siguió y siguió durante unos veinte minutos. Finalmente, la mafia se rindió o se aburrió y lo tiró de nuevo en su celda.

Alrededor de las nueve o diez de la noche, de repente, todas las luces de la ciudad se apagaron. Te puedes imaginar lo aterrorizados que estábamos. Esto es el fin, pensamos. El rugido de la multitud afuera se hizo más fuerte. Luego pudimos ver los faros de tres automóviles grandes y caros que avanzaban lentamente entre la gente.

La puerta principal de la cárcel se abrió y una multitud de hombres entró de repente, echando espuma por la boca, gritando y maldiciéndonos a todos nosotros. Pronto se hizo evidente lo que querían. El que estaba a la cabeza le dio una patada al cuerpo de Wesley Everest, y la figura prona pareció cobrar algo de vida. Luego, cuando empezaron a arrastrarlo hacia la puerta, un último rayo de fuerza vital pareció elevarse en él, y se quedó sin aliento con voz ronca: "Díganles a los muchachos que morí por mi clase". Lo metieron en el asiento trasero de uno de los autos, y se apresuraron a la noche.

Varias veces más tarde en la noche, las luces se apagaron de nuevo y la multitud entró y sacó a alguien. Nunca vimos a ninguno de esos wobblies de nuevo. Debieron haber arrastrado a ocho o diez de nosotros esa noche. Se rumoreó más tarde que los habían quemado vivos en los grandes incineradores de las fábricas.

No creo que nadie durmiera esa noche. Teníamos demasiado miedo de que la mafia entrara en cualquier momento y nos linchara a todos. Y de vez en cuando arrastraban un nuevo wob que habían capturado para unirlo a nosotros.

A lo largo del amanecer, un wobbly fue arrojado a la cárcel y sabía lo que le había sucedido a Wesley Everest. Cuando Everest escapó por primera vez de la sede del IWW, dijo, lo habían perseguido hasta las orillas del río Skookumchuck. Everest se había adentrado en el río, pero encontró que la corriente era demasiado fuerte y se volvió para enfrentar a la multitud. "Si hay un policía entre la multitud, me someteré al arresto", dijo. "De lo contrario, alejaos". Pero un legionario llamado Dale Hubbard, un sobrino de confianza de un dueño de la madera, se apresuró hacia Everest. Everest lo mató a tiros. Luego, la multitud lo atacó, golpeándolo y dejándolo sin sentido. Muchos querían colgarlo en el acto, pero en su lugar, ataron la correa de cuero alrededor de su cuello y lo arrastraron a la cárcel.



Los acusados de Centralia. Cárcel de Montesano. Primera fila, de izquierda a derecha: Mike Sheehan, John Lamb, Eugene Barnett, Bert Bland, y Elmer Smith. Fila trasera: Loren Roberts, James McInerney, Britt Smith, O. C. Bland, Bert Faulkner, y Rayo Becker.

Cuando lo sacaron de la cárcel después de que se apagaran las luces de la noche, Everest fue colocado en el asiento trasero de uno de los autos, entre dos hombres. Uno de ellos, un médico, lo castró de camino al río. Luego lo colgaron de un caballete. Parecían tener problemas para sujetar bien la cuerda, y lo tiraron por el puente tres veces. Luego dirigieron los faros de los coches sobre su cuerpo colgante y pasaron mucho tiempo llenando su cuerpo de balas.

El nuevo recluso, terminando su historia, se sentó en el piso de hormigón de la celda y hundió la cabeza entre sus manos, con lágrimas corriendo por sus mejillas. El rugido de la mafia afuera siguió y siguió, y sentí que mi cabeza estaba a punto de abrirse. Finalmente, casi al amanecer, me envolví en la manta que Elmer Smith me había dado y me las arreglé para dormir un poco sentado contra la pared de la celda; no había ninguna litera en la cárcel.

Cuando me desperté, las cosas se habían calmado un poco. Los carceleros nos dieron un poco de comida a regañadientes, si es que podías llamarla así.

Todavía quedaban unas pocas docenas de legionarios y otras gentes dando vueltas fuera de la cárcel. Ocasionalmente podíamos escuchar lo que decían. En un momento dado, alguien se apresuró hacia lo que parecía ser una gran autoridad y dijo: "El cuerpo de Everest ha desaparecido. Estaba colgando justo en el río y alguien lo ha bajado". Una mirada de alarma apareció en la cara del gran bruto. "Tenemos que conseguir ese cuerpo", dijo. "O los wobs lo encontrarán y levantarán un infierno por su condición". Inmediatamente comenzaron a organizar grupos de búsqueda, y todos corrieron hacia el río.

Unas horas más tarde, llevaron el cuerpo de Wesley Everest, o lo que quedaba de él, a la cárcel y lo tiraron al corredor nuevamente, para que todos lo viéramos. Era un desastre casi irreconocible, sangriento. Y lo dejaron allí durante dos días, a unos pocos pies de nosotros, antes de que finalmente lo sacaran y lo enterraran en una tumba sin marcas.

V. ABOGADO DE LOS CONDENADOS

No mucho después, recibimos la noticia de que nuestro leguleyo más famoso, George Vanderveer, el brillante "abogado de los condenados", se dirigía a Centralia para emprender la defensa de nuestros compañeros de trabajo. Fue Vanderveer quien había sacado a nuestros hombres de Everett, Washington cuando fueron acusados de asesinato después de que sus atacantes dispararon a uno de sus propios hombres por error, y quien había defendido a los 101 líderes principales en el gran juicio de Chicago el año siguiente. También vino a cubrir el juicio Ralph Chaplin, uno de nuestros mejores escritores y publicistas, autor de "Solidarity Forever". Tras esta noticia los presos descansaron un poco mejor.

Después de unos días nos liberaron a los wobblies que no habíamos estado en Centralia en el momento de los disparos. Pero los otros pobres tiesos tenían que quedarse. Habían encarcelado a dos o tres más ahora porque afirmaban que habían estado disparando desde fuera del hall. Nos sepáramos de nuestros compañeros de trabajo en la cárcel, diciéndoles que haríamos todo lo posible para liberarlos. Pasamos los siguientes días visitando a las familias de los prisioneros, aportándoles comida y dinero y ayudando de cualquier manera que pudiéramos.

Mientras aún estábamos en Centralia, escuchamos a algunos de los *gollum* de la Legión reírse de un discurso que el forense había pronunciado en el Club Elks un día o dos antes. Al explicar la muerte de Wesley Everest, el juez de instrucción dijo que éste había escapado de la cárcel, se castró, fue al puente del río Chehalis y se lanzó con una cuerda alrededor del cuello. Al encontrarla demasiado corta, subió con la cuerda hasta el puente y se puso una cuerda más larga alrededor del cuello. Luego saltó de nuevo, se rompió el cuello y se disparó a sí mismo por lo que estaba lleno de agujeros. Dijeron que la gente en el Club Elks había rugido con la historia. Nosotros, los wobblies, lo encontramos tan divertido como una muleta.

No parecía que pudiéramos hacer mucho más alrededor de Centralia, y estábamos tomando nuestras vidas en nuestras manos cada segundo que nos quedábamos en ese lamentable agujero. Entonces, mientras esperábamos que

el juicio comenzara el año siguiente, algunos de nosotros empezamos a expandirnos por el estado para decir la verdad sobre lo que realmente había sucedido en Centralia. Tanto los periódicos de la IWW como los de la AFL en Seattle, y muchos otros periódicos del trabajo en el Estado, se cerraron inmediatamente después del asalto, y la prensa burguesa solo difundía una serie de mentiras.

Un reportero de *The Associated Press* salió corriendo de Centralia con temor por su vida cuando supo la verdad del asunto tal como se reveló en la investigación del forense: un médico local que había estado en el desfile declaró que los manifestantes habían irrumpido en el vestíbulo antes de que se efectuasen los primeros disparos.

Los madereros buscaban wobblies en todas partes, las casas de sospechosos de pertenecer a wobs estaban siendo asaltadas y más de mil wobblies fueron arrestados bajo la nueva ley de "sindicalismo criminal" solo por tener un carnet rojo. Sentimos que nuestra única esperanza era divulgar la verdad. Así que recorrió el estado con algunos otros wobs difundiendo la palabra y, al mismo tiempo, tratando de ocultarme. Trabajé aquí y allá en el bosque con un nombre falso, tratando de hacer una estaca para el invierno.

[Los trabajadores itinerantes denominaban *estaca* a los ahorros conseguidos trabajando durante una temporada; a veces lo conseguido durante el resto del año, permitía pasar el invierno]

El juicio se llevó a cabo en el juzgado de la provincia de Montesano, el siguiente condado al oeste, una de las áreas más reaccionarias del Estado. Estuve en Montesano el primer día del juicio, a fines de enero de 1920. Los policías montados rodeaban la ciudad. Y la Legión había recaudado suficiente dinero para pagar a cincuenta legionarios uniformados cuatro dólares al día para sentarse en la sala de audiencias todos los días del juicio de dos meses y medio.

Comencé a ir al juzgado con otros wobblies para brindar nuestro apoyo moral a los acusados. Estábamos ataviados con nuestro atuendo habitual (zapatos calafateados, monos, camisas de franela y chaquetones de ciervo) porque no podíamos permitirnos el lujo de prendas más sofisticadas. Pero antes de que pudiéramos siquiera subir al juzgado, algunos toros vinieron a buscarnos y nos

preguntaron dónde pensábamos que íbamos. Cuando se lo dijimos respondieron: "Oh no, no lo haréis, vais a venir con nosotros al cubo".

"¿Sobre qué cargo?" preguntamos.

"Sobre sospecha".

"¿Sospecha de qué?"

"Sólo sospecha".

Nos llevaron a la cárcel. Nunca se nos había ocurrido que, allí mismo, en el juzgado, donde se estaba llevando a cabo un juicio que tenía publicidad en todo el país, con docenas de reporteros, todo podría pasarnos.

En la comisaría de policía, los toros encontraron un carnet rojo a uno de mis compañeros de prisión, y uno de ellos dijo: "Así que eres un IWW, ¿eh? Lo arreglaremos". Y le quitó su tarjeta roja. Otro toro le dijo: "Bueno, ya no eres un IWW". Mi compañero de trabajo respondió: "Pero no puedes quitármelo del corazón". Y así pasamos un mes en la cárcel, solo porque íbamos vestidos como madereros.

Mientras estábamos en la cárcel, escuchábamos a otros reclusos más recientes lo que estaba sucediendo en el juicio. Uno de nuestros abogados había sido expulsado de la ciudad, y nuestro timonel Vanderveer había sido amenazado varias veces. Él y Ralph Chaplin tenían que ir a la corte todos los días desde Aberdeen, a dieciséis millas de distancia, porque ningún hotel en Montesano les alquilaba una habitación.

Al comienzo del juicio, cuando los dos primeros testigos de la defensa dijeron que habían visto la puerta del pasillo destruida antes de que se dispararan los primeros disparos, fueron arrestados de inmediato por cargos de perjurio. Obviamente, era una táctica de miedo para intimidar a testigos posteriores. Pero incluso ese tribunal fascista no tuvo la audacia de llevarlos a juicio por los cargos de perjurio.

Finalmente salí de la cárcel. El juicio todavía estaba en curso. Y ahora se había añadido un nuevo toque. Los barones de la madera habían hecho circular un rumor de que más de mil wobblies estaban a la espera en las colinas circundantes, a punto de asaltar el juzgado y matar a todos los que estuvieran a la vista. Con este pretexto, consiguieron que un escuadrón de las tropas del ejército de los Estados Unidos estuvieran amontonados en el jardín del juzgado, tiendas de campaña y todo, para intimidar aún más a los

testigos y miembros del jurado. Cuando vi esto, eché un trago a mi irlandés y decidí intentarlo de nuevo.

Esta vez, por extraño que parezca, me dejaron entrar en la sala. Tal vez porque algunos de los hechos ya habían salido y las cosas empezaban a verse un poco mejor para mis compañeros de trabajo. Vanderveer había descubierto evidencia concluyente de que, tres semanas antes del Día del Armisticio, algunos de los principales funcionarios de la ciudad se habían reunido en el Club Elks y habían conspirado para atacar el salón Wobbly. Y una gran cantidad de testigos habían jurado que el allanamiento se produjo antes de que se oyieran los disparos. Varios más declararon que habían visto al administrador de correos y a un religioso llevando cuerdas en el desfile.

En un punto Vanderveer hizo algo muy inteligente. Los abogados de la fiscalía habían entrenado a tres testigos para que dijeran que habían visto a Eugene Barnett, uno de los wobblies, en la ventana de un hotel al otro lado de la calle, justo antes del asalto. Los dos primeros lo identificaron como el tercer hombre en la fila de los acusados en el muelle. Entonces Vanderveer pidió un receso. Cuando el juicio se reanudó unos minutos más tarde, Barnett ya no era el tercero en la fila. El siguiente testigo de la fiscalía no pudo identificar a Barnett.

Fue inspirador ver el valiente frente presentado por aquellos wobblies en juicio por sus vidas. Nunca se estremecieron ni tartamudearon ni una vez en su testimonio ni lo cambiaron ni un ápice, sin importar qué tan duros o duros hayan sido los seis abogados de la fiscalía. Ray Becker, un ex predicador, el idealismo brillando en sus ojos; Eugene Barnett, que tenía una espalda fuerte como la leña; Britt Smith, el secretario de Centralia, sólido como una roca; y Elmer Smith, la bondad humana en sus ojos, enjuiciado por asesinato solo porque había informado a los demás de sus derechos constitucionales.

El periodista más conocido en el juicio fue el propio Ralph Chaplin del IWW. Era un hombre apuesto, con su gran cabellera negra ondulada y esos ojos penetrantes que parecían amar todo lo que miraban, pero que parecían penetrarte directamente. Conocí a Chaplin en una pequeña reunión una noche después de la prueba del juicio. Sorprendí a todos al recitar de memoria su poema sobre la huelga de los mineros de Paint Creek, West Virginia, "Cuando salen las hojas". Luego se acercó a mí y me dio una copia autografiada de uno de sus libros de poemas.

La sala del tribunal estaba llena de drama. A lo largo de dos meses y medio completos, la esposa del comandante de la Legión fallecido y la esposa de

Eugene Barnett se sentaron una cerca de la otra, pero nunca intercambiaron una mirada. Mientras tanto, sus dos hijos pequeños jugaban juntos en el pasillo.

A mediados de marzo, el juicio finalmente llegó a su fin. Ese día llovía mucho y el tribunal estaba tan lleno que los reporteros tuvieron que trepar sobre sillas y mesas para llegar a la sala de prensa. Vanderveer resumió nuestro caso: "Le estoy pidiendo que decida el destino de los trabajadores organizados en el noroeste, si sus derechos fundamentales son sobrevivir o ser pisoteados"

El primer veredicto del jurado fue homicidio involuntario para algunos de los acusados, pero el juez se negó a aceptarlo y ordenó que el jurado regresara a la sala. En su segundo veredicto, exoneraron a Elmer Smith y a otros, declararon al muchacho cuya mente se había vuelto loca por la tortura, y a los demás, culpables de asesinato en segundo grado, con una recomendación de extrema indulgencia.

Luego se hizo un silencio mientras el juez leía la frase: de veinticinco a cuarenta años en prisión.

Ninguno de nosotros podía creerlo. Una sentencia tan dura, ignorando por completo la recomendación de clemencia. Vi lágrimas corriendo por las mejillas de Vanderveer. Mucha gente en la corte lloraba abiertamente, yo entre ellos. Pero los hombres en el muelle se veían tan desafiantes y justos como siempre, con sus cabezas despejadas.

Dos años más tarde, seis de los miembros del jurado firmaron confesiones declarando injusto el juicio. Pero los wobblies permanecieron en prisión. Más tarde viajé por todo el Oeste, a veces con Elmer Smith, quien pasó el resto de su vida trabajando para su liberación. Y cada año procuraba enviar varias cajas de manzanas a la prisión de Walla Walla a aquellos hombres inocentes que estaban enterrados vivos.

VI. PLATOS EN EL TECHO

El episodio de Centralia dejó un mal sabor de boca durante mucho tiempo a todos nosotros. Cuando ves las cartas apiladas completamente contra ti así, sin ninguna forma de darles la vuelta, te hace sentir bastante desesperanzado, y al mismo tiempo, te hace luchar como loco. Como solíamos decir: "La justicia solo puede encontrarse en el diccionario".

Y cuando las personas son asesinadas, incluso si algunos de ellos son tus enemigos, te hace pensar mucho. Pensar qué anda mal con todo el maldito sistema, y si hay un mejor enfoque para tratar de arreglar las cosas, o si es posible arreglar las cosas en absoluto. Muchos de nosotros, wobs, sentíamos que si los tribunales iban a ignorar las leyes y la *Constitución* de los EE. UU. se arruinaría todo el porvenir; si para ellos todo vale, si juegan sucio, nosotros también lo haríamos. Hasta el punto de matar, a diferencia de la clase capitalista, nosotros creíamos en la violencia contra las personas solo en defensa propia.

Pero dejadme retroceder un poco. El invierno de 1919-1920, mientras esperábamos el inicio del juicio de Centralia y yo había estado trabajando en varios trabajos en el área, ocurrieron varios eventos importantes. Uno fueron las redadas de Palmer, cuando el fiscal general de los Estados Unidos, Palmer, y su asistente, J. Edgar Hoover, encabezaron los raids en docenas de salas del IWW en todo el país y se apoderaron de toneladas de nuestros archivos y publicaciones. Y esta vez ni siquiera tenían la falsa excusa de que estábamos impidiendo el esfuerzo de guerra. Tomando nuestras listas de miembros, deportaron a cientos de nuestros compañeros. Pero cada acción tiene su reacción: poco después de esto, se formó la American Civil Liberties Union, por Roger Baldwin con el orador y organizador del IWW Joe Ettor y algunos otros, para tratar de defender la *Declaración de Derechos* y proteger la libertad personal.

También ese invierno, los Estados Unidos invadieron Siberia, uniéndose a Inglaterra y Francia para ayudar a las fuerzas rusas que luchaban contra los bolcheviques. No sabíamos mucho sobre los Bolshies, pero al menos sabíamos que habían derrocado la terrible dictadura del zar. Así que los wobblies de la

costa se negaron a cargar barcos con armas para las fuerzas estadounidenses en Siberia.

Mientras yo estaba trabajando en Seattle, el presidente Woodrow Wilson visitó la ciudad. Muchos wobblies tenían sentimientos divididos sobre Wilson. Algunos admiraron a Wilson por apoyar a la Liga de Naciones e intentar fomentar la cooperación internacional. Pero todos los wobblies lo odiámos por ser tan duro con el IWW, simplemente porque estábamos pidiendo un pequeño porcentaje de las ganancias enormemente mayores que las grandes empresas estaban obteniendo del mundo. Si se nos opuso por ignorancia, malicia o un deseo oportunista de aplacar a los dueños de la industria, no lo sé. O tal vez ni siquiera lo pensó.

Los propietarios de la industria y sus socios tenían acceso a la Casa Blanca y los pasillos del Congreso, y podían ofrecer sus sobornos y apoyo político de una manera "civilizada". Pero los oprimidos tenían que levantar el infierno, generalmente con un gran riesgo para ellos mismos, para interferir con la producción y las ganancias o cometer algún "escándalo", antes de recibir atención.

Cuando Wilson llegó a Seattle, los wobblies estaban listos para él. Después del éxito de nuestra huelga por la jornada de ocho horas en 1917, habíamos inscrito a más de 25.000 miembros en el Noroeste solo entre los trabajadores de la madera.

La procesión presidencial comenzó a través de Seattle. Y allí estaba el toro principal de los bosques, parado en su limusina con su sombrero de seda, saludando a todos. Miles de adoradores de héroes se estaban volviendo locos, gritando y aplaudiendo. Luego, la procesión llegó a un tramo de cuatro o cinco manzanas donde no había nada más que wobblies bordeando las calles. Allí estábamos, miles de nosotros, con nuestras camisas azules y nuestros jeans y nuestras botas calafateadas, de pie con los brazos cruzados, sin emitir un susurro. Después de todo el tumulto y los gritos, de repente hubo un silencio atronador. Después de media manzana, o así, se podía ver a Su Alteza derretirse visiblemente. Después de dos cuadras se sentó en su carro. Y no volvió a levantarse hasta que el alboroto esclavista comenzó nuevamente dos o tres cuadras más adelante.

El primer trabajo que obtuve ese invierno fue como lavaplatos en un comedor graso cerca de los muelles. Al principio estaba tan destrozado que el único lugar en el que pude quedarme era en el famoso Hotel de Gink, en la ruta de acceso cerca de Profanity Hill, el barrio rojo, donde todo tipo de

pulgas, chinches, piojos y bichos que se hayan visto, tanto animales como humanos, se podía encontrar entre sus paredes mohosas. Algunos hobos habían clavado un pequeño cartel en el pasillo fuera de mi habitación hedionda que decía:

No pongas sándwiches de jamón en mi ataúd, pero dame un *estofado mulligan* por el camino de la vida, ¡Amén!

Después de mi primer día de pago pude mudarme a una pensión de la que había oído hablar. Estaba dirigido por la madre de la futura famosa "Boxcar" Bertha Thompson. Me fui de allí tan pronto como recibí mi paga y le alquilé una habitación. La Sra. Thompson era una mujer muy agradable, y alquilaba habitaciones solo a wobblies o socialistas.

Sentados alrededor de la mesa de la cena allí una noche, cuando ella y su hija Bertha no estaban alrededor, oí a uno de los internos contar su historia. Unos años antes, nuestra casera y su entonces esposo, Walker C. Smith, habían estado hablando a favor de la libertad de expresión en el Medio Oeste. Justo antes de que naciera Bertha, fueron encarcelados por dar estos discursos en una pequeña ciudad de Kansas o Nebraska. Y Bertha había nacido en la cárcel. Más tarde los padres se separaron.

Ahora Walker C. Smith editaba nuestro periódico del IWW, *Industrial Worker*, aquí en Seattle. Era muy conocido, especialmente como autor de un pequeño libro llamado "Sabotaje", que había escrito unos años antes como invitado de Jack London en su rancho en Glen Ellen, California. Por "sabotaje", los wobblies solían significar el trabajo lento, una retirada de la eficiencia en el trabajo proporcional a los malos tratos por parte del empleador. Conocí a Bertha y su madre, y más tarde realicé un par de viajes en vagón de ferrocarril con Boxcar Bertha.

La Skid Road [Carretera del deslizamiento] en Seattle, a lo largo de la calle Washington, era un lugar interesante. Se llamó así porque originalmente era allí donde los madereros hacían resbalar los troncos a los muelles para cargarlos en los barcos. Ahora podías encontrar casi todo allí: predicadores prometiendo un pastel en el cielo y tratando de atraerte a sus iglesias, estafadores vendiendo aceite de serpiente, fanáticos de la salud que intentan venderte programas de ejercicio o dietas especiales, homosexuales y prostitutas; pero lo más interesante y entretenido de los habitantes de la pista de deslizamiento eran los oradores callejeros wobblies de cajas de jabón.

Un día, poco después de obtener mi trabajo de lavado de platos, caminaba a lo largo de la multitud al borde de la ruta de acceso, y un tipo gritó de repente: ¡Me han robado! ¡He sido robado!"

Comenzó a agarrar sus bolsillos mientras una multitud se reunía a su alrededor. Luego saltó a una caja y dijo: "¡Me ha robado el Sistema Capitalista!"

Luego se lanzó a un discurso brillante sobre cómo a los trabajadores le era robado la mayor parte del producto de su trabajo. Alguien dijo que su nombre era Jack Phelan.

Un par de los otros oradores "temblorosos" eran "Red" Doran y C B Ellis. Este último era contable, y él instalaba una pizarra y dibujaba con cuidado gráficos y cuadros detallados que ilustraban hasta qué punto la clase dominante estaba explotando a los trabajadores.

Pero el mejor orador fue Big Jim Thompson: "Jim voz plateada" era un tipo enorme de ojos azules con un enorme bigote que había desempeñado un papel destacado en algunas de las huelgas más grandes del país. Tenía una voz fuerte, clara y hermosa que podía ser escuchada a una milla de distancia. Le gustaba hablar del discurso de Lincoln en el Congreso de 1864: "El trabajo es anterior e independiente del capital. El capital no podría haber existido si el trabajo no hubiera existido primero... El trabajo es superior al capital y merece una consideración mucho mayor... Asegurar a cada obrero todo el producto de su trabajo es un objetivo digno de cualquier gobierno". Y contaba cómo Lincoln continuó advirtiendo a las personas trabajadoras que nunca entregaran su poder, lo cual, si lo hicieran, los llevaría a la esclavitud.

Al final de sus discursos, Thompson invitaba a sus oyentes a venir y formarse al *One Big Union* en el salón Wobbly. Y veías a todos estos madereros marchar por la calle detrás de él, pareciendo un ejército de luciérnagas cuando las tiras de metal en sus botas calafateadas golpeaban la acera y arrojaban chispas.

Pasé mucho tiempo leyendo en el pasillo wobbly, cuando se abrió de nuevo después del terror de Centralia. Algunos de mis favoritos fueron *The Iron Heel* [El talon de hierro] de Jack London y "Dream of Debs" [El sueño de Debs], y "The Man with the Hoe" [El hombre con la azada] de Markham. Y el poema de Robert Service, "Song of the Wage Slave" [Canción del esclavo del salario]. Y de Robert Burns, "A Man's a Man for a' That" [Un hombre es un hombre para un Eso] con la línea de cómo llegará el momento en que"... bueno, hermanos, seremos el mundo por un Eso".

Y leí el libro del príncipe anarquista Kropotkin "Mutual Aid" [El apoyo mutuo], en el que trata de mostrar cómo, en el reino animal, hay una tendencia más fuerte hacia la ayuda mutua que a la competitividad para la supervivencia de la especie, citando el caso en que Darwin encontró a pelícanos llevando peces a un pelícano ciego. De este modo, Kropotkin esperaba sentar las bases de una organización de la sociedad más democrática que la que defienden los capitalistas o los marxistas. Y allí estaba la antología de Upton Sinclair de la literatura proletaria, *Cry for Justice* [Grito de Justicia]. Me asombró leer en él cómo, en un momento en la antigua Roma, hubo una sociedad donde los esclavos se habían rebelado. Si pudieran hacerlo en aquel entonces, ¿por qué no podemos hacerlo ahora, pensé. Después de hacer toda esta lectura, comencé a escribir mis primeros poemas, la mayoría de ellos sobre temas proletarios.

Mientras lavaba los platos, pensaba mucho. El caso de Centralia y la ola de terrorismo anti-wobbly que había generado la prensa hizo que muchos de nosotros nos diéramos cuenta de que si íbamos a permanecer en el IWW, la batalla por delante podría ser cada vez más difícil, y era mejor que empezásemos a organizarnos para defendernos. Decidí comenzar a entrenar en gimnasios cada vez que pudiera y aprender a manejarme muy bien, así que, si tuviera que pelear, estaría listo para los lacayos de la clase capitalista. Comencé a ir a un gimnasio en Second Avenue cada vez que tenía la oportunidad.

Tenía sentimientos encontrados sobre pelear. Mi padre siempre decía: Si tienes que usar tus puños, hazlo por una buena causa. Siempre había sido amable como mi padre. Nunca había querido pelear. Cuando era un niño de ocho o nueve años, varias veces me golpeaban niños más pequeños que yo. Entonces, una vez mi madre dijo: "¿Por qué no les devuelves el golpe la próxima vez?" Nunca se me había ocurrido.

La próxima vez que fui atacado, recordé lo que mi madre había dicho y arremetí ciegamente. Me conecté y realmente dominé al matón que me estaba atacando. Me sorprendió gratamente lo que había podido hacer. Al mismo tiempo, sentí lástima por el tipo al que había golpeado. A continuación, los agresores se colocaron fuera de mi camino por un tiempo.

Más tarde me vi obligado a más enfrentamientos. Y lo peor de todo, la parte realmente insopportable es que estaba siendo golpeado. Podrían arruinarte la cara. Por extraño que parezca, tampoco tuve mucha satisfacción al sacudir a alguien. Siempre sentí pena por él.

Si he tenido que luchar, la mayor satisfacción era cuando estaba intercambiando golpes con alguien con quien estuviera muy igualado. El buen sentimiento estimulante de los golpes del otro tipo en tu carne si no eran demasiado terriblemente duros. Mirando a los ojos de tu oponente y viendo la mirada de respeto, amor casi fraternal y camaradería, cuando recibías un buen golpe. La sensación de que realmente éramos amigos y muy buenos en lo que estábamos haciendo y llenos de una fuerza y energía juvenil deliciosa.

Un día, cuando yo estaba trabajando en el gimnasio, un tipo que ayudaba en la sala wobbly me vio peleando y dijo: "Oye, ¿por qué no vienes al cuadrilátero del local? Tenemos un encuentro con cuatro combates de tres asaltos una vez al mes".

Lo pensé. Demonios, sólo tenía catorce años. Medía casi uno ochenta, y pesaba 88 kg ahora con la comida gratis de mi trabajo. Pero todavía estaba un poco inseguro de mí mismo, así que lo rechacé. Mientras tanto, comencé a practicar más y más en el gimnasio. La próxima vez que me pidieron que boxeara en la sala wobbly finalmente accedí.

Hay una gran diferencia entre las peleas callejeras y el boxeo real. En las peleas, probablemente podría haber vencido a noventa y nueve tipos de cien. Pero, como muchos otros, aprendí de la manera más difícil que el boxeo real era diferente. Se necesita mucha técnica, entrenamiento y resistencia.

La noche de mi primera pelea allí, debía haber quinientos miembros amontonados en la sala wobbly. No era solo el boxeo. Primero fue el canto, dirigido por Katie Phar, "Wobbly songbird" ["Pájaro cantor tambaleante"]. Era una niña pequeña, de unos cuatro pies de altura, ¡pero cómo cantaba! Fue Katie, y no Elizabeth Gurley Flynn, como dicen los libros de historia, quien inspiró la canción de Joe Hill, "The Rebel Girl" [La chica rebelde]. Después del canto, vinieron un par de conferencias sobre la lucha de clases a cargo de Big Jim Thompson y una mujer llamada Kate Sadler, que también era una excelente oradora. Y luego un sketch sobre la masacre de Everett, por Walker C. Smith que a pesar de todo temblaba como una hoja.

La pelea finalmente comenzó. Mi oponente era un maderero sueco de veinte años llamado Battling Swensson. Medía solo 1,75 m., pero era todo músculo. Yo era más grande que él y pensé que solo sería un empujón. La campana sonó y yo levanté mis guantes. Antes de que supiera lo que me golpeó se apagaron las luces. Estaba tumbado de espaldas. Simplemente me quedé allí sacudiendo la cabeza hasta la cuenta de nueve. Tuve más cuidado a

partir de ese momento, y al final del tercer round todavía estaba en pie. Fue todo lo que pude hacer para durar los tres asaltos.

Estaba decidido a descubrir lo que había hecho mal. Ahora pasaba cada minuto disponible en el gimnasio haciendo ejercicio. Un mes después, pensé que estaba listo para intentarlo de nuevo.

Esta vez mi oponente era un indio oriental, uno de esos grandes sijs que habían aterrorizado a los alemanes en la guerra al que yo llamaba Punjab Jabber. La mayoría de los indios que fueron a pelear prefirieron la lucha, pero Jabber era una excepción. Tenía una gran sonrisa tranquila y parecía el tipo más amigable del mundo. Pero cuando sonó el timbre, era otro asunto. Esta vez no fui derribado, y me di cuenta mejor de lo que había hecho el sueco, pero cuando sonó la campana final supe que no era el ganador. Lo que Kipling escribió sobre Gunga Din eran las cosas buenas, de acuerdo, pero algunos de estos fanáticos de las Indias Orientales eran bastante duros e inteligentes.

[Gunga Din es uno de los poemas más famosos de Rudyard Kipling. Su último verso es “Tú eres mejor hombre que yo”]

Decidí que lo intentaría una vez más. Esta vez mi oponente era un tipo de veintidós años que se llamaba a sí mismo Slugger Kelly. Parecía que estaba hecho de acero sólido. Justo antes de la pelea, el delegado wobbly que conocí se me acercó. "Espero que hayas mejorado tu pegada, Joe", dijo en voz baja. "Estamos bastante seguros de que es un soplón. Lo han visto dos veces en compañía de toros encubiertos. Y dijo que antes de que llegara a Seattle trabajó en el campamento de Neversweat para Humptulips. Nos pusimos en contacto con algunos de nuestros muchachos en ese mal llamado laboratorio de insectos, y nunca habían oído hablar de él".

Esa era toda la motivación que necesitaba. Esta vez estaba decidido a ganar. En los pocos minutos restantes antes de la pelea, planifiqué una nueva estrategia.

La pelea comenzó. Contuve deliberadamente, concentrándome en la defensa, dejando a Kelly desgastarse a sí mismo poco a poco, dando vueltas alrededor del cuadrilátero. Cuando la primera ronda llegaba a su fin, puse cara de preocupación y comencé a retroceder más rápido. Tomó el cebo y avanzó hacia mí más agresivamente, bajando la guardia. Luego, cuando se apresuró a

atacarme, de repente di un paso atrás, me detuve y le hice un gancho con todo lo que tenía. "Eso es por Frank Little ", dije en voz baja. Se quedó allí aturdido. "Este es por Wesley Everest", dije, dándole con la izquierda. Empezó a caer. "Y este por Joe Hill". Lo golpeé con otro uppercut de la mano derecha mientras caía hacia la colchoneta. Estuvo fuera de combate durante unos quince minutos. Nadie más lo vio alrededor de Seattle después de eso.

Después de las peleas, dos de los editores del *Industrial Worker* se acercaron a mí y me pidieron una entrevista. Uno fue Walker C. Smith, el padre de *Boxcar Bertha*. El otro fue uno de los primeros wobblies de todos, un hombre de unos sesenta años llamado Mortimer Downing. En el curso de la conversación, se supo que era uno de los 165 wobs principales condenados por oponerse al esfuerzo de guerra en el gran juicio de 1918, ahora en apelación. El juicio se dividió en tres partes: el juicio de Chicago, el juicio de Wichita y el juicio de Sacramento. Después de que Bill Haywood y los otros cien líderes principales hubieran sido acusados por el gobierno en el juicio de Chicago, Downing y los demás en Sacramento pensaron que era inútil. Así que habían organizado la famosa "defensa silenciosa" en la que ninguno de ellos había dicho una sola palabra durante todo el juicio,

Naturalmente, el interés de Smith y Downing en mí me impactó. Me preguntaron si tenía un apodo como un boxeador, y les dije que no. Así que me llamaron "Kid Murphy" y el nombre gustó. Me hicieron un buen reportaje, y más tarde comenzaron a publicar algunos de mis poemas en el periódico, a la vez que continuaba boxeando de vez en cuando, puliendo mi técnica poco a poco, ganando gradualmente más y más combates. Pero desafortunadamente, o quizás afortunadamente, tuve que salir a la carretera como la mayoría de los wobs y buscar trabajo, por lo que nunca pude prestar mayor atención al boxeo. De todos modos, estaba más interesado en la lucha de clases y en la organización para el IWW.

Casi al mismo tiempo que sucedía todo esto, las camareras del restaurante en el que trabajaba se declararon en huelga. Las camareras eran buenas chicas. Un par de ellas habían sido dejadas en la estacada con niños pequeños por sus novios que solo estaban pasando el tiempo. El dueño del café anunció un recorte salarial. Mi paga también iba a ser reducida. No me molestó demasiado, porque se acercaba la primavera y estaba a punto de dejar aquel mal trabajo y volver a trabajar en los cultivos. Pero sentí pena por esas pobres camareras.

"Mirad", les dije. "No tenéis que aguantar esto. Hay un par de cientos de wobblies desempleados merodeando por la sala del IWW que podrían ayudaros si os declaráis en huelga". Las convencí de tener una reunión con uno de los delegados del salón y todas se alinearon y se unieron al sindicato. Creo que fue principalmente porque les conté sobre una táctica de huelga de la que había oído hablar, que los wobblies de Seattle habían usado en una huelga en un café unos años antes.

Funcionó de la siguiente manera: las camareras le hicieron al propietario su pedido de que rescindiera el recorte salarial incluso a mí. Justo antes de eso, al ver los platos en la pared, había hecho mi propia contribución especial: mientras el hombre estaba en el frente del café discutiendo con las camareras, conseguí una escalera y puse todos los platos en el techo. Nunca he creído en el robo, pero esto estaba más en el orden de la mala colocación temporal.

Alrededor de las once de la mañana las camareras comenzaron a piquetear. El dueño estaba enojado como el infierno. No me quedé para ver la expresión de su cara cuando volvió a la cocina. Pero di una vuelta alrededor de un par de manzanas y tomé un puesto en otro restaurante pequeño al otro lado de la calle para observar la acción. El dueño, más apretado que la corteza de un árbol, había logrado recolocar algunos platos en otro lugar y hacer que algunos de los miembros de su familia esperaran a los clientes.

Alrededor de las once y media, los wobblies comenzaron a llegar desde la sala. Las camareras fingieron gritarles y maldecirles mientras atravesaban su piquete. Los wobs ocuparon todos los asientos disponibles en el largo mostrador y en todas las mesas. Y todos, hasta el último hombre, pidieron una taza de café y lo entretuvieron durante una hora. Los pocos clientes o despistados que cruzaron la línea de piquete dieron una mirada al interior, se rindieron y se fueron. Cuando terminó la hora del almuerzo, los wobblies pagaron y se fueron. Excepto una pareja que había ordenado filetes y, cuando llegó el momento de pagar, dijeron: "Cárguelo al alcalde" y salieron corriendo por la puerta, una vieja táctica wobbly.

Bueno, el dueño de Skinflint lo soportó durante tres días, luego finalmente se rindió. Después de eso, se mantuvo alejado del lugar la mayor parte del tiempo y dejó que las chicas manejaran el lugar casi como les gustaba.

VII. 'TODOS SOMOS LÍDERES'

Estaba llegando la primavera ahora. No había mucho trabajo alrededor de Seattle. Me estaba inquietando y quería tratar de ganar algo de dinero haciendo trabajo de bracero. Le escribí una larga carta a mis padres y otra a mi hermano Emmett, y luego di la vuelta y me despedí de mis amigos. Luego junté mi hatillo, bajé a los andenes de carga y me adentré en las entrañas de un traqueteante que se dirigía hacia el Este hacia Wenatchee al cinturón de los huertos. Esta vez tuve suerte y no me topé con ningún toro del ferrocarril.

Cuando llegué a Wenatchee, tomé un poco de café y una rosquilla en un restaurante, y luego dirigí mi camino hacia el vestíbulo wobbly. Un par de los tiesos allí me sorprendieron viniendo y dirigiéndose a mí como "Kid Murphy". Me habían visto dar el bofetón a "Slugger Kelly", en el vestíbulo de Seattle y me hicieron una buena recepción. El único problema era que ahora, siempre que esperaban problemas, acudían a mí porque me conocían como un buen luchador, una reputación que no podía deshacerse.

A veces parecía que me seguían los problemas. No había estado allí diez minutos cuando un par de wobs irrumpieron en el pasillo y nos dijeron que se había iniciado una huelga en un gran huerto de manzanas en las afueras de la ciudad donde se estaban plantando cientos de árboles jóvenes. El granjero les había dicho a los trabajadores que pagaría un cierto salario, y luego intentó reducirlo una vez que comenzaron a trabajar. Todos habían renunciado y empezaron a hacer piquetes.

Había unos cuarenta wobs en el vestíbulo. El Secretario convocó una reunión improvisada y discutimos nuestra estrategia. Había solo un par de mercados de esclavos [Oficinas de trabajo temporal] en la ciudad abiertos en esa época del año, y era casi seguro que el granjero los visitaría en busca de rompehuelgas. Decidimos que seríamos los "esquiroles".

Se decidió que los nuevos wobs en la ciudad, incluyéndome a mí mismo, irían primero a los mercados de esclavos, para que fuera menos probable que el agricultor viera a algún wobbly conocido. Por suerte, casi en ese momento llegó un mercancías a la ciudad desde el Este y otros cincuenta nuevos wobs llegaron hasta el vestíbulo.

Partimos hacia el *mercado de esclavos* en unidades de uno y dos y tres, los forasteros primero. Nuestro plan era conseguir el trabajo, ir a la granja, hacer trabajo lento y finalmente unirnos a nuestros compañeros de trabajo en huelga.

Efectivamente, justo cuando llegamos al primer mercado de esclavos, *John Farmer* llegó a la ciudad en su Maxwell. Nos miró de reojo y luego preguntó si había wobblies en el grupo. Ninguno de nosotros había oído hablar del término en su vida. Se ofreció a pagarnos un par de centavos más por hora que a los huelguistas y nos cogió a unos cuarenta. Luego nos dio instrucciones para llegar a su plantación a un par de millas de la ciudad.

Se estaba haciendo media tarde. Cuando llegamos al lugar, encontramos a nuestros compañeros de trabajo haciendo piquetes, bailando y cantando canciones wobbly y generalmente divirtiéndose. Nadie se había atrevido a cruzar su animado piquete, ni siquiera los hijos del granjero. Al principio, dejaron de cantar y empezaron a darnos miradas malas cuando nos acercamos. Luego, cuando reconocieron a algunos de nosotros, comenzaron a mostrar el mejor rendimiento de hostilidad falsa que he visto, llamándonos todo lo que hay en los libros.

El granjero estaba en su limusina. Cuando retrocedimos un poco por pretendido temor, aumentó la paga un par de centavos más por hora, nos dio algunas instrucciones y luego se retiró rápidamente a su casa de la granja, o tal vez para buscar al sheriff. Ambos grupos de hombres mantuvimos nuestro papel en la opereta. Nuestros compañeros de trabajo nos dieron algunos codazos juguetones mientras cruzábamos su piquete, para el caso de que el granjero John todavía estuviera mirando por su espejo retrovisor.

Llegamos a las largas hileras de plantones que fuimos contratados para plantar. Un chico de ojos llorosos de mi edad que dijo que no había dormido desde que había subido en un mercancías en Idaho el día anterior, miró a uno de los pequeños retoños y preguntó con aparente sinceridad: "¿Cuál es el fin de estas cosas? ¿Volver al suelo, de todos modos?

Miré a los retoños. En realidad, sin hojas aún en las ramas, los dos extremos no se veían muy diferentes.

"Entonces tuve un destello de inspiración". ¿Nunca has plantado árboles jóvenes antes?", dije. "Pensé que cualquier tonto sabía sembrarlos". Y agarré uno de los árboles jóvenes, lo clavé en el suelo con sus raíces en el aire, y comencé a llenar el agujero alrededor de sus ramas con mi pala.

Sin pensarlo, el otro chaval hizo lo mismo. Entonces el siguiente hombre de la fila vio lo que estábamos haciendo, y él siguió dando ejemplo. Pronto todos estaban plantando los árboles al revés. Era una hermosa vista. Los piquetes se retiraron a un pequeño lado y se quedaron sentados mirándonos con grandes sonrisas en sus caras, como si pensaran que era el mejor espectáculo de la Tierra.

En unos veinte minutos habíamos plantado unos cien árboles con sus raíces al aire. Parecía el techo del infierno. Cuando el granjero regresó media hora después y vio lo que habíamos hecho, pensé que iba a morir de apoplejía. De hecho, cayó sobre el coche durante un minuto, rasgando su cabello.

Después de que se calmó un poco, algunos de nuestros miembros más experimentados se acercaron a él. "Estoy vencido", podían oírlo decir. "Estoy vencido" Y luego, después de gemir, soplar y resoplar por un rato, preguntó: "¿Quién es vuestro líder?" En la tradicional tradición wobbly, dijimos: "Todos somos líderes". Después de que finalmente había digerido eso, la negociación comenzó, muy discreta. Aceptó pagar al segundo grupo de nosotros un dólar a cada uno por nuestro trabajo y el viaje, y contratar a la tripulación original de acuerdo con lo que inicialmente les había prometido, incluido el tiempo de piquete. El resto de nosotros caminamos de regreso a la ciudad cantando "Solidarity Forever" y algunas otras canciones wobbly.

Conseguí un trabajo con otro grupo por un tiempo. Cuando ese trabajo terminó, un grupo de nosotros regresó a Seattle en los mercancías. Era finales de abril, y la IWW estaba preparando un gran día de campo para el Primero de Mayo en Renton Junction, cerca de Seattle. Bill Haywood y Ralph Chaplin, ambos fuera de Leavenworth en apelación de sus condenas de veinte años, serían los oradores. Naturalmente todos queríamos ver al Gran Bill.

Nunca había visto tantas personas en un solo lugar antes. La mitad de Seattle debió haber ido. Había grandes pancartas del IWW por todo el lugar, y todos reían, cantaban y charlaban, generalmente con buen ánimo. También había muchas chicas lindas allí. Y para nuestros chavales de clase trabajadora las chicas del IWW eran una insignia de honor.

Primero Katie Phar nos dirigió en algunas canciones, y debieron haber escuchado nuestras altas voces en Spokane. Luego Big Bill se levantó para hablar, y la multitud se volvió loca. Por eso él era, nuestro principal orador, el gigante tuerto que había caminado a través de las bayonetas de Denver, que había llevado a los plutócratas a un punto muerto en Coeur D'Alene, en Silver

City y Telluride y Leadville y Lawrence y Paterson... que había llevado al IWW desde menos de 20.000 a más de 100.000 miembros.

Dijeron que Haywood había sufrido mucho en la cárcel, que tenía diabetes y que no era lo que era antes. Pero aún así, su voz retumbante es la más impresionante que he oído, y su razonamiento directo es la declaración más concisa, directa y efectiva sobre la lucha de clases que he escuchado. Él nos tenía hechizados a todos. Pronunció su famoso pasaje "Tengo un sueño" que había usado en discursos anteriores, sobre su visión de la Comunidad Cooperativa donde todos compartirían el trabajo y la riqueza de la sociedad como iguales, donde nadie pasaría necesidades. Cuando finalmente dejó de golpear el aire con sus grandes puños y su poderosa voz, todos sentimos que habíamos compartido un momento trascendental de la historia.

Entonces surgió la figura carismática de Ralph Chaplin. Revisó los horrores e iniquidades de la lucha en Centralia y habló del gran espíritu que los prisioneros del IWW habían tenido en Leavenworth. En su estilo inimitable y poético, expresó sus propias visiones de la nueva sociedad. Creo que miles de nosotros en la multitud sentimos que, con personas tan notables en nuestras filas, éramos invencibles.

Después subí y estreché la mano de Ralph Chaplin. Se acordó de mí y me llevó a presentarme al gran hombre. Cuando Bill Haywood me estrechó la mano con su firme y cálido agarre de minero, tuve la sensación mística de que parte de su poder, inteligencia y determinación me estaban invadiendo, para ayudarme en mis propias luchas por la organización. Durante horas estuve en el séptimo cielo. Una especie de película luminosa parecía flotar entre mí y todo lo que miraba. Los wobblies creímos que todas las personas son iguales y no estábamos acostumbrados a la adoración de héroes. Pero yo solo era humano.

Deambulé por Seattle durante un par de días y luego volví a los campos de *John Farmer*. La euforia revolucionaria no llenaba el estómago. Comencé a abrirme paso hacia el Este en los mercancías con otros hobos, siguiendo nuevamente la cosecha a lo largo del Medio Oeste, hasta Canadá y de nuevo al Noroeste en el otoño de 1920.

Estuve en algunas pequeñas huelgas, algunas de las cuales ganamos y otras perdimos, y algunas peleas con ladrones y toros en los mercancías y en las selvas. Parecía que cuanto más conseguíamos subir los salarios, más ladrones, muchos de ellos policías, empezaban a robar a los trabajadores su salario

duramente ganado. Se estaba convirtiendo en un problema cada vez más grande.

A fines del otoño, cuando terminó la cosecha, comencé a trabajar en el bosque nuevamente, al noreste de Seattle. Y ocasionalmente, cuando tenía un poco de dinero ahorrado, me metía en Seattle para un combate de boxeo. Me estaba poniendo mejor ahora. Casi en todos los lugares a los que iba, la gente me conocía como Kid Murphy, y ganaba alrededor de tres cuartos de mis combates.

Me pasé mucho tiempo leyendo en serio y tratando de conocer a los bolcheviques. Sabía que algunos de los wobblies más destacados ya se habían unido a ellos, pero me costó mucho darme cuenta. Tal vez porque era de Missouri, el Estado del "convénceme", era algo agnóstico en todo.

Siempre intenté ver todos los lados de un problema y tenía que estar muy seguro antes de decidirme definitivamente sobre algo. Sabía que grandes segmentos de la clase trabajadora estaban muy oprimidos y que la IWW estaba haciendo algo para remediar la situación. Pero en cuanto a la forma exacta que debía adoptar una nueva sociedad ideal, estaba lejos de estar seguro, y tampoco creo que nadie más lo supiera con seguridad. Pensé que iba a necesitar mucha experimentación lograr la sociedad ideal.

Los bolcheviques habían formado lo que se llamaba la Internacional Roja de Sindicatos, y querían que la IWW fuera parte de ella. Nos invitaron a enviar delegados a una gran Conferencia en Rusia para discutirlo. Enviamos a un wobbly muy inteligente llamado George Williams y a otro delegado.

Pero cuando llegaron a Rusia, resultó que lo que los Bolshies querían que hiciéramos era disolver la IWW y nos infiltrásemos en la AFL. Puedes imaginar nuestras reacciones a eso. John Reed, que estaba en Rusia en ese momento, se puso de nuestro lado y planteó su plan, pero los Bolshies no lo escucharon.

Es difícil de entender. Tal vez los Bolshies pensaron que éramos demasiado populares, que nuestro sistema triunfaría sobre el de ellos. Tal vez temían no poder controlarnos. Todo lo que habían sido era una organización muy autoritaria. No entendían la democracia y las personas a menudo tienen miedo de aquello con lo que no están familiarizadas.

Nuestros delegados regresaron y recomendaron que no nos afiliáramos con los leninistas. "Los trabajadores no son libres en Rusia", decían. Y las bases votaron la no afiliación.

Después de eso, el Partido Comunista en los Estados Unidos recibió órdenes de destruirnos. Comenzaron a tratar de romper nuestras reuniones. Una célula de ellos boicotearon a Ralph Chaplin cuando estaba hablando en la calle desde una caja de jabón, tapando su voz cantando su propia canción, "Solidaridad siempre".

Todo esto daba vueltas y vueltas en mi cabeza cuando estaba acostado en mi litera agotado por la noche. Y a menudo me preguntaba: ¿A dónde voy? ¿Qué quiero de la vida? Supongo que casi sabía lo que quería: un trabajo decente, una esposa, un hogar, las cosas que casi todo el mundo quiere. Pero parecía que tenía la misma oportunidad que una bola de nieve en el infierno de conseguir alguna de esas cosas, de la forma en que estaban preparadas.

Pensé en los grandes mártires wobbly y en algunas de nuestras personas que daban toda su vida al movimiento para mejorar la sociedad, pero tampoco quería llegar a ese extremo. Poco a poco llegué a la conclusión de que ninguno de los enfoques era correcto para la mayoría de las personas: egoísmo completo o total abnegación. Me pareció que el enfoque más racional era dirigir un curso en alguna forma intermedio: tratar de trabajar tanto por mi propia felicidad como por la felicidad de todas las demás personas del mundo.

De todos los discursos y ensayos que escuché o leí en esos días, creo que las palabras que más me impresionaron fueron las de Eugene Debs: "No quiero levantarme sobre la clase trabajadora; quiero levantarme con la clase trabajadora."

Y ese se convirtió en el plan de mi vida.

VIII. HAY BELLEZA EN LOS FURGONES

Unas semanas más tarde, decidí hacer mi primera visita anual a los prisioneros de guerra wobblies en la prisión de Walla Walla, en el sur de Washington, me detuve por un tiempo en Yakima para visitar a un amigo. Luego, a primera hora de la tarde, bajé al ferrocarril para tomar un mercancías que se dirigía al este hacia Pasco y Walla Walla. Mi corazón siempre latía un poco más rápido cuando me movía alrededor de los trenes. Hay magia sobre los trenes. Y la parafernalia del ferrocarril siempre me pareció mucho más sólida, real, proletaria, democrática y emocionante que la mayoría de los aspectos del mundo.

Un mercancías largo estaba llegando lentamente justo cuando llegué. A un lado, por unos cobertizos, vi a un grupo de trabajadores de la cosecha en espera. Cuando el tren casi se detuvo, vi a unos cuantos hobos bajarse y acercarse al grupo que esperaba en los cobertizos. Uno de ellos, un chico de unos veinte años, se destacaba de los demás. Tenía una cierta dulzura brillante en sus ojos. Me acerqué a él. Me dijo que su nombre era Bill Douglas.

"¿Algún furgón vacío?" Pregunté.

"Ni uno", dijo con una voz amable. "Supongo que tendrás que ir arriba o montar en las barras".

Bill era el tipo de hombre al que podría haberte dicho cualquier cosa. Tuvimos una relación inmediata. "Supongo que soy demasiado gallina para ir en los soportes"

Dije. "Ver las traviesas volando a pocos centímetros de mi nariz me da escalofríos. Pero supongo que tendré que hacerlo"

"El secreto es poner unas tablas sobre los soportes", dijo. "Entonces te sientes más cómodo y seguro. También hay algunas tablas viejas detrás del cobertizo".

Nunca había pensado en eso. Y al parecer tampoco muchos de los otros hobos lo sabían. Le di las gracias y fui a buscar las tablas. Conseguí tres tablones de una pulgada, y cuando nadie parecía estar mirando, salí y los

deslicé sobre los soportes debajo del extremo del vagón más cercano. Bill Douglas sabía de lo que estaba hablando: hicimos una pequeña y limpia plataforma para que no la vieran los transeúntes ocasionales. Tiré mi mochila en mi pequeño y acogedor nido y me subí después de él.

Después de lo que pareció una espera interminable, el mercancías se movió con un tirón, descarrilando mi tren de pensamiento. Pero no fue muy lejos. La derivación de los vagones del tren de ida y vuelta comenzó cuando otros vagones se retiraron y se agregaron al tren. Cada vez que un vagón nuevo se acoplaba, sonaba como una ronda de artillería pesada. Ahora estaba realmente contento de tener las tablas para protegerme.

Luego, cuando pensé que ya no podía soportarlo más, comenzamos a deslizarnos suavemente, con una aceleración casi imperceptible. Todavía es un misterio para mí cómo los vagones de tren se pueden acoplar con tanta ferocidad asesina y, sin embargo, trenes de cientos de coches pueden deslizarse repentinamente desde un punto muerto hasta cincuenta Km/h tan suavemente que apenas sabes que ha comenzado. Nos deslizamos a lo largo entre otros trenes y cobertizos y almacenes durante un tiempo, y luego entramos en campo abierto y seguimos nuestro camino.

Hay una gran belleza en los furgones. Asegurándome en mi posición oculta, pude verlos tendidos delante de mí mientras el largo tren hacía grandes giros a lo largo del río y para cada color rojo, verde y naranja hay casi un mundo propio de coches de todas partes. El continente, caminando alegremente a la brillante luz del sol de primavera, disparado a quién sabe qué lejano destino, como verdaderos aventureros románticos. El tren se deslizó durante mucho tiempo y se hundió como un gran barco en alta mar, y su pitido lejano silbaba y chillaba como la llamada lastimera de las gaviotas.

Me quedé mirando las cosechas maduras, meciéndome suavemente de un lado a otro, y tuve la sensación de que todo era una gran masa hermosa y palpitante, que formaba parte del tren y del campo que pasaba, y que incluso después de todo, solo caería en una suave y acuosa masa de tierra y cielo. Y a menudo pensé que me gustaría quedarme en un solo vagón durante todo un mes, solo para ver todos los lugares a los que va. Los vagones eran un hogar para nosotros, y pensábamos en ellos como lo hacen algunas personas con respecto a sus casas o sus botes, como si estuvieran vivos y fueran individuos, cada uno con una personalidad y un destino humano. Caravanas de colores moviéndose sobre la faz de la tierra.

Mientras pasábamos por pequeñas granjas y aldeas perdidas, anhelaba mirar por las ventanas de las casas, ver a la gente de allí, saber cómo eran, sus opiniones y sentimientos, sus aspiraciones, conocer a sus amigos. A todos ellos fusionándose con toda la humanidad. Esos montones de hierba fresca entre las pequeñas casas de armazón parecían tan reales, tan básicos, tan buenos, tan sin pretensiones, de alguna manera tan vivos como la realidad de charcos de barro y niños con cometas.

Sin embargo, a medida que aparecían todas las imágenes y los sonidos y luego desaparecían y se perdían para siempre, también sentía el peculiar aislamiento de los trenes de carga que circulando, deseaban alcanzar y tocar toda la vida, pero sin poder hacerlo. Pero luego pensaba: a veces es bueno comunicarse con los humanos y otras es bueno estar aislado así, solo con tu propia alma, pero con el mundo entero esperándote cuando el tren se detenga.

Pasamos de los huertos al trigo de invierno, que ondeaba en el viento como un gigantesco océano verde-dorado, brisas repentinamente lo arrastraban como cardúmenes de peces que arrasaran la superficie. Un vasto espectáculo en constante cambio.

Pensé en fragmentos de recuerdos del ferrocarril, en el famoso toro del ferrocarril, "Umatilla Red", que había aterrorizado a los migrantes no muy al este de aquí. Un día intentó tirar demasiados bultos de un mercancías en movimiento y terminó golpeando el grano; un inmigrante italiano había encontrado su cadáver y telefoneó a la oficina para informar: "Hay un toro rojo en las pistas, ¿qué debo hacer?" El capataz, pensando que estaba hablando de una res, dijo: "Tíralo a una zanja y echa un poco de tierra sobre él". Así que...

A medida que avanzábamos hacia el este y la oscuridad descendía, comencé a cantar las canciones wobbly, "Casey Jones, Union Scab" [Casei Jones esquirol de la Unión] y "Hallelujah, I'm a Bum" [Aleluya soy un vagabundo] de Joe Hill:

*'Oh, ¿por qué no trabajas
como hacen otros hombres?'*

*'¿Cómo diablos puedo trabajar
cuando no hay trabajo que hacer?...'*

*"No puedo comprar un empleo
porque no tengo dinero,*

*así que me monto en un vagón
y soy un vagabundo...*

*'¡Aleluya, soy un vagabundo!
¡Aleluya, voy vagando de nuevo!
¡Aleluya, danos un folleto
para revivirnos otra vez!'*

Se puso oscuro y frío. Cuando nos detuvimos en el borde de una pequeña ciudad cerca de Columbia, decidí hacer una rápida carrera hacia la maleza para dejar escapar una fuga, sin tener la menor idea de cuánto tiempo se detendría el tren allí. Cuando empecé a volver a subirme debajo del auto un par de minutos más tarde, un guardafrenos o un toro de repente bajó de la escalera al final del auto y gritó: "¡Golpea la arena, vago!"

Me lancé corriendo hacia el bosque antes de que él pudiera alcanzarme. En la oscuridad, no creí que viera las tablas que había colocado debajo del auto. Corré a través de los arbustos unos dos coches más abajo. Cuando se giró hacia el otro lado, corrí entre dos autos y subí por los parachoques al otro lado del tren. Luego caminé tranquilamente hacia mi auto y me deslicé de nuevo a mi escondite. Tan pronto como estuve instalado, el tren comenzó a moverse. Pronto volvimos a movernos otra vez a 50 km/h, balanceándonos de lado a lado como un barco en el mar y cayendo en picado como por un golpe de las olas, hacia la noche.

Ahora que la oscuridad y el frío habían llegado, comencé a asustarme. Pensé de nuevo en Umatilla Red. ¿Qué pasa si el toro me había visto volver al tren? Había oído historias de toros y guardafrenos que deslizaban un perno de acoplamiento en el extremo de una cuerda bajo los coches y cortaban a los pobres vagabundos que montan las barras en pedazos. Más tarde, veríamos un obituario en el periódico local sobre un vagabundo que aparentemente se había emborrachado y se había desmayado en las vías.

El tren vibraba hacia el este, tomando velocidad. El viento que corría soplabía frío contra mi cara. De repente, escuché una especie de estruendoso ruido acercándose a mí. ¡Dios mío! Pensé. Era como una profecía autocumplida: allí había estado yo pensando en el más brutal de todos los trucos mortales de los toros del ferrocarril, ¿y ahora podría realmente estar pasándome a mí?

En un minuto más, toda duda se había disipado. Así que el toro me había visto volver. Los fuertes golpes y rebotes de acero sobre madera y metal que se acercaban más y más no podían ser más que un pasador de metal al final de una cuerda, rebotando asesinos debajo del auto. En otro momento estuve golpeando las traviesas y las tablas directamente debajo de mí. Y me sentí más agradecido a Bill Douglas de lo que nunca me había sentido por nadie en mi vida por sugerir las tablas: sin su protección, ya sería un cadáver.

El perno parecía atravesar las tablas, y me sentí como si me hubieran golpeado las costillas un centenar de expertos boxeadores con nudillos de latón. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que las tablas se convirtieran en astillas y el gancho golpearía mi carne desnuda. Estaba tan asustado que incluso me encontré rezando a Jerusalem Slim para que pudiera sobrevivir a la terrible experiencia.

[Jerusalem Slim es un apodo para el Jesús cristiano usado por los hobos, particularmente los miembros o simpatizantes de los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW). Slim es una alusión a la supuesta característica de vagabundo de Jesús debido a su estilo de vida itinerante.]

De repente se me ocurrió una idea: recordé los guantes que siempre llevaba en mi hatillo para el caso de que tuviera que hacer un trabajo pesado de pala. Busqué a tientas cuando el gancho golpeó las tablas debajo de mí, y finalmente me puse un guante en la mano derecha. Mi única esperanza, razoné, era agarrar el cable y sacarlo de las manos que lo sostenían en el otro extremo.

El tren siguió rugiendo. Una gran pieza de una de las tablas se golpeó y se cayó de debajo de mí. Podía oírla ser rota en pedazos a lo largo de la plataforma de la pista, ya que rebotaba entre las traviesas y la parte inferior del tren a alta velocidad.

Me giré un poco hacia un lado y observé cómo el pasador de acoplamiento rebotaba arrojando chispas mientras saltaba de un lado a otro, en forma de patín a unos centímetros de mis pies. El cable que lo sujetaba se movía hacia adelante y hacia atrás como una serpiente frenética y en constante movimiento. Lo agarré una vez, dos veces, sin éxito. Golpeó contra mi mano

enguantada como un alambre de alta tensión disparando electricidad a través de mí.

Entonces me concentré todo lo que pude. Recordando la velocidad con la que solía matar moscas con mi mano desnuda en nuestro porche en Missouri, extendí la mano rápidamente, agarré el cable y tiré con todas mis fuerzas. El cable de repente perdió su tensión. Lo dejé caer y escuché el pasador ir detrás de mí a lo largo del tren. ¿Acabo de imaginar que, un segundo después, vi a medias pasar una masa oscura debajo de mí en la cuna de la vía? ¿Pero seguramente el toro o el guardafrenos serían lo suficientemente tontos como para no haberse agarrado en el otro extremo?

Di un grito de alivio y me recosté en lo que quedaba de las tablas debajo de mí. Con una mano temblorosa limpié el sudor que goteaba de mi frente. Mi corazón parecía latir mil veces por minuto.

Después de unos minutos, cuando me sentí un poco más tranquilo, comencé a preocuparme sobre qué hacer a continuación. Si el toro todavía estaba allí, ahora debe estar más loco que nunca. Y si estaba lo suficientemente loco como para asesinar deliberadamente a personas de esa manera, podría imaginarme lo que me haría cuando el tren se detuviera. Solo estaba rezando para que cuando el tren se detuviera, hubiera otras personas alrededor para que, en el peor de los casos, me arrestaran por entrar sin autorización. Un mes en la cárcel se veía bien por ahora. Pero ¿y si no hubiera nadie alrededor?

Miré a través de la oscuridad a las barras que se extendían hacia el otro extremo del auto. No había manera de que pudiera alzarme a los lados o a la parte superior del auto con el tren en marcha. Pero si pudiera caminar hacia el otro extremo de su lado derecho, al menos tendría un margen de maniobra de segundos en la siguiente parada mientras el toro miraba hacia mí por debajo de este extremo, y tal vez podría escapar antes de que él me atrapase. Puede que fuera mi única oportunidad.

Me puse el otro guante y, con cautela, comencé a arrastrarme y me abrí paso a lo largo de las barras que sobresalían, tratando de no ver los residuos voladores y las cenizas a centímetros de mí. Me movería unos pocos pies, me detendría para descansar, y luego avanzaría lentamente unos pocos pies más, aferrándome a las barras temblorosas. En veinte minutos había llegado al otro extremo del coche. Tuve que abandonar mi mochila, pero eso parecía un pequeño sacrificio en esas circunstancias.

Me quedé agazapado bajo el otro extremo del coche, listo para saltar en el instante en que el tren se detuviera. Parecía que nunca lo haría. Pero finalmente, a una hora indeterminada en medio de la noche, se detuvo en Pasco. En el instante en que vi que las ruedas no iban lo suficientemente rápidas para atropellarme, salté y corrí hacia los arbustos. No me tomé el tiempo de mirar alrededor para ver si alguien me estaba siguiendo. Salí corriendo a través de la oscuridad durante tres o cuatro cuadras antes de detenerme detrás de un cobertizo para recuperar el aliento. Nadie estaba a la vista. Luego, lentamente, di una vuelta alrededor de la ciudad por el campo circundante antes de regresar a una o dos millas de donde dejé el tren.



Trabajadores migrantes esperando un mercancías

Me senté temblando junto a una choza abandonada hasta que comenzó a aclarar. Luego encontré un bar grasiendo y desayuné, rezando para que un toro o un guardaagujas no entrara y me reconociera. Más tarde, después de limpiarme en el baño, tomé un autobús en dirección este hacia Walla Walla. Y a lo largo de todo el camino le di las gracias a William Douglas por darme esa sugerencia sobre colocar tablas sobre las varillas; de lo contrario, me habrían cortado en listones. Supongo que el recuerdo de sus días de trabajador migrante de la cosecha se quedó con él. Cincuenta años después, cuando estuvo en la Corte Suprema de los Estados Unidos, expresó la opinión mayoritaria sobre un caso histórico que ayudó a la Organización Sindical de Trabajadores Agrícolas.

Cuando llegué a Walla Walla, compré tabaco, revistas y fruta y me dirigí a la prisión. Era un lugar de aspecto sombrío. Pensé en Eugene Debs y Bertrand Russell y sus años en la cárcel por obedecer las enseñanzas de Jerusalem Slim y negarse a matar. Era un mundo extraño este, donde los trabajadores eran encarcelados por negarse a matar y por querer que todos tuvieran una vida feliz.



Elmer Smith

Cuando llegaba a la prisión, vislumbré a nuestro abogado wobbly, Elmer Smith, que salía después de una visita a los prisioneros. Se acordó de mí y me saludó calurosamente. Tuvimos una charla larga fuera de las puertas de la prisión. Le conté de mi terrible experiencia de la noche anterior, y él me dijo que estaba tratando de tomar alguna acción legal para frenar las actividades ilegales de los toros del ferrocarril. Había oído hablar de mi reputación como boxeador y me instó a unirme a uno de nuestros escuadrones de vuelo, pero me advirtió que tuviera cuidado. Durante el resto de su vida, Smith continuó

viajando constantemente, hablando y trabajando por la liberación de los prisioneros de Centralia. Finalmente me despedí de él y fui a la prisión.

Los siete prisioneros parecían un poco demacrados pero alegres. La mayoría de ellos recordaron verme en la cárcel de Centralia o en la sala de audiencias de Montesano. Estaban extremadamente agradecidos por mis regalos. Les conté de mi compromiso de visitarlos al menos una vez al año durante el tiempo que estuvieran, y de un nuevo voto que acababa de hacer para convertirme en delegado del IWW a la primera oportunidad. Cuando se acabó el tiempo de visita, les di a todos un caluroso apretón de manos y el saludo de puño cerrado que Bill Haywood había utilizado en la huelga textil de Lawrence para simbolizar la solidaridad. Sentí lástima por las malas tensiones cuando salí de la prisión, pero me sentía bien por haberlos visitado y me había llenado de una emoción extraña: era como una experiencia religiosa, como un peregrinaje.

IX. EL ESCUADRÓN DE VUELO

Aquella noche tomé un tren hacia el Norte, a Spokane. No monté las varillas. Todo lo que podía pensar en el camino era conseguir encontrar algún día al psicópata que había intentado matarme y tomar mi venganza. Solo pude ver su rostro cuando me ordenó que bajara del tren, pero sabía que lo recordaría todo el tiempo que viviera.

Al día siguiente ya estaba en Spokane. Una de las primeras personas que vi en el camino fue mi amigo vagabundo Dale Curd. Estaba con otro wobbly tieso de la cosecha llamado Bad Axe Blackie. Blackie era un chico grande y simpático de descendencia canadiense. La gente asumió que su apodo estaba a la moda, usaba un hacha [axe] como arma, pero se llamaba así porque era de la ciudad de Bad Axe, al este del cinturón de la cosecha, trabajaba de vez en cuando en el camino, y se dirigía a donde sea que hubiera Informes de secuestradores o ladrones operando.

Compré algunas mantas nuevas y luego fui a la sala wobbly y me dispuse a "sacar el aparejo". Me dieron veinte tarjetas de afiliación en blanco y algunas hojas de informes en blanco y "agitadores silenciosos", las pequeñas pegatinas de propaganda del IWW que pegábamos por todo el país. Luego compré una aguja y un poco de hilo, y pasé la siguiente media hora cosiendo un bolsillo secreto en el interior de mi chaquetón para ocultar los suministros de delegado. Esa noche dormí en el vestíbulo wobbly.

Al día siguiente bajamos a los ferrocarriles. Estábamos a punto de tomar un flete hacia el este cuando supimos que había algunos incendios forestales en Wenatchee, y el gobierno estaba pagando a los bomberos treinta y cinco centavos por hora. Había habido algunos rumores de ladrones sobre esa zona también. Los tres necesitábamos el dinero y parecía que necesitaban mucho a los hombres, así que decidimos ir a combatir incendios por un tiempo.

Cogimos un lento arrastre hacia el oeste. Había otros cuatro o cinco rígidos en nuestro vagón, saliendo a combatir incendios también. A una hora o dos de Spokane miramos hacia el Noroeste. El cielo entero era como una gigantesca nube gris, ocultando el sol, ocultándolo todo. "Jesús", dijo uno de los hobos. "Parece que Armageddon ha venido a tragarnos".

En otra hora estuvimos en nuestra parada. No había mucha formalidad. Se estaba contratando a cualquiera que quisiera combatir incendios. Nos dieron una comida rápida y nos enviaron a las líneas del frente. Nos pusieron a trabajar construyendo cortafuegos, trabajando como locos. De vez en cuando, si el viento cambiaba un poco, teníamos una dosis de humo ahogando nuestros pulmones. Trabajamos hasta que nos caímos de agotamiento, alrededor de la una de la mañana.

Lo mantuvimos en funcionamiento durante dos semanas, trabajando diecinueve o veinte horas al día, hasta que finalmente tuvimos los incendios bajo control. Fue el trabajo más difícil que he hecho, pero pude ahorrar casi cien dólares.

Cuando Dale, Bad Axe y yo y unos cuantos más estábamos de pie junto a un tanque de agua esperando a que un cargamento nos llevara de regreso a Spokane, vimos a un grupo de hombres andantes que caminaban hacia nosotros por las vías. Tenían miradas enojadas en sus caras. Cuando se acercaron a nosotros, nos dijeron que habían sido pagados como bomberos el día anterior, y que la noche anterior habían sido detenidos por secuestradores a unos pocos kilómetros al este. Uno de sus miembros había sido asesinado cuando dio a los tres matones un poco de conversación. Nos dieron una descripción de los ladrones. Nos compadecimos con ellos por un tiempo y luego nos dirigimos hacia el campamento de bomberos para denunciar el incidente.

Salimos a un lado y tuvimos una consulta, revisando nuestro plan de acción por si nos topamos con los ladrones.

Aproximadamente una hora después, llegó un largo mercancías. Nos metimos en un vagón con otros veinte más. Cuando me estaba levantando, vi a tres hombres salir de unos arbustos y subirse al tren como treinta vagones atrás, justo cuando comenzábamos a movernos.

El tren tomó velocidad. Nos pusimos a hablar con los otros hobos. La mayoría de ellos habían estado luchando contra los incendios. Les alertamos del peligro del robo y desarrollamos un plan de acción concertado.

Unos cuarenta minutos después, por casualidad, miré por la puerta del vagón y vi un cuerpo rodando por la orilla. Al parecer, alguien acababa de caerse o había sido empujado del tren hacia el motor, salté hacia la puerta y miré. Adelante hacia el viento. Luego vi otro cuerpo que salía de un vagón. Tres coches delante de nosotros, alerté a los demás para que estuvieran en

guardia. Bad Axe y Dale sacaron sus armas. Todos estaban tensos, esperando lo peor.

Me quedé justo en la puerta escuchando. Unos diez minutos después, oí una voz justo por encima de mi cabeza que decía sobre el ruido del tren y el viento: "Ustedes dos sostienen sus armas sobre ellos y esta vez me llevaré la pasta".

Luego, una escalera de cuerda bajó por el costado y el primer individuo, pistola en mano, se introdujo en nuestro coche. Sabíamos que eran ellos o nosotros. No sé quién disparó primero. Vi arder el arma de Bad Axe y el primer ladrón golpeó la arena. Un instante después, el segundo individuo bajó y Dale comenzó a lidiar con él. Luego entró el tercero, justo contra mí, y mientras intentaba estabilizar su arma, agarré su muñeca y lo coloqué contra el costado del vagón. Me dio una patada como una mula, pero le puse el pie y le hice tropezar, y luego me puse encima de él. Cuando lo tuve bien sujetado, extendí la mano rápidamente y agarré su colt .38 y lo puse en mi bolsillo. Ahora yo también tenía un arma.

Cuando miré hacia arriba, no había señales del segundo individuo; un minuto después, Dale me dijo que se había caído del tren. Varios otros me estaban ayudando a sujetar a mi hombre ahora. Me levanté y le registramos la ropa. Luego le quitamos lo robado (tenía unos sesenta dólares) y lo repartimos entre todos en el vagón.

"¿Suficiente emoción para ti, Joe?" dijo Bad Axe cuando las cosas volvieron a la normalidad.

"Hace que el boxeo parezca un juego de niños", dije tratando de sonreír, todavía jadeando un poco.

"Lo hiciste muy bien", dijo Dale, dándome una palmadita en la espalda. "Con algunos más como tú en el escuadrón de vuelo, eliminaríamos a los delincuentes en un momento".

Mi corazón estaba latiendo rápido. Sentí una fuerte oleada de sentimientos confusos: conmoción, euforia, miedo, poder, júbilo de rectitud. Y creo que, por un momento, una especie de euforia sedienta de sangre por la violencia me invadió. Sin embargo, a medida que las cosas se calmaban, sabía que lo que habíamos hecho estaba bien y tenía que hacerlo alguien. Los policías, matones y ladrones eran el comité de defensa de la clase empleadora, así que en defensa propia teníamos que tener nuestro propio comité de autodefensa. Y

cuanto más lo pensaba, más orgulloso me hacía sentir que estaba inscrito en las tropas de choque del movimiento obrero.

El tren siguió rugiendo. Resultó que había otros tres o cuatro wobblies en el coche. Nos mostraron sus carnets rojos. Cuando los demás supieron que éramos wobblies, comenzaron a expresar su agradecimiento por lo que habíamos hecho por los trabajadores. En los siguientes minutos explicamos los principios de la organización y emitimos tarjetas de afiliación a las quince o más personas que aún no habían hecho fila.

Cuando el tren disminuyó la velocidad en una curva, abandonamos al tercer ladrón. Afirmó que lamentaba lo que había hecho y dijo que los otros dos lo habían presionado. Le dimos el beneficio de la duda y lo abandonamos cuando el tren iba lo suficientemente lento para que no se matara.

La próxima vez que el tren desaceleró, nosotros mismos saltamos. No queríamos arriesgarnos a entrar en Spokane, en caso de que la tripulación del tren se enterara de lo que había sucedido y llamara a los toros. Estábamos en una zona suavemente ondulada de pinares. Decidimos que pasaríamos unos días caminando tranquilamente por el bosque desde las vías del ferrocarril hacia Spokane, luego tomaríamos un flete hacia el sureste hasta la cosecha de trigo donde los robos eran más frecuentes.

Comenzamos a caminar por un barranco a lo largo de un arroyo hacia el norte. A última hora de la tarde llegamos a una pequeña cabaña. Un anciano estaba sentado en el porche delantero. Y resultó que estábamos de suerte: era un wobbly llamado Sven Lagerqvist. Se había afiliado como minero en Goldfield, Nevada, en 1907, y vio a Vincent St. John recibir un disparo en la mano de un toro feo allí. Nos contó cómo El Santo había organizado el lugar tan bien que casi todos en la ciudad recibían la misma remuneración, lo más cercano a una sociedad sin clases y a la hermandad entre hombres que había existido desde que los indios gobernaban América, hasta que Teddy Roosevelt organizó las tropas federales para acabar con todo

Sven nos invitó y cocinó un estofado de venado. Nos acostamos por la noche en el suelo junto a su estufa. Al día siguiente, cuando nos estábamos preparando para irnos, Sven nos dijo que iba a marcharse a visitar a su hija a California cuando se produjese la primera nevada de otoño, y nos dijo que podríamos usar la cabaña en su ausencia.

Dos días después estábamos en Spokane. Lo primero que vi mientras caminábamos por Trent Street fue un titular de periódico que gritaba: LOS

HOBOS ASESINARON A UN POLICÍA. Y ahí estaba su foto para demostrarlo: uno de nuestros grandes protectores públicos, un policía de la ciudad, que había estado robando a los trabajadores migrantes. En estas circunstancias, decidimos no ir a la sede wobbly. Encontramos a un compañero de trabajo a lo largo de la calle y le dimos un mensaje para que se lo pasara al Secretario mientras esperábamos en el borde de la ciudad. En un par de horas, un mensajero salió a nuestro encuentro y nos trajo información actualizada y un nuevo suministro de material de afiliación. Al anochecer estábamos en un mercancías rápido en dirección a la cosecha temprana de trigo en Kansas.

A la mañana siguiente, a primera hora de la mañana, estábamos circulando a unos cincuenta km/h en un auto lleno de restos de cosecha en el sur de Idaho. Me estaba golpeando la oreja en un rincón del vagón y soñando con sentarme en una gran cena en casa en Springfield con mi familia. De repente me di cuenta de que Bad Axe estaba sacudiendo mi hombro.

"¿Qué pasa?" Pregunté, limpiándome el sueño de los ojos.

"Arriba y abajo", dijo Blackie. "Alguien acaba de ver algunos ladrones en las cubiertas".

Levanté la vista y vi la cara de un joven hobo subido sobre la parte superior del auto. Mientras lo observaba, se inclinó para unirse a nosotros. "Estaba montando las cubiertas", nos dijo, sin aliento. "Los vi venir. Están unos diez coches más allá."

Despertamos a los hobos dormidos. Todos se prepararon. Esta vez teníamos una nueva estrategia, ni siquiera dejarlos entrar al auto. No podríamos conseguir de esa manera el dinero que habían robado, pero había menos posibilidades de recibir un disparo. Bad Axe estaba parado en el centro del auto con su barra, y Dale y yo estábamos a cada lado de la puerta con nuestros cuchillos de bolsillo abiertos.

No tuvimos que esperar mucho. En tres o cuatro minutos, una escalera de cuerda fue arrojada desde la cubierta superior y un par de piernas comenzaron a bajarla a la altura de la puerta. Teníamos nuestros cuchillos listos.

"Como escribió T-Bone Slim", dijo Bad Axe con una sonrisa sombría: "Dondequier que encuentres injusticia, la forma correcta de cortesía es el ataque". Cortamos las cuerdas cerca del techo y el ladrón se mantuvo. Bajando a lo largo del camino para conocer a la madre tierra.

El segundo ladrón había colgado sus pies sobre el costado. Dale lo agarró por los tobillos y lo metió en el auto, deslizándolo hacia la pared del otro lado. Vimos una pistola que salía volando por la puerta del vagón antes de que pudiéramos agarrarla.

"¿Alguien más allá arriba?" Le pregunté cuando se sentó aturdido.

"No, eso es todo", dijo, pareciendo asustado como el infierno.

"Será mejor que sea verdad si estás mintiendo, nunca saldrás de este tren con vida", le dijo Dale, mientras revisaba sus bolsillos.

Colocamos a dos hombres en la puerta, por si acaso. Este navajero tenía unos cien dólares en él. Lo repartimos entre los hombres en el coche. "Para pagar tus cuotas wobbly," dije. Inscribimos a cada uno de ellos. Luego le quitamos la ropa al ladrón y lo dejamos de pie desnudo en una solitaria torre de agua en la que se detuvo el tren, en medio de la nada.

Bramamos hacia el Este. Nunca supe qué esperar montando los mercancías. A veces, los coches estaban limpios y los trenes eran rápidos y los rieles eran buenos y el viaje era suave y era un verdadero placer. Otras veces los autos estaban sucios y los trenes eran lentos y era un infierno. Este era uno de esos arrastres lentos. Las ruedas lloraban tan lentamente que era enloquecedor. Tenías que tener paciencia para viajar en los mercancías. Pero luego, cuando remontábamos una subida y comenzábamos a bajar por el otro lado, corríamos como locos, hasta que pensamos que el tren se iba a descoyuntar. Y había una preocupación continua por el empleado hostil, el ladrón o el toro. Hay belleza en los vagones, pero también hay horror en ellos.

Continuamos toda la noche y, a la tarde siguiente, nos dirigíamos a Pocatello, en el este de Idaho. Algunos de nuestros compañeros de viaje iban allí para plantar papas. No habíamos planeado detenernos allí, pero había sido uno de esos vagones sucios y polvorrientos, y una mirada a nosotros mismos con nuestras caras mugrientas nos dijo que necesitábamos una parada de descanso para asearnos. La vida de un vagabundo puede parecer romántica, y en ocasiones lo es, pero estar cubierto de polvo y mugre, pasar hambre y ser sacudido por el traqueteo que sacude la vieja pista puede desilusionarte rápidamente. Así que decidimos unirnos a nuestros amigos y plantar papas por unos días.

Cuando nuestro tren llegó era demasiado tarde para salir a cualquiera de las granjas, así que decidimos pasar la noche en una de las selvas locales. Además, vimos tallado en un poste una réplica de un par de esposas, el símbolo “tambaleante” de la existencia de toros hostiles, por lo que cuanto antes saliéramos de la ciudad, mejor. Éramos alrededor de una docena. Compramos algo de comida en una pequeña tienda de comestibles y comenzamos por los caminos. Alrededor de media milla de la ciudad llegamos a una jungla. Siempre se podía saber si era una jungla “tambaleante” porque estaba mucho más limpia y mejor organizada que otras selvas.



Una jungla de trabajadores migratorios

Había ocho o diez hombres en el campamento, todos wobblies. Nos saludaron calurosamente y nos ofrecieron un poco de java de inmediato. Añadimos nuestras propias contribuciones a la olla del estofado mulligan. Como de costumbre, había una gran lata de agua hirviendo a un lado. Empecé a sentir un poco de picazón después de dormir toda la noche en el suelo del vagón, así que decidí hervir la ropa. Yo nunca creí en dejar a los corredores o parásitos libres, humanos o de otra clase.

Sobre el momento en que había terminado de despiojarme a mí mismo, tres desconocidos se acercaron al campamento. Me di cuenta de un vistazo que estaban tan torcidos que tenían que atarse los calcetines por la mañana. También me di cuenta de que no tenían callos en sus manos.

Bromearon con nosotros por un rato. Luego, cuando creyeron que nos habían engullido bien, salió el viejo mazo de cartas. "Solo para pasar el tiempo muchachos, nada serio", dijo el jefe tahúr. Noté que uno de los tres se quedaba atrás de los otros que se estaban reuniendo para unirse al juego, así que hice un gesto a Bad Axe para que lo vigilase.

El juego comenzó. Las cartas estaban tan marcadas que podría haberse visto a una milla de distancia. Así que Dale y yo jugamos cerca del cofre con nuestras manos cubriendo la parte de atrás de nuestras cartas, lo que parecía enfurecer a los dos extraños. También me di cuenta de que, cuando uno de ellos tenía una buena mano, miraba hacia la distancia por un segundo, y luego el otro subía. No pasó mucho tiempo antes de que tuviéramos todo su dinero.

Después de conseguir una mano grande, me levanté y con voz inocente dije: "Por cierto, ¿por qué la parte de atrás de algunas de estas cartas se ve diferente a las otras?"

El jugador comenzó a buscar en su bolsillo, pero la mano de Dale salió disparada en un instante y le agarró la muñeca. Me acerqué y le quité su arma. Otros dos compañeros de trabajo le quitaron un cuchillo al segundo jugador. Alejándose del grupo, Bad Axe cubrió al tercer ladrón y también le quitó su arma. Tomamos el resto de su dinero y lo dividimos entre nosotros. Luego retuvimos a los tres jugadores y los obligamos a comer la baraja de cartas marcadas, una por una. Uno de ellos vomitó antes de terminar.

Más tarde escuché las historias de vida de varios de estos jugadores, ladrones y policías torcidos, sin duda con muchas mentiras, algunas veces antes de que los desenmascaráramos, a veces después. Parecía que casi todos ellos tenían una historia trágica que contar: la infancia de una pobreza desesperada o padres que los golpeaban y los obligaban a pasar largas horas de trabajos forzados a una edad temprana.

Las dificultades extremas parecen tener dos efectos principales en las personas. Si un tipo tiene un cerebro social, lo hace más comprensivo con los demás. Si tiene poca inteligencia social, a menudo hacen un criminal o explotador de él, un tipo duro; así como tratar mal a un perro lo hace malo. Me di cuenta de que, a pesar de lo despreciables que eran estos individuos, no habían tenido la ventaja de tener padres amorosos relativamente bien educados. Pensé que si pudiéramos lograr de alguna manera mejorar el mundo, crear una sociedad mejor y brindar una

oportunidad decente para todos, entonces no habría tantas personas malvadas en el mundo.

Enviamos a los tahúres por su camino y apostamos un centinela. A la mañana siguiente al amanecer salimos a buscar trabajo. No pasó mucho tiempo antes de que nos contrataran a una gran cantidad para sembrar patatas. Fueron largas horas y trabajo duro. Pero al menos había una barraca bastante decente, y la paga era de cuarenta y cinco centavos por hora, al menos cinco centavos más de lo que *John Farmer* pagaba en Kansas y Nebraska. Lo único realmente malo fue la olla podrida: solo dos huevos para el desayuno y un par de tiras escuálidas de tocino grasiento.

Nuestra pandilla de wobblies pronto convenció a los demás trabajadores para realizar alguna acción laboral. La segunda mañana, después del desayuno, todos empezamos a caminar hacia la ciudad. "Oye, ¿qué está pasando?" gritó el granjero.

"Vamos a la ciudad para conseguir algo más para comer", le dijimos. "No te preocupes, volveremos en una hora más o menos". Funcionó rápido. A partir de entonces teníamos montones de huevos y todo el tocino y el jamón que podíamos comer.

Después de unos días, un wob entró en el campamento y nos contó que el robo generalizado había comenzado de nuevo en todo Kansas. Teníamos el trabajo preparado para nosotros. Nos despedimos de nuestro jefe y de nuestros compañeros de trabajo y fuimos a la pista de los vagabundos. El wob recién llegado nos había traído todos los últimos periódicos del IWW, y todo el camino en los mercancías hacia el Sur y el Este nos lo pasamos leyendo.

La organización estaba creciendo rápido de nuevo. No solo en el cinturón de la cosecha aquí y en Canadá, sino que los marineros wobbly estaban abriendo nuevas sucursales en Inglaterra, Alemania, Australia, Sudamérica y Sudáfrica. Uno de nuestros miembros incluso dirigió una exitosa huelga de pescadores en Tahití y enseñó a los trabajadores de las tribus locales a cantar "Aleluya, soy un vagabundo" en polinesio. Era un sentimiento maravilloso ser parte de una gran organización en crecimiento.

Continuamos todo el camino hacia Kansas. Y pasamos las siguientes semanas yendo de un extremo de este Estado al otro pateando el trasero, trabajando y apoyando a los trabajadores de la cosecha. Era un negocio sucio. Pero introdujimos el miedo a St. John entre los ladrones y los payasos de la ciudad que intentaban robar a los trabajadores.

Hubo algunos buenos momentos de vez en cuando también. No hay nada como ver la puesta de sol en la pradera desde un vagón de carga a toda velocidad. La belleza del continuo mar de trigo reluciendo sin cesar, el alto grano silueteadó contra el sol como un altar a los dioses de la cosecha. Pero a veces también había una monotonía y un aislamiento lacerante, una hermosa soledad que dolía.

A veces miraba fuera del vagón de carga, sobre la pradera rodante, y pensaba: es hermoso, debería ser para todos. ¿Cómo llegamos a esta situación extraña en la que algunas personas lo tienen todo y otras tienen que sacudirse en vagones de carga machacándose el culo para alimentar a la raza humana? Al menos esos animales, los coyotes, las ardillas y otras alimañas, tienen más o menos posibilidades de aprovecharse de la Tierra: no la poseen ni hacen que otros animales trabajen para ellos. Y a pesar de todo, pensaba de vez en cuando en el toro del ferrocarril que había intentado matarme en el tren cerca de Pasco, Washington, y renovaba mi promesa de regresar el próximo invierno para obtener mi venganza.

Cuando la temporada de cosecha llegó a su fin, nos dirigimos hacia el norte, a través de las Dakotas, Manitoba, Saskatchewan, Alberta, y finalmente regresamos al Palouse en el este de Washington.

Había sido un verano largo y duro, peligroso y fascinante. Ya no era un niño. Cuando monté esa última carga en Spokane en octubre al final de la cosecha, estaba listo para un largo descanso... y mucha reflexión seria. Cuando me despedí de Bad Axe y Dale en uno de nuestros lugares favoritos de Trent, pensé en el viejo wobbly sueco, que me había ofrecido que me quedase en su cabaña durante el invierno.

X. LA ALTA SOLEDAD

Pasé el resto del día preparándome para el viaje. Compré algo de ropa de abrigo, algunas mantas más, una mochila grande y algo de arroz, frijoles y harina. Luego compré varios libros para los que tenía espacio: *Los Miserables* de Victor Hugo, varios libros sobre economía y política, y docenas de "pequeños libros azules" publicados por Emanuel Haldeman Julius en Girard, Kansas, con la ayuda de mentes tan brillantes como Eugene Debs. Por último compré unos lápices y un cuaderno. Decidiendo mantener de vez en cuando los poemas que escribí, así como los poemas y aforismos de otros que me impresionaran.

Pasé la noche en la sede wobbly en Spokane, y a la mañana siguiente, golpeé la alta soledad. Yo podía ver las ráfagas de nieve hacia el norte dirigiendo mi carga hacia el oeste. A última hora de la tarde, estaba caminando por el barranco hasta la vieja cabaña del sueco.

Sven me dio un cordial saludo. El momento no podría haber sido mejor. Estaba a punto de tomar un enorme estofado de venado de la estufa. Y al día siguiente se marchaba a casa de su hija. Después de que le contase mis aventuras de verano, exagerando solo un poco, él insistió en darme un montón de comida enlatada que había almacenado, así como su rifle y su caña de pescar y otros suministros. El anciano sueco tenía un equipo completo y un perro debajo del carro.

Temprano a la mañana siguiente nos despedimos. Vi a Sven caminar por el sendero con su maltrecha maleta, hasta que se perdió de vista en una curva. Después de todo el ajetreo del verano... deliciosa soledad. Yo había aprendido que parte del secreto de la felicidad en la vida es la variedad, un cambio de ritmo de vez en cuando. Y todos deberían tener tiempo a solas para pensar en las cosas de vez en cuando.

Y creo que lo hice. Al ver caer la primera nevada, pensé en un lado de mi vida y en el otro. Entonces asumí los problemas del mundo. Me pasé los primeros días simplemente paseando para orientarme, y en una profunda reflexión.

¿A dónde voy? Me pregunté a mí mismo. ¿De verdad quería pasar el resto de mi vida luchando contra parásitos y viajando en vagones sucios? Pensé en el boxeo: quizás aquí podría hacer una carrera, rescatarme de la pobreza. Pero, por el momento, había tenido pelea más que suficiente en el escuadrón volador y parecía que no podía alcanzar ningún placer real al tratar de golpearle el cerebro a alguien. Pensé en los 164 líderes wobblies en las cárceles de Leavenworth, Wichita y Sacramento —algunos de ellos se enfrentaban a veinte años tras las rejas— y que sentían la determinación de mantener la lucha por un mundo mejor.

Pasé muchas horas reflexionando sobre los problemas de los wobblies y de la organización de la sociedad. El problema principal parecía ser con cuánto recompensar a aquellos que eran más eficientes en producir lo que la sociedad necesitaba, en comparación con cuánta compasión había que tener por aquellos que, por diversas razones, producían menos, o nada en absoluto. Pero en nuestra economía de *hombre lobo para el hombre*, ni siquiera habíamos llegado a considerar ideas tan refinadas de lo correcto y lo incorrecto.

Si la IWW tomara el poder del Estado, ¿se convertiría en otro gobierno despiadado y cargado de burócratas? Si pudiera seguir siendo democrático y más o menos descentralizado. Si pudiera crear una sociedad de cooperativas dirigidas por trabajadores, coordinada libremente por sus organismos centrales... Incluso ahora vi cómo la lucha entre la centralización y la descentralización comenzaba a desgarrar a la organización: los trabajadores madereros dirigidos por James Rowan eran más descentralistas, mientras que los trabajadores del campo, de la agricultura eran, paradójicamente, más centralistas. Y hubo una lucha entre quienes pensaban que el mayor énfasis debía estar en promover una revolución inmediata, y aquellos que creían que debía estar en la construcción de un control estable del trabajo. Y entre los migrantes y los sedentarios [la guardia de casa]. ¿Dónde está el mejor equilibrio entre estas tendencias opuestas?

Y el factor humano era muy importante. La única garantía a largo plazo de una sociedad decente, pensé, era la creación de un sentimiento general entre la gran mayoría de las personas de que todos deberían tener un trato justo. Pero, ¿cómo lograr eso? El peligro principal parecía ser que cualquiera tuviera demasiado poder.

El 7 de noviembre fue un día frío y nevado. Cumplía diecisésis años, ¡un adulto de verdad! Tenía la sensación creciente de que estaba destinado a ser algo en el mundo.

Me sumergí en mi lectura, golpeando los libros desde el amanecer hasta después de la medianoche, sentándome envuelto en mantas junto a la estufa. Y aquí y allá me gustaba recoger algunas de las declaraciones más mordaces de los grandes pensadores del mundo, y las colocaba en mi cuaderno:

Goethe: "Si tratas a las personas un poco mejor de lo que merecen, podrías mejorarlas un poco".

San Francisco: "Esfuérzate por cambiar para mejor lo que se puede cambiar y aprende a aceptar lo que no se puede cambiar".

Spinoza: "Si puedes entender cómo todo el mundo está moldeado por las circunstancias, puedes amar a cualquiera" (Un poco difícil, a veces).

Bill Haywood: "Por cada hombre que tiene un dólar que no ganó, alguien trabajó por un dólar que no recibió".

A medida que el invierno avanzaba, me pareció aclararme cada vez más sobre la clase de vida que quería llevar. Los eventos del verano habían sido emocionantes y me habían hecho sentir orgulloso, pero no podía pasar toda mi vida viviendo así. Quería un hogar, una esposa, afecto, seguridad, comida decente, tal vez niños. Y, sin embargo, sentía una poderosa necesidad de dedicación al movimiento obrero. Pero tal vez consiguiese algo intermedio: un trabajo estable y decente en el que todavía podría hacer alguna cosa discreta. A menudo, el compromiso era el alma de la cordura, al igual que en las relaciones laborales. Pensé cada vez más en mi familia, en Missouri.

Llegó la Navidad, la nieve estaba amontonada y tuve un momento grave de tristeza. Había dejado de ser católico, pero todas las asociaciones de la Navidad todavía eran fuertes en mi mente: familia, regalos, amigos, compartir. Y si realmente había un Jerusalem Slim, parecía obvio que tenía muchos de los mismos valores que los wobblies.

A medida que la Navidad se desvanecía hacia el nuevo año, pensaba cada vez más en mi hogar. Había algo sobre Missouri. Algo especial. Algo sobre la palabra, incluso. A veces me sentaba junto a la estufa y lo repetía una y otra

vez: "Missouri, Missouri, Missouri, Missouri" Sentí entrelazarse mi lengua. Parecía tener una belleza etérea sensual perezosa.

Tres días después de navidad decidí volver a casa.

Missouri.

XI. MISSOURI

Casi me congelé hasta la muerte montando los trenes de carga de regreso a Springfield, a través de Idaho, Montana, Wyoming y Nebraska, mis dientes castañeteando hasta el final. Pero, finalmente, en un día racheado en enero, dejé un furgón en los patios de Springfield y me dirigí por el terreno familiar hacia mi casa. Corré las dos últimas cuadras del camino.

Casa. La seguridad. Qué diferente de mi estilo de vida habitual en los últimos dos años y medio. Mi madre me había contestado en 1919 que no había constancia de muerte o apuñalamiento en Springfield el fatídico día que me fui, por lo que no temía un arresto inminente. Pero todavía tenía una tenue e incómoda desconfianza de encontrarme con uno de los rudos que me había atacado esa noche de pesadilla hacía tanto tiempo.

Pero cuando subí los escalones de la casa de mis padres, todo fue puro éxtasis. Un momento después, mi madre y yo nos estábamos abrazando y, dos minutos después, me senté en la mesa de la cocina ante el pedazo de pastel más grande que jamás había visto.

Esa noche, cuando padre regresó a casa del trabajo, tuvimos una gran reunión familiar, con varios de mis hermanos y hermanas allí. Naturalmente querían que contase mis aventuras. Y di un resumen cuidadosamente editado de mi tiempo fuera de casa, omitiendo todas las referencias a la violencia que había experimentado.

Papá y mamá parecían mayores y más cargados. Pero los dos parecían encantados y aliviados de tenerme de vuelta en casa, y después de todos los peligros y las molestias que había pasado, me sentí aliviado de estar allí.

Pasé los próximos días sentado en casa, hablando con mis padres y visitando a algunos amigos. Al principio mantuve un ojo cauteloso con los jóvenes hostiles, el tipo al que había apuñalado era el único que estaba seguro de poder reconocer, pero no tuve ningún problema y al cabo de un tiempo empecé a relajarme.

Sabía que tendría que conseguir un trabajo en poco tiempo. Mi padre me dijo que había una vacante como aprendiz de herrero en el ferrocarril cerca de donde él trabajaba. Pagaban menos de cuarenta centavos la hora, pero esperaba que el aprendizaje de una habilidad quizás con el tiempo, daría lugar a una mayor remuneración. El ferrocarril para el que trabajaba papá se llamaba "Frisco Line", porque sus fundadores habían planeado extenderlo hasta California, pero sus vías nunca se habían extendido más de cien millas.

Así que ahora comenzó para mí otro modo de vida. La buena comida, la seguridad, la compañía y el apoyo de mi familia, y la rutina constante de trabajar y aprender. A pesar de las largas horas y la monotonía, desarrollé cierto interés en el trabajo. Me dio una sensación de orgullo trabajar en las grandes y poderosas locomotoras, manteniéndolas en marcha, rugiendo a lo largo y ancho del continente. Y supe que, cuando y si me convertía en un experto artesano, no solo podía disfrutar de una mejor vida personal, sino también estar en una mejor posición para avanzar en la lucha social.

Renové un par de viejas amistades y tuve algunas citas con un par de chicas que me gustaron. Pero inevitablemente, después de todas mis aventuras extravagantes, la vida lenta y constante comenzó a sobrecargarme a veces con aburrimiento. Si pudiéramos encontrar más equilibrio en la vida, pensaba: un equilibrio entre el trabajo constante y necesario de la vida, y la aventura, la emoción, las experiencias que hacían que la sangre corriera por las venas y te hacían sentir realmente vivo. Cómo extrañaba a veces los grandes y pesados campamentos de madera del noroeste, la cálida camaradería de las grandes reuniones wobblies, los discursos ardientes, la acción en las líneas de piquete, las dedicadas muchachas rebeldes de corazón que realmente sabían de qué se trataba la vida.

Yo estaba desgarrado. A veces, en las largas tardes, tenía ganas de tirar mis herramientas y subir al primer tren de carga que se dirigiera hacia el oeste. En otras ocasiones me gustaba recordar el frío y el hambre y el peligro y la incertidumbre y daba gracias a mi buena estrella porque tenía unos padres amorosos y un hogar y un trabajo estable.

Pero la dinámica del sistema económico no me permitió permanecer indeciso por mucho tiempo. Los principales industriales, respaldados por una administración republicana conservadora, estaban preparándose para un ataque masivo contra el mundo del trabajo, un asalto diseñado no solo para aumentar sus ganancias y disminuir los salarios, sino también para destruir todo el movimiento sindical. Comenzó a parecerse más y más a una guerra

total. Y parecía que los sindicatos de trabajadores de ferrocarriles estarían en el centro de la misma.

Nuestros peores temores comenzaron a materializarse. Los grandes ferrocarriles, a menudo violando los acuerdos, comenzaron a dedicar más y más de su trabajo a contratistas. Entonces las empresas más grandes anunciaron un recorte salarial del doce por ciento. Surgió una tormenta inmediata de protesta. Los trabajadores de los empleos peor pagados como yo, 500.000 de nosotros, fuimos los más afectados. Se hicieron esfuerzos para forjar un frente unido entre los diferentes sindicatos ferroviarios. Pero cuando llegó la crisis, la mayoría de los funcionarios de los sindicatos de trabajadores mejor pagados rompieron filas y se negaron a unirse a la huelga.

Entonces, en julio del año 1922, medio millón de trabajadores de ferrocarriles de todo el país tomaron las riendas por su cuenta, destinados a asaltar a los barones del ferrocarril.

XII. LA GRAN HUELGA FERROVIARIA

La huelga estaba en marcha. Abajo en los carriles ninguna cosa se movía. Me levanté antes del amanecer. La casa tenía una inquietante quietud. Durante el desayuno, hubo más miradas incómodas que palabras habladas: miradas de miedo mezclado y esperanza. Mi madre tuvo una expresión de preocupación en su rostro durante toda la comida. Sabía de huelgas, desempleo y hambre por su larga y amarga experiencia. Papá tenía un poco más de determinación y esperanza en sus ojos.

Llamaron a la puerta. Todos saltaron. Pero eran solo dos jóvenes amigos míos del trabajo que iban a piquetear conmigo. Mi madre tenía lágrimas en los ojos cuando se despidió de mí en el porche. Ella tomó mis manos entre las suyas. "Ten cuidado, Joe", dijo ella.

Incluso el sol parecía salir a través de los árboles y las casas hacia el este con un extraño presentimiento esa mañana mientras los tres caminábamos por las calles tranquilas. Poco a poco aparecieron más figuras en la tenue luz de la madrugada. ¿Son huelguistas o esquiroles o policías o matones?, nos preguntábamos, manteniendo la guardia mientras caminábamos lentamente con nuestros compañeros al piquete.

Gradualmente, otros se unieron a nosotros, uno o dos aquí, uno o dos una manzana más adelante. Éramos como una milicia secreta que se reunía en silencio al amanecer para asestar un golpe repentino y aplastante a un tirano invisible. Pronto fuimos quince, luego veinte, luego cuarenta, luego ochenta, luego cien de nosotros convergiendo desde todas las direcciones hacia el patio silencioso.

Finalmente, los extensos raíles se extendían ante nosotros. No había ninguna señal de actividad en absoluto. Estaba tan tranquilo que se podía oír el aumento de la temperatura. Había algo irreal y aterrador al respecto. Allí, en esos grandes edificios antiguos que teníamos ante nosotros, siempre habíamos escuchado una cacofonía de martillos y gritos de órdenes y motores que se desperezaban, y ahora, nada. Era como un vasto cementerio, las

locomotoras silenciosas estaban paradas como gigantescos sarcófagos a la espera de ser sepultados, el vapor se drenaba de sus venas. Parecía el fin del mundo.

Entonces comenzó. Lentamente, de a uno y en dos y en tres, empezaron a aparecer otras formas en los primeros rayos del sol de la mañana. Algunos con la cabeza inclinada, otros evitando nuestras miradas, otros riéndose desafiantes o con desprecio hacia nosotros. Los maquinistas, fogoneros, guardafrenos que no honraban nuestra huelga. Algunos caminaban hacia nosotros lentamente, vacilantes, como si estuvieran preparados para romper y correr. Otros avanzaron rápidamente como si estuvieran decididos a atravesar cualquier obstáculo. No vi a la policía.

Nuestra línea de piquete estaba lista para ellos, extendida por cien yardas o más a lo largo del borde de las vías. De repente, como un circo en marcha, todo fue tumulto y gritos. Nos convertimos en una criatura larga con cien cabezas y mil brazos, gritando en desafío. Me pregunté si, entre las formas que avanzaban sobre nosotros, encontraría una de esas que me habían atacado hace tanto tiempo. Sentí una especie de horror de anticipación, mezclado con un deseo vengativo. ¿Qué pasaría si me vieran, junto a mis cien compañeros, qué harían? ¿Qué debería hacer?

Durante un largo momento, las formas que avanzaban parecían detenerse ante nosotros y nos miramos a los ojos como los soldados opuestos deben hacer en el último segundo de una carga de bayoneta. Qué ironía, pensé en ese momento intenso: justo después de atenuar mis inclinaciones rebeldes, me vi forzado en mi mayor lucha.

Los hombres que, por sus acciones en los próximos minutos o días, podrían empeorar nuestras vidas, nos atacaron de repente. Pensaron que podrían reducir nuestro pago miserable en un doce por ciento, ¿verdad? Les mostraríamos. Gritos y maldiciones explotaron por todos lados. La larga línea de piquete surgió y descendió como una línea irregular de oleaje. Aquí comenzó una discusión de bajo perfil, aquí se desató una pelea a puñetazos, allí comenzó un enfrentamiento. Ninguna persona puede ser consciente de la multitud de luchas individuales que surgen a lo largo de esa larga línea en constante cambio.

Un maquinista que conocía comenzó a pasar a mi lado, seguido de dos fogoneros. De repente me sentí como en una pelea dentro de mi propia familia, la más desgarradora de todas. Y recordé, de mis muchas veces en

piquetes anteriores, mi propia teoría de los piquetes: una escalada gradual de la amistad a la hostilidad.

Era un hombre grande, casi tanto como yo. Miré a sus ojos mortecinos. "¿Por qué no nos ayudas, Bill?" Dije.

"Me gustaría, Joe, pero depende de los oficiales de la Hermandad", tenía su respuesta lista.

"Cualquiera puede hacer lo que quiera", le contesté.

Bill no dijo nada más y siguió caminando. Tenía ganas de tropezar con él, pero me reprimí. El primer fogonero pasó rápidamente con los ojos desviados. El segundo bombero, con quien había intercambiado saludos un par de veces en la tienda, murmuró: "Buena suerte, muchachos", y siguió a los otros dos.

Una pelea sucedía a mi izquierda. Comencé a golpear a un hombre de frenos ronco que acababa de empujar el piquete a mi lado. Pero luego vimos venir los toros, y todo era decoro. Retomamos los piquetes pacíficos, y los pocos esquiroles restantes se abrieron paso hacia el patio. Era exasperante tener que pararme y mirarlos sin poder hacer nada.

Los talleres de reparación permanecieron en silencio. Pero en las vías, algunos de los motores comenzaron a subir el vapor, con los hombres en las cabinas distantes con rostros dispépticos en sus caras.

Qué extraño, pensé, mirando en esos cobertizos silenciosos donde había pasado tantas horas de mi vida, con las que parecía estar tan íntimamente conectado. Una vez, los trabajadores habían poseído sus herramientas y podían ser sus propios empleadores y tener algo de orgullo y dignidad en su trabajo. Ahora, todas las herramientas habían sido tomadas por una clase de usurpadores. Ellos y sus amigos se habían apoderado de la tierra, los edificios, las casas, casi todo.

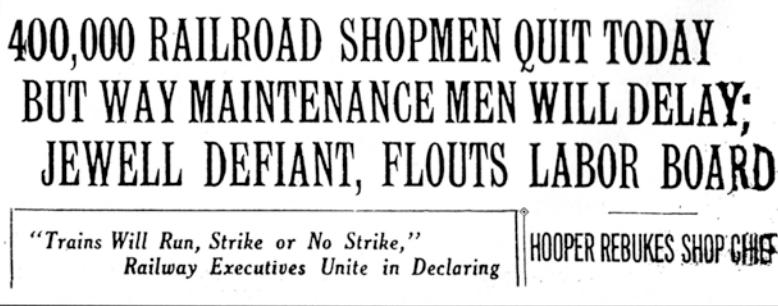
Y mientras caminaba por la línea de piquete, observando cómo los primeros motores empezaban a desviar los vagones de carga de ida y vuelta, pensé: qué vergüenza, pero los wobblies no están involucrados. Entonces, en lugar de pararnos aquí como un montón de tontos, estaríamos en los talleres, en nuestro trabajo, todavía cobrando nuestro sueldo, iniciando una desaceleración —o ca'canny como lo llamaban los escoceses— haciendo mucho más daño a nuestros opresores desde el interior de lo que podríamos hacer en un piquete. Y si el IWW hubiera estado dirigiendo la huelga, se habría hecho un esfuerzo mucho mayor de antemano para obtener la cooperación de

los otros sindicatos. Con el *One Big Union* de la IWW, al igual que en el exitoso ataque de Debs contra la Green Northern en 1893. Esta tontería podría ser resuelta en poco tiempo.

Más tarde, cuando ya no hubo más esquiroles cruzando nuestra línea, fuimos a la casa de uno de los chavales para obtener las últimas noticias sobre la huelga en la radio. Hasta ahora, parecía una pequeña huelga en nuestra ciudad natal. Era difícil creer que estuviera sucediendo algo distinto en otro lugar.

Pero ahora empezaron a llegar noticias de todo el país. El infierno se estaba desatando por todos lados, y ponía en entredicho nuestros esfuerzos mediocres. Cientos de miles de hombres salieron, vagones y puentes quemados, sabotajes de motores, disparos entre sindicalistas y esquiroles, trenes varados, amenazas de llamar a las milicias estatales: fue alucinante. Era como una guerra masiva en cientos de frentes diferentes.

Estaba tan emocionado que apenas pude dormir esa noche. A la mañana siguiente, cuando me levanté poco después del amanecer, me esperaba una sorpresa: un titular del *New York Times* gritándome desde la mesa de la cocina. (¿Qué había estado haciendo padre tan temprano? Me pregunté).



40.000 ferroviarios pararon hoy

Así que fue real. Y yo, nosotros, fuimos parte de ello. Un gigantesco ejército industrial en marcha. El sueño de Debs y la IWW. Devoré el largo artículo con entusiasmo. Cuando papá vino a desayunar, tuvimos una larga discusión al respecto. Tenía una mirada emocionada en sus ojos, pero parecía tener mucho sueño. Me pregunté qué había estado haciendo toda la noche.

"No podía dormir" fue todo lo que dijo. El consenso de la opinión parecía ser que, si los hombres de mantenimiento de la vía se unían a nosotros, los tendríamos de rodillas. Pero todavía estaban en la cerca, al parecer tratando

de hacer un mejor trato por su cuenta. Los dueños de los ferrocarriles intentaban enfrentar entre sí a los diferentes sindicatos, y eso me hizo enojar más que nunca. "¡Es hora de soltar el gato!" Exploté al levantarme de la mesa.

Padre me llevó a un lado en el porche cuando salía para ir a piquete. "Mira, hijo", dijo. "No hagas nada demasiado precipitado. Nada te debe poner en la lata por más de un mes. Si esta fuera la revolución, diría que te unieses a mí en las líneas del frente. Pero no lo es, es solo una escaramuza..."

"Una gran escaramuza", le dije. "Por cierto, papá, ¿cómo te lastimaste los nudillos?"

"Mira, Joe", me dijo. "Estoy a punto de jubilarme. Tú tienes toda tu vida por delante. No estarás ayudando a la causa si estás en la cárcel", me dio una amable palmada en la espalda y yo agarré mi cartel de piquete y me dirigí hacia la zona de combate.

Ese día las cosas se pusieron más interesantes. Había más huelguistas en el piquete. También había más policías y toros ferroviarios alrededor con sus habituales miradas arrogantes. Me di cuenta de que una de las locomotoras tenía destrozados los faros. "¿Qué está pasando por aquí?" Le pregunté a mi compinche, Art. "Pensé que éramos los únicos dos wobblies por aquí".

"Ya sabes lo que dicen del sabotaje", se rió Art "La IWW predica, y la AFL lo practica."

Entonces comenzaron a aparecer los maquinistas y fogoneros. Ellos caminaban hoy con un poco más de cautela. Me di cuenta de que un par de ellos tenía los ojos negros. Uno de nuestros piquetes también tenía un ojo morado. "Parece que nuestro Comité de Enfermos los visitó anoche", dijo Art.

"¿El comité de enfermos?"

"Sí, si los esquiroles no están enfermos cuando llega el Comité de Enfermos, están enfermas cuando se van".

En ese momento, Bill, el maquinista que conocía, y los mismos dos fogoneros vinieron caminando hacia nosotros, con los ojos en blanco. Decidí continuar con mi gradualismo. "Gracias por vuestro apoyo", dije con gran sarcasmo. Bill me ignoró, entrando entre Art y yo. Decidí probar un poco de humor: "Debes tener un motivo loco para romper nuestra huelga". Bill me dirigió una mirada sucia, y los tres continuaron.

"Lo entiendo, ho, ho, ho!" dijo Art, dándome un pinchazo en las costillas.

Tuve una lluvia de ideas. Tenía unas cuantas copias del *Pequeño libro de canciones* del IWW conmigo. Se los entregué a algunos de los tipos que estaban cerca de mí en el piquete y les dije que recurriera a la famosa canción de Joe Hill, "Casey Jones, la Unión Scab" [Case Jones, el esquirol de la Unión], Art y yo cantamos algunos compases para ellos. Cuando llegó el siguiente grupo de maquinistas y fogoneros, estallamos en una canción animada:

*Los trabajadores de la línea de Frisco
hicieron una llamada para el paro,
pero Casey Jones, el maquinista,
no pararía en absoluto;
Su caldera estaba resoplando
y sus fogoneros en el vagón,
y su motor y sus cojinetes,
todos estaban al cien por ciento.*

*Casey Jones mantuvo funcionando
su montón de chatarra;
Casey Jones trabajó el doble de tiempo;
Casey Jones obtuvo una recompensa de madera
por ser bueno y fiel en la línea Frisco...*

Luego sustituimos los nombres de los maquinistas con los que nos enfrentábamos en lugar de "Casey Jones":

*Billy White fue volando al infierno;
Y el diablo le dijo entonces
Billy White, prepárate a palear azufre
Eso es lo que obtienes por esquirolaje
en la línea de Frisco.*

Las tripulaciones de los trenes parecían avergonzadas. Pero un rompehuelgas de aspecto rudo, el último hombre en cruzar nuestra línea, nos hizo una higa y luego tomó mi libro de canciones. Yo no era "Kid Murphy" por nada. Le di una

pequeña palmadita con mi izquierda, y la sangre brotó. Se abalanzó hacia mí, pero lo esquivé. Algunas de los otros esquiroles estaban con los puños levantados frente a mí. Pero entonces todos vimos un par de toros que se acercaban y los rompehuelgas retrocedieron murmurando, y giramos y seguimos hacia los patios. "Sé quién eres", dijo el posible ladrón de cancioneros. "Tú eres Kid Murphy. ¡Te atraparé, Mick, hijo de puta!"

Luego cantamos más canciones, "There is Power in a Union" [Hay fuerza en la unión], "Mr. Block", "Workingmen Unite" y "Solidarity Forever", y animamos la línea de piquete. La próxima vez que vimos llegar a un equipo de trenes, los esquiroles echaron un vistazo a nuestra línea energética y se volvieron por donde habían venido, y nunca supimos si fueron a trabajar ese día.

La gente iba y venía todo el día. En un momento miré el piquete a mi lado, que gritaba a los esquiroles de una manera más energética y ruidosa que cualquiera de nosotros, y me llevé un shock. Era el tipo que había sido empujado a la punta de mi navaja esa noche oscura tres años antes, a quien había dejado jadeando en las sombras.

Así que no había muerto. Estaba mirando directamente a sus ojos, a dos pies de distancia. Pero él no tricionó un parpadeo de reconocimiento. Me pregunté si había escuchado a ese maquinista llamarme "Murphy". Hacía tres años, era un muchacho que parecía uno de los chicos más amigables que jamás podría esperar conocer. Tal vez ese sangriento encuentro le había dado algún sentido. Qué extraños giros del destino daba a veces la vida. Me dio una gran sonrisa como si fuera un hermano de sangre. Le devolví la sonrisa. Pero un minuto después, cuando se dio la vuelta, me mudé a otro lugar de la línea, preguntándome si alguna vez me reconocería, y si era así, qué haría.

Cuando mi turno de piquete terminó, fui a uno de los comedores donde muchos de los comerciantes pasaban el rato. Había una discusión en vivo sobre la huelga en curso. Y una discusión comenzó con un par de viejos maquinistas retirados que no pensaban que una reducción de salario del doce por ciento fuera razón suficiente para ir a la huelga. Después la discusión osciló hacia atrás y adelante y yo decidí inyectar una nota de humor

"Me importa un comino el doce por ciento," dije. "Estoy en huelga porque el jefe es un imbécil".

"El jefe es un imbécil", se burló uno de los maquinistas. "Brillante. ¿Qué jefe? No sabes quién es tu jefe."

"Todos ellos," dije. "Son tontos del culo. Y lo puedo demostrar."

Tenía la atención de todos en el lugar ahora. "Muy bien, entonces, demuéstralos Joe", gritó alguien.

"Bueno", comencé, "cuando se creó el cuerpo por primera vez, hubo una gran discusión sobre quién iba a ser el jefe. El cerebro dijo: "Ya que soy el centro neurálgico que hace todo el pensamiento, debería serlo". Los pies dijeron: "Ya que llevamos todo el puto peso, debemos ser el jefe". Las manos dijeron: "Ya que tenemos que hacer todo el trabajo manual, debemos ser el jefe". Los ojos dijeron: "Ya que tenemos que cuidar de todos ustedes, debemos serlo nosotros". Y así fue con el corazón, los pulmones y todo el resto del cuerpo, hasta que no quedó nadie más que el año. Cuando el año hizo su reclamo, todos los demás se echaron a reír: "¿Quién oyó que un año fuera el jefe de algo?" Esto molestó tanto al año que, en un ataque de ira, se cerró por completo y se negó a funcionar más.

"Pronto el cerebro estaba febril. Los ojos ardían. Los pies estaban demasiado débiles para caminar. El corazón, los pulmones y todo el resto del cuerpo lo tuvieron difícil para seguir adelante. Así que todos finalmente cedieron al año, y se convirtió en el jefe. Y mientras hacían todo el trabajo, el año simplemente se relajaba y dejaba escapar de cuando en cuando un resoplido.

"Y la moraleja de este pequeño cuento es que no se necesita ningún talento especial para ser un jefe. Entonces, ¿por qué tener uno si todos saben cómo trabajar juntos en armonía...?"

Todos rompieron a reír, excepto los dos viejos maquinistas agrios que se veían disgustados. Me puse a dar una conferencia en vivo hora sobre la IWW y cómo los trabajadores podían dirigir las cosas ellos mismos. Antes de que terminara, tuve algunos de ellos de acuerdo conmigo. No les dije que mi cuento "El jefe es el agujero del culo" era algo que había leído en uno de los periódicos wobbly.

Un rato después, alguien trajo algunos periódicos y todos nos reunimos para leer lo que estaba sucediendo en otras partes del país.

Un gran aplauso subió mientras leímos el titular. Y en los días siguientes, docenas de artículos más hablaron sobre la enorme lucha que estaba en erupción en todo el país.

Nuestra sangre hirvió cuando leímos algunas de las historias, especialmente las que contaban que los huelguistas fueron golpeados, baleados o arrestados.

Luego recibimos la noticia de que uno de nuestros hombres locales había sido disparado por un rompehuelgas y apenas estaba con vida.

WALKOUT IS GENERAL ON NEW ENGLAND ROADS <i>But Some Remain at Work and Road Officials Say There Will Be Cut in Trains.</i>	ILLINOIS TROOPS MOBILIZED RIOT IN CHICAGO SUBURBS <i>Mob Throws Stones at Workmen's Houses—Jewell Hears Molders Are Quitting.</i>
--	---

El paro es general en Nueva Inglaterra

Al día siguiente, Springfield tenía la atmósfera de un campamento armado. La gente rara vez se movía, excepto en grupos grandes ahora. La gente se miraba con recelo, nadie sonreía en las calles. Había más gente en la línea de piquetes, y hubo algunos arrestos. Algunas de las esposas y novias de los huelguistas estaban ahora en la línea, gritando insultos a los rompehuelgas o arrojándoles piedras.

Era la guerra. Y de pie en el piquete, pensaba cómo, en el tipo habitual de guerra, los millonarios y gobernantes de las naciones conseguían que las clases más bajas se mataran entre sí, y eso se consideraba noble. Pero cuando nosotros, los productores, teníamos una causa justa para luchar por un salario digno y el derecho a tener un sindicato, nos consideraban sinvergüenzas antipatriotas. Pero tenía mucho más sentido librarse el tipo de guerra que estábamos librando que ir a algún país extranjero para morir en el barro por los ricos capitalistas.

Era el cuatro de julio, y algunos de los superpatriotas que amaban morir por los ricos estaban planeando el habitual alboroto. Pero escuché fragmentos de conversaciones en el piquete sobre cómo algunos de los chicos estaban planeando unos fuegos artificiales del 4 de julio más espectaculares que cualquier superpatriota o legionario habría planeado.

A última hora de la tarde, uno de los otros piquetes se me acercó y me dijo en voz baja: "¿Tienes una palanca, Joe?" Le dije que estaba listo para quitar las bisagras del infierno si eso ayudaba a ganar la huelga.

Tan pronto como oscureció, Art, yo y otros cuatro o cinco cogimos nuestras palancas y comenzamos a caminar por las vías alejadas de la ciudad. Entonces empezaron los fuegos artificiales. Después de haber estado caminando

durante unos quince minutos, miramos hacia el pueblo y vimos varios vagones en llamas. Después de caminar durante aproximadamente una hora vimos una vista más espectacular: en otra línea, vimos lo que parecía una gigantesca vela romana horizontal que volaba por el campo: era un tren de carga, varios de ellos. Sus autos se incendiaron, compitiendo por el tanque de agua más cercano.

Cuando estábamos a varias millas de la ciudad, llegamos a un lugar donde el ferrocarril corría a lo largo de un pequeño río. "Este es el lugar, muchachos", dijo uno. Y pasamos las siguientes horas resoplando, levantando varios tramos de rieles y tirándolos al arroyo. Luego, cortamos algunos árboles y los colocamos a través de las vías en cada extremo de la gran brecha, para que no hubiera un choque de trenes. Estábamos agotados pero orgullosos del trabajo de nuestra noche. No llegué a casa hasta casi el amanecer.

Para mi sorpresa, al entrar en el patio, me encontré con mi padre que acababa de llegar a casa de alguna parte. "¿Estás en el Comité de Enfermos, papá?" Le pregunté en un susurro.

"Joe, no solo vosotros los jovencitos, tenéis derecho a divertiros", se rió.

Le di un puñetazo juguetonamente. "Es genial tener un papá héroe", dije. Entramos en la casa.

XIII. UNA OBJECIÓN AL DESPOTISMO

Había más policías y toros ferroviarios que nunca en las calles al día siguiente, pero lo que realmente nos enfureció fue ver al primer contingente de esquiroles "contratados", rodeados por policías, que eran escoltados a los talleres para tomar nuestros trabajos. Si no hubiera sido por algunas cabezas frías en la línea de piquete, podría haber habido una masacre. Gritamos cada epíteto despectivo que pudiéramos pensar. Unas cuantas rocas salieron disparadas de alguna parte, y los rompehuelgas parecían asustados como el infierno.

Más tarde fui a nuestro lugar habitual para leer los periódicos. Todo el mundo estaba nervioso y lleno de veneno. Nos reunimos para leer los últimos informes. Se escuchó un gran gemido de decepción y enojo cuando supimos que los hombres de mantenimiento no nos iban a apoyar. ¡Y justo después de que les proporcionáramos todo ese trabajo extra la noche anterior! Seguimos leyendo a través de los últimos despachos:

RIOT GUNS ISSUED AT HORNELL
Erie Guards Are Doubled—Clerks at Syracuse Vote to Strike.

Los antidisturbios actúan en Hornell

La furia de los huelguistas iba en aumento. Si los otros trabajadores del ferrocarril no nos apoyaban, eso significaría que tendríamos que ser mucho más militantes por nuestra cuenta.

La compañía ferroviaria había establecido un comedor para los esquiroles que habían tomado nuestros trabajos. Estaban buscando lavaplatos y ayudantes de cocina. Art y yo nos estábamos quedando sin dinero, así que

decidimos que intentaríamos matar dos pájaros de un tiro: trabajar unos días para ganar algo de dinero y ver qué estragos podríamos causar entre los rompehuelgas.

Por lo que pude ver, nadie que pudiera reconocerme estaba alrededor del comedor de esquiroles. Pero solo para estar en el lado seguro, di un nombre falso cuando solicitamos el trabajo. Efectivamente, el jefe de cocina nos llevó, y fuimos a trabajar a pelar patatas y lavar platos.

Casi me hizo vomitar mirar hacia el comedor y ver a los lamentables ignorantes especímenes de la humanidad que estaban robando nuestros salarios. Un vistazo a ellos y sabíamos que muchos de ellos iban a ensuciar el equipo más que algunos de nuestros mejores esfuerzos de sabotaje, pero todavía estábamos tratando de conseguir concienciar a los brutos. Con las galletas trituradoras de vientres, los panqueques de suela de zapato y la pasta de vaca rancia que llamaban mantequilla, era una maravilla que pudieran funcionar en absoluto, pero estábamos decididos a dar los toques finales al trabajo.

La primera noche calurosa, abrimos algunas latas de piña y tomates y las dejamos abiertas durante la noche. Al día siguiente, alrededor de las diez u once, docenas de esquiroles sostenían sus vientres y corrían desde sus literas con urgentes bamboleos. El responsable principal de las galletas nos miró con recelo e hizo una inspección de la cocina, pero disparó a uno de los toros cocineros en lugar de a nosotros.

Para entretenerte en ese trabajo miserable, recitaba el poema "El lavaplatos" de un poeta wobbly llamado Jim Seymour, que había aparecido a menudo en las publicaciones del IWW:

*Solo en la cocina, entre el vapor cargado de grasa,
hago una pausa por un momento, un momento para soñar,
porque incluso un lavaplatos piensa en un día
en el que habrá ocio para descansar y para disfrutar...
...Sois sanguijuelas que viven en la tierra,
parásitos sobrealmimentados. Mirad mis manos;
Ahora os reís de ellas, están llenas de ampollas y son ásperas,
pero estas son manos bastante familiarizadas con la fuerza;
Y así son las manos que han servido vuestras bebidas,
las manos de los esclavos que están aprendiendo a pensar,*

*y las manos que os han alimentado pueden aplastaros también
¡Y arrojar vuestros malditos cadáveres al infierno!*

Después de un par de días, Art y yo decidimos atacar de nuevo. Esta vez tomamos varias botellas de aceite de crotón y lo pusimos en la comida. Era, con mucho, el laxante más potente que pudimos obtener. Pasamos la comida bien. A los quince minutos, el patio del ferrocarril parecía un encuentro olímpico: los esquiroles corrían hacia la dependencia más rápidos que medallas de oro de las pistas. Después de una hora más o menos, el jefe de los esquiroles levantó las manos y los despidió durante el día.

Art y yo sabíamos que el auge iba a decaer pronto. Al día siguiente escuché una voz ronca en el comedor preguntando al jefe de cocina: "¿Está aquí Abraham Lincoln?"

Miré a través de una rendija en la puerta. Un gran toro estaba parado allí con lo que parecía una orden de arresto en su mano. "Oye, Thomas Jefferson", le susurré a Art, que estaba pelando unas papas. "Vamos a hacer una exploración".

Nos quitamos los delantales y salimos por la puerta trasera justo cuando el cocinero y el toro entraban en la cocina. Tenía miedo de ir a casa, así que fuimos al lugar de reunión donde siempre leíamos las noticias de la huelga.

Esta vez, un artículo en el *New York Times* que me llamó la atención realmente puso a mi sangre "tambaleante" a correr:

**STRIKERS SEIZE SHOPS
OF C. & A. IN MISSOURI**

***They Drive Out Non-Union Men at
Slater and Maintain Posse-
sion of the Works.***

SLATER, Mo., July 5 (Associated Press).—Striking shopmen have seized the Chicago & Alton Railroad shops here, driven out non-union men brought in to work, and are holding the shops. Eighteen men were ordered from the shops today, and yesterday twenty-five were ordered out. Union officials said the non-union men were placed on trains and sent from the town.

Los huelguistas toman los almacenes de C&A en Missouri

Echan fuera a los hombres no sindicados en Slater y toman posesión del trabajo

¡Esta era una táctica tambaleante! ¡Tal vez el comienzo de huelgas de brazos caídos en todo el país! ¡Tal vez el comienzo de la huelga masiva a nivel

nacional o incluso mundial del *One Big Union* que resultaría en que los trabajadores se hicieran cargo de todo el trabajo! Art y yo no pudimos contener nuestra emoción, e inmediatamente comenzamos a hacer planes para unirnos a nuestros compañeros de trabajo en los almacenes de ferrocarriles liberados en Slater.

Tan pronto como llegó la noche, tuvimos amigos que no estaban bajo sospecha para ir a nuestras casas y conseguir algo de ropa y artículos de viaje adicionales para nosotros. Mamá salió a donde yo estaba esperando en las sombras, a media manzana de distancia. Ella me rogó que no hiciera nada precipitado, y le aseguré que no lo haría.

Slater estaba a unas doscientas millas directamente al norte. Decidimos caminar hasta la siguiente ciudad, donde no éramos conocidos, para tomar un vehículo. Al salir de la ciudad pasamos la escuela secundaria, y tuve una idea. Tenía un amigo mayor allí que tenía una clase de química, y él me había estado mostrando algunos de sus experimentos. Había instalado un pequeño laboratorio de química en un cobertizo en su patio trasero. Tuvimos suerte y lo atrapamos solo en el cobertizo. Me dio los productos que necesitaba.

Cogimos un mercancías hacia el norte a Kansas City. Dos veces hubo grandes retrasos por los equipos de ferrocarril que habían sido saboteados. Llegamos a KC temprano a la mañana siguiente. Había grandes piquetes en los patios de ferrocarril, y nos unimos a la línea de piquete por un tiempo. Luego entramos en la terminal de pasajeros, nos limpiamos y compramos boletos para la siguiente ciudad al este.

Unos cinco minutos antes de llegar a nuestra parada, saqué una lata de café de mi mochila, la coloqué entre mis pies y vertí un poco de ácido clorhídrico. Luego saqué mis cinco o seis grumos de sulfuro de hierro y los dejé caer. Puse la lata de café debajo del asiento. Un minuto después nos bajamos del tren. Al día siguiente, escuchamos que, a diez millas de la ciudad, habían tenido que detener el tren y dejar que todo el vagón de pasajeros tosiera, debido al gas de "huevo podrido" que había generado.

Cogimos un flete hacia Slater. Cuando nos acercábamos, vimos más y más toros ferroviarios fuertemente armados montando guardia a lo largo de las vías.

Entramos en Slater un poco antes del anochecer. Había guardias armados espaciados aquí y allá a lo largo de los accesos a la ciudad. A medida que el tren comenzó a frenar un poco a lo largo de una pequeña milla a las afueras de

la ciudad, dejamos caer nuestros hatillos y saltamos sobre algunas malezas. Escondimos nuestras bolsas en algunos arbustos y nos dirigimos a la ciudad.

Un pesado aire de sospecha y miedo se cernía sobre la pequeña ciudad. Y, sin embargo, pequeños grupos de personas aquí y allá también tenían un brillo de esperanza y emoción en sus ojos, como si por primera vez en su vida fueran parte de algo que estaba cambiando el mundo.

Los patios estaban rodeados por un cordón de policía. Pero a pesar de ello, había una línea de piquetes enérgica, que incluía a muchas mujeres. Las personas en la línea tenían la cara de una felicidad bastante asombrada en sus caras, como si tuvieran agarrado al mundo por los testículos. Y más allá pudimos ver los almacenes del ferrocarril, con algunas caras sonrientes mirando por una ventana abierta aquí y allá. Los trabajadores habían retomado lo que legítimamente era suyo.

"Quizás sea aquí donde empiece", dijo Art.

"Eso espero" dije. "¿No sería genial estar al principio de la primera sociedad realmente civilizada del mundo?"

Pusimos los sombreros de ala ancha bien colocados sobre nuestras caras para disfrazar nuestra identidad. Los piquetes sospecharon de nosotros al principio, pero enseñamos nuestros carnets rojos y finalmente fuimos aceptados como bienes reales. Cuando les dijimos que queríamos unirnos a los hombres que estaban dentro del taller, tuvieron dudas. Pero cuando les dijimos que habíamos traído algo de comida y otros suministros para los ocupantes, consultaron con algunas personas en el comité de huelga y decidieron dejarnos entrar.

Tan pronto como oscureció, salimos del pueblo y conseguimos nuestros paquetes. Luego nos llevaron a una de las casas de los huelguistas. Alrededor de la medianoche nos dirigimos a los raíles, acompañados por dos de los lugareños.

Ahora no había tantos guardias alrededor. Era una noche muy oscura. Nos dirigimos a un lugar donde había cobertura casi hasta los almacenes. Uno de los hombres que nos acompañaban soltó un silbido, y un guardia del ferrocarril se acercó a nosotros, nos registró a Art y a mí y luego nos dejó escabullirnos en los almacenes. Cuando empezamos a poner a los guardias de nuestro lado, supongo que es un progreso, pensé.

Después de otra señal nos dejaron entrar en el complejo. Fue un gran sentimiento unirme a nuestros hermanos en lo que podría ser el comienzo de la revolución.

Cincuenta o sesenta hombres ocupaban el lugar. Había un ambiente festivo. Algunos de los jóvenes jugaban a las cartas, y otros hablaban en pequeños grupos. Todos se apresuraron a ver lo que habíamos traído y se animaron un poco. Nuestros guías explicaron quiénes éramos y sacamos nuestros carnets rojos. Resultó que dos de los hombres que estaban dentro también eran wobblies. Deberíamos haber sabido que la IWW tenía algo que ver con un procedimiento tan revolucionario.

"Bueno, ustedes son bienvenidos", dijo uno de los huelguistas, acercándose y estrechando nuestras manos con fuerza. "Comenzábamos a preguntarnos si el mundo exterior sabía lo que estábamos haciendo aquí".

"Lo saben", dije. "Y los que no lo sepan ahora, lo sabrán pronto. Estáis haciendo historia". Los hombres reunidos a nuestro alrededor sonrieron con aprecio.

"¿Piensan que ustedes pueden gestionar el ferrocarril igual que los capitalistas?" dijo Art.

"Demonios, sé que podemos, y mucho mejor", dijo otro hombre.

Nuestros dos compañeros se fueron y los demás comenzaron a preguntarnos sobre lo que estaba sucediendo en otras áreas. Repartimos periódicos y otra literatura, y los treinta o cuarenta pequeños cancioneros rojos que habíamos traído. Pronto estábamos haciendo temblar las vigas, rugiendo las letras de "Casey Jones", "Mr. Block" y "Solidarity Forever". Se encendieron algunas luces en las casas cercanas, y pronto pudimos ver a algunas personas de pie al borde del patio que nos alentaban.

Los siguientes días tuvimos una serie de sesiones educativas en las que explicamos a los demás sobre el *One Big Union* de la IWW, y afiliamos a varios de los hombres. Había algunas grandes personas en ese grupo, todos héroes.

Comenzamos a hacer planes sobre cómo proceder si se envían tropas para retirarnos. Se acordó que no iniciaríamos ninguna violencia. También acordamos que nuestra única esperanza real de éxito era iniciar actuaciones similares en todo el país. Se decidió que Art, yo y varios otros debíamos desplegarnos por todo el país, tratando de persuadir a otros trabajadores para que hicieran lo que los valientes hombres de Slater habían hecho. Quién sabe,

pensaron todos: si tuviéramos un verdadero éxito, podría ser el comienzo de una verdadera revolución.

La tercera noche nos escabullimos por el camino por el que habíamos venido Art, yo y varios más. Dormimos unas horas en una de las casas de los huelguistas. Poco antes del amanecer comenzamos nuestra misión. Art y yo íbamos a ser uno de varios equipos de dos miembros. Nuestro anfitrión nos llevó en su antiguo coche a la siguiente ciudad donde todavía funcionaban los trenes. En un par de horas nos encontrábamos en un vagón que traqueteaba de camino al próximo pueblo al este que tenía talleres de reparación de ferrocarriles.

Fuimos de ciudad en ciudad, parando donde había piquetes. Muchos de los huelguistas parecían estar animados por lo que habían hecho los trabajadores de Slater, pero muy pocos querían arriesgarse a hacerlo ellos mismos. Cuando solo cuatro o cinco trabajadores de un patio quisieron hacerse cargo de los almacenes, advertimos en contra. A menos que haya un número importante involucrado, podría hacer que la sentada fuera impopular y lastimar la causa más que ayudarla.

Un par de días más tarde, montando un vagón en la ciudad de Jefferson, vimos un titular: TROPAS FEDERALES EN SLATER.

Al día siguiente, leemos que los rebeldes en Slater habían abandonado pacíficamente los talleres. Bueno, ese fue el final de eso. Nuestras esperanzas parecían destrozadas. Aún así, nos sentimos orgullosos de haber sido parte de la toma de los almacenes. E incluso si esta oportunidad de victoria se perdiera, el ejemplo de los huelguistas podría ayudar a desencadenar alguna acción revolucionaria futura de los trabajadores.

Entonces mi ojo se fijó en un artículo pequeño que nos hizo sentarnos y prestar atención:

ST. LOUIS, Mo., July 7.—J. M. Kurn, President of the St. Louis-San Francisco Railway, today issued a statement saying that "strikers succeeded in driving off sixty-three men with threats of lynching," at the road's shops in Springfield, Mo., and that "another lot of twenty-eight men were taken away by the Chief of Police of Springfield shortly after they had been unloaded at our barracks."

El presidente del ferrocarril... emitió una declaración... huelguistas triunfan en la expulsión de 63 hombres con amenazas de linchamiento en los almacenes de Springfield... y que otros 28 fueron rescatados por el Jefe de policía...

Resultó que los veintiocho eran un grupo de negros de Memphis que fueron llevados a los almacenes bajo vigilancia armada. Al parecer, no les habían dicho que los llevaban allí como rompehuelgas. El jefe de policía fue a entrevistar a los negros, que estaban detenidos como presos virtuales, y les preguntó si querían trabajar. Ellos dijeron no. Así que obligó a la Compañía ferroviaria a liberarlos.

¡Dios mío! Mientras estábamos tratando de fomentar la revolución en otros lugares, todo el infierno se estaba desatando en nuestro propio patio trasero. Tuvimos que regresar a Springfield, órdenes de arresto o no.

Volvimos en un mercancías hacia el sur, hacia Springfield, nos encontramos con cuatro o cinco huelguistas que habían estado quemando caballetes del ferrocarril. Nos pidieron que nos uniéramos a ellos. Acordamos hacerlo, en parte por razones de precaución: queríamos asegurarnos de que cortaran algunos árboles a través de las vías o publicaran algún tipo de advertencia cuando sacaran un caballete, para evitar que se matara la gente; podría haber algunos hobos inocentes o trabajadores migrantes en esos trenes. La IWW siempre había estado en contra de matar, excepto en defensa propia.

Poco antes de que oscureciera, cruzamos un gran puente sobre un río, y todos saltamos del tren dos o tres millas más allá, cuando disminuyó la velocidad. Caminamos de regreso por el bosque cargando varias latas de gasolina. Cuando llegamos al caballete, Art y yo procedimos a arrastrar algunos árboles pesados a través de las vías a ambos lados del puente, a unos doscientos metros de distancia. Luego nos deslizamos por la orilla del río para unirnos a nuestras cohortes. Las altas vigas ya estaban empezando a convertirse en humo.

Todos comenzamos a escarbar a lo largo de la orilla del río a través de la maleza pesada. De repente, nos dimos cuenta de que varios toros del ferrocarril se hallaban en una bancada a unos cincuenta metros de distancia. Comenzamos de nuevo en la dirección opuesta. Pero después de doblar un poco la curva, vimos aún más toros. Y ahora había más en la orilla opuesta del río.

Art y los otros comenzaron a trepar entre algunos árboles y arbustos hasta la orilla. Entonces vi a un tipo directamente encima de mí. Le oí decir a

alguien que no podía ver: "Hey! Sé quién es ese tipo, es el chico Murphy de Springfield"

Sentí mi boca secarse. Tuve que hacer algo rápido. Pude ver a los toros agarrar a uno de nuestros amigos en la parte superior del dique. Corrí de vuelta a la pequeña curva y no pude ver a mis perseguidores durante un minuto. Entonces vi un grupo de cañas en el agua. Entré, agarré una de las cañas, corté una sección, luego miré a mi alrededor frenéticamente para ver qué más necesitaba. Tuve suerte: encontré un pequeño trozo de madera irregular y pude sujetar un extremo de la caña a un hueco en la madera. Luego puse el dispositivo a flotar y me zambullí bajo la superficie del agua fangosa. Después de unos pocos jadeos, mi aparato de respiración subacuática comenzó a funcionar.

Al principio me limité a sostenerme en el fondo del río sin mover un músculo. Casi no podía oír nada y no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo en el mundo superior en tierra firme. Una vez que oí como una gran piedra de hundimiento en el agua a unos pies de distancia y mi corazón casi se detuvo.

Luego, después de unos minutos más, comencé débilmente, muy débilmente, a arrastrarme por las raíces de los árboles en el fondo del río en dirección descendente. Cuando parecía que había pasado una hora, y había llegado a otro grupo de cañas, saqué finalmente mi cabeza por encima de la línea de agua.

Estaba casi oscuro. Lo único que podía escuchar eran unas pocas ranas y grillos. Miré a mi alrededor con cuidado y luego di un gran suspiro de alivio. La costa estaba despejada.

Fue una noche cálida, las polillas pirueteaban sobre mí. Me limpié la ropa fangosa y húmeda lo mejor que pude, y me abrí camino lentamente hacia el lugar, a unos cientos de metros de distancia, donde había escondido mi mochila. Todavía estaba allí. Al levantarla, vi recortadas contra la luz de la luna, las patas del caballete chamuscadas y con forma de zanco. Pasaría un tiempo antes de que funcionara.

Me pregunté qué les había pasado a mis compañeros de trabajo, si todos ellos habían sido arrestados. Me pregunté qué debería hacer. Sería demasiado peligroso regresar a Springfield justo después de que alguien me hubiera reconocido. Podrían estar buscándome en todo este país. Siempre podría unirme a la cosecha de trigo en Kansas, podría encontrar a mi hermano

Emmett allí. Decidí que mi mejor apuesta era atajar a través del campo abierto hacia el Oeste, evitando granjas; a continuación, coger un tren de carga en la primera oportunidad y no parar hasta que estuviera en Kansas. Me arreglé con la luna y comencé a caminar lentamente hacia el oeste.

Luego recordé a unos primos lejanos que vivían en una pequeña granja cerca de aquí. Me pareció recordar que uno de ellos trabajaba en el ferrocarril y era un sindicalista fuerte. Finalmente encontré su granja a la luz del día y recibí una gran bienvenida amistosa. Cuando les expliqué sobre la mesa del desayuno lo que había estado haciendo, me trataron como si yo fuera una especie de héroe.

Hice arreglos para ayudar con las tareas por un tiempo a cambio de mi habitación y comida. Fue una vida fácil, agradable. Pero el mejor momento era cuando el padre, Clayton, llegaba a casa desde la ciudad todas las noches con los diarios. Devoré con entusiasmo cada palabra sobre la creciente huelga.

BATTLE IN WEST VIRGINIA	NORTH CAROLINA TROOPS OUT. Disorders at Several Points Cause Governor to Act.
-------------------------	--

Strikers Defy Police Until Latter Charge—Toledo Women Assail New Workers.

Las mujeres de Toledo agreden a los nuevos trabajadores

¡Chicas rebeldes! Joe Hill habría estado orgulloso. Y entonces lo increíble:

Daugherty Believes I. W. W. Is Busy in Strikes; Told the Railroads of Plots Against Bridges

WASHINGTON, Aug. 15 (Associated Press).—Attorney General Daugherty declared today that reports had come to the Department of Justice indicating that "the I. W. W.'s are quite active in connection with the railway strikes."

El abogado General Daugherty cree que el IWW está ocupado con los huelguistas instando a los ferroviarios que vuelen puentes

Y después la respuesta del IWW:

ADMsits I. W. W. ACTIVITIES.	
Leader Says There Are Many Members Among Rail Strikers.	
CHICAGO, Aug. 21.—Many members of the Industrial Workers of the World are numbered among the railroad strikers and a number of them "have demonstrated their objection to military despotism by quitting their jobs," according to a statement of Martin Carlson, general secretary of the Railroad Workers Industrial Union, a part of the I. W. W. organization, according to an announcement by the General Defense Committee today. Carlson's statement was called forth by recent statements of Attorney-General Daugherty that he believed there was a relation between the railroad strikes and the I. W. W., and that there were "indications that the I. W. W.'s are willing to take over some responsibility of railway transportation and even the government itself in the West."	"It is true that there are I. W. W. members among the railroad strikers in various centres who have demonstrated their objection to military despotism by quitting their jobs," Mr. Carlson was quoted by the defense committee. "There are I. W. W. members also among the men at work in other railroad departments, and they too would be out on strike if the majority of the workers in those departments had not been under the domination of their grand lodge officers." Carlson was quoted as saying also that the I. W. W.'s were "willing and eager" to take over "all responsibility for railroad transportation and for the conduct of all other productive industries." He denied, however, that the organization sought control of the reins of government.

EL IWW ADMITE ACTIVIDADES

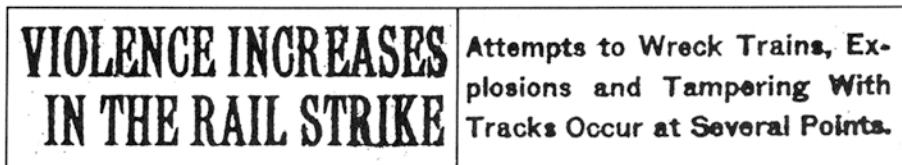
...Es cierto que hay miembros del IWW en centros ferroviarios que se han opuesto al despotismo militar... y pudieran estar intentando dirigir el transporte...

¡Increíble! Pensé. No podría haberlo puesto mejor yo mismo. ¡El IWW gestionando los ferrocarriles! ¿Por qué no? ¿No habíamos ejecutado una buena parte de la recolección de la cosecha en los años de guerra y, según Thorstein Veblen, habíamos hecho el trabajo mejor que los agricultores? Muchas estadísticas demostraron que el gobierno de los Estados Unidos había hecho un mejor trabajo en la gestión de los ferrocarriles en la guerra mundial que los propietarios privados en tiempos de paz, y la IWW podría hacer un trabajo aún mejor. Podría ser el verdadero comienzo de "construir la nueva sociedad dentro de la cáscara de la vieja".

Trabajé en la granja durante casi un mes. A veces me unía a Clayton y su hijo mayor en algún trabajo nocturno extracurricular en nombre de la huelga. Luego me inquieté y decidí arriesgarme a volver a Springfield.

Llegué a la ciudad después del anochecer. Fui a la casa de un amigo y lo envié a la casa de mis padres. Mi madre me dijo que ningún toro me había estado buscando, así que fui a casa. Pero los próximos días me quedé dentro durante el día, por si acaso.

Las fortunas de los huelguistas decayeron y fluyeron. Se emitieron más y más interdictos, y hubo más y más violencia. Durante las siguientes semanas seguí siguiendo los artículos del periódico:



En esta época encontré otro buen aforismo para mi cuaderno. Bertrand Russell: "Un verdadero revolucionario se vuelve más revolucionario cuanto más envejece"

Acontecimientos vistos y cortados de ida y vuelta. El recurso federal tuvo poco efecto en frenar la huelga. Finalmente, uno de los ferrocarriles más grandes de la nación, el Baltimore y Ohio, sugirió que cada Compañía se entendiera por separado con los trabajadores, y varios ferrocarriles ofrecieron cancelar el recorte salarial y llevar a los huelguistas al trabajo. Gradualmente, alrededor de 225.000 huelguistas obtuvieron acuerdos más o menos favorables. Alrededor de 175.000 perdieron sus empleos o sus sindicatos, o ambos. Pero el impulso nacional para recortar salarios y destruir a los sindicatos perdió gran parte de su impulso después de eso. Y después de la pérdida de gran parte de su equipo, los jefes de los ferrocarriles y otros jefes de la industria tuvieron mucho más cuidado de no antagonizar a sus trabajadores. Me sentí orgulloso de haber sido parte de la lucha.

Pero en este punto, la huelga en Springfield todavía se estaba prolongando. Me sentí inquieto e inútil, simplemente sentado en casa todo el día. A menudo pensé en las emocionantes ciudades del oeste, Spokane y Portland y Seattle, y en mi deseo de vengarme del toro del ferrocarril que había intentado matarme. Yo quería vivir. "La vida es real, la vida es seria", había escrito Longfellow, y anhelaba vivir la vida plena e intensamente.

Un día, por casualidad, leí una línea en un libro que conmovió mi alma: "Algo perdido detrás de los márgenes, algo perdido y esperándote!"

Entonces, un día, recibí un golpe de mal agüero. Un minuto después, mi madre me dijo que la policía me estaba buscando. Eso lo decidió.

Al día siguiente, antes del amanecer, cogí mi hatillo y me despedí de mis padres. Bajé a las pistas en las afueras de la ciudad. En poco tiempo llegó un mercancías lento y me subí a un vagón.

Sentí el viento correr en mi contra. El gran campo de rodadura comenzó a desplegarse ante mí. Una gran ráfaga de libertad corrió por mis venas. Cuando sentí los tablones rebotando rítmicamente debajo de mí, unas pocas líneas de Whitman cantaron en mi cerebro:

Paso, ¡paso inmediato! ¡La sangre arde en mis venas!

¡Fuera, alma mía!...

¿No hemos estado aquí como los árboles en el suelo el tiempo suficiente?

*¿No hemos permanecido el tiempo suficiente,
comiendo y bebiendo como meras bestias?...*

Imprudente, oh alma, explorar, yo contigo, y tú conmigo...

El tren tomó velocidad. Oí el silbido de su distante motor aullar.

¡Esta era la vida!

XIV. EL ESPÍA LABORAL

Continué en el traqueteante hasta tan abajo como Coffeyville, Kansas, justo por encima de la línea de Oklahoma. Siempre quise ver Coffeyville debido a su reputación de bastión romántico del viejo Oeste, donde se habían refugiado algunas de las más famosas, o infames, según el punto de vista, pandillas de proscritos.

En el viaje al Oeste tuve tiempo para pensar mucho. Mi odio por el sistema capitalista estaba en su apogeo. Pasé varios meses aprendiendo concienzudamente un oficio, pensando que, por fin, podría establecerme y casarme, estar cerca de mis padres y llevar una vida digna. Y todo había sido destruido por la codicia de los barones del ferrocarril, con la colusión del gobierno en la reducción de nuestra paga. Juré una eterna venganza contra los ricos que conducían esclavos y todo su sistema podrido. Y si no podía ayudar a cambiar su sucio sistema, al menos yo estaba decidido a conseguir mi venganza en su lacayo toro ferroviario que había intentado asesinarme cerca de Pasco, Washington.

Al retirarme de Joplin, me sobresalté cuando un tipo de unos treinta años con un gran hatillo se subió a mi vagón justo cuando el tren estaba acelerando. Era un trabajador agrícola llamado Shortfuse Shorty de Whitefish, Montana. Resultó que era un delegado wobbly, y el relleno adicional en su hatillo eran copias de los periódicos del IWW. Después de darle a la húmeda durante un rato, me puse a leer.

Me sorprendió saber que, con el aumento de las inscripciones en las industrias madereras y agrícolas, el IWW ahora tenía la afiliación más grande de su historia, cerca de 100.000. Y con más de 150 de nuestros principales líderes en prisión y el nuevo acuerdo que limitaba a los representantes a un año en el cargo, mostraba lo que las bases podrían hacer, si se les daba la oportunidad. No solo eso, sino que nuestro sindicato de Trabajadores del Transporte Marítimo continuó abriendo sucursales en todo el mundo: en Australia, Alemania, Sudáfrica, Argentina, Chile y Perú. Tal vez aún había esperanza para la revolución, una revolución real, no solo el cambio de un

conjunto de tiranos por otro como aparentemente tenían en mente los bolshies.

Nos deshicimos de Coffeyville un poco antes de que oscureciera. Aunque no era exactamente un pueblo de vaqueros muy abierto, era un lugar pequeño y animado, con un próspero barrio rojo. Tuvimos una oportunidad en un pequeño hotel y limpiamos el saco de pulgas.

A la mañana siguiente desayunamos algunos panqueques y java y recorrimos la zona principal buscando trabajo. A fines del verano, la cosecha se estaba agotando hacia el sur. Pero finalmente fuimos contratados por un pequeño granjero que recogía el trigo. Era uno de los que habían accedido a la demanda del IWW de jornada de diez horas y cincuenta centavos por hora, y la barraca que compartíamos con otros diez o doce tiesos más estaba bastante limpia. Así que no había muchas posibilidades de acción laboral, especialmente cuando la cosecha había terminado. Hicimos nuestro trabajo bajo el sol abrasador durante una semana hasta que se acabó, y luego nos dirigimos a la ciudad con nuestro salario.

Estaba ansioso por tomar el primer tren hacia el oeste, pero Shortfuse [Fusible corto] tenía otras ideas. Yo había asumido que, por lo modesto que parecía, había recibido su apodo por su rapidez para ofenderse cuando se lo trataba mal. Pero tenía que descubrir que se lo habían dado por otra razón.

Tenía buenas intenciones esa tarde sofocante. Pero cuando Shortfuse me guió por una de las casas deportivas donde damas con poca ropa estaban sentadas en el porche balanceando sus piernas, mi pulso se aceleró. Cuando Shortfuse me agarró del brazo para guiarlo hacia el lugar, no puse mucha resistencia.

Con la cosecha casi terminada y la mayoría de los rígidos desaparecidos, no había muchos clientes. Fuimos tratados como la realeza. Se pasó algo de contrabando. Como wobblies nos oponíamos al alcohol, especialmente durante las huelgas. Pero demonios, nadie debería tratar de ser demasiado perfecto, nunca sabes qué es lo que hace que otras personas funcionen.

Nos dejamos engañar para probar algunos, y las festividades se reanudaron.

Cuando me di cuenta eran las dos de la mañana. Todavía hacía calor como las bisagras del infierno. Estábamos todos sentados en el porche, bromeando y riendo, Shortfuse y yo y un par de otros rígidos con siete u ocho de las chicas, completamente desnudas. De repente, uno de ellos lo propuso: deberían

hacer una carrera a pie, justo en la calle principal de la ciudad. Así que la mayoría de ellas se alinearon en medio de la calle. Apostamos por quién ganaría, y luego Shortfuse gritó, "¡Arrancad!" Se quitaron sus trajes de cumpleaños en la calle principal, pasaron por el ayuntamiento, hasta el otro extremo de la sección de negocios y regresaron.

Mi chica ganó: una pelirroja llamativa y alta de ojos verdes. Gasté mis ganancias en bebidas para todos. Luego, con cariñosas despedidas y abrazos por todos lados, Shortfuse y yo salimos para nuestro hotel.

Al día siguiente cogí un mercancías hacia el Noroeste. Shortfuse dijo que tenía que quedarse en Coffeyville uno o dos días en "asuntos pendientes". Me recosté y me dormí. Cuando desperté era tarde, y el largo tren se acercaba a un territorio familiar alrededor de Harper, Kansas. A pesar de que despreciaba a sus granjeros y sus secuaces políticos, siempre sentí un lugar cálido en mi corazón por el área, recordando que estaba cerca de aquí cuando me uní a la IWW. El trigo de finales del verano era un vasto océano dorado y brillante, y después de la emoción y el peligro de la huelga ferroviaria, me sentía deseoso de descargar algo de mi ira reprimida en un trabajo furioso e implacable.

No me decepcioné. Continué con una tripulación que seguía al trigo, y trabajamos como locos durante los largos días calurosos. Aquí pagaban solo cuarenta y cinco centavos por hora, todavía tenían el día de doce horas, y yo tenía los problemas habituales con la maldita agua alcalina. Creo que mi plan para alcanzar al toro del ferrocarril en Washington fue lo único que me mantuvo en medio de las largas y agotadoras horas de trabajo aburrido y agotador. A veces creí que los cavernícolas que abandonaron la vida de la caza y la pesca por la agricultura debieron haber estado completamente locos. Y cada vez que veía un tren de carga solitario yendo hacia el Oeste a través de la pradera, sentía un nuevo y febril anhelo de coger tal tren y dirigirme al Oeste para conseguir mi venganza. Mientras tanto, algunos de los otros wobblies del grupo y yo estábamos debatiendo la acción laboral para mejorar las condiciones.

Un día me sorprendió el trigo junto a un joven y amable wob. Dijo que había visto a mi hermano Emmett el día anterior en el salón wobbly de Kansas City. De repente sentí una urgencia abrumadora de ver a Emmett, mi hermano favorito, para recordar con él nuestras experiencias juntos, y para ver si tal vez pudiera ayudarme a averiguar dónde se suponía que iba a ir en este lío llamado vida. Esa noche recogí mi paga y, antes de la medianoche, estaba montando por una puerta lateral en un tren Pullman rápido hacia el Este.

A la mañana siguiente, cuando me desperté en algún lugar cerca de Osawatomie, pensé que la guerra mundial continuaba y de repente me habían trasplantado al frente occidental. Una enorme máquina de traqueteo, como diez tanques soldados de lado a lado, cargaba hacia mí y hacia el tren, como si estuviera dispuesta a enviarnos a Kingdom Come. Me froté los ojos y empecé a retroceder. Entonces me di cuenta de un par de hobos que debían haber subido en el tren en alguna parada cuando yo estaba dormido y que se reían de mí. El enorme artilugio, que debió haber sido de sesenta pies de ancho, llegó retumbando justo hasta el borde de la pista, hizo un amplio giro, y pasó lejos de nosotros a través del campo de trigo como una especie de monstruo extraño.

"¿Qué demonios fue eso?" Pregunté a los hombres que se reían.
"Nunca ha visto una cosechadora antes?", se rió uno

Yo debería haber sabido lo que era. Había escuchado y leído lo suficiente sobre las nuevas y enormes máquinas e incluso había visto fotografías de ellas. Pero esta fue la primera vez que vi la cosa real. Me quedé asombrado al verlo desaparecer detrás de nosotros, comiendo el trigo como un monstruo metálico insaciable.

"Ella puede hacer el trabajo de quince hombres", dijo uno de mis nuevos compañeros. "Muy pronto, todo lo que tendremos que hacer es recorrer el país con estilo y comer todo el pan gratis".

Tuve una sensación de mareo en el estómago. Si esa cosa realmente se difundía y dejaba a todos estos hombres sin trabajo, reflexioné, muy pronto tendríamos la depresión más grande que el mundo haya visto. Genial si se reduce el trabajo. Pero si los beneficios no se distribuyeran entre todas las personas, nadie tendría dinero para comprar el trigo o el pan, y estaríamos en una situación penosa. Una razón más para acelerar la revolución.

Llegamos a Kansas City alrededor del mediodía. Fui directamente a la sala wobbly para buscar a Emmett. Pero el Secretario me dijo que se había ido el día anterior para trabajar en la cosecha en Fargo, Dakota del Norte.

Deprimido, me dirigí a las orillas del Missouri. La ribera del río en Kansas City era un lugar animado con el tráfico fluvial, la gran estación de ferrocarril, el hospital y los numerosos hoteles cercanos. Este había sido el primer éxito de Ernest Hemingway cinco o seis años antes en su trabajo como reportero para el *Kansas City Star* a los dieciocho años.

Esa noche, mientras yo estaba paseando a lo largo de la orilla del río, alguien me dio un folleto sobre una reunión para la defensa de veintidós mineros que enfrentaban cargos de asesinato en Herrin, Illinois. Los trabajadores del ferrocarril y los mineros se habían prestado mucha ayuda mutua durante sus dos grandes huelgas, y mis simpatías se despertaron de inmediato. Me ofrecí a ayudar al minero a distribuir los folletos, y luego fui con él a la reunión esa noche.

Había leído acerca de lo que se llamó la "masacre de Herrin" unas semanas antes. Y antes de que comenzara la reunión, estuve mirando una colección de recortes del *New York Times* que los mineros habían reunido sobre el incidente:

Había diferentes versiones de lo que realmente había sucedido. Cuando comenzó la huelga, el propietario de la mina Herrin había pedido permiso para quitar la tierra de una capa de carbón, en espera de un acuerdo. Prometió no tocar el carbón en sí, y el sindicato estuvo de acuerdo. El propietario trajo a los miembros de un sindicato de operadores de palas de vapor de Chicago. Más tarde, volvió a incumplir su palabra e hizo que los hombres comenzaran a excavar el carbón para venderlo a precios exorbitantes, a pesar de la petición del Presidente Harding de que los propietarios no aprovechen la situación de huelga de esta manera.

Los mineros de Herrin cablearon a su presidente, John L. Lewis, preguntando qué hacer. Lewis respondió que los operadores de las palas de vapor habían sido expulsados del sindicato años antes, y que sus miembros debían ser tratados como rompehuelgas. Que esa parte de la historia era un hecho establecido.

En cuestión de horas, cinco mil mineros y sus mujeres se reunieron y comenzaron a marchar hacia la mina. Más tarde afirmaron que solo estaban tratando de hablar con los trabajadores para pedirles que se fueran, cuando los guardias abrieron fuego de ametralladora. Toda la noche se produjo una batalla. El propietario afirmó que los huelguistas capturaron la mina al día siguiente y ejecutaron a diecinueve de los trabajadores y guardias importados. Los mineros afirmaron que los rompehuelgas y los guardias murieron en el curso de la batalla, junto con dos o tres de sus propios hombres. Más tarde, más de doscientos mineros fueron acusados de asesinato. El número se redujo más tarde a veintidós, y se veía mal para ellos.

Los mineros y sus esposas y hermanas que hablaron en la reunión esa noche contaron historias desgarradoras sobre su pobreza y la opresión de los dueños

de las minas. Pero desafortunadamente, no tenían mucha audiencia. No importa quién inició la violencia el hecho asustó a la mayoría de la gente. Podrían gritar la idea de que sus hijos, hermanos y esposos morían en alguna tierra extranjera en nombre del "patriotismo", pero ellos se encontraban en casa luchando en Estados Unidos por un salario digno.

Después de la reunión, me quedé para hablar con algunos de los mineros. Uno de ellos opinó que su única oportunidad sería si podían influir en las opiniones de los posibles jurados, de modo que sus abogados supieran cuáles cuestionar. Tenían acceso a la lista de posibles jurados, la mayoría de los cuales eran pequeños agricultores, pero el gran problema era descubrir sus opiniones reales. Los lugareños solían estar muy protegidos con respecto a otros residentes del condado.

Pero si solo pudieran conseguir que viniera algún forastero de aspecto inocuo...

Vi a lo que querían llegar. Y supongo que en parte debido a mi juventud, yo tendía a ajustarme a su descripción de "inocuo".

"Claro, voy a ser voluntario", les dije.

Luego surgió una discusión sobre cuál era el mejor tipo de estrategia a seguir. No me gustó especialmente la idea de navegar bajo falsos colores. Pero esto era una emergencia. Y de todos modos, probablemente no implicase decir mentiras, solo mantener mis oídos abiertos.

Finalmente, alguien recordó que tenía un hermano en San Luis que tenía una franquicia de máquinas de coser. Decidieron arreglarme como vendedor legítimo de máquinas de coser, me podría mantener con las comisiones de todas las máquinas que vendiera. El minero llamó a su hermano en St. Louis para verificarlo y él aceptó contratarme.

Al día siguiente, todo el trato estaba arreglado. Me iban a equipar con un Ford Modelo T, media docena de máquinas de coser y un anticipo de los gastos de mis dos primeras semanas de operaciones.

Cuanto más lo pensaba, más me seducía la idea: hacer una gran tarea por el movimiento obrero, al mismo tiempo que tenía la libertad de recorrer parte del país en mi propio automóvil y tal vez ganar algo de dinero. Mi padre me había dejado conducir en su viaje a Springfield un par de veces, lo suficiente como para abrir mi apetito por los viajes automotores, y sabía que podía manejar el artilugio.

Al día siguiente fui a St. Louis con algunos de los mineros. Pasé el día siguiente entrando en el negocio de las máquinas de coser. En realidad, era un gran artificio, una tremenda bendición para la pobre ama de casa con exceso de trabajo que tenía que hacer ropa para diez hijos, cocinar y quedarse en casa. Justo antes de irme, cargado de máquinas, se me dio una dirección en el campo cerca de Herrin, donde yo estaría para recoger la lista de posibles miembros del jurado. Entonces me puse en camino.

Fue emocionante cruzar el gran río hacia East St. Louis, Illinois. Por supuesto que había leído *Las aventuras de Huckleberry Finn*, como la mayoría de los jóvenes. Pero la gran extensión de agua que fluía era aún más majestuosa de lo que había imaginado. Algun día, pensé, me gustaría conseguir una balsa como Huck y Jim, y montarla desde su cabecera hasta Nueva Orleans y el Golfo.

Me dirigí hacia Cairo y Little Egypt. Saludaba a las chicas bonitas a lo largo de las calles de los pequeños pueblos con sueño del sur de Illinois, deseando tener tiempo para descansar con ellas.

El país era encantador bajando hacia Herrin, verde y suavemente ondulado, boscoso aquí y allá, como me habían dicho que era Irlanda. Pero a medida que me adentraba en el país minero, se producía un cambio gradual. Las casitas se hacían más pequeñas, las personas que miraban por las puertas parecían tener un aire de tristeza y desesperanza, parecían casi una raza de personas diferente. Había leído y escuchado mucho sobre las vidas de los mineros, pero no estaba preparado para la realidad: jóvenes adolescentes que ya tenían el aspecto de la muerte en sus ojos, hombres de treinta o cuarenta años que morían de silicosis y otras enfermedades profesionales, niños en harapos, personas totalmente desprovistas de esperanza. Estaban en el fondo del pozo social en más de un sentido.

¿Por qué trabajaban en las minas? Me preguntaba. Nadie debería ser sometido a ese tipo de infierno. Pero Bill Haywood era brillante y lo había hecho, al igual que John L Lewis y algunos de los hombres más inteligentes de la historia. Porque estaban desesperados. Porque entonces no había otro trabajo. Porque los dueños les pagaban tan poco que no pudieron ahorrar lo suficiente para seguir adelante. Porque no querían dejar amigos y familiares. Porque no todos pueden ser agricultores y muchos de ellos apenas pueden ganarse la vida. Porque era lo único que sabían hacer. Porque entraba en su sangre... y en sus pulmones.

Las cosas estaban mal en las minas, siempre lo habían estado. Había un tópico muy citado de que si se informaba un desastre en la mina, la primera pregunta que hacía el superintendente era: "¿Perdimos alguna mula?" Luego su siguiente pregunta era: "¿Perdimos hombres?"

Al acercarme a Herrin, sentí que el aire de desesperación y sospecha crecía. Me quedé en pequeños cafés de aldea para no llegar a mi destino secreto antes del anochecer. La gente me miraba con cautela, obviamente desconfiando de cualquier recién llegado a la zona. Hice mi mejor esfuerzo para actuar como jovial e inocente, fingiendo sorpresa cuando una camarera y el hombre sentado a mi lado comenzaron a hablar en tono triste del juicio que se avecinaba. "También podría decirle adiós a mi hermano y mis dos primos", murmuró mi compañero, levantándose para moverse de un lado a otro.

Poco antes de la medianoche, me detuve en la choza del minero donde vivía mi contacto local. Era el hogar de un hermano de uno de los hombres en juicio. En tono callado pero ansioso, él y su esposa me invitaron a su pequeña casa. Parecían sorprendidos de lo joven que era. Me sentí un poco avergonzado por lo agradecidos que parecían por mi ayuda. "Eres nuestra única oportunidad", me dijeron, casi con lágrimas en los ojos. Me ofrecieron comida, me informaron sobre la situación local y luego me dieron la codiciada lista de posibles jurados. Casi todas las personas en la lista eran agricultores. Me lo entregaron como si fuera un talismán secreto para protegerlo con mi vida. Les prometí que pondría mi mejor intención, luego subí al Modelo T y me dirigí a Carbondale, a unas quince millas al suroeste, donde había alquilado una habitación de hotel.

Al día siguiente conseguí un mapa del condado y comencé mis rondas. Decidí comenzar con el área más cercana a la mina y la escena de la batalla, porque había escuchado que los agricultores allí eran más amigables con el sindicato. Pronto descubrí la razón: antes de la batalla, los guardias de la mina habían detenido ilegalmente a todos los que pasaban por las vías públicas cercanas a la mina, sometiéndolos a interrogantes y hostigamientos humillantes.

El primer lugar donde me detuve fue en una pequeña granja lechera a unas dos millas de la mina. Había un puesto de malvas en frente de la pequeña casa de armazón, y parecía un lugar razonablemente amigable. Aparqué detrás de un carro viejo, respiré hondo y caminé hacia la puerta.

Una frágil mujer de mediana edad respondió a mi llamada, mirando un poco con recelo. Le di mi discurso de venta.

Ella suspiró. "Me encantaría tener uno de esos artilugios", dijo. "Pero con el fracaso de los negocios debido a la huelga, creo que no me atrevería a pedirle a Pa que me compre uno".

"Me enteré de la huelga", le dije. "Todo el mundo mira hacia abajo a los vertederos por aquí".

"¿Quién no estaría preocupado, con veintidós de nuestros jóvenes teniendo que enfrentarse a la soga del verdugo?" Algo hizo clic en mi mente —marca uno de nuestro lado— pero no dejé que nada se registrase en la cara. "¿Por qué no me dejas hablar con tu marido?" Dije.

"No lastimaría a nadie, supongo. Está fuera arreglando un tramo de cerca".

Encontré al hombre. Él me miró de reojo aún más cauteloso que su esposa. Se volvió un poco más amigable cuando le conté mis asuntos, pero se estremeció cuando le conté el precio de una máquina de coser.

"Regresa el año que viene", dijo. "Tal vez las cosas vayan mejor después de que se arregle este terrible desastre".

"Tu esposa me habló de los problemas laborales", le dije.

"Nunca he tenido mucha simpatía para los malditos mineros", dijo el granjero. "Principalmente un montón de extranjeros de los bajos fondos. Pero después de ver cómo los guardianes de la mina atropellaban a todo el mundo por aquí, puedo entender mejor por qué se levantaron sobre sus patas traseras. Creo que algo debería hacerse por los chicos, no creo que deban de agacharse".

Le di las gracias por su tiempo y volví a mi furgoneta, despidiéndome de la esposa del granjero. Manejé por un camino, luego me detuve y saqué mi lista. Decidí dejar una marca diferente para cinco tipos diferentes de respuesta: simpática, moderadamente simpática, dudosa, antipática y sin respuesta. Hice la marca de "ligeramente simpático" para mi primera parada. ¡Esto era progreso!

En la siguiente pequeña granja recibí una respuesta diferente. Después de mi disculpa por desperdiciar su tiempo, un labriego de aspecto dispéptico dijo: "Tenemos suficientes problemas por aquí sin nadie de la ciudad que venga a colocarnos sus artilugios tontos. Con el condado lleno de asesinos como los locos mineros, este lugar ya no es apto para vivir. Espero que cuelguen a un montón de ellos.

Y así fue, de granja en granja. Finalmente, casi todos tenían algo que decir sobre los hombres enjuiciados. A veces, traicionaban sus verdaderos sentimientos con solo una palabra, solo una expresión fugaz en sus ojos. Tan cerca como pude determinar, el sentimiento parecía correr alrededor de cincuenta y cincuenta entre pros y contras.

Pasé la mayor parte de dos semanas recorriendo toda el área tratando de vender mis máquinas. En Marion y Herrin y Carterville y Colp, a lo largo de las orillas del Crab Orchard Lake y por Big Muddy y por todas partes. En realidad vendí cuatro máquinas de coser. Pero el verdadero oro eran esas pequeñas marcas que tenía en mi lista.

Al final de las dos semanas, pasé una noche hasta la casa de mi contacto para entregar mi lista. Mis anfitriones actuaron como si yo fuera la Segunda Venida. Después de alimentarme y mimarme, se disculparon por tenerme que despedir antes del amanecer.

Regresé a San Luis, completando mi misión. En los meses siguientes, en el Oeste, observé atentamente los periódicos en busca de noticias de los juicios. No sentí mucha esperanza. Pero un día en la primavera, leí que el jurado había encontrado inocentes a todos los mineros acusados. ¡Increíble! No pude evitar pensar que era muy probable que mi información hubiera marcado la diferencia. Me dio un gran sentido de valía y confianza en mí mismo.

Desde ese día, no importa lo que pasase en mi vida, pensé que mi vida había sido una ventaja para la humanidad, haber ayudado a salvar las vidas de los veintidós hombres. Fue un secreto que llevé conmigo desde entonces. Más tarde, John L. Lewis me dio un reloj inscrito por mi parte en el asunto.

XV. EN EL INFIERNO

Me detuve en St. Louis un par de días contemplando las vistas y luego salí. Cuando me dirigí hacia el Oeste, todavía estaba furioso contra los dueños de las minas y las compañías ferroviarias. Mientras montaba los trenes de carga sobre las interminables praderas, el aburrimiento y el frío del invierno me acercaban a mi venganza contra el toro del ferrocarril que había intentado matarme. Por dios obtendría al menos uno de los despiadados piojos.

La venganza personal podría ser inmensamente satisfactoria, así como un poderoso elemento de disuasión para futuros actos del mal. Estaba bien poner la otra mejilla en asuntos menores, pero cuando alguien estaba loco o lo suficientemente mal para asesinar, se utilizan medidas drásticas. Me reconcentré en mi odio, en mis dulces fantasías de venganza, desde Kansas City hasta Sioux City, Fargo y Minot y Dakota del Norte.

En Minot, escuché que pagaban cincuenta centavos la hora en la cosecha, así que decidí trabajar unos días y reponer mis fondos. Quizás también, subconscientemente, estaba retrasando ese momento de la verdad en el Estado de Washington. El primer día en la ciudad se me acercó un granjero que necesitaba un hombre extra para reemplazar a uno que se había ido. Era un individuo de ojos saltones de unos cincuenta años y debería haber sospechado de él, pero dijo que pagaba cincuenta centavos la hora más toda la comida que pudieras cargar.

Su granja era una extensión de unos cien acres a diez millas de la ciudad. Extrañamente, todos los hombres, incluyendo dos o tres wobs, habían estado trabajando allí solo un día o dos. Pero la comida y las literas estaban bien, así que hicimos el esfuerzo e hicimos todo lo posible.

Recolectamos todo el grano en aproximadamente en una semana. Nos congregamos alrededor de la puerta trasera de la casa de campo para obtener nuestra paga. El granjero finalmente salió, inquieto. "Chicos", dijo, "he tenido algunos contratiempos este año. Los malditos comerciantes de granos no han

estado pagando tan pronto como de costumbre, por alguna razón. Lo mejor que puedo hacer ahora es pagaros con un pagaré"

"¡Pagaré!", dijo un rígido. "No podemos comer pagaré"

Los hombres empezaron a gruñir." ¿Por qué no nos dijiste eso cuando nos contrataste?", gritó otro.

Los hombres comenzaron a acercarse al granjero que estaba parado en el porche. Un teso quería darle una paliza allí mismo. Otro agarró una pala y comenzó a subir los escalones hacia él.

"Sostén tu papa", le advertí al exaltado "Hay mejores maneras de manejar esto".

Tal vez porque los demás ya sabían que yo era un wobbly, tenían confianza en mí. El hombre de la pala retrocedió. Me puse al frente del grupo. "Bueno, señor Kroll", dije, "si no puede pagarnos en efectivo, entonces, ¿qué tal unos pollos y cerdos? Estos hombres tienen que comer".

"Os dije que os daría un pagaré", dijo el granjero. "Tomadlo o dejadlo. Si los hombres no se han ido al anochecer, llamaré al sheriff".

Los otros trabajadores y yo tuvimos una breve conferencia. Se decidió que debía continuar como su portavoz.

Subí de nuevo al granjero. "Bueno, señor Kroll", dije "los muchachos decidieron que si ni siquiera nos van a dar unas cuantas gallinas por todo nuestro arduo trabajo, vamos a acampar aquí hasta que recapacite".

Kroll parecía furioso. Se volvió hacia la puerta abierta de la casa. "De acuerdo, muchachos, ustedes verán lo que hacen", dijo.

De repente, cinco o seis hombres rudos y adolescentes varones con picos salieron de la casa corriendo hacia nosotros. Intentamos retroceder, tropezándonos unos con otros en nuestra prisa. Pero no nos movimos lo suficientemente rápido y los largos mangos de las puntas cayeron sobre las cabezas y las espaldas de varios de nuestro grupo. Recibí un golpe punzante en la oreja. Solo éramos una docena, por lo que no estábamos a la altura de las manijas. También ahora podía ver a uno de los hijos del granjero sosteniendo una escopeta sobre nosotros desde el porche.

Nos retiramos a la carretera, agarrando nuestros hatillos. Un hombre tenía una herida grave en la frente. Cuando estábamos a unos cien metros por el

camino, nos detuvimos para lamer nuestras heridas y hablar. Los hombres se quejaban, maldecían y juraban venganza.

"Mirad", les dije cuando se habían calmado. "No tiene sentido que todos nos metamos en problemas por esto. Un gran grupo de hombres que se mueven por ahí va a causar sospechas. Nosotros los wobblies sabemos cómo manejar estas cosas. Si ustedes me dejan manejar esto, les garantizo que haré que este hoosier sienta haberse dedicado al negocio de la agricultura".

[Hoosier: Chicarrón del país. Rudo de Indiana]

Hubo muchas quejas y discusión. La mayoría de la pandilla estaba ansiosa por tomar un flete que llegaba cada noche hacia el oeste. Finalmente acordaron dejarme ajustar las cuentas con *John Farmer*. Volví a la ciudad con ellos para conseguir algo de comida. Luego, un poco antes de la oscuridad, les dije adiós a mis compañeros de trabajo en los patios. Luego salí al borde de la ciudad y esperé al anochecer.

Afortunadamente, estaba tan oscuro como una pila de gatos negros esa noche. Tomé mi tiempo para caminar a lo largo del camino rural, corriendo hacia los campos para esconderme cada vez que venía un carro o una carreta. Y durante todo el camino a la granja, repetí una y otra vez el poema sobre los sabots* y el sabotaje que se había convertido en parte de la sabiduría wobbly:

*Si el camino de la libertad parece difícil
y está lleno de rocas y espinas,
ponte los zapatos de madera, compañero,
y no dañarás tus callos.*

[*Sabot es zapato de madera en francés (zueco). Una historia del origen de la palabra sabotaje es que los campesinos franceses, expulsados de sus tierras y obligados a trabajar en fábricas, arrojaban sus zuecos a la maquinaria para atorarla y así detener la producción.]

Algún tiempo antes de la medianoche llegué a la granja. Todo estaba en silencio. Luego, cuando llegué a unos cuarenta metros del establo, el perro del granjero comenzó a ladear. Afortunadamente, me hice amigo del perro

durante la semana que trabajé allí, así que lo llamé en voz baja y él dejó de ladrar y se levantó moviendo la cola.

No perdí el tiempo. Me escabullí en el establo, eché a la vaca y algunos cerdos y gallinas, puse bridadas en los dos caballos de trabajo grandes, los saqué y los até a un árbol a unos cincuenta metros de distancia. Luego volví al granero, encendí un fósforo y lo tiré al heno. Corrí de vuelta a los caballos, salté en el más grande de los dos y comencé a galopar a campo traviesa hacia la siguiente ciudad a través de la pradera. Cada doscientos metros me daba la vuelta y miraba la encantadora vista del granero en llamas.

Al día siguiente, al amanecer, comencé a detenerme en las granjas. Antes de las ocho en punto, había vendido los caballos por treinta dólares cada uno a un granjero. Esto por el pagaré.

No perdí el tiempo y cogí un tren de carga hacia el oeste. Al día siguiente estuve en Montana, al día siguiente en Idaho.

Al entrar en el Noroeste, todo era agua, como es habitual en invierno. Pero después del largo y caluroso verano, me gustó el mundo acuoso. Cada lugar en la Tierra parece tener algo especial si lo buscas, alguna cualidad que crece en ti, que entra en tu sangre. Y el Noroeste tenía un algo que era único y no se encontraba en ninguna otra parte, un cierto sentimiento y olor en el aire, una sensación de emoción en la atmósfera, como si cada pequeña gota de lluvia de olor fresco fuera un universo vibrante en sí mismo. A pesar de mi misión ferviente y mortal, me sentía como volviendo a casa.

Crucé el río Snake a través de una llovizna y, antes de muchas horas, nos acercábamos al impetuoso Columbia. Comencé a tener una sensación siniestra cuando el tren se acercaba a Pasco.

Llegué a Pasco temprano en la tarde. La lluvia había cesado. Lo primero que hice fue ir a una tienda de ropa y comprar un sombrero de ala ancha que pudiera bajar bien sobre los ojos. Luego fui a una tienda de comestibles y compré una papa grande y un poco de chile en polvo. Ya tenía algunos suministros en mi mochila en caso de que tuviera que golpear al solitario y esconderme por un hechizo.

Estaba listo. Ahora que estaba preparado, sentí que me invadía una calma relajante. Es extraño decir que, en mi excitación mental, sentía una serenidad tranquila, un sentimiento convincente de que iba a lograrlo.

Me puse el sombrero sobre los ojos y me dirigí hacia los patios. Pensé que esperaría todo el tiempo que fuera necesario, fingiendo que estaba esperando un flete. Mi plan era esperar a que apareciera mi némesis e intentar rastrearlo hasta que oscureciera o estuviera solo en algún lugar y luego hacer la estampida. O si lo atrapaba saliendo en un mercancías... también estaba preparado para esa posibilidad. Pero esta vez estaría en cubierta y no sería un pato sentado cabalgando por debajo.

Esperé toda la tarde, charlando con algunos otros hobos de vez en cuando. Los mercancías iban y venían, y vi unos cuantos guardafrenos de mal aspecto, pero nunca vi a mi hombre. Sin duda todavía trabajaba el turno de noche...

Acercándose la oscuridad fui a un restaurante por un poco de comida. Justo cuando estaba limpiando las últimas gotas de salsa de mi sándwich de carne caliente, miré hacia el mostrador y mi sangre se congeló. Era él. Nunca podría olvidar los ojos de ese sádico sediento de sangre. Rápidamente tomé un periódico y fingí estar leyendo.

Un par de minutos después mi agresor se levantó para irse. Me esperaba otra sorpresa. Su cuerpo se sacudió por el pasillo, pasando a pocos centímetros de mí. Cuando me atreví a mirar a la figura en retirada, vi que mi presunto asesino tenía una pata de palo. Salió torpemente por la puerta y dobló detrás de ella.

Me dirigí a la camarera, deslizándome un poco del borde de mi plato. "¿Quién era ese tipo de una pierna?", le pregunté.

"Oh, ese es Peg-leg Murphy, un ex toro del ferrocarril", dijo. "Estaba tratando de empujar a un chico de un tren de carga hace unos meses y se resbaló y cayó bajo las ruedas".

Algo en mi estómago se apretó. Murphy, ¡qué raro! Tal vez un parente lejano. Esperaba que no. Y hablando de justicia poética, espeluznante.

"Gracias", le dije. Me puse mi sombrero de ala ancha y seguí a mi antiguo asaltante por la puerta. Sentí que mi corazón latía más rápido ahora.

Vi la figura de pata de palo que se tambaleaba a media cuadra por la calle. Había empezado a lloviznar de nuevo. Lo seguí lentamente, cruzando hacia el lado opuesto de la calle para que mi seguimiento fuera menos obvio. Sentí que mi venganza me invadía como buena bebida.

Pasamos a zonas más deterioradas. Los ferrocarriles no eran conocidos por cuidar bien a sus desechos. Finalmente, cerca del borde de la ciudad, el hombre de la pata de palo entró en una choza de tablillas.

Pasé por un terreno baldío y me arrastré hasta una ventana lateral. Dos figuras se desplomaban en una mesa con lo que parecía una botella de alcohol pirata entre ellos. La segunda figura era una mujer gorda, sin dientes y obviamente borracha, que debía haber sido su esposa.

Entonces vi otra figura en la penumbra de la habitación: un chaval de mi edad, una réplica de las dos figuras de aspecto desesperado en la mesa. Excepto por la boca y los ojos abiertos y la forma errática de andar.

De repente, perdí todo deseo de enviar a mi asaltante al infierno. Ya estaba allí.

XVI. LA REVOLUCIÓN DE PORTLAND

Me siento confundido y solo, y emocionado de estar nuevamente en el Noroeste, donde han ocurrido muchos de los eventos importantes de mi vida. La vida rara vez es simple. Parece que mientras más inteligencia e imaginación tienes, más activo es tu cerebro, más ambivalente eres sobre la vida. Mi mente me hacía ver cosas con todo tipo de situaciones conflictivas.

Si tan solo hubiera podido encontrar a Emmett, pensé, tal vez hubiera podido aclarar un poco más mi pensamiento. Yo quería la aventura y sin embargo quería seguridad, un buen trabajo estable y una esposa y familia. Quería desesperadamente derrocar este sistema loco e injusto que estábamos sufriendo, y sin embargo, yo quería la seguridad y la estabilidad y las buenas cosas de la vida. Quería viajar y sin embargo quería establecerme. Quería jugar un papel importante en los movimientos obreros y revolucionarios, y sin embargo temía la inmensa responsabilidad que eso conllevaba.

Tenía la intención de trabajar en el bosque por un tiempo. Pero mientras me sentaba en la llovizna en un campamento de vagabundos al día siguiente en las afueras de Pasco, bebiendo un poco de jugo de jungla junto al fuego de la mañana, escuché a algunos compañeros de trabajo hablar sobre una nueva gran huelga en la costa de Portland. "La revolución de Portland", la llamaron. En mi inquietud y deseo de poner mi energía y descontento en algo constructivo, decidí que tenía que ir a Portland y averiguar qué estaba pasando.

Pero primero quería ir a Seattle e intentar localizar a una ex novia que vivía allí. Tuve la suerte de encontrar refugio de la lluvia en un vagón bastante limpio, y al caer la noche caminaba por la Segunda Avenida en Seattle.

Fue emocionante caminar por el viejo Skid Road en el que había pasado tanto tiempo, y me detuve para intercambiar saludos con un número de wobs que conocía. Algunos de ellos habían estado en la acción reciente de la costa en Portland y me instaron a que fuera a ayudar, y me estaba entusiasmando cada vez más con esta nueva lucha del IWW. Pero en la casa de huéspedes de la

señora Thompson recibí noticias que hicieron añicos mis esperanzas: la ex novia que buscaba se había ido con un tipo para levantar una granja en la Columbia Británica. Y la hija de la dueña, que ahora tenía una reputación propia como "Boxcar Bertha", había comenzado sus aventuras montando cargas por todo el país.

Deprimido, fui a la sala wobbly, conseguí algunas provisiones y me dispuse a despedirme por la noche. ¿Me gustaría alguna vez encontrar mi propia "chica rebelde" para compartir mi vida y luchas con ella? Pero me consolé, pues siempre tuve la IWW, como una religión, un bálsamo sanador, un hogar: los ideales, la camaradería, la actividad, el amor a la vida y la humanidad que la IWW engendraba, el sentido de un propósito en la vida. Para pasar el tiempo antes de adormecerme, copié una pieza que había pegada en la pared llamada "*Definición de un rompehuelgas*, de Jack London". Luego extendí mis mantas a lo largo de la pared y golpee el heno.

A la mañana siguiente me sentí un poco mejor. La sala del IWW era una colmena de actividad. El Sindicato de Trabajadores del Transporte Marítimo estaba creciendo rápidamente, y varios marineros wobbly tenían noticias de todo el mundo. La IWW había impreso un poco de su literatura en chino, y los marineros en China se habían declarado en huelga y habían obtenido un aumento salarial del quince por ciento. Los marineros japoneses, utilizando los métodos del IWW, se habían organizado industrialmente y su salario aumentó de siete dólares al mes en 1919 a cincuenta dólares al mes en 1922. El IWW estaba creciendo en todos los frentes.

Pero la gran noticia fue Portland. Sentado en la sede, me dieron un resumen de la situación. El litoral había estado en fermento desde abril, cuando los armadores y las Compañías de estibadores habían iniciado un nuevo "Fink Hall" [sistema de contratación] a través del cual todos los que trabajaban en el litoral tenían que ser contratados. Aproximadamente la mitad de los estibadores estaban en el ILA, la Asociación Internacional de Estibadores de la AFL. Doscientos o trescientos eran wobs, y el resto no estaban organizados.

Bajo el nuevo arreglo de *Fink Hall*, los empleadores debían dar la mitad de los empleos a los miembros de la ILA y la mitad a los demás, incluyendo a los wobblies. En realidad, era un medio para eliminar a los sindicalistas más militantes tanto del IWW como del ILA y destruir la fuerza de los sindicatos. Los esfuerzos de la clase empleadora para llevar a los trabajadores a la pobreza y la esclavitud parecían ser inagotables: no se dieron por vencidos ni por un segundo en su avidez de ánimo de lucro, y en el instante en que los

golpeabas en un frente, las sanguijuelas buscaban de inmediato otras maneras de derribarte.

En abril, se inició una huelga en respuesta al nuevo *Fink Hall*, y hubo una excelente cooperación entre la IWW y la mayor parte de las bases de la ILA. Pero los únicos logros conseguidos fueron el derecho de ILA a tener a su propio representante en el Fink Hall, y un rápido crecimiento en el Sindicato de Trabajadores del Transporte Marítimo del IWW [MTW].

En octubre había estallado nuevamente la huelga. Esta vez, la cooperación entre el IWW y el ILA fue aún mejor, y se estableció un comité de huelga conjunto. Pronto, cientos de estibadores estaban haciendo piquetes en los muelles. Los wobblies subieron a los mercancías desde todo el país para ayudar: tiesos de la cosecha, leñadores, aserradores, trabajadores de la construcción. La línea de costa de Portland pronto fue una escena de una humanidad agitada, con grandes multitudes de trabajadores que se alineaban en los muelles para desanimar a los esquiroles. Setenta y cinco nuevos policías fueron contratados. La policía se habían puesto descaradamente del lado de los armadores y hubo muchos arrestos. Llegó a llamarse "la revolución de Portland hecha en casa".

Estaba sentado en un banco en el salón de Seattle leyendo una nueva novela de vagabundos, *Emmett Lawler*, escrita por un amigo de los wobblies en Los Ángeles llamado Jim Tully, cuando el secretario anunció que un grupo de wobs se marchaba en un Pullman para Portland. Salté, listo para la acción, y agarré mi bolsa. Éramos alrededor de una docena de nosotros. Pronto comenzamos a caminar a través de la lluvia hacia los patios, cantando "Hold the Fort". Sentí una punzada de reminiscencia. Era como el sangriento asunto de Centralia de nuevo, excepto que ahora, por una vez, los buenos parecían tener ventaja.

Cabalgamos a través de la lluvia del otoño a través de Tacoma y Olimpia y en el sur, oteando visiones emocionantes de vez en cuando a través de la lluvia de las grandes montañas cubiertas de nieve al Este: Rainier, St. Helens, y finalmente el resplandeciente Monte Hood en un repentino destello de luz solar mientras cruzábamos el Columbia en Vancouver. ¿Cómo podría la gente no aspirar a cosas más grandes con esas maravillas de la naturaleza para inspirarlos? Pensé.

Estaba con un grupo de tiesos, todos veteranos de la lucha de clases que no desconocían la porra del toro. Un par de ellos me habían visto boxear, y me alegró saber que mi reputación como miembro del escuadrón volador todavía

permanecía viva. Teníamos algunas historias para contarnos mientras nos movíamos hacia el sur.

Después de que dejásemos Olympia, nuestro traqueteante comenzó a dividir el viento, y llegamos a Portland a primera hora de la tarde. La ciudad entera parecía estar en fermento. Cuando saltamos de nuestro vagón en los caóticos patios, un par de trabajadores ferroviarios sacaron sus carnets rojos y nos los mostraron. Sentí que mi espíritu se elevaba. Tal vez aquí era donde comenzaría, en la ciudad de John Reed, el gran puerto fluvial del Oeste.

Subimos a un tranvía y nos sorprendió gratamente cuando el conductor se negó a tomar nuestro dinero. Noté un alfiler del MTW-IWW en su solapa. "Gracias, compañero de trabajo", sonréí. Llévanos a la Revolución".

"¡Ese es el único lugar al que va este carrito!" Me devolvió la sonrisa con un brillo en los ojos.



Local de los trabajadores del Transporte Marítimo de la IWW
cerca del río Delaware en Filadelfia

En pocos minutos estábamos en el paseo marítimo cerca del centro de Portland. Toda la zona estaba llena de actividad. Cientos de personas pasaban de un lado a otro: hombres sindicalizados, esquiroles, policías y miles de espectadores, la mayoría de los cuales parecían estar animando a los trabajadores. Toda la orilla del río estaba repleta de barcos, algunos parecían

completamente abandonados y otros eran cargados lentamente por un puñado de esquiroles. Una gran confusión de carga no estibada se amontonaba alrededor. Podía oler la fetidez de la fruta podrida y vi miles de sacos con brotes verdes de granos recién brotados que germinaban de ellos.

Un ronco capitán de piquete "tambaleante" nos recibió en la concurrida entrada de uno de los muelles. No tuvimos que decirle que éramos wobblies, algo en nuestras caras debió haberlo hecho obvio. Metió la mano en un bolsillo de su chaquetón. "Aquí, compañeros de trabajo, ahora estáis con los Marine Transport Workers. ¡Bienvenidos a la batalla!" Y colocó un alfiler del MTW-IWW en cada uno de nuestros abrigos.

Luego señaló sobre las cabezas de los cientos de piquetes que gritaban hacia donde un grupo variopinto de diez o doce hombres de aspecto preocupante cargaban una bañera llamada Rose City. "¿Ves esa vista asquerosa ahí abajo?", dijo. "Ese puñado de lagartos, serpientes y escorpiones se arrastró fuera del lodo del río y están tratando de robar aquí ¡nuestra hermosa cosecha de trigo! Ya podéis imaginar, los cuidadores del zoológico quieren proteger esas cosas viscosas". E indicó a un escuadrón de policías a un lado tratando de abrirse paso entre la multitud.

Traté de tomar parte en la situación caótica. Los recién llegados cogimos carteles de piquetes y nos unimos a la fiesta. Entonces me di cuenta de que la policía estaba tratando de formar una cuña para hacer un camino para diez o quince rompehuelgas más para llegar al muelle. Los wobblies tenían su política habitual de no iniciar nunca la violencia, pero no había ninguna ley en contra de estar de lado a lado en una acera pública, y los toros tenían dificultades para pasar. Pero parecían decididos a lograrlo, y nosotros estábamos tan determinados como ellos a que no lo hicieran. La masa de humanidad se involucró en una gigantesca batalla. Los toros y los esquiroles avanzaban lentamente.

Noté un gran barco Luckenbach que acababa de llegar al siguiente muelle. Parecía haber un alboroto a bordo. Los veinte o más marineros con sus bolsas de mar sobre sus hombros bajaron en tropel por la pasarela, arrojando unos pocos epítetos sobre sus hombros al ceñudo capitán en el puente. Justo debajo de la cubierta, cerca del arco del puerto, había pintado en letras de cinco pies de altura:

Un grito salió de la multitud cuando los marineros wobbly salieron del barco. La veintena de marineros corpulentos se abrieron paso entre la multitud hacia nosotros. Parecían enojados y felices al mismo tiempo. "¿Os imagináis? ¡Esa locura de jefe de esclavos quería que trabajáramos como si fuéramos un grupo de reptiles!", gruñó un marinero, indicando al capitán descontento en el puente. "Así que todos le dijimos dónde bajar y firmar. ¡Dame uno de esos carteles de piquete!".

El grupo de marineros wobbly fue recibido con más vítores y palmadas en la espalda. Los policías a unas pocas docenas de metros de distancia parecían alarmados y disgustados. Cuando los corpulentos marineros se lanzaron ansiosos y agregaron su fuerza a la multitud, la marea comenzó a volverse contra los rompehuelgas.

Al ver nuestro lado ganando ventaja, decidí acercarme a los esquiroles y ver cómo se veían de cerca los malhechores. Se parecían a los delincuentes mezquinos que me habían dicho que eran, principalmente una estafa criminal presidiaria obligada por las autoridades a elegir entre la pila de piedras y el esquirolaje. Pero estaba decidido a descubrir si había unas pocas células cerebrales en algunos de esos cráneos que estuvieran receptivas a la razón.

Cuando estaba en el borde del muelle, salté sobre un montón de sacos de grano con brotes y traté de razonar de manera amistosa con los sudorosos que cargaban el material. Hice todo lo posible para convencerlos de que lo que estábamos haciendo era en beneficio de todos los trabajadores, incluidos ellos mismos. Dos o tres actuaron como si entendieran algo de lo que estaba diciendo y sonrieron un poco tímidos, pero mantuvieron su lento ritmo de carga.

Luego recordé la "Definición de un rompehuelgas" que había copiado y guardado en mi bolsillo en el local de Seattle la noche anterior. Invocando todo mi poder pulmonar, comencé a leerlo en voz alta hasta las costras:

DEFINICIÓN DE UN ROMPEHUELGAS, por Jack London*

Después de que dios hiciera la serpiente de cascabel, el sapo y el vampiro, le quedó algo de aquella sustancia horrible e hizo un rompehuelgas. Un rompehuelgas es un animal de dos patas con un alma de sacacorchos, un cerebro saturado de agua y una columna vertebral combinada hecha de gelatina y pegamento. Donde otros tienen corazones, él lleva un tumor de principios podridos.

Cuando un rompehuelgas baja por la calle, los hombres les dan la espalda y los ángeles lloran en el cielo, y el diablo cierra las puertas del infierno para mantenerlo fuera. Ningún hombre tiene derecho a ser un rompehuelgas, siempre que haya un charco de agua lo suficientemente profundo como para ahogar su cuerpo, o una cuerda lo suficientemente larga como para colgar su cadáver. Judas Iscariote fue un caballero... comparado con un rompehuelgas. Por traicionar a su maestro, él tuvo el coraje de ahorcarse... un rompehuelgas no.

Esaú vendió su primogenitura por un montón de potaje. Judas Iscariote vendió a su Salvador por treinta piezas de plata. Benedict Arnold vendió su país por la promesa de una comisión en el ejército británico. El rompehuelgas moderno vende su derecho de nacimiento, su país, su esposa, sus hijos y sus semejantes por una promesa incumplida de su empleador, trust o corporación.

Esaú era un traidor para sí mismo. Judas Iscariote fue un traidor a su Dios. Benedict Arnold fue un traidor a su país. Un rompehuelgas es un traidor para sí mismo, un traidor para su dios, un traidor para su país, un traidor para su familia y un traidor para su clase.

No hay nada más bajo que un rompehuelgas.

[*Tony Bubka, un historiador del trabajo, descubrió que este documento fue atribuido falsamente a Jack London. Lo remontó hasta una huelga de zapateros en la Inglaterra del siglo XIX.]

Sabía por sus expresiones que los pobres hombres que iban y venían delante de mí escucharon mis palabras. Algunos de ellos parecían estremecerse visiblemente. Algunos de mis compañeros también se habían reunido para escuchar, y les dieron la murga real a los esquiroles cuando terminé de leer. Justo cuando me di la vuelta para volver al gigantesco tira y afloja que todavía tenía lugar detrás de mí, vi que uno de los esquiroles se deslizaba detrás de una pila de productos podridos y no lo volví a ver. Me pregunté si lo

habían avergonzado para dejar de trabajar, si se había ahogado como la rata de río que era o si estaba realizando una fuga monumental.

Mientras me preparaba para saltar desde donde estaba encaramado, algo a un lado me llamó la atención. Aproximadamente a media cuadra de la calle, un auto repleto de hombres se aceleró de repente y se dirigió directamente hacia la masa de cientos de cientos de piquetes. Por un segundo me congelé, luego solté un grito que debió haber sido escuchado en Springfield. Deben estar locos para hacer algo como esto, pasó por mi mente, la huelga debe conducirlos a la desesperación.

La enorme multitud comenzó a dispersarse, pero estaba tan apretada que los que estaban en el centro no tenían oportunidad. El coche aceleraba, ganando velocidad. En otro instante, se detuvo en el centro de la multitud, con cuerpos tendidos sobre el capó y gente por todas partes.

Salté y comencé a abrirme paso entre la multitud, ayudando a levantar a algunos de nuestros compañeros caídos. Tres de los hombres resultaron gravemente heridos y fueron llevados al borde de la multitud. El conductor del auto parecía congelado al volante, con la expresión de un idiota balbuceando en su cara. Los cinco o seis hombres apiñados con él parecían aterrorizados. Uno de nuestros hombres metió la mano y agarró las llaves. Dos más de nuestros muchachos comenzaron a arrastrar al conductor fuera del auto, pero me puse delante de ellos. "Dejen que los toros se encarguen de esto, compañeros de trabajo", dije. "La evidencia está de nuestro lado".

Miré a mi alrededor para ver qué le estaba tomando tanto tiempo a la policía. Para mi sorpresa, los toros más cercanos, tres de ellos a unos treinta metros de distancia, estaban parados allí. Vi a nuestro capitán de piquetes ir en su dirección, gritándoles, yo seguí tras él.

Todos lo que los malditos toros nos dijeron es que ya se había llamado una ambulancia.

"¿No vas a arrestar a esos maníacos?" preguntó el capitán del piquete.

Los policías seguían contemporizando. "Compañero de trabajo, anote sus números de placa", me dijo el capitán del piquete.

Saqué mi copia de "Definición de rompehuelgas" y anoté los números en su parte posterior. Más hombres se apresuraron a exigir que el conductor del auto de los esquiroles fuera arrestado. El trabajo de los estibadores esquiroles se había detenido por completo y no se veía ninguno. Finalmente, como si

estuvieran desgarrados por los cuernos de un dilema, los toros se acercaron pausadamente al auto de los rompehuelgas y comenzaron a interrogar a sus ocupantes. Parecían más dispuestos a escoltarlos a un lugar seguro que a descubrir la verdad del asunto. Cuando escuchamos la sirena de una ambulancia que se acercaba, finalmente detuvieron al tembloroso conductor y se lo llevaron entre la multitud.

Me quedé estupefacto. Así que volvería a ser de nuevo como Centralia. Bueno, estábamos mejor preparados esta vez, y si pudiera repartirse, podríamos devolverlo con interés. Yo seguro que tenía talento para golpear los puntos calientes, pensé: Centralia, la huelga ferroviaria, Herrin, y ahora Portland.

A hora avanzada por la tarde no había más esquiroles a la vista. Después de que la ambulancia se llevase a los heridos, la multitud comenzó a disiparse. Vi a dos de los wobs con los que había viajado desde Seattle en el mercancías, y decidimos ir a la sede wobbly a buscar la bolsa de alimentación. En el camino a través de las calles bañadas por la lluvia, intercambiamos saludos de camaradería casi a cada paso con nuestros compañeros huelguistas, y todos parecían estar bombeando adrenalina, hablando con entusiasmo.

La sala del IWW estaba llena de actividad. Llegaban nuevos wobs de todo el Oeste, ansiosos por hacer su parte. El salón estaba tan lleno que el comité de huelga estaba entregando boletos de comida de 25 centavos a los piquetes para comer en uno de los muchos cafés que apoyaban la huelga. Nos escabullimos hacia un graso restaurante y llenamos nuestros vientres con un potaje regular. A mitad de la comida noté a un tipo que estaba sentado allí sin ser servido; tenía una creciente mirada de consternación en sus ojos de comadreja.

"¿Qué pasa con él?" Le pregunté al hombre a mi lado.

"Es una mala costra", me dijeron. "Esta es una casa sindical y alguien lo descubrió. Podrá sentarse allí hasta que el infierno se congele y nunca lo servirán".

"Me sorprende que alguien no lo haya azotado" dije.

"Es más divertido de esta manera", dijo mi compañero comensal.

Efectivamente, después de unos minutos, el presunto rompehuelgas soltó un gruñido de disgusto, se levantó y se fue. Probablemente enviaron a una

persona para tratar de recoger información, pensé, resistiéndome a un impulso de alargar el pie y hacerle tropezar cuando pasaba.

Esa noche estuvimos haciendo un potlatch y bailando en el salón wobbly. Era una sensación embriagadora caminar por las bulliciosas calles llenas de gente en el camino de regreso a la sede. De lo único que todo el mundo parecía estar hablando era de la huelga. La ciudad entera parecía estar viva con ella. La banda ya estaba tocando algunas melodías animadas cuando entramos en el lugar lleno de gente y me emocioné al ver a docenas de mujeres atractivas dispersas entre la multitud. También me sorprendió los muchos miembros del ILA que había allí, así como los miembros del Sindicato local de trabajadores del grano que apoyaban la huelga.

[El potlatch era una fiesta india en la que los ricos compartían sus pertenencias. Fue prohibida por anticapitalista]

A medida que las actividades de la noche se iniciaron, el Secretario local analizó formalmente las condiciones de los hombres atropellados por el automóvil e hizo un resumen del progreso de la huelga. Hubo un gran aplauso ante la noticia de que los trabajadores de los muelles en Australia se habían negado a descargar barcos de Portland, y de todo el mundo llegaban promesas similares de apoyo.

No era muy buen bailarín, pero de todos modos no se podía hacer lo que se llamaba bailar en ese salón repleto, así que me armé de valor para moverme un poco por el suelo con algunas chicas atrevidas. Una de ellas era una camarera del IWW de Aberdeen, Washington, quien me dijo que todas las camareras de la ciudad se habían afiliado al *Único Gran Sindicato* allí. Le dije que intentaría ir allí y visitarla después de que ganáramos la huelga.

En un momento de la tarde me encontré de pie junto a un sueco llamado PJ Welinder, que era el presidente del comité de publicidad de la huelga. Estaba radiante de orgullo. "Nunca antes había visto una muestra de solidaridad como esta", dijo bruscamente. "Estuve en la huelga general sueca de 300.000 trabajadores de 1909, pero no fue algo tan bueno como esto. Ojalá podamos mantenerlo."

Al cabo de un minuto, continuó: "Oye, te oí leer la *definición de esquirol* hoy en los muelles. Tienes una voz poderosa y entiendo que estuviste en Centralia

en 1919. Algunos de nosotros vamos a hablar en el aniversario de la masacre de Everett en Seattle el día 5 de noviembre. Te le gustaría decir algunas palabras sobre Centralia?

Me sentí halagado como el infierno. Nadie me había felicitado por mi voz antes. Bueno, iba a tener que decidir si iba a ser un "líder" en el movimiento obrero en algún momento, pensé. Podría ser ahora. Mi papel secreto en el asunto de los mineros de Herrin parecía impulsarme en esa dirección, entonces, ¿por qué resistir lo que parecía ser inevitable? "No soy un gran orador", dije. "Hágalo saber."

Lo más destacado de la noche se produjo durante un intermedio en el baile cuando un tipo inteligente con un gran don de mimetismo se levantó y cantó una canción larga y graciosa sobre la huelga llamada "The Portland Revolution", de Dublin Dan. Dublin Dan Liston, nacido en Irlanda, había dirigido un restaurante en Butte, Montana, frecuentado por sindicalistas antes de llegar a Portland. La canción trataba sobre los arrestos de wobblies en la huelga por cargos falsos tan descarados que el juez tuvo que declararlos inocentes. La gran audiencia se quedó fascinada mientras el cantante wobbly sostenía:

*La revolución comenzó, informó el juez al alcalde,
Ahora Baker se pasea de un lado a otro, y mesa sus cabellos,
el litoral está fuertemente atado, aúlla el periódico de Portland,
Y no hay nada que se mueva, salvo el intestino del alcalde Baker.*

*Se llamó a los piquetes, deberían ver los patios del ferrocarril,
alineados con los trabajadores, todos llevan carnets wobbly.
No importaba a esos chicos, qué industria estaba afectada,
todos eran compañeros de trabajo, y querían hacer su parte...*

En la siguiente estrofa, los acusados tienen la audacia de regalar un carnet del IWW al juez, luego proceden a escabullirse en una serie de travesuras cómicas que describen sus actividades y proclaman su inocencia. Al final, el juez levanta las manos, incapaz de encontrar nada con que cargar a los wobblies, y permite que queden libres.

Un aplauso fuerte y prolongado saludó la actuación. Luego hubo más baile. Había sido un día completo. No podía recordar cuándo había tenido un

mejor momento. Al final de la noche, todos se tomaron de la mano y cantaron "Solidarity Forever" de Ralph Chaplin. Luego ayudé a limpiar la pista de baile rápidamente y me acosté con decenas de personas en la sede.

Soñé que un motorista loco intentaba atropellarme, luego agarré la mano de la camarera de Aberdeen y subimos la pasarela de un hermoso barco grande con "IWW 100 %" pintado en su costado, y luego navegábamos bajando por el ancho Columbia en nuestro camino hacia el mar.

XVII. EL CUADRADO DE CADÁVER

A la mañana siguiente me dieron mi billete de 25 centavos de comida y fui con otros cinco o seis wobs a tomar un poco de café y barritas de avena a una taberna, Rose City no estaba cargando y nos enviaron de piquete a otro muelle más lejos a lo largo del río. Incluso al amanecer, la ciudad lluviosa fermentaba con los huelguistas corriendo de un lado a otro, intercambiándose cálidos saludos, animándose unos a otros.

La congestión y la confusión estaban por todas partes. Pilas de productos en descomposición estaban atascadas a lo largo de la costa. Había casi al azar montones de madera. En un muelle había una masa de cristales que habían sido rotos por esquiroles ineptos. Los barcos sin carga o parcialmente cargados estaban torpemente atascados, mientras que un barco grande esperaba en medio del río, incapaz de encontrar un amarre.

A medio camino de nuestro destino de piquete, recibimos la noticia de un grupo de transeúntes jubilosos de que los trabajadores de un aserradero cercano, a quienes se les ordenó que cargaran un barco, estaban organizando una huelga de solidaridad en protesta. En otro muelle, los trabajadores del molino harinero se habían unido a la huelga y estaban formando piquetes. Fue un gran sentimiento estar vivo en esa atmósfera eléctrica de lucha militante.

Encontramos nuestro muelle y relevamos allí a la media docena de piquetes del turno de noche. No se había intentado cargar un gran barco de vapor amarrado allí durante tres días, nos dijeron con sonrisas de satisfacción. Pero con cientos de piquetes disponibles y más acudiendo en furgones todos los días, los responsables del IWW querían mantener todas las bases cubiertas por si acaso. Nos sentamos en unos sacos de trigo germinante durante las siguientes cinco horas, observando al toro. No aparecieron costras.

Mientras nos preparábamos para ir a almorzar, uno de los piquetes que había estado cerca durante un rato dijo: "¿Qué te parece si nos divertimos un poco antes de ir a por la bolsa de alimentación?"

Estábamos jugando para eso. Nos condujo a lo largo de la línea de costa hasta que llegamos a un muelle donde trabajaban algunos esquiroles. Después de unos minutos se fueron a almorzar. Nos fuimos con ellos. No parecieron notarnos hasta que entraron a un pequeño café a una cuadra de distancia. Mientras estaban sentados en el largo mostrador, nuestro guía le gritó al camarero: "Hola Slim, ¿desde cuándo atiendes reptiles aquí?"

Slim captó la indirecta y no se acercó a los recién llegados. Después de tres o cuatro minutos, los costras se escabulleron a otro lugar, lanzando miradas de preocupación detrás de ellos. Los seguimos. Los camareros del sindicato en el segundo lugar les dieron el mismo trato. Y esos esquiroles tuvieron que volver a su sucio trabajo sin su almuerzo.

Entramos en el sindicato para comprar java y bizcochos, justo cuando un grupo de wobs se dirigía a Frisco y LA [Los Ángeles] para organizar piquetes en barcos cargados de escoria en Portland. Uno de los cargos del IWW se acercó a mí. "Oye, ¿no eres Kid Murphy?" preguntó. "Te vi boxear en Seattle. ¿No ayudaste a cerrar las salas de licores allí?"

"Sí, yo y unos cientos de otros wobs", admití.

"Bueno, si esta huelga se pierde", dijo, "será porque los plutes [plutócratas] están adormeciendo los cerebros de los proles con el agua de pis. Es seguro que los políticos y los policías no van a hacer cumplir la ley. ¿Te gustaría hacer un poco de trabajo fácil por aquí? Estás hecho para eso".

"Claro", dije. "Me falta práctica con el gancho de izquierda. Romper botellas es bueno para el endurecimiento de las manos."

Así que me asignaron al escuadrón antialcohol. Me habían dicho que la mayoría de los japoneses y otros que dirigían las salas de billar y las peluquerías se habían negado a servir a esquiroles. Pero muchos de los "establecimientos de refrescos", como los llamaban hipócritamente los grandes diarios capitalistas, seguían funcionando.

Pensé que era grande. Pero cuando terminé mi café me presentaron a unos pocos Paul Bunyans que me hicieron sentir como un enano. Eran en su mayoría grandes madereros joviales con brazos tan gruesos como pequeños pinos. Un par de ellos tenían algunos hematomas menores para demostrar que unos cuantos gorilas habían sido tan tontos como para enredarse con ellos.

Cuando uno de ellos me estrechó la mano, pensé que iba a romperme los nudillos.

"Ahora que tenemos un boxeador profesional con nosotros, abordaremos a Swampwater Sam's ", dijo uno de ellos. "El niño puede llevarnos a la batalla". Y con eso, el maldito loco, que debía medir casi siete pies, me levantó y me arrojó sobre su hombro y me dijo: "¡Vamos a por ellos, muchachos!"

El maderero gigante me puso en la acera fuera del local. Éramos seis de nosotros. Caminamos por la calle, intercambiando saludos con compañeros de trabajo. De vez en cuando nos detenímos para hablar brevemente con otros miembros del escuadrón antialcohol que estaban formando piquetes pacíficamente afuera. Por lo que pudimos ver, ninguna de las tiendas de bebidas alcohólicas tenía más de media docena de clientes. Pero Swampwater Sam's era diferente, me dijeron mis nuevos compañeros. Al parecer, su matarratas era más potente que el de la mayoría de los salones de envenenamiento, y se decía que alguien había sufrido ceguera por él, pero los palurdos seguían llegando.

"Hemos intentado la cortesía hasta ahora y no ha funcionado", dijo el responsable de nuestro grupo, "así que esta vez creo que tendremos que ser más persuasivos".

Entramos al tugurio. Parecía una inmersión real. La ventana delantera estaba pintada y tenías que atravesar una estrecha abertura en forma de L para entrar al lugar. Un hombre de aspecto pálido de unos seis pies con una boca llena de dientes de oro estaba justo detrás de la puerta. Él no parecía vernos.

Nuestro capitán de piquetes metió la mano en un bolsillo grande, sacó una pequeña serpiente de jardín y la dejó en la entrada. Nos aplastamos contra la ventana. Un instante después, escuchamos un gruñido de sorpresa y una pierna salió disparada, pateando a la serpiente deslizante. Gunnar, nuestro capitán de piquete, le agarró y un segundo después, el gordo estaba en la acera.

"Vamos, Joe, entremos", dijo Gunnar, deslizándose rápidamente por la puerta mientras dos de nuestros compatriotas esperaban afuera para tratar con el matón postrado.

Entramos los cuatro. Me tomó un par de segundos acostumbrarme a la luz tenue. Diez o quince chicos de aspecto desaliñado estaban sentados en las

mesas bebiendo, mientras que algunos más estaban en la barra. Gunnar y los demás se dirigieron a la barra.

Antes de que pudiera decir que el viento estaba mojado, vi una gran forma que se lanzaba hacia mí desde las sombras. El matón me golpeó con la cabeza y yo caí contra la pared del golpe. Entonces sentí que algo me picaba en la mejilla y me di cuenta de que me había dado una patada en la cara. Así que esa es la forma en que jugaban.

Por el rabillo del ojo pude ver a Gunnar y los demás luchando contra algunos tipos en el bar. Vi una escupidera volando por el aire y romperse un gran espejo detrás de la barra, y mi agresor se dio la vuelta por un instante a mirar. Me puse de pie en un segundo. El matón lo intentó otra vez. Pero ahora estaba preparado. Fingí con mi izquierda y puse un puñado de cinco en su mandíbula y el matón se arrugó como una muñeca de trapo. Tomé un vaso de matarratas de una mesa cercana y lo vertí sobre la bragueta de sus pantalones arrugados.

Mis compañeros de trabajo estaban escoltando a los clientes restantes fuera del tugurio. Gunnar estaba teniendo una conversación seria con un gran bigardo de aspecto preocupado detrás de la barra, vaciando barriles de alcohol pirata con una mano."... Y no hasta que termine la huelga, ¿verdad?" —Cogí un trozo de su conversación.

El dueño asintió dispépticamente.

"La próxima vez no seremos tan amables", dijo Gunnar con una sonrisa maliciosa.

Mi atacante estaba empezando a levantarse. El suelo era un apestoso lago de alcohol y por primera vez noté que se había roto la ventana frontal.

"De acuerdo, muchachos, dejemos a estos cerdos antes de que llegue el alcalde Baker y nos lleve a su pila de rocas", dijo Gunnar con una gran sonrisa mientras nos apartábamos y nos íbamos.

Y en las próximas semanas obstruimos todos los antros de bebida de contrabando en Portland. Piqueteándolos o cerrándolos por completo, aplicando la ley que los funcionarios electos se negaban a hacer cumplir. Los propietarios de los barcos y sus títeres políticos y policiales se desesperaron cada vez más, enviando más y más estúpidos y agentes provocadores entre nosotros, tratando de incitarnos a la violencia, pero nos negamos a dejarnos engañar por sus trucos. Y poco a poco, al ver lo sucia que estaba jugando

nuestra oposición y lo justas que eran nuestras demandas, la opinión pública se puso cada vez más a nuestro lado. Pronto, incluso los liberadores del pecado estaban exhortando a sus congregaciones a que nos apoyaran, y organizaciones de todo tipo protestaban ante el alcalde por nuestro mal trato. Dando una dura fe real de la perfectibilidad del hombre.

Pensé seriamente en la invitación del compañero de trabajo Welinder a hablar en la reunión conmemorativa de la Masacre de Everett en Seattle. Durante momentos de ocio en el piquete me encontré enmarcando lo que diría. Demonios, si me abalanzaba medio desnudo al ring de boxeo y me exponía a todo tipo de castigos y humillaciones, ¿por qué no podía pararme frente a una multitud comprensiva y decir algunas palabras en una causa constructiva? Si yo alguna vez iba a ser un verdadero conductor de hombres tenía que empezar en alguna parte. "No te preocupes por el miedo escénico, chico", me dijo el amable sueco. "El secreto es que debes imaginar que todos los miembros del público están en ropa interior y no tendrás ningún problema".

"Está bien", le dije. "Lo haré."

En un día lluvioso a principios de noviembre montamos en la estación King Street de Seattle. Parecía extraño viajar en un tren de pasajeros. La última vez que lo hice fue a St. Louis para aprender el oficio de vendedor de máquinas de coser, y antes de eso, cuando había generado el gas de huevo podrido en ese tren entre Kansas City y Slater. Por Dios, había hecho algunas cosas extraordinarias, pensé, tratando de aumentar mi autoestima para mi discurso. Sonréí al pensar qué pensarían los "respetables" pasajeros que nos rodeaban si supieran lo demonio que era.

Había un salón lleno en Seattle y temblaba como un furgón de cincuenta años en una mala pista a sesenta por hora. Pero finalmente me arreglé y me tranquilicé. El orador principal fue Walker C. Smith, editor wobbly y padre de Boxcar Bertha. Hizo una dramática exposición de ese terrible día de 1916, cuando cinco de nuestros chavales habían sido asesinados en las cercanías de Everett por los matones de los barones de la madera. Welinder hizo una historia de los eventos en Portland que hicieron que el público se pusiera de pie vitoreando. Luego Kate Sadler dio una de sus excelentes y commovedoras charlas. Fueron intervenciones difíciles de igualar.

Pero cuando llegó mi turno de hablar, me puse en acción con todo lo que tenía. Me sorprendió gratamente el primer estallido de aplausos cuando mencioné a Wesley Everest. A partir de ese momento todo fue cuesta

arriba. Acabé de contar en términos simples mis experiencias en Centralia y más tarde en los juzgados de Montesano, luego terminé con un llamamiento para los prisioneros de Centralia y los huelguistas de Portland. El último aplauso fue música en mis oídos. Tal vez fue en ese momento cuando decidí seriamente que quería jugar un papel prominente en el movimiento obrero y que tenía todo lo necesario para hacerlo.

La lucha en Portland continuó. La situación de los empleadores se estaba volviendo cada vez más desesperada, los estibadores del IWW y otros estibadores habían dejado de descargar barcos de Portland en Los Ángeles, en Australia y en otros lugares. Más y más mercancía estaba obstruyendo los muelles. Las compañías de madera y harina demandaban a las empresas de estibadores y navieras por no transportar sus productos. Varios aserraderos y los molinos de harina habían cerrado, y las mayores compañías de vapor empezaban a desviar sus barcos a otros puertos. Muchos barcos estaban mal cargados y, como resultado, algunos habían encallado. Una vasija grande se estrelló contra un puente, causando grandes daños. Pronto, gran parte de la comunidad empresarial estaba presionando a nuestros enemigos para que negociaran con nosotros, y un grupo de empresarios se reunieron para la cena de Acción de Gracias con los piquetes.

Teníamos el puerto atado bien corto. Los esquiroles se estaban volviendo cada vez más impopulares. En un café, el dueño vio a un grupo de costras y les dio el tratamiento silencioso. Algunos policías vinieron y le dijeron que la ley exigía que se los atendiera. Así que sirvió a cada uno un vaso de agua y un palillo.

A un local de esquiroles le hicimos el mismo truco que habíamos usado en la huelga del café en Seattle: muchos de nuestros hombres llenaron el lugar justo antes del almuerzo, pidieron una taza de café y lo utilizaron durante una hora. Los policías arrestaron a un wob por negarse a abandonar el café frío que estaba cuidando. Una docena más o menos de otros exigieron ser arrestados también, y cuando no lo fueron, hicieron un par de comidas gratis y consiguieron una noche de alojamiento en la cárcel.

Pero los empleadores de cabeza dura se negaron a ceder. Los más pequeños querían negociar, pero fueron obstaculizados por los grandes que podían permitirse el lujo de desviar sus barcos y cargamentos a otros puertos.

En San Pedro, el puerto de Los Ángeles, estaban amarrados cada vez más barcos de Portland, y los toros comenzaban a arrestar a nuestros organizadores por hablar en la costa. Como resultado, una lucha de libertad de

expresión estalló. Los wobblies fueron arrestados de derecha a izquierda y sentenciados a entre uno y catorce años de prisión según la ley de sindicalismo criminal de California.

La huelga continuó durante el invierno. Un día me encontré de piquete en la nieve. Fue una experiencia única y hermosa ver los enormes cascos de barcos cubiertos de nieve como grandes ballenas blancas en sus amarres. Comencé a fantasear con lo que sería ver el mundo en uno de esos gigantes.

Tuvimos un gran piquete de hasta cuatro y cinco mil trabajadores durante las vacaciones y hasta el año nuevo de 1923. Muchos de los empleadores estaban en quiebra. Ahora, algunos de ellos, desesperados en el último momento, colocaban mercancías en pequeños fardos y balsas y los transportaban al azar por el río a varios puertos pequeños.

Las cuadrillas de esquiroles se veían cada vez peor. Ahora había trabajadores que vestían trozos de uniforme del ejército y la marina. Un día, un grupo de oficiales del ejército llegó y ordenó a seis soldados completamente uniformados que dejaran de trabajar como costras. Pero los muchachos grandes no se rendían. Aparentemente, preferirían quebrar en lugar de reconocer el derecho de los trabajadores a tener un sindicato y una negociación colectiva.

En enero de 1923, con frecuencia, presenciábamos lluvias intensas y una desastrosa inundación golpeó Portland. Algunos de nuestros empleados se pusieron a trabajar para ayudar a sacar los productos en peligro de extinción fuera del camino del río, pero se abandonaría en masa si se reconociera un solo esquirol entre la tripulación. Habíamos enviado cientos de dólares para ayudar a nuestros asediados compañeros de trabajo en San Pedro, y ahora nuestro propio fondo de huelga se estaba secando. No podíamos esperar que nuestra gente muriera de hambre, y algunos se desviaron para encontrar trabajo en otras industrias. Portland estaba virtualmente cerrado como puerto importante.

Pero nuestros adversarios todavía no cedían. Finalmente, decidimos, desesperados, transferir la huelga al trabajo con aquellos que querían volver a trabajar en los muelles y los barcos, y trabajar lento en el escenario y efectuar otras acciones laborales, trabajando de acuerdo con la forma en que eran tratados.

Al ver la decisión que se avecinaba, y como necesitaba algo de trabajo desesperadamente, un día me acerqué a mi amigo sueco Welinder en la sala Wobbly para pedirle su consejo. Estaba de mal humor.

"Es como la huelga textil de Paterson de 1913 de nuevo", suspiró. "Ganamos en Lawrence en 1912 debido a que los propietarios tenían todos los telares en un solo lugar. Sin embargo, los propietarios plutócratas de Paterson tenían otros telares en otras ciudades a los que poder transferir sus operaciones, así que no podía hacerles tanto daño. Los grandes empresarios de aquí pueden transferir una gran cantidad de sus operaciones a otros puertos. Si hubiéramos tenido los otros puertos organizados como San Pedro, o conseguido el apoyo que los australianos nos dieron, habríamos ganado".

Le hablé de mi situación y de mi anhelo de ir al mar. Sus ojos se iluminaron un poco. "Claro, Joe", dijo. "También necesitamos organizadores en los barcos. Si podemos organizar todos los barcos, la próxima vez nos ocuparemos de todos los trabajos".

Y me habló de un amigo petrolero, Arne, con quien acababa de hablar que estaba en un barco sueco cargando en Seattle. Necesitaban un par de hombres en la sala de máquinas. Iban a Vladivostok y luego a Australia. Nadie estaba tan loco por ir a Vladivostok en pleno invierno, y no muchos querían trabajar en el calor de la sala de máquinas de un barco que cruza el ecuador en cualquier época del año. Me dio una nota de introducción a su amigo sueco y me deseó suerte.

Salí de la sala wobbly con un nuevo entusiasmo. ¡Tal vez podría ir al mar por fin! ¡El romance del viaje al extranjero! El desafío de participar en la campaña de bola de nieve de la IWW para organizar a todos los trabajadores del mar en el mundo, y con esta poderosa arma, poder controlar todas las industrias para todas las personas.

Al día siguiente, gasté parte de mis preciosos fondos viajando hasta Seattle. Cuando el tren cruzó el gran Columbia y oí su silbido chirriante, saqué una copia del *Industrial Worker* de mi bolsillo y comencé a leer. Al final de una de las páginas estaba enmarcada una breve cita de Bertrand Russell:

PENSAMIENTO

Los hombres temen al pensamiento como no temen a nada más en la Tierra... El pensamiento es subversivo y

revolucionario... El pensamiento mira hacia el infierno y no tiene miedo. Ve al hombre, una chispa débil, rodeada de insondables profundidades de silencio. Sin embargo, se comporta con orgullo... El pensamiento es grande, veloz y gratuito, la luz del mundo y la gloria principal del Hombre.

Y a medida que el tren avanzaba hacia la oscura Ilovizna, juré que nunca dejaría de pensar, que nunca dejaría de buscar la verdad de la vida para resolver los problemas de la humanidad, seguir la verdad del pensamiento donde fuera que me llevara, y costase lo que costase.

XVIII. AL MAR

El mar. ¡Cómo excitaba mi imaginación! Lo había soñado, de vez en cuando, desde que había leído mi primera novela sobre el mar en Springfield a la edad de diez años. La emoción del viaje y la aventura. Mujeres exóticas en lugares pintorescos extraños. La belleza del mar y los barcos. La emoción y el misterio de lo desconocido. Quería ver todo, hacer todo, saber todo sobre el mundo, y al fin tuve la oportunidad de hacerlo.

A medida que el tren se acercaba a Seattle a través de la brumosa llovizna, sentí que mi mente cobraba cada vez más vida, la sangre corría veloz por mis venas y forcé mis ojos para vislumbrar el distante puerto y la visión de los barcos. Pronto estaría allí, inmerso en la aventura más grande de mi vida, siendo arrastrado por el movimiento rítmico del mar.

Pronto estuve entre el bullicio de la ribera en sí, la gente que entraba y salía de los barcos, la carga amontonada por todas partes, los estibadores sudorosos agitando pesados sacos, el chillido de las gaviotas. Un paseo de cinco minutos me llevó al muelle que buscaba, y una nueva oleada de emoción surgió a través de mí. Allí estaba ella, la nave de la que me había hablado Welinder, la bandera azul y dorada de Suecia ondeando bajo las estrellas y las rayas, una nave de aspecto enorme de cinco o seiscientos pies de largo, los gigantescos brazos de sus aparejos de carga oscilando hacia atrás y adelante a través del aire.

Temblando un poco, le mostré mi carta de Welinder a un rubio robusto junto a la pasarela que no hablaba inglés y me hizo un gesto para que subiera a bordo. ¡Mi primera vez en un barco! Subí por las tablas empinadas y me quedé mirando a lo largo de la gran extensión del pasillo y la cubierta con el gigantesco puente que se alza sobre una ciudad en sí misma.

Otro corpulento rubio vino pesadamente y le mostré la carta. Lo miró a toda prisa y me indicó que pasara por una escotilla que conducía a una gran cabina interior. La sala en la que entré demostró ser la sala de descanso, donde

tres hombres se sentaban a tomar café y hablaban en un extraño lenguaje lleno de "ooos" y "uuus" y otros sonidos voluptuosos.

"¿Arne?" Dije. Volví a mostrar mi carta y uno de los hombres, un hombre calvo, de unos cuarenta años, se levantó con una gran sonrisa dentuda y extendió una enorme pata.

"Oho, un amigo de Velinder. Lo he visto hace unos días.

¡Cualquier amigo de Velinder es un amigo de mi! Siéntate, kamrat".

Me sentí aliviado al ver que hablaba algo parecido al inglés. Le di la mano a sus dos compañeros, que al parecer solo hablaban el sueco.

"¿El trabajo está... disponible?" Contuve la respiración.

"¡Shure - vien con mí!"

Cuando estábamos fuera del alcance del oído de los demás, Arne se detuvo y en voz baja, dijo: "¿Eres... compañero de trabajo?"

Saqué mi carnet. Luego mostró el suyo, y fue la primera vez que vi un carnet sueco del IWW. Luego me dio una palmadita en la espalda, sonrió y dijo: "Kamrat, compañero de trabajo. Pero no se lo diga, capitán".

Juré que no lo haría. Subimos una escalera hasta el nivel superior. Detrás del puente, cerca de la gran chimenea, había una fila de compartimentos. Arne llamó a la primera. Un gran hombre de unos cincuenta años con el pelo rojizo y una cara sin humor respondió. Arne le habló en sueco. El ingeniero jefe me miró. Finalmente habló brevemente, luego nos dio la espalda y cerró la puerta de la cabina. Mi corazón se hundió.

"Dice que te ves lo suficientemente fuerte", dijo Arne y me dio una palmada en la espalda de nuevo. "Puedes ser víbora".

"¿Víbora?" Dije. "¡Oh, limpiador!" Sonréí

[Confusión entre viper, víbora y wiper, limpiador]

"Ya, víbora. ¿Puedes firmar?"

"Claro", dije.

Me llevó al compartimento de oficiales. Un hombre de aspecto gris inescrutable, de unos cincuenta años, estaba sentado estudiando tablas. Arne parecía hablarle con deferencia a regañadientes. El hombre mayor me estrechó la mano sin levantarse y pareció mirarme con una expresión de desconcierto. Arne le dijo unas palabras, y el capitán Erikson tomó un fajo de papeles y me entregó un bolígrafo. Con mano temblorosa me inscribí en la lista de la tripulación, sin tener la menor idea de lo que estaba firmando. La única palabra que reconocí fue "Estocolmo". Cuando terminé de firmar, el capitán recuperó los papeles y reanudó el estudio de sus gráficos sin una palabra más. "Vamos", dijo Arne, y nos fuimos de la cabina.

No fue exactamente la recepción más cálida del mundo, pensé, cuando regresamos a cubierta, pero todavía me sentía eufórico. Entonces Arne me llevó a las entrañas de la nave para mostrarme dónde se metía la pandilla en la sala de máquinas. Entramos por una escotilla y vi una masa reluciente de maquinaria enredada bostezando a cincuenta pies debajo de mí. Me sentí mareado por un momento, temiendo caerme. Luego me agarré y seguí a Arne por una escalera, aferrándome por mi vida, sintiendo el débil movimiento de la enorme embarcación mientras se mecía suavemente en el muelle.

Bajamos de escalera en escalera, recorrimos el nivel de la parrilla, pasamos por enormes culatas y calderas, Arne asintió con la cabeza a un par de miembros de la tripulación de la sala de máquinas y, finalmente, llegamos a una escotilla que conducía a un compartimento estrecho lleno de literas de dos niveles. Arne me señaló una litera, luego me señaló con la cabeza. Explicó que en la mayoría de los barcos, ahora, la cuadrilla de la sala de máquinas dormía en el foco de la proa o en la popa, pero que quien diseñó esta nave en el norte congelado aparentemente pensó que los esclavos disfrutarían del calor de los motores, o harían más trabajo cuando se acostaban justo al lado del tajo.

Luego, Arne me presentó a los otras cinco o seis rígidos que yacían o estaban sentados en sus literas: petroleros, fogoneros, encargados del agua y a Ole, un joven sueco de mi edad que era el otro limpiador y hablaba un inglés entrecortado. Dos de los otros eran suecos, uno noruego, ninguno de los cuales hablaba inglés, un inglés y un siciliano genial que hablaba un inglés chapurreado a la par con Arne. Parecían unos tipos bastante agradables y les estreché la mano. Los dos suecos y el inglés estaban jugando al póquer en un espacio lleno de gente en la cubierta. Dos o tres de ellos estaban masticando tabaco y escupirían una gota grande en una lata de café de vez en cuando.

Guardé mi equipo y luego Arne me hizo un gesto hacia su litera, de espaldas a los demás. "Los catres del burro no son muy calientes", dijo, dando palmaditas en su delgado colchón de paja, "pero al menos es un buen lugar para esconder cosas", y sacó cinco folletos con cubiertas rojas y el símbolo familiar del IWW. Pude ver que todos estaban en sueco.

Arne sonrió ante mi sorpresa. "Ya, el *Vun Big Union* está creciendo rápidamente en Escandinavia ahora", dijo radiante. "Me ponga cuatro de los chicos en esta bañera ya. Tal vez ver hacerse cargo de la nave antes de este viaje ha terminado, ¿eh Yoe?" dijo con un guiño. Hablamos un rato más y luego bajé a tierra para despedirme de unos amigos y tener mi última comida en la costa.

Regresé a la nave alrededor de las once y subí a mi litera. La mayoría de los otros ya estaban dormidos. El catre del burro no era exactamente el Ritz, pero era un poco mejor que algunos de los colchones infestados de bichos en los que me había acostado en los campamentos madereros, y la emoción en mi cerebro con mi nueva aventura finalmente se calmó lo suficiente para poder deslizarme en cuatro o cinco horas de sueño.

El día siguiente era domingo y no tenía que trabajar. Teníamos programado navegar a primera hora de la tarde. Me levanté con los demás, me afeité y subí al comedor. El cocinero era un viejo sueco canoso y el pinche un joven filipino atento y amable que siempre estaba sonriendo y parecía ansioso por complacer a todos. Me tomó un momento entender por qué había una cresta alrededor del borde de la larga mesa.

El desayuno era enorme, no lo podía creer: enormes pilas de barritas de avena y montones de huevos y salchichas, y extrañas galletas quebradizas que nunca había visto. El café era pasable. Fue genial saber que comería bien en el viaje.

La hora mágica finalmente llegó. Era como estar en un sueño. Las gigantescas escotillas fueron derribadas, dos remolcadores se acercaron, la pasarela se elevó y comenzamos a salir del puerto. Parecía que la vida apenas comenzaba.

Me paré en la proa viendo la gran panoplia de sonido abrirse ante nosotros, sintiendo ráfagas de rocío en mi cara, mirando hacia atrás y hacia las colinas de Seattle, sintiendo el latido de mi corazón mezclado con el gran ritmo palpitante de la cubierta debajo de mí, vislumbrando ocasionalmente al capitán parado en el puente, inmóvil, con la cara de piedra e inescrutable como si fuera parte de la nave. ¿Qué debe estar pensando? Me

preguntaba. ¿Acaso él, con su inmensa responsabilidad, todavía sentía la emoción de todo esto?

Continuamos avanzando hacia el mar, pasando Port Townsend con una isla de Vancouver boscosa a nuestro estribor, atravesando el Estrecho de Juan de Fuca y pasando Flat Flattery hasta el mar abierto. Y justo cuando salimos de la tierra y sentí la pesada zambullida y el balanceo del Pacífico abierto, el sol del oeste se hundió ante nosotros como una gran granada que se desploma en el mar. Yo estaba extasiado y fuera de mí. Todo lo que había leído sobre el mar comenzó a deambular por mi mente: pasajes de *The Sea Wolf* de Jack London y las novelas de Conrad, "Sea Fever" de John Masefield y *Moby Dick*. Y sintiéndome repentinamente parte de un gran drama humano conmovedor, comencé a recitar al frío viento ascendente unas pocas líneas que recordé de Tennyson:

*No puedo descansar del viaje:
beberé la vida hasta las heces...
En la oscuridad de los tenebrosos mares...
Mi propósito es navegar más allá de la puesta del sol...
¡y esforzarme, buscar, encontrar y no ceder!*

En ese momento escuché el timbre de la campana para la comida de la tarde. Arañé mi camino a lo largo de la barandilla de la nave girando violentamente a la mitad de la superestructura central. Cuando entré en el comedor, tres o cuatro de los demás miraron hacia arriba y asintieron. Por primera vez vi la mayoría de las manos de cubierta en el otro extremo de la larga mesa. Parecían un grupo variopinto de cinco o seis países. Arne levantó la vista con una sonrisa y palmeó el banco a su lado. El chico filipino me dio una gran sonrisa.

Me senté y miré las pocas fuentes de comida que los miembros de la tripulación deslizaban arriba y abajo de la mesa. "Pase la esposa de Lot", dijo un corpulento marinero, y alguien se arrojó una pizca de sal sobre el hombro y arrojó el salero a la mesa. El anterior lo cogió y sacudió una gran cantidad sobre la comida.

Me esperaba una gran sorpresa. Después del gran desayuno y el almuerzo, supongo que había esperado al menos filetes de hueso. Pero toda la comida

consistía en pescado salado, esas galletas suecas que rompían la mandíbula, algunos frijoles sin sabor y café sobrante del desayuno. El pescado estaba tan salado que casi me atragantaba para forzarlo hacia abajo. Me di cuenta de repente: tal vez nos alimentaron bien en el puerto por temor a que algunas de las nuevas manos cambiaran de opinión y se despidieran; pero ahora que estábamos en el mar estábamos indefensos para protestar. "Un poco diferente al desayuno y el almuerzo", le dije a Arne.

"Ya, ellos nos alimentan barato vonce estar en el mar."

"Ya, desde donde salimos de Sverige, nos alimentan percebes desde el costado del barco", dijo mi joven compañero, el limpiador Ole desde el otro lado de la mesa.

A mi izquierda estaba el siciliano de mediana edad, Giuseppe. Al igual que el filipino, siempre estaba sonriendo. Con una mirada brumosa en sus ojos, comenzó a hablarme de la pequeña granja de sus padres en Sicilia, de cómo había estado trabajando en este barco durante casi diez años y ahorrando toda su paga y cómo, después de un viaje más, iba a comprar un pequeña granja al lado de sus padres y "tragar el ancla" para siempre. "Yo tengo buena esposa, tengo bambinos, dejar el mar para siempre", dijo con una gran sonrisa y un movimiento con una mano. "No quiero volver a ver a la vieja fabricante de viudas".

Después de la comida, Arne y yo bajamos a las entrañas del barco a nuestras literas. La mayoría de los otros estaban allí, jugando al póquer. De pie al lado de mi litera, de repente me di cuenta de algo sorprendente: aún escuchaba el sonido del motor cercano y sentí que su ritmo palpitaba, pero la nave ahora se movía muy poco en comparación con cómo se había estado comportando en la parte superior.

"No vamos muy fuerte ahora", dije. "¿Estamos parando?"

Todos miraron hacia arriba y sonrieron o rieron. El inglés, Derek, levantó la vista del juego de póquer. "Acabas de suspender tu primera prueba de inteligencia, irlandés", se rió. "Cualquier idiota sangriento debería ser capaz de averiguar que un barco no se balancea tanto en el fondo como en la parte superior; cuanto más se sube más se balancea. Que esos malditos tontos se mareen. Yo, prefiero la vida estable y cálida de las sentinelas sangrientas".

Sentí que mi cara se estaba poniendo roja. "Oh sí," tartamudeé. "Nunca pensé en eso". Era uno de los motivos por los que se prefería la sala de máquinas, en la mayoría de los barcos.

La mañana siguiente fue el gran día. Mi primer turno de doce horas. Todos los demás miembros de la tripulación, trabajaban de seis a seis, pero los dos limpiadores trabajaban desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde, seis días a la semana, con una parada para el almuerzo.

Me desperté con el pulso del gran motor, como un corazón de bombeo gigantesco separado de nosotros por la más fina de las membranas. En el reducido cuarto era como estar de vuelta en uno de los peores campamentos de madera, con mil sierras zumbando en la habitación de al lado y todo el asunto moviéndose constantemente. El olor a aceite y grasa era espeso y nauseabundo. Me raspé las mejillas con mi navaja de afeitar, me metí en el peto negro y la camiseta y me apresuré a buscar a los demás para respirar aire fresco.

A las 5:15 a. m., el mar tenía un color de pizarra suavemente ondulado, el sol apenas comenzaba a atravesar la penumbra de nuestra popa con débiles rayos de luz. Respiré el frío y estimulante aire salado y seguí a los demás a la habitación del comedor con las piernas temblorosas. Este continuo rodar y hundir era como trabajar de vaquero y nunca poder bajarte de tu caballo.

La comida seguía empeorando. Este primer día completo en el mar había aproximadamente la mitad de los huevos que el día anterior en el puerto, los restos de pescado salado de la noche anterior y las mismas galletas que ya estaban empezando a estreñirme. El chico filipino parecía servir la comida con aire de disculpa. El viejo sueco canoso nos miraba desde la cocina como si estuviera disfrutando de algún tipo peculiar de venganza por sus propios sufrimientos y sus esperanzas destrozadas en la vida.

Unos momentos antes de las seis, bajamos al calor de la sala de máquinas. Los oficiales de guardia y el equipo de máquinas se pusieron ante sus puestos y aparatos medidores, con ojos soñolientos. Seguí al joven Ole hasta la parte trasera de la enorme sala donde encontramos al primer ingeniero asistente, un sueco de pelo castaño rojizo de unos treinta y cinco años, con un humor tan indiferente como la mayoría de los otros oficiales que había visto. Me miró brevemente y con recelo, luego habló en tono cortante a mi compañero limpiador.

Ole se volvió hacia mí: "Él dice que no te vaya coger ganduleando". Traté de asentir de manera amistosa a mi nuevo jefe. Me ignoró; le ladró algunas órdenes a Ole, giró sobre sus talones y se alejó dando un rápido y alegre paseo.

Ole me sonrió como para tranquilizarme, después de todo, no estaba tan mal.

Lo seguí por un sendero pasando por enormes calderas hasta donde se alzaba una gran paca de trapos. Cada uno tomó un puñado y luego él agarró dos cubos y los llenó con lo que olía a queroseno. "Ven", me indicó que lo siguiera. "Cada día se limpian todas las escaleras y rejillas y placas de piso y barandas."

"¿Todas ellas? ¿Todos los días?"

"Ya"

Subimos por una de las escaleras, la enorme sala se bamboleaba cada vez más y se calentaba cada vez más cuanto más subíamos. Fue una lucha sujetarme con una mano e intentar evitar que el cubo se derramara con la otra. Podía imaginar lo que haría uno de esos oficiales de rostro sombrío si derramara un cubo de queroseno sobre su cabeza.

Finalmente estábamos en lo alto de la inmensa sala, justo debajo del tragaluz. Ole comenzó a limpiar una de las escaleras que conducían al callejón de arriba y me indicó que buscara otra escalera a unos metros de distancia. Me sentí mareado e inestable sobre mis pies y me obligué a no mirar a la masa de hombres y maquinaria que bostezaban debajo. El olor del queroseno y todos los otros olores de la enorme sala me hicieron sentir náuseas. Pero entendí los peligros y por qué era importante eliminar todo rastro de aceite o grasa que podría enviarme a mí o a mis compañeros de trabajo a sumergirnos en ese marasmo de maquinaria que batía caliente abajo.

Me dediqué a mi tarea. El aceite y la suciedad se desprendían con bastante facilidad. Cada pocos minutos había que descartar un trapo empapado en aceite y obtener otro limpio. Después de media hora ya estaba asediado por el aburrimiento. ¡Con qué rapidez la euforia y el romance pueden convertirse en desilusión y desdicha! Dios mío, ¿haríamos lo mismo doce horas al día, día tras día y tras día? Pronto empecé a sudar a causa del aumento del calor de los

motores y cada dos o tres minutos tuve que limpiarme la cara y el cuello que goteaban con el trapo de sudor de la parte superior de mi peto.

Hicimos las escaleras y luego recorrimos las rejillas y los estrechos pasillos, limpiando todas las grietas. Después de un par de horas empecé a sentirme realmente mareado, pero estaba decidido a mantenerme al día con mi nuevo compañero de trabajo. Finalmente, de forma increíble, habían pasado tres horas y tuvimos la primera de nuestras dos pausas de diez minutos para el café. Parecía que apenas podía subir la escalera a la cubierta superior.

Tomando el café, finalmente me derrumbé y le conté a Ole mi mareo y un dolor de cabeza incipiente. "Oh, tal vez necesites la tableta de sal. Te la muestro".

¡Ahora me lo dice! Pensé. Bajamos a la sala de máquinas y él me mostró el dispensador conectado a un mamparo. Me metí una tableta en la boca, tomé un trago rápido del agua de mal sabor de la manguera y metí tres tabletas más en mi mono por si acaso. Luego volvimos a la rutina.

El trabajo continuó. Cuando se trató de limpiar las placas de la plataforma de acero, mi espalda pronto comenzó a sentir la tensión de agacharse y encorvarse. ¿Qué era peor, me pregunté, esto o tirar de sacos de grano de cien libras todo el día en las planicies de Kansas o Nebraska? Traté de consolarme pensando en las fantásticas experiencias que tendría en puertos exóticos extranjeros.

Poco antes del mediodía, cuando estábamos limpiando las rejillas de un pasillo estrecho cerca de la cubierta inferior, oí que alguien gritaba algo desde algún lugar hacia la proa. El primer ingeniero, que había estado revisando algo a unos pocos metros de nosotros, se adelantó como un loco. Como no me moví lo suficientemente rápido en el camino estrecho, me dio un brusco empujón cuando pasó corriendo, casi enviándome por la barandilla. Bajó una escalera y desapareció en algún lugar en la maraña de maquinaria.

"¡Son of a bitch!" Me quedé mirándolo con ojos ardientes. Me volví hacia Ole. "¿Está loco?"

Ole se encogió de hombros. "Cuartos estrechos", dijo y continuó con su trabajo.

Finalmente llegó el mediodía. No vi cómo podría superar un día entero de esto. Pasando por el callejón de la cubierta principal miré desesperadamente

el interminable mar gris. No era como un trabajo en tierra. No había vuelta atrás ahora.

El almuerzo ofreció algo nuevo: sopa aguada, queso sueco y arenque en escabeche. El queso estaba bien, pero no podía decidirme si me gustaba el arenque. Tomé mi comida, bebí un poco de java y bajé a mi litera para un descanso muy necesario.

La tarde fue más de lo mismo. A las seis estaba totalmente agotado. Llevamos nuestro equipo abajo y lo guardamos. Justo cuando estábamos por llegar a las duchas, el primer ingeniero apareció y ladró algunas órdenes más. "Dice que debemos lavar los trapos aceitosos", dijo Ole con el ceño fruncido cuando el primero se había dado vuelta y se había ido.

"Pero nuestro turno ha terminado".

"Ya, pero ¿qué se le va a hacer?" dijo Ole, llevándose al tambor donde habíamos tirado nuestros trapos.

Me tambaleé tras él, casi poniéndome de pie. Tomamos las docenas de trapos sucios y los arrojamos a una lavadora. "Si están demasiado mal, los tiramos por la borda", dijo Ole. "Ahora hay que preparar el jabón". Y tomamos dos cuchillos cortos y pasamos ocho o diez minutos cortando astillas delgadas de las enormes barras de jabón acre y echándolos en la lavadora. Entonces Ole la puso en marcha y esperamos mientras temblaba y gorgoteaba. Finalmente sacamos los trapos y los colgamos para que se secan.

Cuando habíamos terminado, todo lo que podía hacer era ir tambaleándome al baño a tomar una ducha de agua salada pegajosa. Pero después me sentí un poco revivido y logré seguir a Ole en la larga subida hasta el comedor. ¡Así que esta era la vida romántica de un marinero!

Excepto Arne, el compañero del barco que más me gustó fue el genial siciliano, Giuseppe. Todos los demás lo llamaban lo que sonaba como "Sis"-Short de Sicilia, supongo y parecían odiarlo. Pero lo llamé por su nombre y parecía que le caía bien. Cuando nos sentamos junto al taffrail observando la estela del barco después de los duros días de trabajo, me contó más en su inglés entrecortado sobre su infancia en Sicilia y sus planes para su granja. No sé qué era lo que hacía que la gente confiara en mí, tal vez porque aún era muy joven, o tal vez porque mi honestidad e idealismo se manifestaban.

[Taffrail: barandilla que rodea la cubierta de popa]

Un día, cuando estábamos solos en nuestras habitaciones, dijo: "Mira, Joe. Confío en ti. Quiero mostrarte algo". Y le dio la vuelta a su colchón de paja y me mostró dónde había escondido su dinero: casi diez años de sueldo. Y luego me dio la dirección de sus padres en Sicilia y me hizo prometer que les enviaría el dinero, a excepción de cien dólares para mí, si algo le pasara. Le prometí que lo haría.

Dos días después, cuando llegué arriba para la cena, tuve una visión extraña. Parecía que el mayordomo cerca de la popa estaba arrojando una especie de objetos grandes al agua. "¿Qué demonios...?" Le pregunté a Arne que acababa de aparecer detrás de mí.

Él rió. "Ve y tiene una buena sorpresa, Yoe," dijo. "En Seattle el capitán compró un buen colchón para nosotros. Ve ya no tienes que dormir en la paja. El administrador mandó tirar los viejos catres de burro."

Sonréí. "Genial," dije. Ya era hora de que tuviéramos alguna mejora. Entonces me golpeó. "¡Jesús! ¡Giuseppe tiene su dinero allí!" Dije.

Arne me dirigió una mirada en blanco. Luego se dio la vuelta y corrió por el pasillo y por la cubierta abierta hasta donde estaba el mayordomo, solo tres o cuatro de los colchones maltratados quedaban a su lado en la cubierta. Corré tras él. Mientras Arne gritaba y gesticulaba hacia el mayordomo, volteé cada colchón con cuidado y busqué la hendidura hábilmente oculta donde Giuseppe había guardado su dinero. Su colchón no estaba allí. Y estos eran los últimos del grupo, dijo el administrador, en un estado de shock leve por ahora.

"Consigue a Sis, veo al capitán", ladró Arne, y me apresuré a cumplir sus órdenes, lanzando una breve mirada hacia atrás sobre la barandilla, donde tres o cuatro de los maltratados colchones se movían muy atrás detrás de la estela.

Eché un breve vistazo al comedor y luego me sumergí en la sala de máquinas. Giuseppe acababa de entrar en nuestros aposentos. Cuando finalmente comprendió lo que estaba diciendo, lanzó un grito salvaje y corrió a su litera. Ahí estaban los nuevos colchones. Él hundió la cabeza en su litera, sollozando. Luego soltó otro grito y corrió hacia la escalera más cercana que conducía a la parte superior.

Hubo un furor en la cubierta cuando la tripulación se apresuró a popa para mirar la estela que retrocedía. Nada era visible sino el agua ahora. Corré tras Giuseppe hasta el puente. Allí, en una de las alas abiertas, Arne se encontraba frente al capitán. Parecía evidente que el capitán con cara de piedra no tenía

intención de volverse. Además, ahora estaba casi oscuro y una leve niebla había empezado a ocultar la cara del océano. Giuseppe se apresuró a acercarse al capitán, lo agarró del brazo y apretó su cara sollozante, murmurando algo en italiano que no pude entender. El capitán parecía ligeramente avergonzado, pero inflexible. Entonces Arne le suplicó de nuevo en sueco, pero no sirvió de nada.

Después de un par de minutos, Arne y yo tomamos a Giuseppe entre nosotros y lo llevamos lentamente hacia abajo. Arne consiguió una botella de akvavit que había escondido en algún lugar e hizo que el siciliano bebiera un poco. Su piel bronceada parecía casi de un blanco mortal ahora. Luego se tendió en su litera en el nuevo colchón y volvió la cara hacia el mamparo.

Al día siguiente, Giuseppe parecía casi volver a la normalidad. Dijo poco pero parecía dispuesto a reanudar su trabajo filosóficamente. Pero cuando Ole y yo subimos a cubierta para nuestra comida del mediodía nos enfrentamos a una vista sorprendente. De regreso a la popa, junto a la pasarela, se encontraba Giuseppe, todo ataviado con su mejor traje de domingo, zapatos altos con corbata y lustrosos y un pequeño sombrero divertido, y algo aún más extraño, una pequeña maleta en una mano.

Antes de que pudiera pensar o moverme, se volvió hacia el centro de la estructura del barco, dio una clase divertida de saludo y luego se volvió hacia el lado de la nave, se movió airosamente como un payaso dando el primer paso de una marcha nupcial, y luego se había ido.

Grité y corrí de vuelta hacia la popa, arrojando la primera boyas salvavidas que vi. Alguien detrás de mí, cerca del taffrail echó otra, y escuché lo que debió haber sido "Hombre al agua!" en sueco. Continué hacia la popa, pero luego giré bruscamente y me dirigí hacia el puente. Vi a Arne corriendo en la misma dirección delante de mí.

Cuando llegué a la parte superior, el primer ingeniero de repente se interpuso en mi camino, me agarró del brazo y escupió algo que no entendí. Esta vez le hice el empujón, empujándolo contra una barandilla, lo vi tropezar con una expresión de indignación e incredulidad en su rostro, y me apresuré a pasar.

En el puente, Arne se quedó gritando al capitán. Me acerqué y me uní. Entre los dos, finalmente conseguimos afectar la mentalidad de ese patriarca de cara de madera. Pareciendo ligeramente sacudido, dio una orden al timonel y el gran barco comenzó a girar lentamente.

Pero para entonces nuestro compañero de barco debía haber estado uno o dos kilómetros atrás. Para empeorar las cosas, una niebla había comenzado a asomar sobre las aguas agitadas. Era como buscar un susurro en el viento.

Dimos vueltas y vueltas lentamente durante más de una hora, pero fue inútil. Y sin duda Giuseppe no quería ser rescatado de todos modos. Al día siguiente el capitán realizó un breve servicio conmemorativo. Durante los días posteriores hubo un pesimismo sobre el barco, mientras que los tripulantes desconcertados especulaban por qué nuestro perdido compañero de barco se había vestido y se había llevado su maleta con él, tal vez realmente creía que iba a un lugar mejor. El buen viejo Giuseppe, espero que lo haya encontrado.

XIX. DE VLADIVOSTOK A SYDNEY

Llegó otro domingo. Durante un tiempo yo pensé que nunca iba a sobrevivir a verlo. Pero tan duro y monótono como era el trabajo, y tan deprimido estaba por la muerte de Giuseppe, que mi espalda y otros dolores se fueron relajando lentamente y gradualmente fui cambiando a una especie de ritmo de miseria moderada y muerte mental que hizo las largas rutinas de doce horas soportables.

Los primeros días, estaba demasiado cansado para hacer nada más que caer en mi litera por la noche, quedándome dormido con los sonidos del motor incesante y el juego de póquer eterno. Pero finalmente tuve el exceso de energía suficiente para pasar un poco de tiempo hablando de la IWW y la "revolución" con Arne, o de desenterrar los libros que había traído y leer durante una hora o dos en la tenue luz de la pequeña habitación de camarote. Mis compañeros de barco se molestaban con mis lecturas y a veces me llamaban "el profesor" o "el chico de la universidad", pero no dejé que me molestara demasiado.

En primer lugar he leído sobre la historia de la lucha de los marineros, los notables viajes de los vikingos y de los polinesios, que podrían navegar cientos de millas con sólo la sensación del ritmo de las olas. De la "Ley de Oleron" del siglo XV de los primeros marinos conocidos que exigían ser tratados como humanos en lugar de esclavos, y que hablaban de sí mismos como "compañeros del barco" Del gran noruego-estadounidense Andrew Furuseth, que había encabezado la Unión de Marineros del Pacífico durante casi medio siglo. Cuando se les amenaza con la cárcel de un solo golpe, el furioso Furuseth había dicho: "No me pueden poner en una habitación más pequeña de lo que siempre he vivido. No me pueden dar comida más simple de la que siempre he comido. No pueden hacerme más solo de lo que siempre he estado"... "Con la ayuda del senador "Fighting Bob" LaFollette, Furuseth finalmente logró que se aprobara la Ley de Marineros en 1915 que abolió el encarcelamiento de miembros de la tripulación por abandonar un barco antes de que terminara su servicio, y ayudó a poner fin a otros abusos.

Pero a pesar de esta "Carta Magna del Mar" de 1915, los marineros habían perdido una huelga marítima masiva en 1921 y los salarios se habían reducido drásticamente. Si Furuseth hubiera abrazado el sindicalismo industrial de la IWW mediante el cual todos los trabajadores marítimos se unirían, podrían haber ganado. Pero el viejo noruego parecía temeroso de compartir su poder con otros líderes (los estibadores tenían muchos más miembros), y luchó contra la IWW y su concepto del *One Big Union* cada vez más amargamente.

Y así llegué a ver que era mucho más que una ideología lo que hacía girar el mundo: a menudo la psicología humana, los celos mezquinos, los conflictos de personalidad. Los marxistas parecían ignorar el factor de la psicología humana, y parecían pensar que la uniformidad económica moldearía a todos en robots similares, pensadores similares, pero a mí me parecía muy poco probable que eso sucediera. Al menos esperaba que el mundo nunca fuera tan aburrido y uniforme.

A veces me sentaba junto al taffrail observando la estela sin fin que retrocedía hacia donde había desaparecido Giuseppe, en el espumeante soplo dorado, y me asombraba la inmensidad de todo eso, y pensaba con aturdida humildad en las líneas del antiguo Khayyam: "Y Oh, pero durante mucho tiempo el mundo durará / antes de nuestra venida y después de nuestra marcha / El ser del mar debe prestar atención a un molde de guijarros".

[Khayyam (Omar Jayam) fue un matemático, astrónomo y poeta persa del siglo XI]

Y entonces empecé a profundizar en algunas de las obras literarias que había traído, las obras de Eugene O'Neill, *The Ape Hairy* [El mono peludo], con su gran escena en el hall de la IWW, y el pasaje de *Bound East* [La envolvente del Este] de Cardiff, en el cual un marino está muriendo en la parte inferior de la bodega después de una caída desde la cubierta superior. Él le dice a los compañeros que tratan de consolarlo:

Esta vida de marinero no es mucho por lo que que llorar —sólo un barco tras otro; trabajo duro, sueldo pequeño y comida de culo—; y, cuando llegas al puerto, todo termina en una pelea de borrachera, y todo tu dinero se ha ido, y luego se va de nuevo. Nunca conoces a

gente agradable, nunca sales de un pueblo marinero casi en cualquier puerto; viajas por todo el mundo y nunca ves nada de él; sin que nadie se preocupe si estás vivo o muerto...

Seguimos incansablemente por el frío Pacífico Norte. Comencé a tener la pesadilla de que el viaje nunca terminaría. El primer ingeniero comenzó a caer sobre nosotros más fuerte que nunca. Un día, las bombas de sentina dejaron de funcionar y él nos mantuvo de pie hundidos casi hasta las rodillas en el limo recogiendo el sucio lodo de la sentina con sus ratas muertas y el resto de materia pútrida. Trabajamos tres horas extraordinarias hasta que pudimos limpiar los filtros tapados y las bombas volvieron a funcionar.

Y la comida empeoró cada vez más. Un día, por coincidencia, al parecer, los cinco que éramos miembros del IWW nos encontramos solos en nuestros aposentos: Arne, otros dos suecos y, para mi gran sorpresa, el muchacho filipino. Las quejas comenzaron a volar rápido y grueso, en sueco, inglés, español y tagalo. "¿Cuándo vamos a soltar el gato?" exigí finalmente. Arne pareció pensar profundamente. "Todavía no, Yoe". Dijo finalmente. "El tiempo no está maduro. Tengamos nuestro permiso de tierra en Vladivostok primero y recojamos algo de nuestros salarios. Entonces cuando el barco esté a punto de zarpar nosotros tendremos más fuerza". Los otros estuvieron de acuerdo.

Me estaba aburriendo hasta el punto de la locura por la agotadora monotonía del trabajo de limpiador. Juré que nunca volvería a trabajar como limpiador, al menos no con turnos de doce horas. El segundo domingo en el mar, conseguí de Arne que me dejara estar a su lado durante un par de horas ante los medidores para comenzar a aprender algo sobre el trabajo de un petrolero. Una vez más le pregunté cuando nos íbamos a dejar el gato suelto y volvió a decir: "No, aún por el momento es no maduro."

Dos días después, en el lunch de la tarde, tomé una de las horribles galletas que rompían tripas y encontré una fina capa de moho verde. Simultáneamente, un marino sueco hizo lo mismo, soltó un resoplido y envió a su galleta navegando por la escotilla abierta hacia la cocina. Todos los hombres empezaron a gruñir. Arne, a mi lado, tomó su galleta con consternación, se volvió hacia mí y me dijo: "El tiempo está maduro".

Después de la cena lo seguí, "¿Qué vamos a hacer?", pregunté.

"Yust dame un rato que pensar en ello", dijo.

Al día siguiente en el almuerzo, para mi sorpresa, teníamos bistecs y un delicioso pastel de manzana para el postre. El viejo cocinero sueco parecía estar mirándonos con una sonrisa forzada desde la cocina, y el camarero filipino sonreía aún más. Arne era todo sonrisas también.

En el camino de regreso a la sala de máquinas, le pregunté a Arne si sabía la razón del cambio abrupto.

"Oh", dijo, "Me Yust dejar una pequeña nota en la cocina anoche para decirle al cocinero que si ve no mejorar comida, es por la borda lo tienes."

Incesantemente, siempre avanzando, parecía que el viaje nunca terminaría. Pero finalmente, después de diecinueve o veinte días, vimos el primer contorno gris de tierra hacia delante, y por la noche estábamos entrando en la Bahía de Golden Horn y finalmente pudimos ver Vladivostok tomando forma lentamente en la distancia, con colinas bajas que se alzaban detrás como una ciudad fantasmal de algún antiguo cuento de hadas.

Cansado como estaba después de mi turno de doce horas, me puse de pie entre las ráfagas de rocío del frío gélido de la proa con otras tres o cuatro personas. Mi corazón latía rápido; la proximidad de la tierra, cualquier tierra, era tremadamente emocionante. Simplemente caminar sobre un suelo firme que no se moviera constantemente sería el cielo. Podía entender bien ahora por qué muchos marineros que habían estado semanas o meses en el mar podían volverse un poco locos cuando finalmente llegaban a un puerto. A excepción de Canadá, esta fue mi primera tierra extranjera.

Y tanta historia aquí. A medida que se acercaban los extraños edificios y las pequeñas cúpulas orientales, pensé en 1918, cuando Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos habían aterrizando tropas aquí para proporcionar una base de apoyo para las fuerzas de Kolchak que luchaban contra Lenin. Pero Kolchak fue derrotado de todos modos. Me pregunté cómo recibirían a un estadounidense tan pronto, ¿sabrían que mis compañeros wobblies se habían negado a cargar barcos para los invasores?

Llegamos al puerto propiamente dicho, en una península entre dos bahías, justo cuando caía la oscuridad. Forcé mis ojos para ver la masa mezclada de la línea de costa, unos cuantos barcos enormes, almacenes gigantes y las luces parpadeantes de la ciudad de aspecto extraño más allá, ¡qué fascinante debía ser!

Cuando disminuimos la velocidad un remolcador salió a nuestro encuentro, Arne vino y se paró a mi lado en los baluartes. "Vun de los marineros suecos dime que estuvo aquí antes," dijo con una sonrisa de anticipación. "Tienen un club de hombres de mar, una cafetería, el vodka, la música, y niñas que bailan.

Está abierto hasta las once. Ve por algunas chicas, ¿eh, Yoe? "Y él me dio una palmada en la espalda.

La mera palabra enviaba escalofríos por mi espina dorsal. Me pregunté si podríamos ir a tierra esta noche. Como la enorme embarcación finalmente estaba siendo empujada contra el muelle, decidimos ir al comedor para ver si alguien sabía algo sobre el permiso de tierra.

Diez o doce miembros de la tripulación estaban sentados en el comedor, murmurando enojados, con expresión hosca en sus caras. Parecía que el primer oficial acababa de bajar y les dijo que no había permiso para bajar a tierra. Punto. Sentí que mi corazón se hundía. ¿Por qué? El compañero dijo que no sabía. Tenía ganas de correr hacia el puente y agarrar al capitán por el cuello y exigir una explicación, pero solo me senté y enfurruñé con los demás. Siete mil millas de trabajo agotador y soledad y ahora un truco sucio como este.

Arne parecía casi tan desolado como yo. "Tal vez los ruskies quieren no vayamos a tierra", especuló con tristeza.

Más tarde me senté durante más de una hora por el taffrail de popa, tratando de forzar los ojos para penetrar en el misterio de la enigmática ciudad oscura, tan cerca y tan lejos, en busca de señales de vida, pero lo único que vi en movimiento fue una ocasional rata de muelle.

Al día siguiente, los hombres seguían refunfuñando durante el desayuno. El hecho de que no tuviéramos que trabajar solo alivió parcialmente nuestra ira y decepción. Tan pronto como hubo luz, salí corriendo para mirar de nuevo la extraña ciudad. Ahí estaba, grande como la vida, con sus extraños edificios oscuros y alguna coloreada cúpula de cebolla ocasional y un par de brillantes banderas rojas con el martillo y la hoz sobre ellas volteando desde los edificios.

Fue un día frío y nublado. Pronto la gente comenzó a aparecer en los muelles, tan abrigada que apenas podía ver sus caras. Las grandes grúas y las plumas de carga comenzaron a moverse. Podía escuchar voces debajo de mí charlando bruscamente en un idioma que nunca había escuchado. Me incliné sobre la barandilla y miré hacia abajo. Una forma bastante pesada sonrió y me saludó

con la mano y yo le devolví el saludo. El rostro ligeramente regordete pero extrañamente atractivo siguió mirándome antes de que saliera de mi aturdimiento matutino y me di cuenta de algo sorprendente: ¡era una mujer! Para mi incredulidad y deleite, ella me lanzó un breve beso. Luego se volvió bruscamente y se fue a reunirse con otras personas, casi la mitad de ellas también mujeres, que estaban acercando un carro grande al costado del barco.

Arne apareció de repente detrás de mí. "A los hombres todos les matan en la gerra", comentó filosóficamente.

Pasé el día leyendo abajo. A la mañana siguiente volví a tomar mi posición junto al taffrail. Y la misma mujer estibadora me miró. Sus profundos ojos azules tenían una extraña calidad de ensueño. Nos miramos a los ojos el uno al otro con nostalgia por un largo momento, bebiendo profundamente. Luego pareció dar un suspiro, se encogió de hombros con resignación y se dirigió a su trabajo.

Lamentándolo la vi alejarse y pensé: Eso es lo que es la vida, la gente se mira cálidamente a los ojos, y se produce una mezcla de los espíritus humanos que trasciende la ideología; una comunión muy breve, cuando el alma se reúne con el alma en una especie de apareamiento a través de los ojos. Una mujer en una tierra extraña que nunca volvería a ver, pero con quien de una manera extraña me sentí siempre ligado.

Esa noche en mi lectura, encontré un nuevo aforismo para mi cuaderno: "En la parte posterior de la cabeza de cada persona debería haber un pequeño martillo que golpease continuamente para recordarle que hay personas infelices en el mundo": Anton Chekhov.

Al día siguiente nos íbamos de nuevo. Vladivostok había sido como un interludio en un sueño. Volví a las interminables placas de acero y las rejillas, y restregué la suciedad de los mamparos con trapos de algodón. El primer ingeniero y los otros oficiales parecían más malvados que nunca, sin duda también estaban molestos por la ausencia de permiso para bajar a tierra. Regresemos al Mar de Japón, al sur a través del Estrecho de Corea, hacia el Mar de China Oriental.

Los días se volvieron más y más calientes ahora. Pasamos al este de Formosa y cruzamos el Trópico de Cáncer. Fui continuamente intimidado por la inmensidad del mar. En los mapas que observaba detenidamente, había masas

de tierra e islas por todo el lugar, y sin embargo, las atravesamos día tras día, sin ver el atolón más pequeño, ni un solo barco, nada.

Cuando nos acercamos a las Filipinas, el calor se hizo insoportable. ¿Qué tonto había decidido poner cuartos para dormir al lado de la sala de máquinas? Y el equipo de cubierta también se quejó porque las líneas de vapor de los tornos pasaban a través de su camarote en la proa. El calor se volvió tan fuerte que no podía dormir y todo lo que podía hacer era realizar los mil movimientos repetitivos de mi trabajo sin dormirme o hundirme en la cubierta de maquinaria que había debajo.

Uno de los fogoneros suecos se desmayó por el calor y el primer ingeniero hizo un juramento y le dio una patada a conciencia. Arne, Ole y yo comenzamos a acudir en su ayuda, pero el primero retrocedió y volvimos a nuestro trabajo.

Una vez me sorprendí dormitando en lo alto de un andamio y me hubiera caído si Ole no hubiera corrido en mi ayuda. Uno de los trabajos del limpiador era ir a la parte superior de vez en cuando a limpiar los ventiladores, los grandes embudos que se alzaban de la cubierta como sapos deformes, para recoger el viento. Pero cuando no había viento, salvo lo generado por el movimiento de la nave, no servía de mucho.

Finalmente, los cinco que éramos wobs nos reunimos para discutir la situación. Arne dijo que el problema era que no había suficientes ventiladores, esta nave no había sido construida para los trópicos. Arne se ofreció voluntariamente para ir con el capitán y solicitar que se instalen algunos más en nuestro próximo puerto de escala. Fie nos transmitió la respuesta del capitán al día siguiente: "Fuera de cuestión".

A medida que avanzábamos hacia el sur, bajo un cielo abrasador, el problema se hizo verdaderamente insoportable. El sudor nos caía a cubos. Todos estaban o sonámbulos. Arne nos dijo que uno de los tripulantes de cubierta que estaba pensando en unirse a la IWW se había ofrecido a hablar con los otros marinos al respecto. Tuvimos una reunión. Ellos acordaron respaldarnos en lo que decidiéramos hacer. Era un negocio arriesgado. La negativa a trabajar en el mar era peligrosa y podía interpretarse como un motín. Pero había que hacer algo.

A la mañana siguiente, después del desayuno, todos los hombres que no estaban de servicio marcharon hasta el puente para enfrentar al capitán. Era más ventiladores o ningún trabajo.

Era la primera vez que veía expresión en el rostro del anciano. Miró de uno a otro de la forma en que un padre podría reaccionar si su único hijo anunciara que iba a tener una operación de cambio de sexo. Murmuró unas palabras en voz baja en sueco. Luego inclinó su gorra de capitán y se enjugó la frente. "Ya, ya..." dijo después de un minuto, y escuché una palabra que sonaba como "Manila".

Arne tradujo para mí. "Él dice va poner en Manila más ventiladores, pero sin el permiso de tierra." Justo así.

Todos nos dirigimos a nuestros trabajos, un poco sorprendidos por nuestra fuerza. Una vez que decidimos actuar, todo había terminado rápido.

La noche siguiente llegamos a Manila. Fue la primera vez que había visto palmeras, y una cierta fascinación, algo que agita la sangre, parecía invadir el aire. Podía ver a algunas mujeres jóvenes a lo lejos, a través de las sombras, y sentí la misma frustración enloquecedora que había sentido en Vladivostok, que parecía hace cien años. ¿Qué demonios estaba mal con el patrón? ¿Creía que saltaríamos del barco y nunca regresaríamos? ¿Estaba celoso de los momentos de placer que podríamos arrebatarle a algunas mujeres de la costa? ¿Creía que todos nos emborracharíamos y aterrizaríamos en el calabozo?

Todos nos sorprendimos gratamente cuando los nuevos ventiladores se instalaron en un día. Hicieron un mundo de diferencia. Después de esa exitosa acción laboral, Arne y yo inscribimos a varios miembros más de la tripulación en la IWW.

El resto del pasaje a Sydney transcurrió sin incidentes. Cruzamos el humeante ecuador en algún lugar al sur de Borneo y, unos días después, comenzó a enfriar nuevamente. Finalmente, una tarde vimos una gran masa de tierra por delante, y por la noche estábamos entrando en el puerto de Sydney.

Era una vista hermosa Sydney, elevándose en sus colinas bajas y onduladas con las Montañas Azules elevándose contra la puesta de sol hacia el oeste. Nos deslizamos a través de la Bahía Woolloomooloo y junto a un enorme parque, y luego estábamos en el muelle. La temperatura era ligeramente cálida, casi tan perfecta como se podía pedir. La ciudad más allá de los almacenes frente al mar parecía tener una alegría vibrante.

Esta vez, no había ninguna duda sobre nuestro desembarco, si nos lo hubieran negado otra vez, habría habido un motín. Estaríamos en el agradable

puerto durante al menos cuatro días y todos planeaban aprovecharlo al máximo. Obtuvimos la mitad de la paga a la que teníamos derecho y prácticamente nos atropellamos al pasar por la pasarela. La sensación de tierra sólida bajo mis pies por primera vez en más de un mes fue casi intoxicante.

No pasó mucho tiempo antes de que estuviéramos en la aduana. Yo iba al remolque de Arne, Ole y el inglés, Derek, que había estado aquí antes, y nos dirigimos al pub más cercano. Todavía bebía poco, pero era un momento para celebrar y había oído que la cerveza australiana era buena.

También tenía otra razón para celebrar: fue aquí donde el IWW tuvo quizás la mayor victoria de todas, cuando en 1916 forzó un referéndum nacional que hizo que se derogara el proyecto de ley de reclutamiento, justo en el medio de la Primera Guerra Mundial. Tal vez los llamados criminales que los ingleses habían enviado a trabajar a Australia eran más inteligentes y mejores que sus carceleros.

Lo viví durante tres días y luego volví a la nave para pensar seriamente. Debí haber estado loco para firmar en un barco cuyo destino final era Estocolmo. No estaríamos allí durante otros dos meses. Y Arne me dijo que nadie sabía cuándo o dónde iría el barco. ¿Qué demonios tenía que hacer en Estocolmo?

Hice algunas consultas y supe que había un gran barco frigorífico de habla inglesa que se dirigía a Seattle en tres días. Tenían una oferta: limpiador. Jesús. Me había jurado que nunca me volvería a contratar como un limpiador de nuevo, pero me sentí desesperado por llegar a casa. Gracioso. Hace un mes estaba loco por la aventura, los viajes y el mar. Ahora ansiaba tierra seca y caras familiares. Tal vez haya algo en la naturaleza humana condenado a nunca satisfacerse.

Significó sacrificar la mitad de la paga que aún tenía, pero di el gran salto y firmé. La mayoría de los miembros del equipo eran australianos y parecían chicos muy agradables: personas inteligentes que trataban bien a sus amigos, pero que no toleraban mucho. Y como en el barco sueco, me dijeron que tres o cuatro de ellos eran wobblies.

Es gracioso, me habría gustado mirar hacia el puente a la cara inescrutable del capitán sueco, tal vez se había convertido, de una forma extraña, en una especie de figura paterna para mí. Me sentí un poco avergonzado al escabullirme del barco con mis pertenencias. Invité a Arne, Ole y algunos de los demás para tomar una copa de despedida en un pub cercano y todos nos

dimos unas palmas en la espalda e hicimos un saludo de la IWW al despedirnos.

Cada barco es una nación en sí misma. Esta nave era tan diferente de la anterior como un wombat de un canguro. Era un gran barco frigorífico que transportaba carne y cordero a los Estados Unidos. Lo único bueno de esto era que el foco de la cuadrilla de la sala de máquinas estaba justo en la proa, en el puerto de la tripulación de cubierta, por lo que no había ningún problema con el calor insoportable. Lo malo fue que esta parte de la nave se movía y se hundía más que ninguna otra, por lo que el asunto de cama era como tratar de dormir con un bronco corcoveo.

Pero fue bueno mezclarme más con el equipo de cubierta que estaba al lado, y empecé a aprender un poco sobre la navegación. Por supuesto, la paga era mala, solo un dólar o dos más al mes de lo que había ganado en el barco sueco.

El trabajo fue tan espantoso como siempre. Hubo algunas variaciones, como tener que quitar la pintura vieja de los mamparos de la sala de máquinas, pero principalmente era lo mismo. No estuvimos en el mar durante medio día antes de que me diera cuenta de que había saltado de la sartén al fuego. Si pensé que el primer ingeniero sueco era malo, el nuevo, un hombre holandés-inglés de Sudáfrica que medía unos seis pies, era un terror sagrado. Justo después de que mi compañero limpiador y yo hubiéramos limpiado las placas del piso cerca de las calderas, él vino, resbaló o fingió deslizarse sobre algo, dejó escapar un grito que se pudo escuchar en Ciudad del Cabo y me empujó ferozmente contra el lado abrasador de la caldera. Luego amenazó con ponerme a pan y agua si encontraba más manchas de aceite en las placas. Me quedé mirándolo, sosteniendo mi brazo quemado. Se dio la vuelta y se sacudió, frunciendo el ceño.

La comida era atroz. El maestro de frijoles era una vieja garra cuecesopas que no distinguía un panqueque de una gaviota turd. El estofado mulligan que había tragado en las peores junglas de vagabundos era mejor que la irreconocible bocanada que él llamaba café. Las galletas que servía y que rompían el vientre me hicieron desear las buenas galletas suecas de hierro corrugado.

El equipo de cubierta lo tenía tan mal como nosotros, y continuamente se quejaban de los compañeros de la vieja escuela que siempre los hacían hacer trabajos repetitivos de trabajo que no tenían que hacer.

No pasó mucho tiempo antes de que nosotros y el equipo de cubierta nos reuniéramos en el centro de la noche para discutir la situación. Decidimos emitir un ultimátum al capitán: mejor comida, nada de trabajo y el fin de la violencia contra los miembros de la tripulación, o íbamos a tomar "medidas laborales".

Los hombres delegados para llevar nuestras demandas al capitán informaron que rompió el ultimátum sin leerlo. Las quejas se pusieron peor que nunca. En algún lugar cerca del ecuador, uno de los bucko mate golpeó duramente a un marinero por dejar caer un raspador de pintura por la borda, casi sacándole uno de sus ojos. Celebramos una reunión de emergencia. Una de las manos mayores pidió algunos voluntarios que eran grandes y roncos para una tarea especial. Tres o cuatro de los hombres me miraron. Cuatro de nosotros ofrecimos nuestros servicios.

[Bucko mate, término aplicado a los oficiales mercantes de finales del XIX y comienzos del XX que dirigían a la tripulación por medio de golpes y brutalidad]

Esa noche nos pusimos a esperar detrás de un bote salvavidas cerca de la cabina del ofensor. Uno de nosotros desenroscó la bombilla del mamparo cercano y estaba completamente oscuro. El sádico finalmente apareció y lo asaltamos por detrás y le bajamos los humos. Le insulté antes de que él pudiera soltar un grito y los demás también le dieron lo suyo. Luego desaparecimos antes de que pudiera vislumbrarnos. Al día siguiente, lucía un ojo morado, pero actuó tan malvado y engreído como siempre.

Nada de lo que hicimos en ese barco pareció funcionar para ganarnos mejor comida o condiciones. En todo caso, nos trataron peor a medida que pasaban los días. Algunos de nosotros finalmente decidimos recurrir a medidas desesperadas. Una noche, cuando el oficial de servicio de la sala de máquinas estaba ausente, nos pusimos a trabajar de acuerdo con un plan cuidadosamente ensayado, conectamos una de las líneas de vapor de amoníaco a las líneas de refrigeración. Trabajamos rápido y terminamos el trabajo antes de que reapareciera el ingeniero. Cocinamos aquella buena carne que transportábamos.

No fue hasta el día siguiente que nuestra obra fue detectada. El capitán estaba en condiciones de ser atado. Cuando no pudo probar quién lo hizo, su actitud finalmente se suavizó. Mejoramos las condiciones en ese maldito barco a toda prisa. Perdieron miles de dólares en carne.

El barco avanzó a través de los cálidos mares hacia Seattle. No podía creer que realmente estuviera volviendo a casa. Me sentía como si hubiera vivido varias vidas en las cinco semanas que había estado en el mar. Pero un suave día de abril vimos la punta de la península olímpica y di un gigantesco suspiro de alivio. Me había desilusionado con el mar a toda prisa, y sin embargo, de una manera extraña me encantaba, de la forma en que uno podría amar a un hermano abrasivo.

En los muelles de Seattle, la policía invadió el barco. Pero no pudieron encontrar una pista de quién había cocinado la carne. Cuando finalmente se dieron por vencidos, obtuve mis pertenencias y me apresuré a llegar a tierra. Mi primera aventura en el mar llegó a su fin.

XX. 'MUCHOS DIABLOS'

La gran ciudad de Seattle se alzaba sobre sus colinas. Corrí con mi equipo por las bulliciosas calles que tenían tantos recuerdos para mí. Era finales de abril y una frescura bañada por el sol llenaba el aire. Sentí una energía creciente que corría por mis venas. Sentí que estaba a punto de estallar con la belleza de la Tierra. De repente me di cuenta de que estaba vorazmente hambriento. Pensé en el restaurante que había ayudado a organizar: comida real; ¡y mujeres! Y aún mejor, mujeres "tambaleantes".

Un par de cuadras más y estaba parado frente al lugar. Era media tarde y solo un par de clientes se sentaban con los ojos vacíos sobre el café. Podía ver dos caras conocidas en la parte trasera, cerca de la entrada a la cocina. Eran Ann y Molly, dos de las camareras más entrometidas durante la huelga, mujeres de veintitantes o en la mitad de los veinte, ambas tenían niños que se cuidaban solos. No eran bellezas delirantes sino malditas chicas rebeldes, dulces, inteligentes y bien formadas.

Fui hasta la parte trasera del mostrador, siempre intentaba sentarme cerca de la cafetera para facilitar la ayuda, y pedí la cena y una taza de java. Ambas me dieron una cálida bienvenida. Algo dentro de mí explotó de alegría cuando vi el pequeño botón rojo ondulado prendido al uniforme de Molly, que aún era azul.

Querían saber todo sobre mi primer viaje por mar. Mientras mi filete de hamburguesa y mis papas chisporroteaban en la parrilla, las regalaba con los puntos altos (y los puntos bajos) de mi viaje.

Llegaron algunos clientes más y Ann fue a atenderlos. Observé a Molly mientras estaba de pie ante la gran estufa negra. Su pelo era una masa de oro sobre la negra parrilla. Sus ojos, su cara y su forma arqueada parecían tener algo quejumbroso sobre ellos. Parecía que necesitaba afecto y un buen amor, como yo.

Comenzamos a intercambiar miradas afectuosas mientras bajaba mi comida. ¿Sería ella la única? Su mano tocó la mía mientras me traía más

café. Me senté con la lengua atada, mirándola como un loco de doce años. ¡Así es la vida! Pensé. ¡Para lo que todo el trabajo duro, las batallas y el tiempo brutal en la cárcel servían: actuar! ¿Estaba el gran "Kid Murphy" que había derribado al primer ingeniero y se había salido con la suya con miedo de pedirle una cita a una chica wobbly? Tragué más café. Molly esperó, sus dedos golpeando el borde del mostrador. Y finalmente espeté: "¿Te gustaría dar un paseo por los muelles después del trabajo?"

Sentí que mi cara se enrojecía. Los dos nos reímos. "Quiero decir..."

"Claro", ella me rescató, y no podía creer lo que estaba escuchando. "Claro", dijo, "no he paseado los muelles en mucho tiempo, Joe". Y nos reímos un poco más.

Ella salía en media hora. Dijo que su madre estaba cuidando a su hijo de cuatro años y que podría dejarlo allí por un tiempo. Caminamos y caminamos, a lo largo de la costa hacia el lago Washington. Entonces empezamos a tomar tranvías por toda la ciudad. En una parada, le compré una caja de caramelos y comenzamos a meter chocolates en la boca del otro. Cuando la oscuridad bajó, finalmente tuve el coraje de tomar su mano y después de un rato ella apoyó la cabeza en mi hombro.

En un momento, ella señaló un pequeño dúplex y "Ese es nuestro pequeño nido de ratas", dijo.

"Oh, no es tan malo", le dije. "De hecho, creo que es algo lindo, como tú". Dios, ¿alguien fue alguna vez tan cursi?

Nos bajamos en la siguiente parada. Sabía que iba a ser uno de esos grandes días en mi vida. Y el cielo estaba puro; los desiertos de un marinero sin litoral. Tal vez por fin había llegado a casa.

A la mañana siguiente me desperté al amanecer. Ella estaba a mi lado, toda su belleza resplandeciente, vibrante y radiante incluso en el sueño. Me quedé mirándola maravillado por un rato. ¿Realmente me había convertido en parte del alma de otro hermoso ser humano?

Al momento me levanté y me preparé un poco de café. Entré en la pequeña sala de estar llena de juguetes de niños para tomarlo. Otro hermoso día de primavera estaba amaneciendo. Tan pronto como me senté en la silla mullida y chirriante, mis ojos se posaron en una copia del *Industrial Worker* en un soporte desvencijado a mi lado. COMIENZA LA HUELGA GENERAL, se leía en grandes titulares.

Dios mío: ¡vuelvo justo cuando todo el infierno se está desatando! Recordé que se había hablado de una huelga general antes de que yo saliera, pero aún así la realidad me golpeó como un gran chorro de agua en la cara. El mundo parecía estar cambiando tan rápido, tan fluido y caótico: podrías irte una semana y volver y encontrar una bola de cera completamente nueva.

Devoré el largo artículo con avidez. La gran huelga del Primero de Mayo, que comenzó en algunas zonas cinco días antes, fue para exigir la liberación de los prisioneros de la guerra de clases del IWW, el día de ocho horas, y la ropa de cama decente en los campamentos de tala de migrantes. Al igual que en la exitosa huelga de 1917, los madereros ya habían comenzado a quemar sus hatillos en algunos lugares en protesta, y la mayor fogata de la historia estaba planeada para el Día Internacional del Trabajo, el 1 de mayo.

Lo leí en el periódico IWW. La mayor explosión de nuevas actividades se produjo en el área de Los Ángeles, donde la continua represión de la IWW resultó en una batalla continua entre la IWW y el establishment. La huelga costera que había comenzado en apoyo de nuestra huelga en Portland se estaba convirtiendo en la lucha por la libertad de expresión más grande y más larga en la historia del IWW. Se había lanzado un boicot internacional a todos los bienes de la "bárbara California" debido a las largas condenas de prisión impuestas simplemente por ser miembro de la IWW. ¡Y ahora por fin la huelga general!

Para cuando terminé de leer el periódico, mi cabeza daba vueltas. Tanto sucedía, tanto que me hiciera falta, y justo cuando encontraba a una mujer que realmente me gustaba. Pero por breve que fuera, mi tiempo con Molly, fue un punto a favor, pensé, tanto para ella como para mí. Y eso no significaba que nunca la volvería a ver. Era justo lo que necesitaba para superar mis arduas experiencias en el mar: el toque final para recargar completamente mis baterías. Me sentí como un hombre completo. Estaba listo para luchar de nuevo con la clase empresarial. ¡Malditos asesinos codiciosos!

¿Por qué no podían ver que todos estaríamos mejor si simplemente bajaran de sus altos caballos y todos nos uniéramos para dirigir las industrias democráticamente por el bien de todos?

Más tarde, me senté junto a Molly en el tranvía de camino al trabajo, sosteniendo su mano.

"Me gustaría verte de nuevo, Joe", dijo cuando llegamos al café. Algo pareció atraparse un poco en su voz. "Fue un maravilloso paseo por los muelles".

"Me gustaría verte también." Entonces le conté que era necesario en la huelga general. "Volveré tan pronto como pueda", dije. Nos despedimos con un beso en la tienda vacía y luego cogí mi mochila y me dirigí al local wobbly.

La sala estaba llena de actividad. Cientos de miembros trabajaban allí febrilmente. Los planes para la gran huelga estaban avanzando a todo trapo. Se estaban formando comités para visitar los diversos campamentos en el bosque, para cerrar las tiendas de bebidas alcohólicas, para recaudar fondos, para asaltar los muelles, para cualquier actividad concebible que pudiera hacer que una manifestación masiva de cincuenta o cien mil trabajadores fuera un éxito. Intercambié sonrisas de saludo y palmaditas en la espalda con compañeros de apoyo y compañeros rebeldes y traté de ver cómo podía ayudar.

Pronto me uní a un grupo de alrededor de una docena de wobs que debían ir al área de Grays Harbor al oeste de Olimpia a parar todos los campamentos y serrerías de madera que pudiéramos. Éramos solo uno de los muchos grupos que se expandirían por el río Columbia hacia la frontera con Canadá. Teníamos nuestro trabajo adjudicado.

Nos cargamos con literatura y suministros, levantamos nuestros hatillos y nos dirigimos a los patios. Había un aire de expectativa mientras partíamos junto con nuestros atuendos wobbly. En el patio del ferrocarril, los trabajadores nos saludaron con entusiasmo y nos instaron a continuar, brindándonos la información más reciente sobre los fletes. Nos quedamos en los concurridos jardines y esperamos junto al laberinto de pistas. Un tren zumbaba hacia el norte. Entonces un traqueteante comenzó a despegar hacia el sur y saltamos. ¡De lo profundo del mar a lo profundo de los bosques!

Nos metimos en un vagón bastante limpio y nos mecimos hacia el sur a través de una ligera llovizna. Continuamos más allá de Tacoma y luego Olympia y luego hacia el oeste. Nos sentamos intercambiando historias de nuestras experiencias. La mayoría de los compañeros de trabajo eran jóvenes y parecían asombrarse con mis historias. Un wob mayor dijo de repente: "Si tenemos algún contratiempo y no podemos todos hacer ruido, deberíamos elegir a Joe para que hable".

Votaron y fui elegido como portavoz. Me sentí emocionado y humilde. Mi primera prueba de fuego como un verdadero organizador y me preguntaban si podría llevarlo a cabo. Pasamos por Montesano y el recuerdo de la prueba allí fue repentinamente como una galería de imágenes más grandes que la vida

en las paredes de mi mente. Me comprometí a superarme en la lucha por delante.

Cerca del mediodía el tren se detuvo en Grays Harbor. Para nuestro deleite vimos un grupo de piquetes wobbly a lo largo de la costa. Parecía que la mayoría de los estibadores estaban fuera, y solo uno de los señores de la madera parecía estar cargando en el puerto. Pateamos la arena y nos colocamos sobre el lugar donde nuestros compañeros de trabajo estaban formando piquetes.

Eran un grupo animado y nos dieron una cálida bienvenida mientras nos acercábamos. "¡Tenemos a los señores madereros en la carrera!" exultó un viejo y canoso wobbly cuando nos acercamos a ellos en el viejo muelle. E hizo un pequeño baile y lo terminó girando de repente su espalda hacia la única goleta que estaba trabajando. ¡Qué personaje! Pensé. Pero entonces la IWW estaba llena de personajes de alto espíritu como ese.

Tuvimos una conferencia con nuestros compañeros wobs. Algunos de los campamentos ya habían parado, nos dijeron, pero muchos más pequeños reductos seguían trabajando en el bosque. La mayoría de los marineros habían salido de los pocos barcos, pero otros parecían indecisos y estaban bebiendo en los "establecimientos de refrescos" locales. Nos dieron instrucciones para los bares ilegales y los campos de trabajo. Les deseamos suerte y comenzamos nuestras rondas.

En los bares ilegales pegamos los volantes que nos habían dado en la sede wobbly en Seattle. Decían:

AVISO A TODOS LOS BARES Y CASAS DE JUEGO:

Por la presente se le notifica que se cierre durante la huelga o se tomarán medidas drásticas contra usted.

Trabajadores Industriales del Mundo.

También hablamos brevemente a los hombres que había dentro. Algunos se levantaron tímidamente y se fueron. En un bar, un gorila grande quitó el prospecto tan pronto como lo puse. Lo ataqué y lo volví a poner.

Luego comenzamos a internarnos en los bosques profundos, dividiéndonos en grupos de seis. Hicimos un paseo de cerca de cuatro millas en un tren corto de tala hasta el primer campamento. Cuando llegamos a la pista forestal donde los hombres estaban trabajando, me levanté de un salto en un carro de burros y soplé el silbato. El rígido que manejaba el carro me miró como si hubiera visto un fantasma. En el borde del bosque, catorce o quince hombres dejaron de trabajar y nos miraron boquiabiertos. Agité mis brazos hacia ellos y bajaron sus sierras y hachas y comenzaron a acercarse.

Un poco más arriba, un tipo de aspecto rudo que debe haber sido el capataz soltó una serie de maldiciones y luego corrió hacia nosotros como una rata con diez gatos de sabotaje detrás. Dos de nuestros muchachos más grandes le bloquearon el camino y lo detuvieron en una conversación.

Los otros me siguieron con los otros tres wobs a la cercana barraca. Era una choza típica construida endeblemente, sin baños ni otras comodidades. Todos se sentaron en las literas mientras yo repartía literatura y luego empezaron a hablar. Comencé discutiendo los logros que la IWW ya había conseguido. Después expliqué la huelga y sus propósitos, y finalmente hice un llamamiento personal a la razón y la conciencia.

"¿Qué estáis haciendo con vuestras vidas?" Les pregunte. "¿Vais a algún lugar? ¿Sabes a dónde vais? ¿Creéis que la vida se hizo solo para trabajar como un buey, emborracharte y dormir hasta que vuelves a trabajar? ¿No tenéis cerebro ni agallas suficientes? ¿Porque no tratar de mejorar las cosas? ¿A quién de ustedes no le gustaría tener esposa y familia algún día? Sé que os gustaría. ¿Y no os gustaría que vuestros hijos crecieran y vivieran mejores vidas de las que ustedes viven en esta hedionda pocilga? cuando esté listo para cobrar su salario, no le gustaría poder decirse a sí mismo: 'Fui uno de los que tuvo el descaro de defenderme', fui uno de los que mejoró el mundo?"

Cuando terminé, los hombres empezaron a murmurar entre ellos. Finalmente uno dijo: "Está bien, me afiliaré". Luego cuatro o cinco más se unieron e hicimos sus carnets.

Luego, un rígido dijo: "Bueno, no estoy de acuerdo con todos los principios de su organización, pero tiene mi simpatía".

"Simpatía", resoplé. "Creo que eso está en algún lugar entre 'mierda' y 'sífilis' en el diccionario". Todos rieron.

[Mierda: shit]

"La 'simpatía' no te proporciona jornada más corta y mejor paga que la que ya disfrutas. Y no te dará un baño o colchones y mantas decentes".

El hombre asintió. "Estoy de acuerdo con todas esas cosas", dijo. "Pero lo que no veo es cómo los trabajadores pueden dirigir las industrias. No se puede hacer"

Pensé un segundo. "Escucha," dije. "¿Alguna vez has oído hablar de Steinmetz, el mago de General Electric?"

Él asintió de nuevo.

"Bueno, él fue un wobbly", le dije. "Y si un genio como él piensa que los trabajadores pueden manejar las cosas, yo también digo que sí. Dime algo".

Dije. "¿Quieres decirme que sin ese capataz perezoso por ahí los tiesos por sí mismos no podrían ejecutar esa operación de tala? No lo creo".

"Bueno, demonios", dijo el escéptico maderero. "Qué tengo que perder, dame un carnet".

Y luego los hombres restantes se afiliaron también. Antes de que Muckamuck y un par de sus amigos hubieran llegado para desalojarnos, todo el campamento había accedido a salir y ayudar a asaltar los muelles de la ciudad y quemar sus mantas infestadas de bichos el Primero de Mayo.

Fuimos de un campamento a otro con diferentes grados de éxito. Unos días después, incluso algunos de los periódicos admitieron que más del setenta y cinco por ciento de los trabajadores forestales y de los muelles en el área de Grays Harbor se habían unido a la huelga. Nuestros enemigos contraatacaron con su histeria habitual cuando sus poderes y ganancias eran amenazados. Un miembro de un piquete en una propiedad pública cerca de Aberdeen fue asesinado por un guardia de una fábrica y su asesino fue luego exonerado.

El último día de abril obtuvimos toda una serie de campamentos a lo largo de un solo camino a través del bosque. En cada campamento esperábamos hasta que todos los rígidos estuvieran preparados y listos para partir, y luego marchábamos de un campamento a otro, creciendo nuestro número a medida que avanzábamos. Cuando llegamos al primer pueblito, debíamos de ser trescientos o cuatrocientos. Repartimos cancioneros y, mientras marchábamos hacia la ciudad, todos cantábamos a pleno pulmón:

*Cincuenta mil leñadores, cincuenta mil paquetes,
cincuenta mil rollos sucios de mantas en la espalda,
cincuenta mil mentes preparadas
para atacar y golpear para ganar;
Durante cincuenta años hemos empacado una cama,
pero nunca más lo haremos.
"Demasiados demonios", dicen los periódicos,
"Han salido a la huelga por jornada más corta
y un aumento en la paga;
Salieron de los campamentos, los vagabundos perezosos,
todos salieron como uno solo;
Dicen que ganarán la huelga o pondrán a los jefes en el culo;
Cincuenta mil literas de madera llenas de cosas que se arrastran;
Cincuenta mil hombres inquietos
las han dejado de una vez por todas.*

Y luego a medida que se acercaba la oscuridad, amontonamos todos los sucios macutos, los cubrimos con gasolina y los incendiamos. La mayoría de los habitantes de la ciudad parecían disfrutar tanto como en una celebración del cuatro de julio. Debe haber sido una de las mayores hogueras de la historia. Fue un asunto apestoso. Pero también fue hermoso. Fue nuestra propia Declaración de Independencia: independencia de la suciedad y las alimañas, noches de insomnio y largas horas de trabajo agotador.

El día siguiente cogimos una serie de traqueteantes lentos hasta Seattle, *avivando las llamas del descontento* a lo largo del camino. Fue una progresión conmovedora. En casi todos los barrios o campamentos a los que llegamos, salían los piquetes y los esclavos quemaban sus hatillos. Distribuimos literatura e intercambiamos saludos revolucionarios. Entre ciudades, cantamos todas las canciones wobbly que sabíamos a pleno pulmón, haciendo que las paredes de los vagones temblaran aún más de lo que normalmente lo hacían. En Tacoma, nuestros compañeros de trabajo nos habían superado. Las dos docenas o más de tugurios estaban cerrados, con crespón negro sobre sus puertas.

Llegamos a Renton Junction, al sur de Seattle, justo cuando comenzaba un enorme mitin del IWW. Debió haber diez mil personas a pesar del viento frío y la lluvia. Nos detuvimos el tiempo suficiente para escuchar a Elmer Smith pronunciar un conmovedor discurso atacando al capitalismo y exigiendo la

liberación de los prisioneros de la guerra de clases del IWW. Quería quedarme y saludar a Smith, pero teníamos más trabajo que hacer.

La IWW había ofrecido sus servicios al alcalde de Seattle para cerrar los baretos, y la opinión pública finalmente había convencido a los "ediles" y a las fuerzas del "orden" para que aceptaran nuestra oferta. A continuación, nos unimos a docenas de escuadrones de compañeros de trabajo en el cierre de casi todos los tugurios de Seattle.

Nos enviaron al norte. Al salir de un tren en Everett al día siguiente, vimos que los estibadores wobbly habían paralizado la costa. Pero nos enteramos de que algunos tugurios aún estaban abiertos y nos fuimos a cumplir con nuestro deber.

Me habían hablado del famoso bar en Everett con un pene de ballena gigante en exhibición, pero tenía que verlo para creerlo. El enorme falo parecía extenderse sobre una pared entera. El resto de mi grupo había tomado otros dos bares y solo yo y un gran maderero llamado Sven entramos al lugar. Mientras Sven se dirigía al propietario, yo comencé a colocar uno de nuestros ultimatum en la pared.

De pronto vi a dos grandes gorilas que venían por mí. Busqué un arma, una silla o una botella de alcohol a mi alrededor. Entonces mi ojo se iluminó con el grotesco pene de ballena. Los dos matones se acercaron a mí. Agarrando el falo de la pared por un extremo, lo lancé hacia ellos por todo lo que valía. Los golpeé a los dos justo, en sus manzanas de Adán, debajo de la barbilla, y cayeron en un montón. Luego volví a girar el enorme falo y rompí la gran ventana frontal en mil pedazos voladores. Terminé derribando a un policía que acababa de llegar a la escena, y luego patinó hasta un carro de leche. Sven y yo nos alejamos por la calle.

Y así fue. Nos dirigimos hacia el Norte sacando campamento tras campamento, quemando hatillos, avivando las llamas. Y nos enteramos de que miles de estibadores y marineros wobbly paraban por todo el país —en el puerto de Nueva York, Boston, Baltimore, Mobile, Nueva Orleans y, por supuesto, en San Pedro. Y fuimos a través del país, a través de Stanwood y Conway y Mount Vernon y Sedro Woolley y Bellingham, parando campamento tras campamento.

El 5 de mayo nos encontrábamos en la sala wobbly en Bellingham. Hablamos con el Secretario de la sucursal y algunos otros a la hora del café. Según las últimas estimaciones, al menos el 65% de los trabajadores de la madera

habían parado en Oregón y Washington. No tantos como deseábamos, sino solo los suficientes para enviar una señal clara al establishment. Muchos campamentos ya habían comenzado a instalar verdaderos colchones y mantas en las barracas, y algunos de los hombres habían vuelto a trabajar.

En San Pedro, la huelga fue casi cien por cien efectiva, con más de sesenta barcos amarrados en el puerto y sin un marinero ni un estibador trabajando. Pero a pesar de todo, los plutes seguían arrestando wobblies. Ahora, veintisiete de nuestros miembros en LA enfrentaban de uno a catorce años en prisión bajo la ley de *sindicalismo criminal*.

Mientras estábamos charlando, llegó la noticia de que la huelga estaba a punto de ser transferida al trabajo. Todos nos reunimos para leer un boletín que acababa de publicarse:

CONTINÚA LA LUCHA DE NUEVO EN EL TRABAJO

Compañeros trabajadores:

La IWW no cree en las huelgas prolongadas. Estas agotan a los trabajadores y, finalmente, terminan cuando los trabajadores pierden todo lo que han ganado. La lucha para la liberación de todos los prisioneros de la guerra de clases ha sido transferida al trabajo por el voto de la afiliación. Este cambio de táctica llevará la lucha al territorio de los jefes y el jefe se verá obligado a pagar los gastos de la huelga. El lunes 7 de mayo es la fecha establecida para que la huelga se transfiera al trabajo.

Comité de Huelga IWW

Todos nos encogimos de hombros y acordamos que era probablemente lo mejor.

XXI. Y TODAVÍA CANTAN LOS WOBBLIES

El 7 de mayo subí a un aserradero de Sedro Woolley. Varios otros wobs estaban en el trabajo. Por supuesto, todos habían participado en la gran huelga o habían oído hablar de ella. Y los trabajadores en muchos campos habían ganado mejoras debido a la huelga. Pero este campamento era propiedad de un terco palo de aserrín cuyo cerebro osificado todavía estaba en la Edad Media. Todavía tenía las viejas literas de carga de bozal por las que tenías que arrastrarte desde un extremo, y tenías que utilizar tu propia ropa de cama.

Llamamos a una reunión de los trabajadores la noche siguiente en el bosque. Las expectativas eran más altas después de la huelga y casi todos aparecieron. Y todos los chicos acordaron intentar una desaceleración. Colocamos adhesivos o "agitadores silenciosos" que decían: TRABAJA LENTO Y VERAS SUBIR RÁPIDO TU PAGA.

Al día siguiente comenzó la diversión. Fuimos incluso más lentos en el desayuno. A algunos de los muchachos les llevó un minuto entero llevar un poco de barra de avena a la boca. Era como ver una película en cámara lenta. El cocinero estaba furioso. Cuando reprendió a uno de los chicos, incluso su respuesta fue en cámara lenta: "¿Qué... dijiste... tú...? ¿Decías...?" Caminamos despacio, hablamos despacio, trabajamos más despacio.

El jefe estaba en condiciones de ser atado. Rechazó rotundamente nuestras demandas de mantas, una barraca mejor y un aumento de cinco centavos por hora. En su lugar, despidió a un grupo de unos veinte hombres y se dirigió al mercado de esclavos de la ciudad en busca de reemplazos. Pero teníamos un montón de wobs listos para aceptar el trabajo, y cuando llegaron al campamento trabajaron incluso más despacio que los hombres a los que reemplazaron. El jefe finalmente levantó las manos y concedió nuestras demandas.

Pero me estaba poniendo inquieto de nuevo. Y seguimos leyendo en los documentos wobbly sobre la situación en el puerto de Los Ángeles, y las llamadas para que los wobs que pudieran fueran allí y ayudasen. Y tenía curiosidad por ver la "bárbara California", el Estado de mi nacimiento. Entonces, un día, otro wob llamado Boxcar Shorty y yo decidimos sacudir el aserrín de nuestro mono y ponernos en camino hacia el sur.

Montamos en trenes de carga a través de Seattle, Olympia, Centralia (muchos recuerdos allí) y Portland. En Portland tratamos de ser contratados en un barco que se dirigía a Los Ángeles, con la esperanza de organizar a la tripulación para que parara cuando llegáramos al puerto de Los Ángeles. Pero no tuvimos suerte. Así que montamos mercancías desde el sur, hacia el norte de California, Sacramento, Stockton y, finalmente, Fresno en el centro del cinturón de granjas.

En Fresno nos quedamos sin pasta y decidimos trabajar en los cultivos por unos días, luego nos dirigimos hacia el sur. También había un pequeño grupo bastante bueno de wobs aquí, y pronto nos contrataron como empleados en un rancho.

Había recuerdos de luchas "temblorosas" aquí también. La lucha de libre expresión de 1910-11 había sido uno de las más grandes y de mayor éxito de todas. Había estallado por el problema habitual: el derecho a hablar en la calle para advertir a los trabajadores sobre los tiburones del empleo. Cuando los oradores wobbly fueron arrestados, cientos de wobs llegaron de todo el Oeste para ocupar su lugar en las cajas de jabón. Y fueron arrestados también. Pronto la cárcel se llenó a estallar. Y en la cárcel organizaron sus "acorazados": golpeaban las paredes y cantaban a todo pulmón hasta que enloquecían a los carceleros. La policía los roció con mangueras de agua a alta presión, y aún así los wobblies cantaron. En un momento dado, Frank Little, el tímido "tambaleante" medio indio, fue amenazado con el linchamiento. "Si pones un lazo delante de mí, simplemente me reiría de él", dijo. Y desde Chicago, Vincent St. John envió un mensaje al alcalde: "Ganaremos el derecho a la libertad de expresión en Fresno aunque nos lleve todo el verano". Las autoridades finalmente cedieron.

Justo cuando Shorty y yo habíamos reunido unos pequeños fondos para llevarnos a Los Ángeles, recibimos la noticia de que la lucha había sido transferida de vuelta al trabajo. Al día siguiente, uno de los participantes en la huelga llegó a nuestro campamento al este de Fresno. Esa noche, alrededor de

cuarenta de nosotros nos reunimos alrededor de una fogata para escuchar lo que tenía que decir.

Era un chico delgado y robusto de unos treinta años que había estado en algunas de las peleas más importantes del IWW. Como la mayoría de los wobs en aquellos días, tenía esa peculiar combinación de dureza y amabilidad.

"Fue la cosa más grande y hermosa en la que he estado", comenzó, sentado en una caja de frutas cerca del fuego. "La huelga cerró todo a lo largo de todo el litoral de Los Ángeles. Ya debemos tener al menos unos pocos wobblies en cada barco en el Pacífico, y en cada barco que llegó al puerto casi toda la tripulación se unió a nuestra huelga. En pocos días hubo más de noventa barcos anclados allí sin un flete de carga funcionando, una vista hermosa.

"Nuestros piquetes se extendían a lo largo de la línea de costa. Usted sabe, que es donde Joe Hill fue nuestro secretario alrededor de 1912 y es ahí donde escribió 'Casey Jones, esquirol de la Unión' durante la huelga ferroviaria que hubo aquel entonces. Él debió realizar un buen trabajo de organización, porque el espíritu "tambaleante" todavía está allí.

"Los propietarios y la policía estaban enloquecidos. Tienen un equipo especial de más de cincuenta toros en la fuerza de Los Ángeles. Los propietarios y los periódicos difundieron un rumor de que íbamos a iniciar incendios en las pilas de madera en los muelles, y todos se pusieron nerviosos y emocionados. Envieron a un montón de policías al litoral y asignaron una policía especial para vigilar a cada uno de nuestros piquetes. Allanaron nuestro salón y no nos dejaron hablar en público. Y arrestaron a veintisiete de nuestros miembros más activos por cargos de sindicalismo criminal. No por ningún delito, solo por ser miembros de la IWW. Ustedes saben lo que eso significa: de uno a catorce años en una prisión estatal.

"Entonces una mujer ofreció su propiedad en Beacon Hill en San Pedro, para que efectuásemos nuestros mítines. La llamamos Liberty Hill. ¡Y qué mítines! Cientos de personas venían a escuchar a nuestros oradores todas las noches, algunos de los mejores oradores que siempre hablaron desde cajas de jabón; los veteranos de Missoula y Spokane y Fresno y San Diego. Muy pronto pareció que todo el pueblo de San Pedro estaba a punto de unirse a la IWW.

"Pero los toros pronto comenzaron a hacer sus cosas habituales: arrestar a un orador tras otro por el llamado 'lenguaje inflamatorio'. Una noche, un corpulento capitán de la policía saltó sobre la plataforma de los oradores y anunció que cualquier persona que incitara al desorden sería arrestada de

inmediato. Fue recibido por abucheos y silbidos, al parecer, principalmente, por espectadores ocasionales en lugar de wobblies.

"Bueno, los discursos comenzaron. El primer orador dijo 'Amigos y compañeros de trabajo, esta lucha...'

"¡Arresten a ese hombre! ¡Ladró el capitán de la policía! ¡La palabra "lucha" es una incitación al desorden!" Y dos policías subieron al estrado y detuvieron a nuestro primer orador.

"Arrestaron tres oradores más casi antes de que pudieran aclarar sus gargantas. Cuando nuestro siguiente miembro se levantó, comenzó a recitar con voz de niña:

*Maria tenía un corderito;
Su vellón era blanco como la nieve...*

"Pero antes de que pudiera ir más lejos, lo esposaron y lo llevaron a través de la multitud".

El grupo a mi alrededor y Shorty nos echamos a reír. "Tal vez fue arrestado por un crimen contra natura", observó un wob cerca de nosotros con sarcasmo. Cuando las risas murieron, el wobbly de Los Ángeles continuó:

"Un Wobbly después de otro fue arrestado, hasta que decenas de nuestra gente habían sido llevados a la cárcel. En un momento dado, cuando la mayoría de los policías no estaban reuniendo a los prisioneros, un trabajador del muelle saltó a la plataforma y sugirió a la multitud que todos en la manifestación fueran hasta la cárcel y formasen una cadena continua de manifestantes a su alrededor, continuando la manifestación allí. La sugerencia se aceptó de inmediato, y las dos o tres mil personas en la manifestación comenzaron a ascender colina arriba, detrás de los policías y sus prisioneros. Otro wob y yo comenzamos a correr junto a los manifestantes dando hojas de canciones.

"Parecía que todos en San Pedro acudían a la cárcel para participar en esa manifestación. Y podías ver a los toros mirando a través de los barrotes con miedo en sus ojos cuando comenzamos a cantar con un enorme rugido de voces que debían haber sido escuchadas tan lejos como San Diego. Y desde dentro de la cárcel, pudimos escuchar a nuestros hermanos cantar en respuesta, y juro que podía ver las paredes de esa mazmorra sacudidas por el sonido del crescendo. El desfile siguió y siguió, marchando y cantando

Cantamos y cantamos durante al menos cuatro o cinco horas. Puede que hayamos cantado todas las canciones del *Little Red Songbook* cinco veces.

"Después de eso, en nuestros mítines, nuestros muchachos comenzaron a intentar escapar de los toros, saltando por los tejados y continuando sus discursos, mientras los policías subían tras ellos. Era como una escena de una comedia de Mack Sennett. Uno de nuestros muchachos condujo a la policía en una persecución a través de los tejados y uno de los toros llegó a caer en una gran caja de estiércol afuera del establo de caballos de alguien. Lo vi con mis propios ojos.

"Teníamos el puerto bien amarrado. Y ahora cientos de obreros petroleros del IWW de Long Beach y un gran grupo de wobs mexicanos del este de Los Ángeles también comenzaron a ayudarnos. Incluso teníamos un avión del IWW distribuyendo folletos por todo el lado sur de LA.

"Upton Sinclair vivía en Pasadena, a unas treinta millas de distancia. Y fue demasiado para él que los plutes ni siquiera nos permitieran hablar. Así que él y una mujer llamada Kate Crane Gartz y algunos otros vinieron a Liberty Hill para hablar. Pero en el momento en que Sinclair comenzó a leer la *Declaración de Derechos de los Estados Unidos*, se lo llevaron también. No solo eso, sino que los toros lo secuestraron en realidad. Lo condujeron por todo LA durante la mitad de la noche y lo mantuvieron incomunicado durante más de veinticuatro horas. Incluso su esposa no sabía lo que le había pasado.

"Bueno, fue contraproducente. Incluso algunos de los trapos más conservadores del país tenían titulares sobre el secuestro de Sinclair y la ausencia de la ley y el orden en Los Ángeles. Sinclair pertenecía a un grupo llamado American Civil Liberties Union, que se fundó después de las redadas de Palmer. Recibieron un gran impulso en su campaña para defender la libertad de expresión en Liberty Hill.

"Pero los pleitos no terminaron con nosotros. Hace unos días arrestaron a unos trescientos de nosotros, solo por ser piquetes, y nos pusieron en una gran y apesada estacada cerca del centro de Los Ángeles. Finalmente nos liberaron por falta de pruebas.

"Mientras tanto, habían estado golpeando al infierno santo a nuestros veintisiete muchachos en la cárcel de Los Ángeles por el cargo de sindicalismo criminal. Un pobre murió allí. Fui al juicio de los demás. El juez dijo que absolvería a todos ellos si renunciaran a ser miembros de la IWW. Por supuesto que ninguno de ellos lo hizo".

Los ojos del orador se empañaron un poco. "Salí del juicio sabiendo que había estado en compañía de santos", dijo para concluir.

Hubo silencio por un largo momento. La luz del fuego parpadeó en la magra y pensativa cara del orador.

Luego, "Demonios, todos somos santos, ¿no es cierto, Shorty?" dijo uno de los otros wobblies.

Shorty se rió. "Me parece que sí", dijo. "Pero no esperes que haga milagros".

Y luego, el grupo alrededor del orador comenzó a separarse y desvanecerse.

Trabajamos en la finca unos días más. Más tarde, algo realmente sorprendente salió en los periódicos. El capitán de la policía Plummer, quien había estado a cargo de los detalles de la huelga en la costa, hizo una declaración arrepintiéndose de su papel en la huelga:

Alguien ha estado haciendo asnos sagrados de nosotros los policías... En el momento de la huelga del puerto fui a ver anciano Hammond (propietario de muchos de los barcos madereros). Me dijo que tomara a un grupo de mis hombres, los armara con palos, subiera a Liberty Hill y rompiera las cabezas de los wobblies. Le respondí que si hacíamos eso, quemarían sus pilas de madera. "Lo harán de todos modos", respondió. Pero no lo hicieron. No han cometido un acto punible... Nosotros, los policías, hemos sido convertidos en herramientas de los grandes intereses comerciales que quieren manejar las cosas. Me avergüenzo de mí mismo por consentir en hacer su trabajo sucio. Los grandes patronos de esta ciudad pueden hacer lo que quieran y salirse con la suya, pero los trabajadores ni siquiera pueden pensar lo que quieren pensar sin ser arrojados a la cárcel.

Maldita sea. Así que la verdad salía a veces después de todo. Incluso unos pocos policías podrían decir la verdad.

Shorty y yo trabajamos en el rancho una semana más. Entonces empecé a sentir que había estado en la "bárbara California" el tiempo suficiente. Empecé a anhelar nuevamente el Noroeste. No fue muy divertido estar en un Estado en el que podría ser arrestado en cualquier momento solo por respirar.

XXII. 'PAGA CORTA, PALA CORTA'

Ahora que me había decidido a sacudirme el polvo de California, no podía regresar al Noroeste lo suficientemente rápido. Se había convertido en un hogar más para mí que en cualquier otro lugar. Y Molly estaba allí. Ella era una chica que pensé que realmente podría gustarme. Esas pocas horas con ella habían sido tan cercanas a la felicidad como cualquier otra cosa que hubiera conocido.

Un caluroso día de verano, enrollé mi hatillo, lo llevé a los riachuelos de Fresno y atrapé un lento arrastre que se sacudió, golpeó y traqueteó hacia el norte, hacia Sacramento.

En Modesto varios wobblies se metieron en mi furgón. El Presidente Harding había muerto un par de días antes, y surgió una discusión sobre cómo esto podría afectar a nuestros cientos de miembros en prisión. La mayoría parecía sentir que el nuevo gran jefe, Coolidge, sería más propenso a liberarlos. Se habló de una nueva huelga general en el noroeste en septiembre para acelerar el proceso.

Luego, la discusión se centró en la liberación en Leavenworth, en junio, de Ralph Chaplin y de varios otros prisioneros del gran juicio de Chicago a quienes se les había commutado la pena después de firmar la promesa de no participar en ninguna actividad "ilegal". El acuerdo había causado un gran alboroto en la prisión, un alboroto que todavía estaba en marcha. James Rowan, líder de los trabajadores de la madera, junto con la mayoría, había decidido permanecer en prisión hasta que se concediera un perdón completo, y se manifestó amargamente sobre Chaplin y los demás que habían "roto filas", considerando su deserción como una violación de la pureza del espíritu "tambaleante". Y durante los siguientes meses, escuché que se discutía una y otra vez sobre quién tenía razón en la controversia de la commutación de Leavenworth.

A medida que el tren se dirigía hacia el norte, pude hablar con un tipo alto del Medio Oeste con pelo de zanahoria, que se llamaba Hoosier Red. Nos metimos en una larga charla sobre nuestras diversas experiencias. Me dijo que esperaba heredar pronto un gran fajo de pasta de un pariente que había muerto en el Este. Lo descarté como una gran tontería, pero parecía un buen chico y un wobbly dedicado. Dijo que iba a subir a las sierras al este de Sacramento para trabajar en una pandilla de construcción de carreteras por un tiempo. No estaba demasiado lejos de mi camino hacia el norte y necesitaba el dinero, así que decidí seguirlo.

A última hora de la mañana, estábamos en el lugar de trabajo al este de Sacramento. Se estaba construyendo una carretera bajo el ardiente sol, pero pagaban cincuenta centavos por hora, así que lo tomamos. Había unos cuarenta de nosotros trabajando con picos y palas, y había una buena rociada de wobs en el grupo.

Fue un trabajo duro, pero la comida y las literas estaban bien, así que decidí quedarme unos días. Luego, el tercer día, el capataz se acercó a nosotros después del trabajo y nos dijo que, debido a algún problema presupuestario, la paga se reduciría a cuarenta centavos por hora.

Cuando el capataz se fue, todos nos sentamos alrededor, refunfuñando. La mayoría de los hombres hablaban como si fueran a renunciar y despegar. Unos pocos querían parar. Red y yo nos sentimos de un humor aún más cruel. "Debíamos enseñar una lección a los sordos mentirosos", dijo Red a los demás. Entonces, "¡Lo tengo!" dijo, saltando como si una cascabel lo hubiera mordido. "Si quieren darnos un sueldo corto, utilizaremos palas cortas. ¡Cortaremos nuestros mangos de pala por la mitad y trabajaremos la mitad de rápido y veremos cómo les gusta!"

La sugerencia trajo algunas carcajadas. Me levanté de un salto y aplaudí. "Eres un genio sangriento, Hoosier," dije. "Ojalá hubiera pensado en la idea".

Por supuesto, los wobblies del grupo pensaron que sería muy divertido. Finalmente conseguimos que los demás vieran la gracia en ello. Tan pronto como oscureció, algunos de nosotros nos escabullimos del cobertizo de herramientas, obtuvimos una sierra y cortamos aproximadamente dos pies del mango de cada una de las cuarenta o cincuenta palas. Alguien más consiguió una tabla grande e hizo un signo burdo que decían: PAGA CORTA, PALA CORTA

Al día siguiente estábamos en el trabajo cinco o diez minutos antes de que apareciera el capataz. Nunca antes o desde entonces vi una expresión de sorpresa y consternación en el rostro de un hombre, a menos que fuera la del agricultor cuyos árboles jóvenes habíamos plantado al revés. Se quedó parado allí durante unos dos minutos, atónito.

"Pensé que lo había visto todo", dijo finalmente, balbuceando. "Pero ustedes, hijos de puta, tomen la paga y váyanse ahora antes de que llame al sheriff y los encarcelen a todos por destruir la propiedad de la Compañía". Se pavoneó.

Volvimos a la barraca para recoger nuestro equipo. Pero sabíamos que todos habíamos estado haciendo un buen trabajo y que les llevaría un tiempo sacar a un buen equipo nuevo de Sacramento.

Efectivamente, después de unos quince minutos, el jefe salió a hablar con nosotros. "De acuerdo, muchachos, se divirtieron y lo explicaron", dijo. "Se vuelve a los cincuenta centavos. Enviaré algunas palas nuevas en un par de horas".

Estábamos jubilosos. Más tarde me enteré de que el mismo truco fue utilizado en algún lugar al Este, y a menudo me pregunto si alguien de nuestro equipo lo instigó.

Después de aproximadamente una semana, Hoosier recibió una misteriosa carta de Sacramento que le notificaba que recogiera un importante documento allí. Él cobró, así que decidí renunciar también.

Llegamos a Sacto esa misma tarde. Todo el camino hacia la ciudad, Red, había estado misterioso acerca de la carta. La tenían para él en la sede wobbly. Era su herencia. Me mostró el cheque: 2.800 \$. ¡Vamos a comer esta noche! Pensé. Y luego, justo ante mis ojos, antes de que transcurrieran dos minutos, cogió y envió todo el cheque al Fondo de Defensa General para los prisioneros de la guerra de clases del IWW. No me lo podía creer y esa noche salimos a la calle y pagamos nuestra cena.

Pero así es como eran los wobblies reales. Y algunos, como Amos Orr, atracaron varios bancos y enviaron toda la cantidad conseguida al *Industrial Worker*.

XXIII. VOLANDO ALTO

Ya era finales de agosto. Estaba ansioso por ver a Molly y quería enterarme si iba a haber otra huelga general, por lo que no perdí el tiempo charlando por el camino. Tuve bastante suerte en los mercancías y dos días después, estaba hirviendo la ropa junto a las vías en un Motel de hobos a unas pocas millas de Seattle, preparándome para mi gran entrada a la ciudad.

Estaba temblando de entusiasmo e incertidumbre cuando me acerqué al pequeño establecimiento cerca de la pista de deslizamiento. Eran como las cuatro de la tarde de un hermoso día de verano. En el camino, había comprado un pequeño ramo en el puesto de una floristería y me sentía un poco tonto. Por fin estuve allí y me quedé justo afuera de la entrada por un momento. Tomé una respiración profunda. Entonces me decidí y entré.

Fui a la parte de atrás del mostrador cerca de la cafetera. Ann estaba allí de pie apilando algunos platos. Me senté frente a ella, sosteniendo el ramo en mi regazo debajo del borde del mostrador. "¿Qué tal un java, compañera de trabajo", le dije.

"¡Oh Joe!" dijo ella. Sus ojos se iluminaron, luego pareció un poco triste. Ella trajo el café. Su expresión lo decía todo.

"Lo siento, Joe", dijo. Ella palmeó mi mano en el mostrador. "Molly se arregló con un leñador y se mudaron a Spokane. Lo siento, Joe".

Sentí como si algo se rompiera dentro de mí. No dije nada por un minuto. Moví mi taza de café. "Qué demonios" dije finalmente. "Solo tuve una cita con ella. No podía esperar que esperara a un vagabundo como yo. Era demasiado vieja para mí de todos modos".

"No eres un vagabundo, Joe", dijo Ann. "Oye, hay un baile en el salón wobbly en un par de días. ¿Por qué no vienes?"

"Eres una chica muy buena, Ann," dije. "Quizás lo haga."

Dejé caer el ramo al suelo debajo del mostrador. Terminé mi café y me fui. Solo quería caminar, alejarme de la ciudad rápido. Caminé hacia el norte a lo largo de la costa hacia Edmonds, casi sin ver nada, golpeándome un par de veces al acelerar los autos. ¡Al infierno con la vida migratoria! Oí una voz en mi cerebro decir eso cientos y cientos de veces.

Poco antes de oscurecer, llegué a una amplia extensión de arena donde una empinada ladera boscosa caía bruscamente hacia el agua en Wind and Tide. Me senté y solo pensé y pensé durante varias horas, mirando el agua plana. Golpeé mi puño varias veces contra mi frente. ¿Qué estaba mal conmigo? Me pregunté a mí mismo. ¿A dónde estoy yendo? ¿No tenía el cerebro suficiente para descubrir qué quería hacer con mi vida? Quería luchar contra los plutes y tratar de ayudar a crear un mundo mejor. Y sin embargo: ¡al infierno con la maldita vida migratoria! Pensé de nuevo.

Empezó a hacer frío. Las luces de unos pocos barcos se movían lentamente sobre el agua. De repente me acordé de lo que varios wobblies mayores me había advertido: sé un funcionario, prepárate para una cierta responsabilidad. Eso fue todo, pensé de repente: si pudiera ser un delegado estacionario o ser elegido como Secretario de sucursal en algún lugar, podría quedarme y llevar una vida más normal, tal vez incluso tener una novia estable, tal vez incluso casarme.

Luego recordé el trabajo del People's College (Colegio de la gente) del IWW en Duluth, Minnesota, del que había oído hablar a menudo. Hace apenas unas horas, hirviendo en la jungla wobbly al sur de Seattle, había visto un anuncio en el *Industrial Worker* para cursos de un mes que ofrecían: treinta dólares por pensión y alojamiento y un mes de enseñanza intensiva a tiempo completo. Eso fue todo, al infierno con la vida migratoria. Yo tenía unos cincuenta y cinco dólares conmigo. Ayudaría por unos días en la próxima huelga general, y luego me dirigiría a Duluth a tiempo para el mes de octubre. Gracias, Molly, por hacerme hacer pensar un poco duro.

Al día siguiente, el Wobbly Hall en Seattle estaba repleto de preparativos para la nueva huelga general para exigir la liberación de los prisioneros de la guerra de clases restantes. Estaba previsto que comenzara en un par de días, el 6 de septiembre. El razonamiento era simple: si nuestras anteriores huelgas de protesta incitaron al Presidente Harding a ofrecer una conmutación condicional, otra gran huelga podría incitar a Coolidge para que liberase al resto de nuestra gente.

Estuve por un tiempo con docenas de compañeros wobs que había conocido en todo el Oeste. En un momento dado, el Secretario anunció que uno de los métodos que planeaba usar el IWW para llamar a los trabajadores era tirar folletos por todo el país de la madera desde un avión. Necesitaban a alguien que acompañara al piloto para tirar los boletines de huelga.

Mi cerebro estaba funcionando de nuevo. "Oye", le dije. "Eso se hizo hace apenas unos meses en Los Ángeles. Me han dicho que fue muy efectivo".

"¿Bien?"

"Bueno, al infierno. Claro, voy a hacerlo". Muchas veces había querido subir en un avión. Ahora era mi oportunidad. Sonaba como una gran manera de dejar de pensar en Molly.

Al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, monté en un viejo Modelo T al aeropuerto con el piloto y otros dos wobblies. Estábamos cargados con decenas de miles de folletos recién salidos de las prensas. Nos detuvimos al lado del avión, un avión viejo y polvoriento con un gran compartimento rectangular frente a la cabina del piloto que normalmente se usaba para contener insecticidas. Me subí al ala y arrojé el primer paquete de folletos en el compartimiento. ¡Jesús! ¿Se suponía que iba a montar en esto? No había asiento, ni asas, nada; solo los lados resbaladizos del compartimiento para aferrarse. Sentí que mi resolución se evaporaba.

Bajé para otro paquete y me dirigí al piloto. "No hay cinturón de seguridad, ¿eh?" Me oí croar.

"No. Pero estarás bien, Joe. No planeo hacer bucles o picadas hasta que se liberen las rigideces en movimiento".

Terminamos de cargar y salté entre los cientos de paquetes. Alguien giró el puntal y comenzamos a rodar por la pista. El viento se precipitó contra mi cara. Me incliné por debajo del nivel del fuselaje, aferrándome a mi vida. Jesús, ¿para qué me había dejado llevar?

Luego comenzamos a correr por la pista a través del amanecer y el avión despegó. Fue un sentimiento indescriptible, a la vez emocionante y aterrador. Finalmente tuve el coraje de levantar mi cabeza en medio del viento y mirar por encima del fuselaje. Vi al piloto con gafas sonriéndome y gritando algo, pero no pude oír una palabra de lo que dijo. Luego hizo rodar el viejo avión de lado a lado en lo que parecía un ángulo de cuarenta y cinco grados, lanzándome contra los paquetes de folletos, y juré matar al payaso si alguna

vez volvía a tierra con vida. Volví a mirar hacia atrás y el maníaco sonreía. Entonces él hizo un saludo con un puño cerrado.

Finalmente recobré la compostura y miré de nuevo. Ahora que estaba un poco más relajado comencé a sentir la emoción de hacerlo. Íbamos hacia el sur a unos quinientos pies de altura y pude ver la brillante superficie de Puget Sound extendida hacia el Oeste y el Sur. Ahora, de repente, era la mejor experiencia de mi vida. ¿Por qué cualquier tonto consideraría remotamente cualquier otra ocupación cuando podría hacer esto para vivir?

De repente oí golpetear al piloto en el fuselaje detrás de mí. Miré hacia atrás y él señaló hacia abajo. Asentí. Me incliné y comencé a deshacer la envoltura del primer paquete.

Nos abalanzamos sobre un campamento de madera cerrado por el bosque. Pude ver rostros vueltos hacia arriba de hombres en un camino de madera corriendo hacia mí. Yo envié el paquete de folletos en picado a la tierra y explotó como un millar de palomas blancas y luego como un millar de paracaídas en miniatura revoloteando a tierra. Me di la vuelta y vi brazos agitando y corriendo figuras corriendo por los volantes blancos, cientos de ellos atrapados ahora como adornos navideños en las ramas de los árboles. Vi a tres o cuatro jacks levantar sus brazos en señal de saludo.

Fuimos de un campamento a otro, a lo largo del Sound y sobre Olympia con su cúpula del capitolio y luego hacia Grays Harbor hacia el oeste. Y cada vez que dábamos vueltas en círculos sobre un campamento, docenas de brazos se levantaron en señal de saludo. A media mañana reabastecimos de combustible y comenzamos de nuevo. Ahora no me cansaba. Y luego cubrimos el área alrededor de Portland hacia el sur y todo el camino hacia el mar en Astoria.

La noche siguiente, de vuelta al Wobbly Hall en Seattle, comenzamos a recibir informes de que los hombres estaban saliendo por millares. La fuerza aérea del IWW fue un éxito rotundo. La huelga duró solo unos días. Pero una vez más golpeamos el miedo a la revolución en la clase capitalista, y era cierto que Coolidge estaba al tanto de nuestra fuerza.

XXIV. HELEN KELLER: `POR QUÉ ME CONVERTÍ EN IWW`

Me fui a estudiar a la Universidad de la Gente (People's College). Me dirigí en dirección Este a través de Missouri para poder ver a mis padres, hermanos y hermanas, pero decidí que no debía correr el riesgo de se me hiciese demasiado tarde para inscribirme.

Primero me dirigí a Dakota del Norte, y luego monté en un expreso hasta el final en Duluth. Muchas veces había cruzado esta pradera, siguiendo la cosecha, pero ahora tenía un nuevo propósito, un nuevo plan de vida.

Una mañana fría, con el viento cortando como una guadaña el Lago Superior, entré en Duluth. Tomé un tranvía a la Universidad, que había sido creada por wobblies finlandeses. Había alrededor de cien estudiantes, alrededor de un tercio de ellos mujeres. Me inscribí en cursos de inglés, economía, sociología, historia laboral y oratoria. Los profesores fueron excelentes, algunos de ellos se quedaron fuera de las mejores universidades de América debido a sus puntos de vista democráticos. Me sumergí en mis estudios como en una venganza. Y al final del agotador mes de estudio supe que estaba un mil por ciento mejor preparado que antes de tomar las clases.

Uno de mis compañeros, un joven finlandés llamado Niko, planeaba asistir a la Convención del IWW programada para comenzar el 12 de noviembre en Chicago y me instó a que le acompañara. Hacía mucho tiempo que quería visitar la sede central del IWW y la gran ciudad de Chicago, así que decidí seguir su camino. Tenía sólo unos pocos dólares en mis pantalones vaqueros, pero me di cuenta que tal vez podría conseguir un poco de trabajo por unos días. Si realmente iba a hacer una carrera en el IWW debería conocer a algunos de los principales funcionarios. Y entonces se estaba realizando una batalla entre los centralistas y los descentralistas para la Convención, y quería informarme lo mejor posible sobre este tema crucial.

Se estaba poniendo muy frío a principios de noviembre. Niko y yo compramos algunos Long Johns [calzoncillos largos] y calor embotellado y nos dirigimos a los ferrocarriles. Estábamos a punto de congelarnos el culo cabalgando con algunos otros hobos en un vagón, pero al día siguiente nos estábamos deslizando hacia los grandes patios de la Isla Azul en Chicago. El

corazón de América. La capital proletaria del mundo. En realidad, estaba en la ciudad donde todo había comenzado, donde Bill Haywood había golpeado ese estrado de madera en 1905 y coordinado la Primera Convención del IWW. Donde *el Santo* había dirigido la organización durante seis años de historia. Donde los mártires de Haymarket habían luchado hasta la muerte. Donde había comenzado el Día Internacional del Trabajo.

Después de tomar algo de comida en un café del patio, nos sumergimos en la gran ciudad. Incluso más que San Francisco o Seattle tenía una vitalidad que me conmovió. Miles de personas corrían de un lado a otro a través del aire ventoso del lago Michigan. Enormes fábricas arrojaban humo, y los hombres helados sin trabajo se acurrucaban en las puertas o suplicaban en la calle.

Llegamos a la gran sala wobbly en West Madison. ¡Por fin estaba aquí! Como esperaba, era un centro de actividad, con los preparativos para la próxima Convención en curso. Varias docenas de miembros y funcionarios trabajaban en las distintas salas, mientras que unos cien o más, muchos de ellos migrantes con sus mochilas o carpetas, se sentaban o se recostaban alrededor de la gran sala de reuniones. Había carteles, fotografías y pegatinas por todas partes.

Mientras tomábamos nuestro java, Niko y yo conocimos a un amigable compañero de trabajo llamado Bill Chance, quien se ofreció a llevarnos a recorrer el edificio. Me sentí impulsado por una fuerza mística cuando nos detuvimos ante una pintura extremadamente realista de Joe Hill, luego caminamos junto al escritorio de Bill Haywood. Había sido conserje en la sala durante años, tanto con Haywood como con St. John. Finalmente tuve el coraje de hacerle la inevitable pregunta: "De todos los wobs que has conocido, ¿quién te impresionó más, compañero de trabajo?"

Él pensó por un momento. "Bueno, Bill Haywood no era un místico", dijo. "Pero *el Santo* fue muy especial. Cuando lo conocías sentías que era un amigo que habías conocido toda tu vida". Dios, cómo esperaba encontrarme con él algún día, si alguna vez salía de Leavenworth.

Luego, Chance nos presentó a algunos de los principales funcionarios, Arthur Boose de Portland y algunos otros. Me impresionó enormemente la clase de personas amigables con los que vivían, como cualquier persona con la que te encontrarías en la jungla de vagabundos o en el camino de deslizamiento. Y, sin embargo, todos ellos eran increíblemente agudos y alertas en su forma casual. Y recordé que el amante de Emma Goldman, el Dr. Ben Reitman, en su primera visita al hall wobbly, algunos años antes, expresó

su sorpresa de que tal congregación de palurdos y filósofos de barril pudiera causar tanto terror en la clase capitalista.

Esa noche, acostado en la sala del IWW con varias docenas de otros migrantes, comencé a captar indicios de divisiones y murmullos de descontento. Al circular y charlar entre nuestros compañeros de trabajo, me di cuenta de matices de sospecha entre los trabajadores locales y los migrantes. Algunos de los lugareños pensaban que los migrantes estaban abusando de su derecho a quedarse en la sede, a veces eran demasiado ruidosos y no estaban lo suficientemente preocupados por la limpieza. También temían que los trabajadores agrícolas y sus líderes trataran de guiar a la IWW por la nariz. Era una situación compleja y nadie tenía toda la razón. Pude ver una lucha intensa entre el sindicato pro-centralista de trabajadores agrícolas y los descentralistas del sindicato de trabajadores de la madera.

Al día siguiente, no queriendo ser una carga para las instalaciones del local, Niko y yo fuimos dirigidos a una famosa pensión para hobos y hermanos de la carretera dirigida por una mujer llamada "Martha la Roja" Biegler. Era una mujer baja y gorda con el pelo rojizo canoso. Ella nos recibió en su lugar con un gusto amistoso. Las habitaciones eran pequeñas pero limpias y cómodas y conseguí una buena noche de sueño.

Al día siguiente, cuando mi dinero se estaba agotando, pude conseguir un trabajo de medio tiempo lavando platos en un restaurante junto al lago, y suspiré de alivio. Como todos los wobblies, me gustaba pagar a mi manera siempre que fuera posible. Celebré mi cumpleaños el 7 de noviembre asistiendo a un combate de boxeo en un gimnasio local. Tenía dieciocho años, ¡un verdadero hombre!

Un día, en el Wobbly Hall, Niko y yo nos enteramos de que Helen Keller estaba de visita en Chicago. Recordé haber leído sus brillantes ensayos sobre el IWW en el salón de Seattle. Encontré algunas copias gratuitas en el local y las guardé en mi bolsillo. Más tarde, supe que la brillante mujer ciega y sorda, la persona más famosa que se había convertido en una wobbly, iba a hacer una aparición pública en una recepción en una casa privada en el lado norte. Un empleado menor de la sede que la había conocido accedió a acompañarnos al asunto. Perdí parte de mi precioso dinero en un traje de tweed de segunda mano y nos pusimos en marcha.

Varias docenas de personas se agolparon en el enorme salón. Y allí estaba ella, sentada en un sofá, con el aspecto más bello que se podía imaginar en su

hermoso rostro de mediana edad. "Es un gran honor" fue todo lo que se me ocurrió decir cuando me presentaron.

Al enterarse de que había algunos wobblies presentes, Helen, para sorpresa de todos, decidió recitarnos de una larga declamación que había hecho unos años antes titulada "Por qué me convertí en una IWW". Yo tenía una copia en el bolsillo. Un asistente repetía cada oración después de que ella la pronunciaba. Su discurso fue algo confuso, pero pude entender la mayoría de las palabras sin la ayuda de su asistente o la copia impresa. Y para mi sorpresa, Helen Keller habló cada palabra de memoria tal y como las había escrito años antes, sin una sola pausa o error.



Hellen Keller

"Para empezar, era religioso", comenzó, y su rostro parecía brillar mientras hablaba... Luego me nombraron en una comisión para investigar las condiciones entre los ciegos. Por primera vez, quien pensaba que la ceguera era una desgracia más allá del control humano, descubría que gran parte de ella era atribuible a condiciones industriales incorrectas, a menudo causada por el egoísmo y la codicia de los empleadores. Y el mal social contribuyó con su parte. Encontré que la pobreza llevó a las mujeres a una vida de vergüenza que terminaba en ceguera...

"Y ahora estoy en la lucha para cambiar las cosas. Puede que sea una soñadora, pero los soñadores son necesarios para hacer los hechos... La verdadera felicidad debe venir desde dentro, desde un propósito fijo y la fe en el próximo..."

"Es mi naturaleza luchar tan pronto como detecto errores que pueden corregirse... Me propuse la idea de hacer algo. Y lo mejor parecía ser unirme a un organismo que luchase y ayudar en su propaganda... Me convertí en una IWW porque descubrí que el Partido Socialista era demasiado lento. Se está hundiendo en el pantano político..."

"La verdadera tarea es unir y organizar a todos los trabajadores sobre una base económica, y son los propios trabajadores quienes deben asegurar la libertad para ellos mismos, quienes deben fortalecerse. La acción política no puede ganar nada. Por eso me convertí en una IWW... Descubrí que la verdadera idea de la IWW no es solo mejorar las condiciones para todas las personas, sino obtenerlas de inmediato... No podemos tener educación sin responsabilidad. Hemos intentado la educación para la paz durante 1.900 años y ha fracasado. Probemos la revolución y veamos qué pasa ahora... ¡No me importan los semirradicales!"

Me sorprendió su brillante disertación: estar allí esa noche fue quizás el punto culminante de toda mi vida.

Llegó el día de la Convención. Todo tipo de fascinantes wobblies llegaron a la sala. Solo había veintiséis delegados oficiales, pero otros cientos vinieron y se fueron durante los días siguientes como espectadores o defensores apasionados de las diversas facciones y sindicatos industriales.

La Convención se llevó a cabo de manera profesional, con un Secretario de Registro que coordinó todo y los delegados respetaron cortésmente las reglas de orden. Se cantaron algunas conmovedoras canciones wobbly y se leyeron cartas de saludo de todo el mundo. Emma Goldman envió una declaración que llamó "Nuestra desafiante posición", atacando lo que ella decía que era una dictadura antiobrera en la Unión Soviética. Se recibieron informes de docenas de nuevas sucursales del IWW en todo el mundo y del aumento abrupto de miembros en los Estados Unidos.

Entonces comenzó la disputa. Comenzaron a surgir hostilidades semi latentes entre diferentes facciones y sindicatos. Comencé a ver a algunos de esos "filósofos de barril" hogareños con su mejor trueno ardiente. La gran sala resonó con sus epítetos coloridos y punzantes, la mayoría de ellos

pronunciados con sarcasmo de buena naturaleza, pero gradualmente ascendiendo a una seriedad mortal. Una serie de amargas púas fueron dirigidas de una a otra facción sobre la pelea de conmutación de penas en Leavenworth.

Hubo una discusión animada sobre tácticas de huelga. Existía el conflicto en curso entre la organización de guardas de casa [afiliados sedentarios] y los migrantes. Pero la principal y más amarga discusión fue sobre cuánta autonomía deberían tener los distintos sindicatos industriales. El sindicato de trabajadores agrícolas estaba a favor de una mayor centralización, mientras que el sindicato de trabajadores de la madera y algunos otros favorecían una mayor autonomía. Me incliné hacia este último punto de vista.

La disputa duró días. Asistí a las largas sesiones siempre que mi trabajo no lo impedía. Mientras tanto, las ráfagas de nieve golpearon Chicago, convirtiéndola en un brillante y helado país de las maravillas, excepto por aquellas personas pobres sin hogar que se congelaban en ella.

Se estaba llegando al Día de Acción de Gracias. Si esperaba volver al Noroeste sin morir de frío, decidí que sería mejor que me pusiera en camino. Un día frío y gris me despedí de mis docenas de nuevos amigos y me dirigí a los patios.

Más tarde leeré algunas de las principales decisiones de la Convención. La administración había sido completamente reorganizada. La Convención votó para permitir una escala móvil de tarifas de inicio de uno a cinco dólares y cuotas de cincuenta centavos a un dólar. Y se presentó una resolución a referéndum que permitiese a los distintos sindicatos industriales más autonomía en sus prácticas de organización.

Monté trenes de carga congelados hacia el Oeste. Pero yo tenía una nueva fuente de calor y la confianza dentro de mí, pues había estado en la Universidad de la gente estudiando y ahora estaba mucho mejor preparado para librarme de la lucha de clases. Había estado en el corazón palpitante de nuestra gran organización y había visto el mecanismo intrincado en funcionamiento. Más que nunca antes fui parte del corazón del IWW.

XXV. 'EL JESÚS DE NAZARET DE LOS TRABAJADORES DE LA MADERA'

Llegué a Spokane un frío día a principios de diciembre y conseguí un trabajo en un campamento maderero. Me sorprendieron las mejoras desde que el IWW había lanzado su última serie de huelgas. Pensé que trabajaría allí solo unos pocos días y luego me dirigiría al Oeste a Seattle. Allí podría consultar con algunos de mis amigos de mayor rango en la organización para obtener un puesto como delegado estacionario.

Alrededor de mediados de diciembre, a todo volumen, los titulares anunciaron que el Presidente Coolidge iba a liberar al resto de los prisioneros del IWW del gran juicio de 1918. Hubo un júbilo salvaje dondequiera que se congregaron los wobs. Pero aún teníamos miembros enterrados vivos. Y cuando dejé mi trabajo alrededor del 20 de diciembre, decidí hacer una visita de Navidad a las víctimas de Centralia en la prisión de Walla Walla antes de ir a Seattle.

Después de más de cuatro años tras las rejas, los mártires wobbly se veían un poco más viejos, pero seguían estando como siempre. Elmer Smith había ido a verlos recientemente y se mostraron cautelosamente optimista después de la excarcelación de nuestros principales líderes. Les aseguré que continuaría mis propios esfuerzos para su liberación.

Llegué a Seattle en la víspera de Año Nuevo. Tenía que haber una gala de entretenimiento esa noche en el New Finnish Hall (Nueva Sala Finlandesa) en la Decimotercera de Washington. Alquilé una habitación en un hotel cercano, me limpié y fui en tranvía con un montón de otros wobs. El gran salón estaba atascado y todos se lo estaban pasando bien. Tuve un éxito especial con algunas de las chicas finlandesas cuando les dije que había estado en el Work People's College.

El punto culminante de la noche fue la presentación de un sketch sobre la masacre de Everett llamada "Kangaroo Court" (Juicio del canguro), por Walker C. Smith, el padre de Boxcar Bertha.

[Los tribunales de canguro son procedimientos legales simulados que se establecen para dar la impresión de un proceso legal justo. De hecho, no ofrecen justicia imparcial, ya que el veredicto, invariablemente en detrimento del acusado, está decidido de antemano]

El papel del "Perseguidor" fue interpretado por el famoso Dublín Dan Liston, cuyo largo poema cantado "La Revolución de Portland" había desempeñado un papel tan importante en esa huelga histórica. Algunas de las escenas fueron:

PRESIDENTE DEL TRIBUNAL: ¡Silencio! ¡Atención todos! La Corte deshonrosa del condado de Snohomish está ahora en secesión. (Al jurado) ¿Jura solemnemente no escuchar ninguna evidencia favorable al acusado y emitir un veredicto de culpable? Ante este Tribunal deshonroso se presenta ahora el caso de la Ciudad de Everett, demandante Estado de Degradación, contra el acusado A. Wise Wobbly, defensor...

PRESIDENTE DEL TRIBUNAL (al fiscal): ¿Jura solemnemente decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, si Dios le ayuda?

FISCAL: ¡Ciertamente no! ¿Por qué?, ¡soy el fiscal en este caso!

PRESIDENTE: Error mío. Por supuesto que no...

FISCAL: Sr. Wobbly, por el testimonio de dos testigos irreprochables, he demostrado que cantaba dos canciones diferentes al mismo tiempo. ¿Qué tiene que decir al respecto?

A. WISE, WOBBLY: No cantaba en absoluto, señor abogado de prostitución, simplemente estaba recitando la Declaración de Independencia.

FISCAL: ¡Tonterías! No creo que sepas la Declaración de Independencia. ¿Cómo empieza?

WOBBLY: 'La clase obrera y la clase empleadora no tienen nada en común. No puede haber paz mientras haya hambre y deseo entre los millones de trabajadores, y los pocos que conforman la clase empleadora tengan todas las cosas buenas de la vida. Entre estas

dos clases, la lucha debe continuar hasta que los trabajadores del mundo se organicen como clase, tomen posesión de la tierra y la maquinaria de producción, y pongan fin al sistema salarial. Nos encontramos...'

FISCAL: Eso es suficiente. Lo sabes bien...

FISCAL: Sr. Wobbly, ¿cuál es su nacionalidad?

WOBBLY: IWW.

FISCAL: ¿Entonces no eres un patriota? ¿No lucharías por el campo?

[Juego de palabras, *country* significa tanto país como el campo]

WOBBLY: ¡Ciertamente no! Yo vivo en la ciudad.

FISCAL: Quiero decir si pelearía por su tierra.

WOBBLY: No soy dueño de ninguna tierra. La IWW está luchando contra todos los propietarios por toda la Tierra y contra todos los empleadores por toda la maquinaria de producción. Si usted es dueño de algo de tierra, podría echarle una mano si tiene que pelear...

JUEZ: Mi instrucción para el jurado, señores, es que ignore todas las pruebas favorables al acusado y permanezca fiel en su confianza al trust de la madera...

(Un mensajero trae un telegrama; el fiscal lo lee.)

FISCAL (con voz temblorosa): ¡Juez, por su honor, lea este telegrama!

JUEZ (leyendo el telegrama en voz alta): 'El IWW, fuertemente organizado en los campos de aserraderos y en las industrias aliadas, inaugurará una huelga general inmediata en caso de que se pronuncie un veredicto de culpabilidad en el juicio de Everett'.

(Dirigiéndose al jurado) Como decía, caballeros, es su deber presentar un veredicto de: ¡NO CULPABLE!

La multitud que estaba de pie rugió su divertida aprobación. La noche siguiente hubo un baile "tambaleante" en el mismo salón, y lo pasé muy bien después con uno de los compañeros de trabajo finlandeses que también había estado en la Universidad del Trabajo de la Gente.

Al día siguiente me senté en el pasillo wobbly leyendo los periódicos y preguntándome qué hacer a continuación. Finalmente pude hablar con el ocupado Secretario de la sala y le conté mis esperanzas de llevar una vida menos nómada y quizás convertirme en un delegado estacionario en algún lugar. Revisó sus archivos y me dijo que no había vacantes para la posición en este momento. Decepcionado, estuve un tiempo en el bosque, trabajando en varios campamentos cerca de Seattle.

A finales de la primavera, el *Industrial Worker* consiguió un nuevo editor, Mortimer Downing. Lo conocí por primera vez con Walker C. Smith en 1920. En los comienzos de sus sesenta, Downing fue uno de los primeros wobblies y un hombre notable. De profesión, químico y analista, había sido uno de los líderes del famoso juicio de la "defensa silenciosa" en Sacramento en 1918 cuando cincuenta y cuatro wobblies importantes, al ver cómo sus coacusados habían sido humillados y condenados en el gran juicio de Chicago, se negaron a decir una sola palabra en su propia defensa y aceptaron sus largas condenas en silencio. Una rica heredera que se había unido a la IWW, obtuvo una sentencia menor. El juicio sin precedentes había tenido un tremendo efecto de propaganda. Los cincuenta y cuatro acusados fueron encarcelados durante sesenta y tres días durante el juicio en una celda de veinte por veinte pies, y cinco murieron por dormir en el frío piso de cemento.

Me encontré con Downing esta segunda vez mientras entregaba un poema que había escrito a la oficina del *Industrial Worker*. Recordó mi boxeo como "Kid Murphy" y había oído hablar de algunas de mis otras hazañas. Pareció tomarme un gusto inmediato y me invitó a cenar. Un "amigo" mutuo insinuó más tarde que le gustaba tenerme cerca porque era grande, fuerte y hábil con mis puños y hacía un buen guardaespaldas. Pero cuando el gran editor comenzó a compartir sus ideas conmigo, supe que él también me dio crédito por tener algo de poder intelectual.

Downing estaba completamente dedicado a la democracia, la libertad y la igualdad en todos los aspectos de la vida. Fue uno de los primeros wobblies en darse cuenta de la creciente dictadura y la burocracia en la Unión Soviética, y habló y escribió sus opiniones de manera abierta y elocuente. Me dijo que

después de solo tres meses en Rusia, Bill Haywood ya se había desilusionado con el régimen despótico y se ofreció a regresar a prisión en los Estados Unidos si el gobierno devolvía el dinero de la fianza. Pero la administración de Harding se había negado. Downing también me dijo que tenía pruebas positivas de que algunos wobblies como George Hardy y Harrison George, que se habían unido a los comunistas, estaban todavía en el IWW con la orden de destruirlo.

Más que cualquier otra figura importante en la IWW, Downing destacó la importancia del poder de decisión de las bases. No buscaba una descentralización completa, sino una estructura equilibrada en la que los organismos locales del IWW tuvieran una voz fuerte en los asuntos locales y regionales que les preocupaban. La administración actual en Chicago liderada por Doyle y Fisher de los trabajadores agrícolas, sostuvo, había estado tratando de dirigir la organización de una manera severa. Por otra parte, el sindicato de trabajadores de la madera administrada por James Rowan, recientemente liberado de Leavenworth, pidió más autonomía para los sindicatos industriales particulares.

Downing también hizo hincapié en la importancia de poner más esfuerzo en la organización de la guardia de casa [trabajadores sedentarios]. Con la cosechadora y el pequeño flivver, menos trabajadores se estaban convirtiendo en migrantes. Una organización estable y duradera solo podría construirse organizando a los trabajadores más asentados. Una crisis creciente se estaba desarrollando sobre estas diferentes ideas y tendencias en el IWW, me dijo, y estaba muy preocupado por cómo resolver estos problemas antes de que se convirtieran en insuperables. Me sentí halagado de que un hombre tan brillante compartiera sus pensamientos y sentimientos conmigo.

[El flivver fue un pequeño avión lanzado por Ford conocido como 'el modelo T del aire', que fue utilizado por los terratenientes para las labores agrícolas. También se llamó flivver a un coche semidesvencijado de segunda mano]

A veces, en mis días libres, Downing me pedía que hiciera recados o que acompañara a mi viejo amigo, Elmer Smith, por todo el estado en sus giras en nombre de los acusados de Centralia. Estas fueron algunas de mis horas más felices. Nunca había conocido a un hombre tan dedicado a una causa como Elmer Smith o un ser humano más decente. Pasó el resto de su vida haciendo

campaña por la liberación de los hombres valientes a quienes había dicho que tenían derecho a defender su sede. Sin embargo, no era un fanático, sino un tipo de persona agradable y amable que uno nunca imaginaría por su actitud que era un abogado.

A principios de mayo estalló una huelga en cuatro aserraderos en Raymond, al sur de Grays Harbor. Alrededor de quinientos trabajadores, alrededor del noventa por ciento de la fuerza laboral, incluidas todas las mujeres que trabajaban en las fábricas de cajas, habían parado en respuesta a un recorte salarial de cuatro dólares a tres cuarenta por día. James Rowan, el Secretario del Sindicato de Trabajadores de la Madera, estaba participando personalmente en la huelga.

Rowan había nacido en Irlanda. En mi experiencia, el viejo país irlandés no solía producir muy buenos sindicalistas, pero Rowan era una excepción. Él había estado en el vapor Verona cuando los cinco wobblies fueron asesinados en la masacre de Everett en 1916. Había llevado a la huelga masiva de la madera de la construcción de 1917, que había ganado la jornada de ocho horas, una de las dos o tres más grandes victorias del IWW. Había sido uno de los líderes de los prisioneros de Leavenworth que se habían negado a aceptar la libertad condicional. Y había escrito un brillante libro sobre la industria maderera del Noroeste, abogando no solo por la humanidad hacia los trabajadores, sino también por las prácticas forestales responsables.

Debido a un cierre temporal en mi trabajo, estuve dando vueltas por Seattle durante unos días. El 6 de mayo fui a la oficina de Mortimer Downing para charlar. Cuando entré por la puerta, vi frente a él a un hombre de mediana edad, robusto y guapo, cuyos grandes ojos inteligentes eran tan brillantes y vivos que casi parecían saltar de su cabeza. Y sin embargo, ellos también tenían una profunda compasión silenciosa. Pude ver por qué a James Rowan a veces se le llamaba "el Jesús de Nazaret de los trabajadores de la madera del Noroeste". Cuando Mortimer Downing nos presentó, se levantó de un salto y me estrechó la mano con calidez. "Con dos irlandeses en esta lucha, sé que podemos ganar", bromeó, dándome una palmada en la espalda.

Parecía que Rowan se dirigía hacia el sur, a Centralia, y luego a un discurso en Montesano y al área de huelga en Raymond, y necesitaba un chofer y un compañero de carretera. Mortimer Downing me recomendó para el trabajo.

Pronto estuve maniobrando el Ford de Rowan hacia el sur, hacia Olympia. El gran hombre se sentó a mi lado y me regaló montañas de información sobre los pueblos y las zonas por las que pasamos. Al mismo tiempo, hojeaba

infinidad de informes que tenía que atender. Llegamos a Centralia a primera hora de la tarde. Me sentí mareado por el miedo y la repugnancia al entrar en este puesto de violencia de los legionarios, donde había visto el cuerpo mutilado de Wesley Everest y escuchado sus palabras ahogadas: "No tenéis agallas para linchar a un hombre a plena luz del día", y "Decidle a los chicos que morí por mi clase".

En Centralia, un compañero de trabajo llamado Brown y otro llamado Simmons se unieron a nosotros. Como precaución decidimos ir en dos coches. Brown siguió adelante con Rowan, mientras que Simmons y yo lo seguimos en su viejo Ford T.



James Rowan

La aparición de Rowan en las calles de Montesano esa noche había sido ampliamente publicitada. Pero cuando llegamos al lugar infame del juicio de los acusados de Centralia, un comisario de la ciudad nos informó que había una ordenanza contra hablar en la calle. Debieron de haberla aprobado cuando supieron que íbamos, reflexioné. Luego fuimos al alcalde y él nos dijo lo mismo. Así que obtuvimos el permiso de un ciudadano privado para hablar

en un terreno baldío que él tenía. Pero los políticos comprados por los barones de la madera no permitían eso tampoco. Todos estábamos echando humo.

Finalmente, casi de noche, levantamos nuestras manos y decidimos conducir hacia el oeste hasta Aberdeen. Rowan y Brown fueron los primeros. Pero cuando intenté poner en marcha el viejo modelo T, no pasó nada. Lo intenté de nuevo. Nada. Simmons saltó y miró debajo de la capota. Algunos cables se habían desconectado, ¡saboteaban a los que acusaban de saboteadores! Quizás habían pensado que era el coche de Rowan. Después de tres o cuatro minutos, Simmons reconectó todo y nosotros rugimos.

Cuando salimos al oeste de la ciudad, vimos un panorama inquietante: al frente, en la oscuridad de la estrecha carretera, no había un solo automóvil, sino las luces de siete u ocho. A medida que nos acercábamos, los autos avanzaban más rápido, pareciendo girar locamente de lado a lado. "¿Qué demonios está pasando?" Me preguntaba en voz alta.

Simmons aceleró y cuando nos acercamos al último coche, su frente se sonrojó. Varios coches más adelante, un gran automóvil todoterreno intentaba hacer salirse al que debía de ser el auto de Rowan fuera de la carretera.

Nuestro primer instinto fue tratar de pasar a los otros autos e ir a ayudar a Rowan. Pero luego nos dimos cuenta de que los rifles sobresalían de las ventanas de un par de autos que estaban adelante y decidimos seguirlos por detrás, sin duda, aquellos de la caravana que estaban adelante pensaban que éramos parte de la mafia.

Muy por delante, los dos coches giraban de un lado a otro. Luego, de repente, vimos el auto de Rowan desviándose de la carretera y disparando a lo que parecía el patio delantero de una granja. Una figura delgada que debe haber sido Brown saltó del auto y corrió hacia la puerta de la casa.

Los otros autos se dispararon al corral, rodeando el auto de Rowan. Decenas de figuras oscuras saltaron, corriendo hacia el vehículo. Está muerto, pensé con una sensación de vacío en mi estómago.

Simmons aminoró la marcha y apagó los faros. Cómo deseé todavía tener el colt .38 que había utilizado en el escuadrón volador.

"Mira", dije, "¿por qué no nos detenemos en las sombras detrás de esos árboles? Dele la vuelta a este buggy y esté listo para un escape rápido. Me colaré allí y veré lo que está pasando".

Salimos de la carretera a unos setenta metros de la granja. Recogí un par de rocas grandes y comencé a arrastrarme a través de las sombras, un poco más atrás del camino. Podía escuchar a la multitud gritando y maldiciendo, meciendo el auto de Rowan de un lado a otro. Cuando me detuve detrás de un pajar a unos treinta metros de distancia, pude distinguir algo de lo que estaban gritando.

"¿Dónde está esa literatura?" exigió uno de los matones.

"¿Dónde está esa página negra de la historia estadounidense?" gritó otro.

Eran veinticinco o treinta de ellos. Ahora podía ver que, en su mayoría, estaban bien vestidos, probablemente eran hombres de negocios o niños de papá.

Otro hombre saltó como para arrastrar la figura hacia adentro desde el auto. "Evitaremos que los sollozos difundan tus mentiras por aquí", gritó, "o saldrás de aquí con la mejor capa de alquitrán y plumas que hayas escuchado".

Podía ver a Rowan ahora en el auto. Parecía como si tuviera su mano en una pistola en el bolsillo de su abrigo. Parecía fresco como un pepino. Cuando los gritos murieron por un momento, lo oí decir a sus atacantes con perfecta calma que no estaba difundiendo mentiras sino la verdad.

Luego, un tipo de cabello canoso de unos cincuenta años con un bigote regordete que parecía ser el líder de la mafia se acercó y dijo: "No estás difundiendo la verdad, sino un paquete de malditas mentiras. Estuve en el tribunal y escuché la evidencia en ese caso, y si hubieran seguido mi consejo esos sollozos nunca habrían ido a la cárcel en absoluto, los hubiéramos cogido y los habríamos colgado."

Hubo más amenazas y gestos salvajes, y luego varios de la multitud comenzaron a gritar: "¡Linchémosle! ¡Linchémosle!"

Rowan movió su mano en el bolsillo de su abrigo.

Luego vi al sheriff Foss, a quien habíamos visto en Montesano, pasar a través de la multitud. Sacó su pistola y la metió en las costillas de Rowan. Esperaba que los disparos sonaran en cualquier momento.

Pero justo en ese momento, la puerta principal de la granja se abrió y arrojó un largo rayo de luz sobre la multitud. Vi a Brown, al granjero y a su esposa de pie en la puerta. La furia de la multitud de repente disminuyó. Brown comenzó

a caminar lentamente hacia abajo desde la granja, mientras que el granjero y su esposa permanecían recortados a la luz de la puerta abierta.

"Te estoy arrestando por llevar un arma oculta"

Escuché al sheriff decirle a Rowan.

Al parecer, Rowan consideraba imprudente protestar bajo las circunstancias. Le vi entregarle su pistola a Foss.

La multitud se había calmado ahora. Los hombres se separaron cuando Brown se acercó al sheriff. Al ver que las cosas estaban aparentemente bajo control, traté de tragarme el miedo y me acerqué lentamente para ver si podía ser de alguna ayuda. Cuando descubrieron quién era yo, algunos de los hombres me miraron mal, pero no me molestaron. Cuando Foss colocó las esposas a Rowan, Rowan me guiñó un ojo. Todavía parecía la persona más tranquila presente. Escuché a Brown decirle en voz baja que iría en busca de ayuda legal. Les dije a los dos que Simmons y yo regresaríamos a la cárcel con Rowan para ver si podíamos ayudar. Pero Rowan, aparentemente temiendo por nuestra seguridad, insistió en que nos fuéramos con Brown.

Cuando vimos que Rowan estaba fuera de las manos de la mafia y en el auto del sheriff, Brown y yo nos subimos al Ford. Después de que los otros autos se dirigieron de regreso a Montesano, avanzamos por la carretera hacia donde estaba estacionado Simmons. Le informamos a Simmons lo que había ocurrido. "Bueno, tal vez estén satisfechos por un tiempo", dije. "Tuvieron un buen espectáculo, un gran entretenimiento para bebés adultos".

Los tres tuvimos una conferencia. Decidimos que era demasiado peligroso pasar la noche en Montesano. Y Brown dijo que tenía un leguleyo bastante bueno en Aberdeen que había defendido a algunos wobs. Así que, dejando las luces de los dos autos apagados por un tiempo, condujimos lentamente hacia el Oeste hacia Aberdeen.

Tuvimos un fracaso en la casa del amigo de Brown e informamos las noticias a los wobblies locales. A la mañana siguiente, mientras Brown fue en busca del abogado, Simmons y yo regresamos a Montesano para ver qué podíamos hacer.

Rowan fue sacado a vernos. Parecía de buen humor y nos dio una gran sonrisa. Nos dijo que había pasado la noche en el mismo tanque en el que habían estado los acusados de Centralia. "Las paredes de las mazmorras aún dan testimonio de que una vez estuvo habitada por los pioneros de la

civilización venidera", bromeó y se refirió con mucho cariño a los lemas grabados del IWW.

El sheriff entró. Foss era extremadamente conciliador ahora. Él no tenía su mafia con él. Estaban planeando llevar a Rowan a los tribunales esa mañana.

"Lo siento por lo de anoche", bromeó el sheriff." Creo que los muchachos se pasaron un poco. Creo que el juez lo dejará con una multa nominal. Sólo para demostrarle que no hay resentimiento, si son más de cinco dólares, pagaré el resto de mi propio bolsillo."

Rowan de repente se puso serio. "Bien, infierno", espetó. "Conozco las leyes en este Estado. No hay ninguna ley en contra de llevar una pistola en un auto. Había muchas armas en los autos de esa multitud de matones, ¿por qué no los arrestaste?"

El sheriff se encogió de hombros.

"¿Te comieron la lengua, ¿verdad? Bueno, estoy exigiendo un juicio y estoy exigiendo que no se realizará hasta que pueda conseguir mi abogado, Elmer Smith, aquí. ¿Ha oído hablar de él?"

El sheriff asintió un poco sombríamente. Se excusó y entró en otra habitación por unos minutos. Cuando volvió, "Lo siento Rowan", dijo. "Pero los jueces dicen que hoy será el juicio".

Los procedimientos judiciales comenzaron un par de horas después. El juez parecía saber que tenía una papa irlandesa caliente en la persona de Rowan y parecía ansioso por darse prisa y terminar con las cosas. Rowan fue instado a pagar una pequeña multa para que los funcionarios pudieran salvar la cara.

En el último momento, justo cuando el juez estaba a punto de pronunciar la sentencia, Brown llegó de Aberdeen con el abogado. El leguleyo logró convencer al juez de que un hombre tenía derecho a portar un arma mientras viajaba en automóvil. Cerró el caso y le devolvieron el arma a Rowan. Todos dimos un suspiro de alivio. Pude ver que Rowan no era un hombre al que engañar.

Unos días después del episodio de Montesano, fui a escuchar a Rowan hablar a una multitud de varios miles en Renton Junction. No tenía la fuerza ni el carisma de un Haywood o un Debs, pero aún así mantenía a la multitud hechizada. Su mensaje principal fue que las corporaciones eran incluso más fuertes que el gobierno ahora en Estados Unidos, que eran absolutamente

despiadas en sus métodos y que se necesitaba una fuerza compensatoria: el poder democrático de los trabajadores.

XXVI. EL AGUJERO DE LA GLORIA

En julio volvió la llamada al deber. La enorme Stone and Webster Corporation estaba construyendo una gigantesca planta hidroeléctrica y un sistema de diques y túneles cerca de la pequeña ciudad de Cascades, cerca de Concrete, a unas cien millas al norte de Seattle, para suministrar más agua y electricidad a esa metrópolis. Fue el proyecto de energía más grande jamás emprendido en el área, y miles de hombres estaban empleados. Se necesitaban organizadores experimentados inmediatamente para alinear a los esclavos en el *One Big Union*, el IWW.

Empaque mis cosas y me dirigí al norte con otros dos wobblies que tenían un pequeño Lizzie. Siempre sentí como el lujo más puro el poder viajar en un automóvil en lugar de mi acostumbrado modo de transitar en los trenes de carga sucios y traqueteantes. Había cargado nuevos suministros y ahora era delegado del Sindicato General de Trabajadores de la Construcción.

Nos dirigimos hacia el Norte a unas pocas millas del Sound y giramos hacia el Este en Sedro Woolley. Lejos al norte, cerca de la frontera con Canadá, estaba el pico nevado del Monte Baker, con otros picos menores en la distancia. A medida que subíamos a las cascadas, las laderas cubiertas de bosques adquirían una belleza etérea.

Subiendo cada vez más alto junto a la corriente de un río, finalmente llegamos a la primera parte del lugar de construcción cerca de Concrete. En proceso estaba la construcción de una presa de 480 pies, todo en granito sólido, que crearía un lago de treinta y tres millas de largo. Parte del proyecto consistió en la voladura de túneles de presión de millas de largo para transportar el agua. Gran parte del trabajo tendría que realizarse en cañones de roca estrechos con lados casi perpendiculares. Fue una obra de construcción e ingeniería de primera magnitud.

Concrete era una pequeña y agradable ciudad de alrededor de mil quinientas personas, encajada entre altas montañas. Tenía un aire de auge y ajetreo. Encontramos la oficina de contratación de Stone & Webster y fuimos

contratados enseguida como *muckers-shovel*, hombres que despejaban los escombros de las explosiones de dinamita que efectuaban los mineros. La paga era de menos de cuatro dólares al día.

Las condiciones eran atroces. En el asqueroso barracón nos entregaron mantas que no habían sido lavadas en meses. La comida no era apta para el consumo humano o animal. Ya se habían afiliado varias docenas de nuevos miembros debido a la pésima paga y las terribles condiciones.



Al día siguiente, mis dos amigos y yo nos pusimos a trabajar en la perforación de uno de los túneles en granito sólido. Era un duro trabajo sudoroso. Primero los mineros entraban y perforaban sus agujeros, ponían sus palos de dinamita y volaban el infierno santo de la roca. Entonces era nuestro trabajo ir y limpiar el desastre que habían hecho. Pero la peor parte era que los capataces nos

enviaban a esa trampa mortal potencial antes de que el gas de las explosiones se hubiera dispersado por completo. Nos dio muchos dolores de cabeza e hizo quién sabe qué otro daño a nuestro funcionamiento interno. Pero todas nuestras quejas fueron en vano. Había que hacer algo, y pronto.

Las pocas docenas de wobblies en el trabajo tuvieron una reunión general de la afiliación el 31 de julio. Se eligió un comité de propaganda de siete miembros. Yo fui uno de ellos. Nuestro trabajo consistía en enviar noticias a la prensa del IWW, hacer circular publicaciones y periódicos del IWW y organizar una serie de reuniones los domingos por la noche con oradores experimentados del IWW que hablasen sobre organización.

Unos días después, el 3 de agosto, tuvimos nuestra primera reunión pública, en un terreno baldío. Un compañero de trabajo llamado Henry Clark hizo una conmovedora exposición de dos horas que mantuvo cautiva la atención de los doscientos o trescientos trabajadores. Conocía los hechos y se metió en todos los qué, cómo y por qué y las trampas de organizar el trabajo. Yo y algunos otros pasamos la dinamita mental: la literatura del IWW. Mucho de esto estaba destinado a llegar a la *guardia de casa*, ya que algunos de los trabajadores eran miembros sedentarios locales. Tuvimos una rara ventaja en que el periódico local era pro trabajador. Un grupo de "chicas rebeldes" locales animó el asunto cantando canciones del IWW. Más tarde repartimos literatura de casa en casa. En un par de días casi habíamos duplicado la afiliación al IWW. Al ver nuestra creciente fuerza, los jefes se relajaron un poco al dar las órdenes de que entráramos en los túneles llenos de gas.

Mientras tanto, empezaron a llegar noticias desde Chicago. Rowan había regresado a Chicago para asumir sus funciones en la Junta Ejecutiva General. Rowan, como principal exponente de la facción descentralista, entró rápidamente en conflicto con el Secretario General-tesorero Tom Doyle, el organizador general Joe Fisher y los miembros de la Junta Ejecutiva que apoyaban el enfoque más centralista. Tres de la Junta Ejecutiva apoyaron a Rowan. Pidieron que se convocara a la junta a una sesión para discutir el conflicto entre las dos facciones y otros problemas serios que enfrentaba el IWW. Los centralistas, aparentemente temiendo problemas, se negaron. Frustrado, Rowan y sus tres partidarios decidieron declarar la junta en sesión, a pesar de que no tenían quórum oficial.

Las hostilidades aumentaron. Unos días después, Rowan y su grupo fueron al juzgado y paralizaron los fondos de la organización. Continuaron reuniéndose en la sede del IWW. El 31 de julio, Doyle y Fisher y veinte o treinta personas

más los expulsaron del edificio de la sede. Más tarde, una pelea a puñetazos estalló entre seis u ocho miembros fuera del edificio; Rowan fue golpeado y puesto fuera de acción. Ahora, todo tipo de cuentas vengativas y perturbadoras venían a través de los correos de ambos lados, la facción Rowan afirmando que habían sido expulsados a punta de pistola, la facción Doyle-Fisher negándolo. Todo el IWW estaba en un estado de commoción, alboroto y depresión con todo el asunto.

Hundí la cabeza entre mis manos sentado en mi litera, cuando me enteré de la debacle. ¡Jesús! ¿Eran estos los grandes hombres a los que había estado idolatrando? ¿Por qué se negaron a convocar una reunión de la junta? ¿Por qué Rowan, a quien yo creía tan brillante, llamó a una de manera inconstitucional? Pero lo más desconcertante y agonizante de todo, ¿por qué había acudido a los tribunales capitalistas, los enemigos tradicionales de la IWW, para paralizar nuestros fondos? ¿Y por qué Doyle y Fisher, si las historias fueran ciertas, se arriesgaron a un escándalo en la prensa del pleito por el desalojo forzado de Rowan y sus seguidores? Sonaba como si todos estuvieran locos.

Todo el alboroto era obviamente mucho más complejo de lo que podíamos descifrar a partir de unas pocas acusaciones precipitadas. Todos nos sentamos a discutir con tristeza durante los siguientes días, esperando más información. Me molestó tanto que empecé a sentirme mal del estómago y una noche me desperté con un sudor frío después de una pesadilla. Para hacer que las cosas sean aún más confusas, ambas partes pronto convocaron Convenciones IWW separadas para reunirse en Chicago a principios de octubre. Parecía un desastre terrible. Pero apretamos los dientes y continuamos con nuestro trabajo de organización.

Pero el malestar que había afligido a mi amado IWW no desaparecería. Mortimer Downing escribió un sombrío editorial preocupado en el *Industrial Worker* que advertía sobre la necesidad de protegerse contra cualquier tendencia disruptiva en la organización. Y el 16 de agosto, imprimió una supuesta carta de Harrison George, el prominente IWW que también se había hecho comunista, que instaba a otros miembros comunistas a apoderarse del IWW y usarlo para sus propios fines.

En el mismo número apareció una de esas gemas raras que hacían que los periódicos del IWW fueran únicos, un elocuente llamamiento a la solidaridad:

CELOS

Si la inteligencia antagoniza con la ignorancia, entonces, en verdad, la ignorancia antagoniza con la inteligencia. Para evitar fricciones en cualquier grupo, se requiere la máxima cautela de sus miembros... Es deber de todos los trabajadores sinceros observar los hechos como realmente son. ¿Quién de nosotros no ha sentido en algún momento un agudo sentido de inferioridad en presencia de un intelecto superior? Instintivamente, la pasión humana se despierta y nada menos que la razón pura puede impedirnos mostrar nuestro antagonismo. Por otro lado, siempre que los individuos muestren su superioridad ante los demás, invariablemente engendrarán celos, y los celos en última instancia significan la ruina.

Compañeros de trabajo, mantener un espíritu de solidaridad en cualquier grupo requiere la máxima tolerancia para los puntos de vista de los demás. Cuidémonos de este escollo en el que ha caído la mano de obra organizada a lo largo de todas las edades... Cuidémonos de este impulso humano... y demostrémosle al mundo que nuestra idea de una organización laboral es algo diferente, algo nuevo, algo grande.

A principios de octubre, pasamos del trabajo del túnel al trabajo en el "agujero de la gloria", el pozo profundo excavado en roca sólida que sostendría la base de la presa. Fue un trabajo agotador. Pero la peor parte fue que había un pozo defectuoso en lo alto del cañón de paredes escarpadas por el que caían piedras y cemento sobre las cabezas de los trabajadores que se encontraban muy por debajo y los mantenían atascados. Se habían hecho repetidas quejas, pero los patrones se negaron a hacer nada al respecto. ¿A quién le importaba si había más cabezas rotas o unas tumbas más para los trabajadores?

Eso fue demasiado El 17 de octubre, después de que varios hombres habían sido golpeados por la caída de rocas, decidimos tirar de la clavija. Presentamos a la gerencia nuestra lista de demandas:

Liberación de todos los prisioneros de la guerra de clases
Hacer seguros los flujos aéreos
Aumento salarial del 25 por ciento
Limpieza de sábanas una vez por semana

Mejor comida
No a las horas extras
Un boicot a los productos de California

Nuestras demandas fueron rechazadas desdeñosamente por los títeres de la Compañía. Veinticinco de nosotros paramos. Pronto se nos unieron otros quince que habían recibido la orden de ocupar nuestro lugar. Pronto pararon más de setecientos, dejando solo un puñado de costras. Incluso muchos de los ingenieros se unieron a nuestra causa. El trabajo se detuvo. Habíamos hecho bien nuestro trabajo organizativo.

Fue una huelga muy bien ejecutada. No hubo absolutamente ninguna violencia. Hicimos huelga a organizadores y ponentes que siempre destacaron. Incluso el editor del periódico local nos elogió, aunque algunos de los periódicos de las grandes ciudades publicaron las habituales mentiras sobre la violencia y el sabotaje. Establecimos grandes líneas de piquetes ordenados y no cruzó un esquirol. La Compañía estableció una sala de contratación en Seattle y no se molestó en informar a los nuevos empleados sobre la huelga. Cuando la primera carga de autobús llegó a Concrete, había un sólido muro de wobblies a través de la calle principal que bloqueaba su avance. Un comité nuestro convenció fácilmente a los rompehuelgas en el autobús para regresar a Seattle.

Mientras tanto, las dos Convenciones divergentes habían comenzado en Chicago. Cada informe de lo que estaba pasando era más confuso que el anterior. Un día, mientras estaba terminando mi período de piquete, un angustiado Mortimer Downing se me acercó: acababa de llegar de Seattle. Fuimos a un grasiento restaurante de la calle principal de Concrete. Nunca lo había visto tan preocupado.

"Todo mi mundo se está desmoronando, compañero de trabajo", me dijo mientras tomábamos un café. "Tienes que ayudarme, ayudarnos a todos. De repente, siento que ya no puedo confiar en nadie".

Parecía que estaba casi tan en la oscuridad sobre lo que estaba pasando en Chicago como todos los demás. Estaba cansado de imprimir las ilusiones de Pollyanna en el periódico. Quería la verdad. Quería enviarme a Chicago para averiguar qué estaba pasando realmente e informarle personalmente.

Me sentí honrado de que me confiara una tarea tan importante. Quería conocer la verdad tanto como él, y tal vez poder ayudar a aliviar la situación.

Sacó su billetera y me entregó un fajo de billetes. "Oh no," dije. "No voy a utilizar ningún dinero de la organización. He ahorrado unos cuantos dólares y puedo dar un curso universitario sobre el viaje en los mercancías".

"Maldita sea, Joe, este es mi dinero", dijo, "y tengo que cumplir con los plazos. Quiero esa información rápidamente. No quiero que te quedes varado en algún lado de Nowhere, Dakota del Norte".

[Nowhere: Ninguna parte]

Alguien abrió la puerta de la cafetería en ese momento y una ráfaga de aire helado sopló. Eso me convenció.

En unas pocas horas yo estaba en un expreso dirigiéndome a Chicago.

XXVII. ERA MI CAMELOT

Mientras el tren rugía hacia el este a través de una extraña oscuridad blanqueada por la nieve, recosté mi cabeza en el vagón tenuemente iluminado y tuve largos pensamientos. De una cosa estaba seguro: si el IWW se desmoronara, estaría perdido, devastado. Era mi Camelot, mi razón de ser.

¿Podrían todos esos poderes, dramas, luchas, sacrificios humanos y enfrentamientos conseguir algo para los trabajadores? ¿Joe Hill y Wesley Everest y Frank Little y los mártires de Everett fueron asesinados para esto? ¿Qué hay de las miles de mujeres que estuvieron en la nieve en Lawrence y cantaban "Queremos pan y también rosas"? ¿Qué de todos los brillantes esfuerzos del Santo? ¿Gurley Flynn encadenándose a la farola? ¿Los años de prisión de las víctimas de Centralia? ¿Hoosier Red dando toda su herencia a la causa? ¿Y todos mis esfuerzos y luchas?

Y sin embargo, mientras atravesábamos los pinos de Idaho, sentí un poder creciente en mí mismo, una sensación de destino delicioso. Y me quedé medio dormido con el balanceo del tren. Qué ambigua es la mente humana, pensé, qué llena de ambivalencia. A pesar de toda mi preocupación, mi sensación de horror y de inminente muerte, subyacente a todo, sentí una gran emoción de alegría y auto-importancia al ser enviado a una misión tan vital, al sentarme aquí cómodamente, a ser una especie de "gran tiro". "

Y sentí la innegable emoción de los viajes, por la razón que fuera, la sensación de drama compactado al atravesar las pequeñas ciudades perdidas en la noche, la sensación de importancia y propósito que siempre viene con ir a alguna parte. Viajes. He pasado gran parte de mi vida viajando. Había leído en alguna parte que la única vida y realidad estaban en el movimiento: el movimiento de personas a través del espacio, el movimiento de las partículas del cerebro. Según esta definición debo ser una de las personas más reales y vivas que han existido alguna vez, pensaba. Esta era la vida. Era real. Era la clase de vida que siempre había deseado. La historia estaba en el equilibrio. Quizás toda la historia del mundo.

Mientras el tren avanzaba, pensé en otros trenes y otros viajes, en Lincoln escribiendo el Discurso de Gettysburg en su camino hacia el campo de batalla de la guerra civil, y en el tren que llevó a su cuerpo a descansar; del tren sellado especial que llevó al secuestrado Bill Haywood y otros dos líderes de los sindicatos de mineros de Denver a Idaho para ser juzgados por cargos falsificados de asesinato; de los dueños de los ferrocarriles que tuvieron todos los silbidos de las locomotoras para ahogar a Eugene Debs cuando hablaba en los ferrocarriles de Terre Haute, y de su "Especial Rojo" con el que realizó su campaña presidencial; del tren blindado sobre el que Ralph Chaplin había escrito, enviado a atacar a los mineros en huelga en Paint Creek, Virginia Occidental; del tren que, en 1917, había arrojado a doce mil huelguistas wobbly de Bisbee en medio del desierto de Nuevo México, varados y hambrientos.

Hacia el amanecer, atravesando la vasta Montana, mi mente se iba quedando dormida, me sentí abrumado nuevamente por la importancia vital de mi misión. Yo debía pensar y actuar mejor en esta crisis de lo que he pensado y actuado antes, sabía, que debía superarme a mí mismo. Me quedé dormido cuando apareció la primera luz tenue en el Este, traté de evocar los espíritus de Bill Haywood y *el Santo*. ¿Qué harían ellos? Con la cabeza apoyada en el reposacabezas, les supliqué a sus espíritus que me enviaran algún mensaje, alguna guía para operar.

Pero ellos no me respondieron. Todo lo que escuché fue el interminable chasquido de las ruedas del largo tren en las vías, y sentí una débil gratitud por no estar congelado en un vagón de carga en algún lugar. Entonces me dormí.

Cuando desperté estábamos cerca de la frontera con Dakota, avanzando hacia el Este, pasando por pequeñas ciudades de praderas solitarias. La vasta extensión de América. La había pasado tantas veces. Las largas colinas. La vasta pradera tranquila sin la vista de una sola persona o estructura de milla a milla. Usted podría pensar que sería suficiente para que todos tuvieran un pedazo de eso y pudieran llevar una vida digna; pero si la IWW era destruida, la oportunidad se iría para siempre.

El tercer día el largo viaje comenzó a terminar. La realidad pronto se volvería más real, y me sentí un poco asustado y, sin embargo, extrañamente emocionado de estar preparado para enfrentarla. La gran ciudad comenzó a ensamblarse en pequeños pedazos y piezas y lentamente se congeló como un rompecabezas gigantesco en un todo coherente. Me incorporé y me preparé para enfrentar la realidad. ¿Hacía realmente menos de un año que había

estado aquí, me había sentado a los pies de la gran Helen Keller? Parecía que hacía tanto tiempo, que tanto había sucedido mientras tanto. El tren se detuvo, agarré mi equipo y me abrí paso entre la multitud en la estación.

Un viento frío soplaba a través de los largos cañones de la ciudad que subían desde el lago. Sentí las dos cartas en mi bolsillo como pequeñas bombas diseñadas inteligentemente que Mortimer Downing me había dado, una para Rowan, otra para Doyle y Fisher. ¿Cuál entregar primero? Me quedé sintiéndome indefenso por un momento, de pie fuera de la estación de tren. Tal vez algo dentro de mí se estaba estancando por temor a lo que encontraría. Finalmente le pregunté las direcciones a un transeúnte. Al encontrar la sede de Rowan más cerca, en North LaSalle, decidí ir allí primero.

Cada paso que daba por las frías y concurridas calles me enviaba una punzada de dolor. ¿Qué encontraría? Parecía que casi tuve que forzarme a caminar durante la última media cuadra.

En el momento en que doblé la esquina supe que este era el lugar. Media manzana delante de mí había una de las vistas más extrañas que había visto nunca. Cuidado que los wobblies son dramáticos. Por un largo momento pensé que estaba de regreso en los profundos bosques de Washington u Oregon. En la acera delante de mí, había una montaña de hombre de unos cuarenta años, ataviado con las prendas de los madereros, con chaquetón y botas calafateadas. Y estaba haciendo algo que nunca pensé que podría llegar a ver hacer a un wobbly. ¡Estaba rezando!. Estaba arrodillado frente a una puerta, con las manos juntas, la cabeza inclinada solemnemente, con una mirada tan sincera de súplica atormentada como en los rostros de esas pinturas religiosas que me habían visto obligado a ver de niño. Junto a él había un pequeño letrero que decía simplemente *SOLIDARIDAD*.

Me acerqué a él vacilante. Su rostro parecía vagamente familiar. Vi que tenía un alfiler de la Unión de Trabajadores de la Madera 120 fijado a su chaquetón.

"Compañero de trabajo" dije con timidez.

Sus ojos parecían girar dolorosamente en su cabeza. Cuando me miró a los ojos y al parecer, más allá de ellos, pude ver que era inteligente, tal vez extremadamente inteligente.

"Compañero de trabajo", repitió mis palabras.

"Acabo de llegar del oeste", dije". Y creo que va mal".

"Muy mal, compañero de trabajo".

"¿Hay alguna esperanza?"

"Una pizca. No estaría aquí si pensara que no había ninguna".

"¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera así?"

"Cinco días."

"¿Los toros te han dado algún golpe?"

"Han corrido a cuatro tiesos por aquí. Por qué no me molestaron, no lo sé".

"¿Qué hay en el fondo de todo esto?", pregunté.

"¿Tienes alguna pregunta fácil?"

Parecía amigable pero no demasiado ansioso de hablar. Le dije que tenía una carta del editor del *Industrial Worker* para Rowan. "Dale mis saludos", dijo.

¿Acabo de imaginarme que había una lágrima en la esquina de un ojo del *bestia de la madera* cuando me dirigí a la puerta?

"Buena suerte, compañero de trabajo", le dije. "No te rindas. Tal vez pueda hablar contigo un rato antes de dejar esta ciudad".

Entré por la puerta. De repente, se me reveló donde lo había visto antes: en el vagón de Seattle a Centralia hacía cinco años.

Dos tiesos de rostros solemnes estaban en la entrada de las oficinas de Rowan y su grupo. Eran tan grandes como el leñador de la calle y parecía que no aceptaban tonterías. Saqué la carta a Rowan y puse mis credenciales sobre ella. "Hola, compañeros de trabajo," dije. "Acabo de llegar de Washington con una importante carta de Mortimer Downing para Rowan". Agregué un poco vacilante: "Tuve el placer de llevar a mi compañero de trabajo Rowan desde Seattle a Centralia el pasado mes de mayo", espero poder entregar la carta en persona.

Los dos hombres me estrecharon la mano. "He oído hablar de ti, Joe", dijo uno de ellos, cuyo nombre era Matt. "Jimmy no está aquí ahora mismo. Le daremos la carta en el momento en que regrese".

Sentí una rencuencia a alejarme. Me sentí un poco como si fuera un hombre que se ahogaba y se aferraba a la vida. "Las cosas se ven bastante mal, supongo", dije, temporizando. No podría decidir si debería decirles que

estaba tratando de obtener información para Downing. "Me gustaría ayudar si puedo", les dije. "Naturalmente, me gustaría saber qué demonios está pasando".

"Mi trabajo termina a las cinco", dijo el compañero de trabajo llamado Matt. "Regresa entonces si quieres y podemos tomar un java y charlar".

"Es un trato", le dije. "Gracias por enviar la carta a Rowan. Es importante".

Sacudí sus manos y me fui. El leñador todavía estaba de rodillas rezando en el frente. Le di una sonrisa amistosa y un hola y caminé por la calle.

Era temprano en la tarde. Chicago estaba llena de su habitual estruendo, pero en mi estado de perturbación casi no lo oía. De la breve descripción de Mortimer Downing de los asuntos, sabía esto: Inicialmente, los grupos Rowan y Doyle habían convocado convenciones separadas. Pero los confusos delegados a su llegada aquí habían establecido una tercera convención, en el Emmet Memorial Hall, en Ogden Avenue. La mayoría de los IWW, excepto Rowan y sus seguidores, lo habían aceptado como la convención oficial. Como la oficina central del IWW en West Madison estaba más cerca, decidí pasar por allí primero para entregar la otra carta a Doyle y Fisher.

Me acerqué al gran salón familiar que había visitado tantas veces el año pasado, el centro de mi universo, con inquietud. Un grupo de trabajadores de aspecto hosco se situaban frente a él. Pero lo primero que me llamó la atención fue una réplica sorprendente de lo que acababa de ver frente al cuartel general de Rowan: otro hombre arrodillado rezando, un letrero de *SOLIDARIDAD* a su lado, este wob con un alfiler de la Unión de Trabajadores Agrícolas 110 en su abrigo. Su rostro parecía tan genuinamente perturbado y quejumbroso como el del maderero en la sede de Rowan. Le hice un gesto amistoso y me acerqué a los hombres que estaban junto a la puerta. Eran un grupo tan sombrío y desesperanzado como nunca había visto.

Justo cuando me acerqué, otros dos wobs bajaron la calle con ojos tristes.

"¿Algo nuevo?" dijo uno de los hombres de pie junto a la pared. "Naw. Simple palabrería, un refrito de lo mismo de siempre una y otra vez." Los dos recién llegados entraron en el vestíbulo.

Subí al hombre más cercano a la puerta. "Hola, compañero de trabajo", dije. "Tengo una carta para el Secretario General-tesorero Doyle".

"¿Dónde has estado?" El alto wobbly parecía mirarme medio humorísticamente. "Doyle y Fisher ya no pintan nada en este entierro. Tenemos un nuevo equipo".

"Acabo de llegar del oeste", dije con sorpresa. "¿Dónde puedo entregar la carta?"

"Entra, la primera puerta a tu izquierda".

Le di las gracias y entré en el antiguo y familiar salón. Solo que ya no era tan familiar. Ahora tenía más el aire de una sala funeraria que la sede de una organización laboral dinámica. Grupos de miembros de aspecto desconsolado se sentaban a hablar en voz baja; entre ellos una dispersión de mujeres. Unos pocos se sentaban solos mirando al espacio. Sonidos de discusión estallaron aquí y allá. Mientras observaba, un hombre de mediana edad, maleducado, maldijo a alguien más en su grupo, tiró un periódico al suelo y se marchó. Otros se sentaron a hablar con cortesía y seriedad, como si planearan algún plan de acción.

Encontré la oficina que quería y presenté la carta. "¿Es posible ver a Doyle o Fisher?" pregunté. Mi idea fue sugerirles, ya que aparentemente ya no eran funcionarios, que podrían querer compartir la carta de Downing con quien estuviera a cargo ahora.

"Están en la convención", dijo el hombre ocupado detrás del escritorio. "Ya veré que reciban la carta".

Yo dudé. "Me gustaría ayudar de cualquier manera que pueda para juntar a los dos grupos", dije.

"Todos lo haríamos, compañero de trabajo". El hombre delante de mí sonrió bastante sombríamente. "Quédate cerca. Quizá podamos arreglar esto todavía".

"La carta es importante", le dije. Le di las gracias y salí a la sala de murmullos.

De vuelta junto a la cafetera, inicié una conversación con una mano amiga de la cosecha, de unos treinta y cinco años, de Spokane. Le conté de mi misión y de mi ignorancia de los asuntos. En tonos sombríos me llenó de cosas.

Cuando los delegados comenzaron a llegar, estaban en estado de shock. Los fondos habían sido paralizados por el requerimiento de Rowan y se habían convocado dos convenciones separadas. Al principio gravitaron a las facciones de Rowan o Doyle. Pero la gran mayoría rápidamente se reunieron,

organizaron su propia convención y enviaron telegramas a todas las sucursales, resumiendo los asuntos y pidiendo ser reconocidos como la convención legítima. Sesenta y una de sesenta y cinco sucursales las habían respaldado, las otras cuatro respaldaban a Rowan. Había sido un milagro de organización de fuego rápido en el verdadero espíritu democrático “tembloroso”.

El presidente elegido fue mi viejo amigo PJ Welinder, presidente del comité de publicidad de la huelga de Portland que me había conseguido el puesto en el barco sueco. En espera de una investigación de los cargos y contra-cargos contra ambas facciones, la convención había suspendido temporalmente de su cargo tanto a Doyle como a Fisher y a toda la Junta Ejecutiva General, con juicios pendientes a los cargos que se celebrarían más adelante. Se eligió una administración temporal de tres personas; en aras de la armonía entre el Sindicato de Trabajadores Agrícolas y el Sindicato de Trabajadores de la Madera, incluyendo un miembro de cada uno. Ahora la convención estaba tratando de desentrañar los motivos de la división, restaurar la armonía y hacer que la facción de Rowan levantase la medida cautelar.

Paradójicamente, en medio de todo el caos, como me dijo el rígido, otros aspectos de la convención habían evolucionado suavemente: habían recibido cartas de apoyo de parte de Emma Goldman, Roger Baldwin de la ACLU y docenas de otras personas prominentes. Se anunció que el IWW ahora tenía dieciséis administraciones en naciones extranjeras. Cuerpos laborales en Hungría y Checoslovaquia acababan de solicitar la afiliación, y una huelga del IWW acababa de ganarse en México.

Hubo rumores de que los altos niveles del IWW habían sido infiltrados por el Partido Comunista. Pero cuando a Harrison George, un prominente wobbly convertido en comunista, se le negó el permiso para dirigirse a la convención, tales preocupaciones se disiparon. Pero persistían otros rumores amenazadores. Mi informante bajó la voz. En tono conspirativo, me dijo que dos de los seguidores de Rowan en la Junta Ejecutiva General derrocada, Bowerman y Raddock, eran sospechosos de ser agentes provocadores empleados por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos.

Todo lo que me había dicho tomó de repente un aspecto algo diferente en mi mente. Mi impulso fue saltar y decirle que conocía a Rowan y que, si pensaba que estaba conspirando deliberadamente con agentes federales, no estaba bien de la cabeza. Pero recordé a tiempo que mi misión aquí era mantener la

calma y llegar a la verdad, y mi propia misión personal era tratar de ayudar a restaurar la armonía, y me mantuve a raya.

Yo negué con la cabeza tristemente y agradecí al tieso de la cosecha por su ayuda. Miré alrededor de la sala abarrotada. "Una cosa que no puedo entender", dije, "es ¿por qué todos estos compañeros de trabajo no están en la convención?"

El hombre a mi lado se rió irónicamente. "Probablemente por la misma razón por la que yo no estoy allí ahora", dijo. "Oh, todos hemos estado por ahí de vez en cuando. Pero algunas de estas personas vinieron cientos o miles de millas para este gran evento. Algunas de ellas han invertido todo su interés en el invierno y se congelarán antes de lo esperado. El invierno es demasiado deprimente para ellos para sentarse y escuchar toda esta farsa refrita una y otra vez por los delegados. Yo supongo que todos estamos esperando para ver cómo sale todo. Si parece que hay un gran avance todos estaremos allí animando a la IWW."

Me estreché la mano con el amistoso tieso de la cosecha. De repente me sentí ahogado de emoción. "La IWW nunca se hundirá", dije. "No puede. No lo permitiremos".

Comencé a deambular por el gran salón, intercambiando fragmentos de conversación aquí y allá con miembros de rostro sombrío, reconociendo a algunos que había conocido o que me habían señalado. Y había otra cara que seguí buscando en la multitud: Emmett, mi hermano perdido, Emmett, que me había involucrado en todo esto en primer lugar y que me había ayudado tan a menudo en mi infancia; ¿dónde estaba él? ¿Por qué no podía aparecer mágicamente y explicarme todo esto y señalarme el camino correcto como lo había hecho tantas veces en el pasado?

Me sentí un poco aturdido por todo. Eran las cuatro pasadas. Decidí ir en busca de un restaurante para intentar reponer mi energía y mi capacidad intelectual antes de mi cita con el hombre de Rowan, Matt, a las cinco. Deambulé por la calle concurrida con la cabeza dando vueltas. Había mucho para absorber. Todo era tan complejo. ¿Cuánto de lo que el gato de los trabajadores del campo me había dicho era verdad? Me metí en una hamburguesería para un bocadillo y algo de java y traté de repasarlo todo en mi mente.

Estaba frente a la sede de Rowan unos minutos antes de las cinco. El leñador todavía estaba de rodillas rezando. Le sonréí. Por una vez en mi vida tenía un

par de dólares en el bolsillo y decidí pasársela una moneda; estaba seguro que Mortimer Downing lo aprobaría. Se negó a tomarla, así que la coloqué al lado de su cartel de SOLIDARITY.

El gran leñador Matt salió exactamente a las cinco. Por la expresión de su rostro no pude ver cómo se sentía hacia el suplicante solitario. "Vamos, compañero de trabajo Joe", dijo, tomándome del brazo, y nos fuimos por la calle. Soplaba un viento frío. Entramos en un pequeño establecimiento a media cuadra y nos sentamos en un reservado en la parte de atrás.

Matt pidió café, luego se inclinó hacia mí con seriedad sobre la mesa llena de cicatrices: "¿Qué quieras saber?" Pude ver por sus modales y palabras que el hombre que estaba frente a mí estaba a un par de escalones por encima de la bestia de la madera habitual en cerebro y educación.

"Todo" le dije. "¿Le diste la carta de Downing a Rowan?"

"Claro", dijo.

"¿La leyó?"

"Inmediatamente."

"¿Alguna reacción?"

"Jimmy parecía muy preocupado por eso. Probablemente sabes que tiene un gran respeto por Mortimer Downing".

"Y lo contrario también es cierto", dije.

El camarero trajo el café. Cuando estuvo fuera del alcance del oído, dije: "Entonces, ¿qué provocó todo esto? ¿Qué ha estado pasando? Hemos leído algunos de los boletines de ambos lados, pero Downing quería que lo sacara de la boca del caballo".

Matt se recostó en su asiento. Me miró a los ojos. "Es un mundo difícil, Joe", dijo. "Todos efectuamos grandes apuestas: el futuro del movimiento obrero, el futuro del mundo. En cualquier gran movimiento hay diferentes escuelas de pensamiento. Probablemente has estado con los wobblies el tiempo suficiente para saber que al menos desde 1913 ha habido una lucha entre gente como Jimmy y los trabajadores de la madera que quieren más autonomía local para los sindicatos, y los tiranos hambrientos de poder que quieren manejar todo desde Chicago.

"No fue tan malo cuando los centralistas eran hombres como *el Santo* y Bill Haywood que tenían el cerebro suficiente para interpretar las reglas con un margen de maniobra selectivo y que tenían la confianza de todos los miembros. Pero ahora tenemos terceros calificados como Doyle y Fisher, que han creado una máquina política autosuficiente con personas que padecen hambre, personas incompetentes, comunistas y probablemente algunos agentes del gobierno. Una máquina política: así es como puede llamarse. La cuestión es si el IWW se va a ser una organización de verdaderos sindicatos industriales en funcionamiento que organicen a los trabajadores para la revolución, o un grupo diluido de filósofos de escupidera y burócratas laborales que jueguen con los políticos.

"Mira el asunto", continuó Matt. "¿La camarilla del cuartel general ha hecho grandes huelgas? Solo este año, malgastaron ochocientos dólares enviando a una de sus mascotas, Jack Leheny, para que organizara, ¿qué logró él? Exactamente nada. Han desperdiciado el dinero de los trabajadores en temas de política como la defensa de los prisioneros de la guerra de clases en lugar de organizar en el punto de producción. Mira las publicaciones: desde 1920 se han superado entre sí tratando de ser respetables para tratar de obtener las simpatías de la burguesía. Han sofocado la libertad de expresión en la prensa del IWW. Se han entrometido tanto en el sindicato de trabajadores portuarios de Filadelfia que casi los han expulsado de la IWW.

"Fisher regresó allí para investigar las boletas fraudulentas de los Trabajadores del Transporte Marítimo, y blanqueó todo el asunto. Doyle gastó un montón de dinero en una basura inútil para Washington. Ellos y sus amigos están tratando de hacer que todos los sindicatos sean meros apéndices de su máquina podrida. La podredumbre seca ha entrado, Joe, y tiene que ser escariada. ¿Has estado en el sótano de la sede? ¿Has visto lo que los filósofos de escupidera y gatos de sala están leyendo actualmente? ¡El *Racing Form*! Y ahora la camarilla de la sede quiere gastar todo el tesoro del IWW en un nuevo y enorme edificio-sede para consolidar aún más su control sobre la organización. —Un edificio que probablemente tomarán los capitalistas tan pronto como un agente provocador se las arregle para torcerse el tobillo en un piso recién fregado. ¿Por qué nunca tienen convenciones en el oeste donde está la acción?

[El *Daily Racing Form* (generalmente conocido como *Racing Form*) es un periódico sensacionalista fundado en 1894 en Chicago, Illinois que entre otras cosas publica información sobre carreras de caballos]

Matt se detuvo por un momento para tomar un sorbo de su café. Mi cabeza daba vueltas por la explosión sin parar.

"En resumen, todo el asunto es organización", continuó Matt. "El cuartel general, la forma en que están configuradas las cosas ahora, ha sido una organización de isquiotibiales. ¿Cuáles fueron las últimas palabras de Joe Hill? 'No pierdan el tiempo en luto, jorganíicense!' Organizar! Organizar! Organizar!" Golpeó el puño sobre la mesa. "Eso es lo que Rowan y el resto de nosotros queremos hacer. ¡Organizar para la revolución! Para una revolución de los trabajadores".

[Los tendones Isquiotibiales en la pierna impiden el movimiento de la persona si son rotos. Pueden utilizarse en una frase como metáfora para indicar que una persona está limitada por disposición externa]

Asentí. Me sentí un poco intimidado por el aluvión de palabras. Finalmente, tuve el coraje de murmurar: "¿La orden judicial?"

La cara de Matt cambió. "Tal vez has golpeado nuestro talón de Aquiles, Joe", dijo. "No estoy seguro de cómo me siento con respecto al mandato judicial. Tal vez fue un error. Jimmy sintió que tenía que proteger los fondos de la organización. Fueron desperdiciados por la máquina de Doyle y Fisher. Y se negaron a llamar a una reunión de la Junta Ejecutiva para discutir la situación". Parecía pensativo.

"Todos hacen tratos en ciertas crisis inevitables", dijo Matt en voz baja. "Bienvenido al mundo de la *realpolitik*, Joe. Lenin hizo un trato con los alemanes. Lincoln hizo tratos en el Congreso. Toda la *Constitución* de los Estados Unidos fue un trato. No es agradable, pero a veces es necesario".

"Dime", dijo, "¿quién es el wobbly que más admiras?"

Pensé. "Bueno, me encontré con Haywood en dos ocasiones y que impresionó poderosamente," dije, "pero desde que se fue a Rusia no sé muy bien cómo me siento por él. El *Santo* supongo", dije.

Matt sonrió conspirativamente. "El mío también", dijo. "¿Sabías que en la Segunda Convención de la IWW de 1906, cuando el Presidente empedernido Sherman no aceptó el voto de la Convención para expulsarlo, *el Santo* fue a los odiados tribunales capitalistas para que la sede fuera entregada a los oficiales recién elegidos?"

"No, no lo sabía", le dije.

"Era eso o un tiroteo en las calles de Chicago", dijo Matt.

Tomé un sorbo de mi café. "¿No hay ninguna posibilidad de compromiso?", pregunté.

"Rowan ha sido expulsado", dijo. "La convención está en nuestra contra. ¿Por qué no vas allí y lo ves por ti mismo?"

Asentí. "Entonces, ¿qué va a hacer Rowan?"

Matt parecía molesto.

"Eso es lo que estamos tratando de decidir ahora", dijo.

Mi cabeza daba vueltas. Caminé a través de la oscuridad en el viento frío y amargo del lago. ¿Qué debería yo hacer ahora? Me preguntaba. Había tanto que digerir, por evaluar, que aún no sabía. Al dejar a Matt, finalmente decidí no llamar a Downing hasta que hubiera asistido al menos a una sesión de la convención y hablara con algunos de los compañeros de trabajo. Cuanto más tiempo estuve aquí en Chicago, más consciente era de la inmensidad de la tarea que me había confiado Mortimer Downing.

Muerto después de mi viaje casi sin dormir y de mi largo y desconcertante día en Chicago, decidí ir a la pensión de "Red Martha" Biegler, donde me había alojado el año anterior. Pronto estuve en la reconfortante proximidad de compañeros nómadas y rebeldes.

Al día siguiente hice un buen desayuno y me dirigí a la convención. Mi cabeza aún daba vueltas con los relatos ampliamente divergentes de las cosas que había oído. Así que me estaba iniciando en el brutal mundo de la *realpolitik*. Lenin había hecho un trato con los alemanes. Saint John había tratado con los tribunales capitalistas. Aún así, yo todavía estaba en un estado

leve de shock ante la inconsistencia de la postura de Rowan, que se había negado terminantemente a la conmutación de Leavenworth y atacó amargamente a los que lo hicieron, pero se había arrastrado a los tribunales burgueses que nos habían perseguido tan salvajemente. Pero yo todavía no sabía todos los hechos.

Sí, había un tercer compañero de trabajo postrado sobre sus rodillas y orando fuera del salón de convenciones. Mientras observaba, una hoja muerta sopló contra su cara y él levantó la mano y la apartó, luego volvió a inclinar la cabeza en señal de súplica. Multitudes de miembros ansiosos esperaban a que comenzara la sesión. Sus caras eran un pastiche de todas las emociones conocidas por el hombre: ira, odio, esperanza, desesperación, amor, y una resignación desgarradora. Algunos parecían al borde de las lágrimas.

Comencé a circular entre ellos, reuniéndome con algunos trabajadores que había conocido en el Oeste, intercambiando fragmentos de información. Oí al menos cinco versiones diferentes de lo que había ocurrido cuando Rowan y su grupo habían sido expulsados de la sede —con y sin pistolas y cachiporras. Un rígido especuló: "Cuando Rowan fue golpeado, ese fue el final de todo, pues es algo que el irlandés de cabeza dura nunca olvidará ni perdonará, recuerda mis palabras".

Poco antes de las nueve la multitud comenzó a presentarse en el salón de convenciones. Sólo había veintinueve delegados, pero había doscientos o trescientos espectadores, compañeros de trabajo de todo el país. El estado de ánimo era tenso y solemne. Era como si la decisión de aniquilar la raza humana o mantenerla en marcha estuviera en juego. Pensé en la Primera Convención a solo unas cuadras de aquí hace diecinueve años, cuando Big Bill Haywood se había levantado y proclamado: "¡Este es el Congreso Continental de la clase obrera!"

La convención fue llamada al orden. Y allí estaba el presidente, mi viejo amigo PJ Welinder, que se mostraba tan tranquilo, calmado y que controlaba la situación como si se tratara de una reunión de observadores de aves. Todos estaban en silencio, listos para captar cada palabra. El secretario de actas estaba preparado. Las cosas avanzaron más seriamente y sombríamente que en el piso del Congreso de los Estados Unidos. Los primeros oradores fueron moderados y prácticos, recitaron sus versiones de los acontecimientos de una manera honesta y profesional, algunos favorables para Doyle y Fisher, algunos inclinados hacia Rowan, algunos críticos de ambas facciones y la mayoría de

ellos con sugerencias constructivas para la solución de la controversia y la mejora de la IWW.

En poco tiempo, sin embargo, las cosas comenzaron a torcerse. Alrededor de las once, un trabajador llamado Thomas Smith comenzó un largo catálogo de quejas contra las condiciones que, según afirmó, había descubierto en la sede:

"...Con respecto al problema de proporcionar oradores... Las partes seleccionadas... no me parecieron las partes correctas, ni para enviarlas a la Costa Oeste ni a la Costa Este. Creía en ese momento y sigo creyendo que no son más que sanguijuelas, que intentan imponerse en la organización. En mi opinión, la única lealtad que tenían o era la lealtad hacia la auto-ganancia, en el sentido de que podrían obtener un boleto de comida, a expensas de los que aún se encuentran recluidos en las distintas cárceles de todo el país, y ese es el motivo por el que siempre están en la sede. Ya mencioné que no había dinero en la tesorería, pero que siempre había suficiente para proporcionar o financiar el transporte para tal fin, que sirve para demostrar que siempre y cuando te mantengas bien con el elemento que controla las finanzas, siempre se encontrará una manera de financiarte... Es decir todo depende de cómo estés al lado de la pandilla de la sede..."

"También encuentro que el sótano es el lugar de reunión para muchos filósofos, cuya filosofía en su mayor parte consiste en los méritos y los deméritos de las carreras de caballos. Este asunto debe ser examinado y se deben proporcionar formas y medios para poner fin a tal..."

Un leve alboroto saludó la conclusión de los comentarios del compañero de trabajo Smith. A mi lado, un hombre de los trabajadores agrícolas hizo una mueca de disgusto, mientras que en el otro lado un gran maderero murmuró: "Díselo, Tommy".

Después de unos instantes murió el alboroto. Un aire de especial atención se instaló en la multitud cuando el presidente Welinder presentó al siguiente orador, el miembro de la Junta Ejecutiva General (GEB) suspendida Arthur Linn del Sindicato de Trabajadores Agrícolas (AWO).

"Compañeros de trabajo", comenzó Linn:

"Después de haber sido elegido Presidente del Comité de Organización General de la Unión Industrial 110, el 1 de febrero de 1924, y de acuerdo con la nueva norma de la Junta General Ejecutiva me convertí automáticamente en un miembro de la GEB.

"Alrededor de la primera parte de marzo, el Presidente de la Junta me notificó que había una reunión de la GEB recién instalada, que duró diecisiete días. En esta sesión no se logró nada muy constructivo, ya que la mayoría del tiempo se dedicó a discutir personalismos... Hubo algunas personas en las Oficinas Centrales que, por lo que puedo ver, nunca han hecho nada en la organización, pero causan disensión e interrupción dondequiera que hayan estado, y en ese momento tratamos de interrumpir la Sede General. Estas personas son M. Raddock, Fred Bowerman y John Grady, y solo esperaban la cooperación de algún Jesús de estaño que tenía el respaldo de la membresía en el campo. Cuando James Rowan llegó a Chicago con una propuesta por encima de la controversia de Leavenworth, naturalmente se unió a esta tribu.

"...Se hizo una votación sobre la cuestión de la celebración de una sesión de la junta, que no fue aprobada por una mayoría de dos tercios según lo dispuesto por la Constitución... Voté no en esta ocasión, y mis razones para hacerlo así es que no consideré las razones dadas como bases suficientes para una sesión... Sin embargo, la facción de Rowan decidió celebrar una sesión de todos modos, como le dijeron a Doyle y Fisher: "¡Al infierno con ustedes!". Como esta sesión no se realizaba a través de los canales adecuados... decidí no asistir a la misma y la ignoré por completo. De inmediato se pusieron a trabajar y se enviaron folletos disruptivos al campo, situando a los miembros en un alboroto y obstaculizando el trabajo de la organización...

"Rowan y compañía luego procedieron a atar todos los cabos de la organización general... Los miembros de Chicago se disgustaron con sus tácticas sucias y clandestinas y procedieron a tomar medidas, y les informaron educadamente que si iban a continuar reuniéndose y con su trabajo perturbador tendrían que salir de la sede. Como se negaron a levantar la sesión y regresar a sus respectivos escritorios a la función de funcionarios de sus IU (uniones Industriales), se les dijo que abandonaran el edificio, a lo que se opusieron con grandes gritos acusando de hombres armados y secuestradores a los que los

arrojaban, pero no se usaron armas ni palos, y ni siquiera hubo una pelea en el cuartel general...

"Esperando una decisión clara de esta convención, sigo siendo vuestro para un IWW más grande y mejor".

Otro alboroto siguió a la disertación de Linn. Hubo lamentos y quejidos y silenciosas amenazas y súplicas de moderación en la multitud a mi alrededor. Al final del pasillo, parecía que dos compañeros de trabajo estaban a punto de estallar. En el podio del Presidente Welinder, aunque aún no era mediodía, de repente anunció un descanso para el almuerzo. Los combatientes se calmaron y la multitud comenzó a salir a la calle. Todos estaban angustiados, con las cabezas temblando, meneando los dedos, con miradas de enojo o angustia o tristeza sombría en sus caras.

Cuando comencé a caminar por la calle con otro wob buscando un restaurante, un miembro con una sonrisa sombría puso dos volantes en nuestras manos. Unos minutos después, a la espera de nuestro almuerzo, comenzamos a leerlos. Resultó ser un poema mimeografiado escrito unos días antes por un compañero de trabajo en la prisión de San Quintín "para avivar las llamas del respeto de la Corte". Leí:

JAMES ROWAN POR SIEMPRE

*Debo salvar al proletariado de las tácticas de los excrementos;
Los funcionarios, Doyle y Fisher, han roto todas las reglas;
Y los cincuenta mil wobblies son un paquete de tontos;
Pero la injusticia nos hace fuertes.
Segundo Jesús Jimmy Rowan,
Segundo Jesús Jimmy Rowan,
Segundo Jesús Jimmy Rowan,
y las injusticias lo hacen fuerte...*

Los dos nos reímos conscientemente. "Debo admitir que es inteligente", admití, tomando un sorbo de mi java. Y como una ocurrencia tardía: "Pero la inteligencia no lo hace correcto".

El rígido a mi lado sacudió la cabeza. "Es un rompecabezas chino", dijo, mirando tristemente en su taza de café. "Si puedes resolverlo todo, 'eres mejor hombre que yo, Gunga Din'".

Nos sentamos tristemente enfrentando nuestros rostros, discutiendo los pros y los contras de todo esto. La comida parecía insípida, superflua. Algunos wobblies tomaron una cabina contigua y se sentaron discutiendo en voz baja. En un momento escuché a uno decir: "He tenido suficiente. Regresaré a Schenectady y recomendaré que seamos independientes". Los otros lo miraron con dagas en los ojos.

Regresamos para la sesión de la tarde. Continuaron las disputas y las acusaciones. Ahora podía entender por qué tantos compañeros de trabajo habían perdido la esperanza y habían vuelto a lamentarse en la sede. Fue la cosa más dolorosa que jamás había experimentado, viendo como la IWW se desgarraba. Era casi como si mi propio cuerpo estuviera siendo destrozado. Sabía que mi vida sería totalmente inútil y desesperante si la IWW se rompía.

A última hora de la tarde, un maderero llamado Pat Cantwell se levantó y leyó una declaración de él mismo y de otro delegado de la convención:

"Compañeros trabajadores:

"Somos delegados debidamente elegidos en la convención anual del Lumber Workers Industrial Union 120, celebrada en Spokane, Washington... Deseamos hacer la siguiente declaración: Vinimos aquí con el propósito de resolver la controversia actual dentro de la organización. Después de participar en esta llamada convención... descubrimos que más de un tercio de los delegados presentes han tomado parte directa al lado de Doyle y Fisher en la presente controversia. El taquígrafo que trabajaba para Doyle y Fisher así como el secretario oficial de actas también están en el asunto. También hemos visto a Tom Doyle pasar notas a los delegados durante la sesión. En estas circunstancias, no nos sentimos justificados para seguir participando en esta llamada convención. Por este medio notificamos a los miembros que nos retiramos".

Los dos delegados se levantaron, caminaron por el pasillo y salieron por la puerta, con la mirada atónita de los otros delegados y espectadores. Gritos de "¡No! ¡No!" "¡No se vayan, compañeros de trabajo!" "¡Vuelvan, compañeros de trabajo!" y "¡Solidaridad!" sonaron en el pasillo. Vi a hombres adultos

llomando ante la deserción de los dos delegados. Varios hombres se levantaron y corrieron tras ellos y salieron a la calle. Pero los dos descontentos trabajadores del bosque no regresaron.

"¡Rowan les ordenó que hicieran esa declaración!" Escuché a un trabajador gritar. "Eso significa con seguridad una escisión", dijo otro con tristeza.

El día terminó. Todo fue anticlímax después de la salida de los dos delegados. La larga sesión del día se rompió en gruñidos y desesperación. Salí a la calle fría y ventosa. Alguien había dado vuelta a la señal de SOLIDARIDAD del único suplicante.

XXVIII. EL REPARTO

Me dirigí a la pensión de Martha Biegler para llamar a Downing. ¡Cómo temía la llamada! ¿Cómo podría decirle lo malo que era? Me hundí en un triste nerviosismo, mis ojos cerrados, mi cabeza apoyada en la ventana traqueteante del tranvía.

Frases aleatorias del piso de la convención sonaban en mis oídos. Centralista Descentralista, Sindicalista Industrial. Anarcosindicalista. Revolucionario. ¿Qué significaban ellas realmente? La facción de Doyle se llamaba a sí misma Sindicalista Industrial, pero era el concepto de Rowan de fuertes sindicatos semiautónomos lo que estaba realmente más cerca del Sindicalismo Industrial. Y cada lado afirmaba que era más revolucionario que el otro.

Hice arreglos para usar el teléfono en la pensión y finalmente puse a Mortimer Downing en la línea. Él ya había recibido un poco más de información desde mi partida, y sonaba tan desesperado como yo. Le di mi largo informe y él me cuestionó enérgicamente sobre varios puntos. Antes de despedirse, dijo: "No pierdas la esperanza, Joe. La lucha de los trabajadores por la emancipación continuará así se llame IWW o Tin Row Singing Society de Jimmy Rowan". Me dijo que me quedara y lo telefoneara de nuevo cuando tuviera algunas noticias más importantes. Dije: "Por el *Único Gran Sindicato*", y colgué.

Fui a mi litera y me acosté. No tenía ganas de ver a nadie. Solo quería dormir y sacar todo de mi mente.

Pero no pude dormir. La invectiva de la convención seguía golpeando dentro de mi cabeza.

Alrededor de las diez me levanté, me puse el chaquetón y salí a la fría y ventosa calle. El invierno ya había llegado a Chicago. Solo quería caminar y caminar e intentar purgarme de todas las emociones retumbantes que sentía dentro de mí. No sé cuándo se me ocurrió la idea de ir al cementerio de Waldheim. Pero de repente sentí que quería tirarme sobre las tumbas de los mártires de Haymarket, sobre el suelo donde estaban enterradas las cenizas

de Joe Hill, y dejar gritar mi corazón; hundirme en esa tierra sagrada y unirme a ellos.

Cogí un tranvía, y pronto estuve en su exaltada presencia. La gran estatua se alzó sobre mí, con las inmortales palabras de August Spies grabadas en el andamio: "Llegará un momento en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que estranguláis hoy". Me arrodillé ante ella, sintiendo que el viento helado me azotaba el cuello y los ojos. Si solo estos grandes líderes y trabajadores estuvieran hoy con nosotros, ¡sabrían qué hacer! Incliné la cabeza contra el pedestal de granito, implorándoles que enviaran algún mensaje, que volvieran de entre los muertos e hicieran sentir su poderosa presencia. No respondieron. Por todo su esplendor y rectitud moral habían sido aplastados. Estaban mudos. Una ligera nieve comenzó a caer; la hoja sinuosa de los derrotados.

Luego me arrodillé ante las cenizas de Joe Hill, las lágrimas corrían por mis mejillas. Oh, Joe, ¿dónde estás ahora que te necesitamos más que nunca? Oh Joe, vuelve y rescata esta gran organización a la que diste tu vida. Canta tus canciones inmortales de nuevo. Envíame un mensaje que pueda llevar a los bloqueados delegados, una petición de cordura y unidad que nos llevará a través de esta crisis. No respondió.

Comencé a temblar. La nieve cubrió mi cabeza, mi abrigo, mis zapatos. Finalmente, en un paroxismo final de desesperación, decidí invocar al Santo. Oh Vint, ¿dónde estás en esta nuestra hora más aciaga? Vuelve con tu mente brillante y tu espíritu invencible, regresa y sálvanos como lo hiciste antes tantas veces. Y luego me di cuenta como un rayo que St. John no estaba aquí, ¡estaba vivo! Un verdadero wobbly santo en algún lugar de esta Tierra. ¡Él era quien podía salvarnos! Y recordé haber escuchado cómo, cuando St. John fue liberado de Leavenworth, James P. Cannon, un destacado comunista convertido en wobbly, se había sentado toda la noche con el *Santo* tratando de acercarlo al comunismo. Pero *el Santo* no había sido convencido, y se había ido al oeste para organizar una mina cooperativa en algún lugar de las zonas salvajes de Nuevo México.

¡*El Santo* estaba vivo! Y una idea comenzó a formarse en mi cabeza.

Permanecí unos minutos más en la nieve que caía suavemente, tratando de evocar a los mártires del trabajo de los tiempos pasados, pero todo lo que logré fue un resfriado y una tos cortante.

A la mañana siguiente volví a la convención. No había tantos espectadores como el día anterior. Aquello se está desintegrando lentamente, pensé con una sensación de malestar en mi estómago.

Continuaron las disputas, las acusaciones y las llamadas desesperadas a la unidad. El primero en la agenda fue un telegrama de una sucursal de trabajadores de la madera en Vancouver, Columbia Británica. El Presidente Welinder lo leyó con un tono optimista en su tenue acento sueco: "Convención: Esta rama se niega a reconocer cualquiera de las dos facciones". Hubo una explosión de aplausos de los delegados y visitantes cuando terminó.

Luego vino una declaración de JA Griffith, presidente suspendido de la Junta Ejecutiva General. Me interesaba especialmente lo que tenía que decir, ya que los informes indicaban que había vacilado entre una facción y otra en la controversia, y esperaba que pudiera presentar una visión más objetiva y equilibrada de las cosas.

"Compañeros de trabajo", comenzó Griffith:

"Me llamaron a la sede por un telegrama con fecha del 21 de julio, firmado por cinco miembros de la junta: James Rowan, Charles Anderson, PD Ryan, Fred W. Bowerman y HE Trotter. Al llegar, no asumí el cargo hasta que la JEG fue expulsada de la sede; decidí que la JEG tenía razón y desde entonces he realizado los deberes para los que me llamaron... no es mi intención hacer hincapié en los problemas internos de este informe, pero me gustaría traer las siguientes sugerencias a la atención de los delegados a la convención.

"Durante la guerra nos convertimos en una organización altamente centralizada. Pero la guerra ha terminado. En mi opinión... deberíamos poner toda nuestra energía para construir nuestra organización en el trabajo, en líneas sindicales estrictamente industriales. Algunos pueden decir que nos estamos volviendo menos revolucionarios; nada más lejos de eso. Nos estamos organizando en la línea del sindicalismo industrial, teniendo como único objetivo la abolición del sistema salarial y cuando logremos eso el trabajo obtendrá todo lo que produce, habremos logrado todo por lo que empezamos a luchar..."

"Yo sugeriría que establecemos una política y seguir hacia fuera... Vamos a tener que dar... más autonomía local. En otras palabras, hay que dejar que la base guie los asuntos de la organización... Hay dos ideas en la organización en el momento presente. Una que cree en la organización en el trabajo... y mira hacia el control del trabajo. La otra trata de teorías revolucionarias. ¿Qué queremos, teorías o algo que sea práctico?... Mi sugerencia es un cuartel general organizado de abajo a arriba.

"Para concluir, declararé que, en mi opinión, debemos seguir estrictamente las líneas del Sindicalismo Industrial.

"Vuestro y de la IWW".

El siguiente orador fue el expulsado Secretario-tesorero Tom Doyle. Cuando se levantó para hablar, la convención estuvo más tranquila y atenta que nunca. Al observarlo cuidadosamente, reflexioné sobre la frecuencia con la que las personas exageran en una dirección u otra. El hombre sincero y bien intencionado que se encontraba en la parte delantera de la sala obviamente no era Haywood o incluso James Rowan, pero tampoco parecía ser el "tercer tasador" como el colega de Rowan, Matt, lo había llamado.

"Compañeros de trabajo: ¡Saludos!" Doyle comenzó con una nota optimista entusiasta y seria.

"...En la controversia que acaba de sacudir a la organización hasta sus cimientos, encontramos que el patriotismo sindical industrial prevalecía en un grado alarmante en muchos de los sindicatos industriales. El patriotismo sindical industrial debe ser destruido de raíz y rama, mediante una campaña de educación que lo reemplazará con conciencia revolucionaria. Cuando nos unimos a esta organización, todos firmamos una solicitud de afiliación y acordamos cumplir con la *Constitución* y los reglamentos de la IWW... Si nosotros, los miembros, cumpliésemos con nuestro compromiso, no habría patriotismo sindical industrial en la IWW. El patriotismo de la IWW es para la clase obrera, no para una pequeña parte de ella. Cuando un trabajador asalariado se une a nuestras filas, no puede ni debe afiliarse a ningún sindicato industrial como tal, primero debe unirse a la IWW..."

Doyle continuó explicando detalladamente los eventos de su administración y las sugerencias de mejoras, y me sorprendió que pareciera apoyar algunas de las reformas que la facción de Rowan estaba pidiendo. Tal vez todavía haya esperanza, pensé.

Pero el siguiente orador rápidamente me llenó de dudas otra vez. Era Charles Gray, del sindicato de trabajadores agrícolas, que acababa de estar en el tribunal en relación con la próxima audiencia sobre el requerimiento de Rowan. Se levantó con la expresión sombría y preocupada en el rostro del trabajador de la cosecha quemado por el sol.

"Quiero hacerles una advertencia a ustedes," pronunció ominoso. "Tengo la presunción de que lo que las fuerzas de Rowan esperan que suceda si esta convención se prolonga mucho más: quieren una división. Si hacemos eso y pueden mantener la acción de la corte paralizando los recursos, ellos presentarán la demanda de que esta convención es ilegal; que se escindió y es completamente ilegal. Tomen esto como un buen consejo, así que les digo que se mantengan lo más tranquilos posible durante la convención, y recuerden que todos son miembros de la IWW. Eso es todo lo que tengo para informar sobre el caso..."

Un alboroto de voces siguió al breve informe. La advertencia de Gray pareció llevar a los presentes a un estado de desesperación más profundo que nunca. Me sentí demasiado deprimido para sentarme y escuchar más. Me levanté y me fui y comencé a caminar al azar por las calles de la ciudad. Caminé durante horas hasta que me agoté.

Fue mientras me estaba quedando dormido esa noche cuando la idea tomó forma definitiva en mi cabeza. Recordé haber ido a Waldheim, tratando de invocar a los espíritus de los muertos, dándome cuenta repentinamente de que *el Santo* todavía estaba entre los vivos. ¿Sabía lo que estaba pasando aquí? ¿Sabía que su amado IWW estaba siendo destrozado? ¿Alguien se había molestado en notificárselo, en convocarlo? Bueno por dios si nadie más lo hacía, lo haría yo. Todavía podría haber tiempo.

Eran como las once. Salté de la cama, me vestí y cogí un tranvía que bajaba a la sede. Algunos wobs cansados todavía estaban hablando o discutiendo en voz baja en la gran sala de reuniones. Pero no pude encontrar a nadie que me iluminara sobre el paradero de St. John. "En algún lugar de Nuevo México, creo", dijo un hombre. "Vuelva mañana, deberían tener su dirección en la oficina", dijo otro.

Apenas dormí esa noche. A la mañana siguiente estaba en la oficina en el momento en que se abrió. Un empleado de aspecto exaltado me dio una cálida bienvenida, luego me miró suspicaz cuando se dio cuenta de lo agitado que estaba. "Regrese esta tarde después de que termine la convención y creo que podré tener la dirección para usted", dijo. Pero había algo en su mirada que me hizo sospechar.

Me calmé lo suficiente como para tragar algo de desayuno y me dirigí a la convención. Los juicios de los cargos contra la administración general estaban en curso, y un aire más sombrío que nunca se había asentado sobre la gran asamblea. La multitud que murmuraba fue repentinamente galvanizada cuando el organizador general suspendido Joe Fisher fue llamado para ser interrogado.

"¿Está Fisher en la casa? Si no hay objeciones, el compañero de trabajo Fisher será el próximo en hablar", anunció el Presidente Welinder, y yo cuestioné su intento de aliviar el humor. Surgió el ex Organizador General. Curiosamente, parecía tener un aire un poco arrogante a su alrededor hoy, y me preguntaba si reflejaba algún conocimiento secreto de los eventos futuros que nosotros no conocíamos.

"Bueno, compañero de trabajo Presidente y compañeros de trabajo delegados", comenzó Fisher. "Antes de proceder más lejos indicaré que ha habido una gran cantidad de cargos y acusaciones, pero si aquellos que han hecho estos cargos contra mí no aparecen aquí, ¿por qué debería defenderme? ¿Debo ignorar los cargos contra mí mismo o me doy vuelta y me defiendo? Me parece bastante peculiar. Ninguna de esas personas está aquí. Quiero ver a aquellas personas que hacen acusaciones o cargos en mi contra para que me digan sus razones para que pueda defender mi posición. De lo contrario, no tengo nada que defender."

Algunos de los delegados se rieron. Tuve que admitir que Fisher tenía un cierto trago congruente sobre él.

"¿Estás listo para las preguntas?" preguntó el presidente Welinder.

"¿Ahora se supone que debemos hacer preguntas?" Preguntó un delegado llamado Leonard del Sindicato de Trabajadores de la Construcción.

"Puedes hacer todas las preguntas que quieras", dijo Fisher.

"Bueno, comenzaré preguntando si ha habido una controversia".

"Yo diría que sí, y una grande," dijo Fisher.

"¿Qué la causó?" preguntó Leonard.

Fisher respondió enérgicamente: "En primer lugar, no fue causada por ningún sistema en la organización, hay opiniones en conflicto en la organización, unos que sostenían que era sindicalista, otros que sostenían que era otra cosa. Sostengo que es una organización laboral con fines revolucionarios y defiendo como nadie la posición que tomo".

LEONARD: "Cuando la JEG fue expulsada de la sede, ¿se utilizó alguna violencia o fuerza para desalojarlos de la sede?"

FISHER: "No estaba allí. Estaba sentado en mi oficina y cumplía con mis obligaciones como organizador general".

LEONARD: "¿No tuviste nada que ver con eso?"

FISHER: "No tuve nada que ver con eso..."

El interrogatorio continuó de manera interminable, y pareció desgastar no solo a Fisher sino a todos los demás en el gran salón. La mayor parte eran un montón de tontos para mí.

En un momento, Fisher dijo con exasperación: "Digo que esta controversia fue suficiente para hacer que un hombre se volviera loco. Fue demasiado estresante para los hombres pasarla por alto. Un grupo dijo: 'Salga o lo echaremos', y el otro grupo dijo: 'Quédate; ningún humano puede soportar eso...' "

Ahora, un delegado llamado Jordania del Sindicato de Trabajadores Agrícolas comenzó a interrogar a Fisher: " Me gustaría preguntarle si está dispuesto a defender todas sus acciones desde que estuvo en el cargo", dijo deliberadamente.

Fisher pareció ponerse un poco nervioso. Después de más de una hora en el stand, su cautela, aplomo y buen sentido parecían agotarse.

"Voy a decir esto", dijo secamente. "Nunca me comprometo. Me paro en ello o me caigo. Incluso si me expulsas, te digo que seguiré siendo tu amigo. Esto desaparecerá si tomas una postura positiva aquí, recuérdalo. Tal vez yo ya no seré un miembro, depende de usted determinar si Fisher o Griffith son culpables, y si están la altura de la IWW que es lo que debe

determinarse. Nunca me comprometo, nunca me disculpo, sigo mi política mientras estoy en el cargo..."

Así que nunca se compromete, pensé. Tal vez eso es una gran parte del problema.

JORDAN: "¿Soportaste la 'prueba del ácido' mientras estabas en el cargo?"

FISHER: "Ciertamente, estoy aquí tan fuerte como siempre".

JORDAN: "¿También crees que todos los miembros deben pasar la 'prueba del ácido' cuando se convierten en miembros?"

FISHER: "Ciertamente, cuando un hombre se une a una organización que cambia su vida y trata de establecer una sociedad mejor, eso seguro que es una prueba, la más grande en el mundo."

JORDAN: "¿Alguna vez violaste los principios de los Trabajadores Industriales del Mundo?"

FISHER: "Nunca lo hice".

JORDAN: "¿En algún momento desde que se convirtió en miembro de la IWW alguna vez tomó el puesto de testigo en una sala de tribunal que testifica contra otros miembros de la IWW?"

FISHER: "Nunca lo hice y nunca lo haré. Testificamos en su nombre, pero no contra ellos"

JORDAN: "¿Cree que todos los asuntos de la organización deberían ser resueltos por el IWW, ya sea en una convención o por los miembros?"

FISHER: "Por supuesto. Nadie, excepto la organización, los miembros o la convención. La convención debería resolver esto, y deberían ir al campo y decir lo que hicieron, decírselo a los miembros..."

"¿Qué piensas de la orden?" preguntó otro interrogador.

FISHER: "Sostengo que el requerimiento judicial es un compromiso con la clase capitalista para utilizar los tribunales. Ha sido la política desde que soy miembro de la IWW que nada se puede resolver con respecto a la organización en los tribunales. Por supuesto, vamos a defender a nuestros miembros, pero eso es otra cosa. Si el IWW acude a los tribunales en cualquier momento para decidir una cuestión allí mismo, está negando el

principio fundamental que dice que estas dos clases no tienen nada en común..."

En resumen después del largo interrogatorio, Fisher comenzó a sentirse más emocional, un poco alterado. Las palabras parecían salir de su garganta con dificultad:

"...hice mi parte en la IWW. Me sacrificué. La IWW debe preguntar a la base y estudiar las diferentes opiniones. Yo digo que la IWW no es nada más ni menos que una organización de trabajadores con objetivos revolucionarios... Estoy dispuesto a dejarlo a tu criterio tanto si me expulsas como si no. Te lo dejo a ti. Aquí tienes todas las pruebas... No rogaré por misericordia. Los recuerdo a ustedes como mis amigos, y si me expulsan, diré: 'Gracias'..."

PRESIDENTE WELINDER: "¿Ha terminado?"

FISHER: "Ya he terminado".

Llamado al stand a continuación fue el ex presidente de la junta ejecutiva JA Griffith. Su actitud general parecía similar a la de Fisher antes que él.

"...Si soy culpable, expulsadme", dijo. "No quiero que cuente nada de mis actividades pasadas en esta organización. Sería lo mismo si infringieras una ley, no importa lo bien que hayas cumplido las demás, debes ser castigado. No quiero simpatías. No las necesito. Nunca expresé ninguna simpatía, así que, ¿por qué debería pedirla...?"

El interrogatorio continuó. En un momento dado, un delegado dijo: "En su declaración de apertura usted habló de la causa, y que la verdadera causa de esta controversia nunca se mencionó, pero nunca dio ninguna explicación de lo que, según su idea, era la verdadera causa de esta controversia. ¿Puede darnos una declaración clara de cuál es la causa, según su idea?

GRIFFITH: "No puedo. Hay un gran número de causas que condujeron a ella. El mero hecho de que una medida cautelar fue concedida, y el colaborador de Fisher se negó a llamar a una reunión, y ellos fueron puestos fuera de la sede general de la calle Madison está casi en la misma categoría que la noción de que la vaca de la Sra. Leary pateó la lámpara y prendió fuego a Chicago. Las causas ya estaban ahí, y se necesitó muy poco para comenzar.

"En cierto sentido se podría decir de la organización en los últimos tres o cuatro años, en mi opinión, ha estado un tanto dividida en dos grupos.

Ahora bien, es mi opinión de que la mayor parte del número de miembros estaba más por el control del trabajo, más por la organización en el trabajo. Había otro grupo que creía en la teoría revolucionaria. No me malinterpretan por decir que esos dos grupos no podían llevarse bien. Lejos de eso la IWW es lo suficientemente amplia y lo suficientemente grande como para incluirlos a todos, pero creo que todos deben admitir que mientras las dos se separen absolutamente en líneas intransigentes, se podría afirmar que es probable que hubiera un choque..."

El último orador fue Herbert Mahler, un hombre impresionante que había sido uno de los prisioneros de Leavenworth y uno de los organizadores más exitosos del IWW.

MAHLER: "El 29 de julio, cuando los ex miembros de la Junta Ejecutiva, Rowan, Trotter, Bowerman y Anderson fueron expulsados de West Madison Street, actué como portavoz de los hombres que los expulsaron. Eran cinco en número. Se hizo sin el uso de armas, y sin el uso de la fuerza física. Aproximadamente veinte minutos más tarde se produjo una batalla en la calle, y yo también participé en eso.

"Supongo que las razones para expulsarlos han sido bien cubiertas... Primero, les pregunté si estaban dispuestos a reunirse con los otros miembros de la Junta Ejecutiva... en un esfuerzo por resolver la controversia y se negaron a responder a mi pregunta. Les dije que si se negaban a responder a mi pregunta, íbamos a ponerlos en la calle y los mantendríamos allí. Se negaron a responder eso también.

"Así que, dándoles un montón de tiempo, les dije que los íbamos a expulsar, que no íbamos a golpearlos ni a humillarlos ni a nada, sino que simplemente los íbamos a sacar pacíficamente, que si no caminaban en silencio, podríamos obligarlos a llevarlo a cabo. Ninguno de nosotros llevaba un arma, y los otros cuatro hombres que estaban conmigo eran miembros bien conocidos de la organización. Salieron. No se ofreció resistencia por su parte..."

"Yo no estaba presente cuando la batalla callejera comenzó. Cinco de ellos saltaron sobre EW Latchem. Esto fue probablemente veinte o treinta minutos después de ponerlos en la calle. Oyendo aquello acudí. Cuando llegué allí Ryan y Rowan estaban golpeando a Latchem a un lado del quiosco de prensa de la esquina y los otros tres fueron después por Edwards. Fui a ayudar a Latchem y llamé a Rowan y Ryan para que vinieran uno por uno. Rowan se giró hacia mí y lo golpeé, finalizando la lucha en lo

que a él se refería. Ryan corrió por Morgan Street. Al ver que la batalla había terminado, me di la vuelta y regresé caminando.

"Cuando llegué a la puerta del cuartel general, me di la vuelta y vi a Trotter golpear a Fisher en la cabeza con una barra de hierro. Comencé a retroceder y, mientras tanto, Latchem había ido hacia allí. Eso fue lo que acabó con todo, así que caminé de vuelta al edificio... En lo que respecta a armas o secuestros, ¡es una simple mentira!

Mis oídos resonaban con las montañas de palabras. Sin nadie de la facción de Rowan aquí para testificar, ¿quién podría adivinar cuál era la verdad?

Cuando terminó la sesión del día, corrí de regreso a la sede de Madison para obtener la dirección del *Santo*. Un viento frío soplaba por las largas calles. Pero para mi intensa decepción, el empleado con el que había hablado antes no estaba allí. Frustrado, enojado, decidido, fui de un escritorio a otro en el gran salón, pero nadie parecía poder ayudarme y finalmente comencé a anunciar el motivo de mi petición urgente. Algunos de los trabajadores de oficina se animaron con eso. Uno incluso dijo: "¡Gran idea! ¿Por qué alguien no lo hizo antes?" Pero nadie parecía encontrar su dirección.

Cuando salí al pasillo, una mujer simpática de unos treinta años, una morena bastante atractiva con ojos idealistas y conmovedores, me siguió por la puerta.

"Espera" Ella puso una mano en mi brazo. "Sé que su mina está en algún lugar cerca de Jicarilla, Nuevo México", dijo. "Yo creo que si busco un poco creo que podré encontrar su dirección de correo."

"Muchas gracias, compañera de trabajo", le dije. "Mientras tanto, mira, aquí tengo cinco dólares que no necesito. Cuando lo encuentres, por favor, mándale un telegrama sobre la urgencia de la situación y dile que lo necesitan aquí inmediatamente.

"Lo haré", dijo ella. "Pero coge tus cinco dólares".

"Quiero que pases el cable", le dije, presionando el billete en su mano. La miré a los ojos. "Eres un verdadero ángel de la IWW", dije. "Regresaré por esa dirección".

Tomé una comida rápida y volví a la pensión para llamar a Mortimer Downing y darle las últimas noticias. Después de aproximadamente una hora lo tuve en línea. Sonaba tan deprimido como yo sobre cómo iban las cosas. Entonces le conté sobre mi plan para ir en busca del *Santo*.

Una tristeza entró en su voz. "Es una gran idea, Joe", dijo. "Pero la prisión golpeó al *Santo* terriblemente fuerte. Hace poco escuché que su bronquitis está mucho peor. Y de todos modos, dudo que pudiera llegar a la convención a tiempo. Depende de ti si quieres intentarlo". Hizo una pausa. "Estaba a punto de pedirte que emprendieras una tarea de una naturaleza quizás más práctica..."

Me dijo que la huelga en Concrete iba bien, pero que acababan de enterarse de que la Compañía tenía planes de reclutar a personas que rompieran la huelga en una agencia de empleo en Minneapolis. Planeaban enviarlos en tren. "Pensamos que si pudieras reunir a algunos de nuestros exaltados muchachos y salir con ellos, podrías cambiar la forma de pensar y salvar las almas de esos potenciales Judas", dijo.

Tuve que tomar una decisión rápida. La IWW no podía gastar mucho dinero en llamadas telefónicas de larga distancia. "Está bien, lo haré", le dije. Me dio el nombre de la agencia de empleo.

"Gracias Joe", dijo Downing. "Tuyo para la IWW".

"Tuyo para el OBU". Colgué.

Yo pensé en las cosas durante un tiempo. ¿Alguna vez me encontraré con *el Santo*?, me preguntaba. Fui a mi habitación y me acosté, mirando al techo. Me sentí un poco aplastado porque mi plan había sido derrotado.

Pero supuse que Downing tenía razón. Probablemente pasaría al menos una semana antes de que pudiera localizar a St. John, y para entonces la convención habría terminado, o la IWW estaría dividida irremediablemente. Y bien podría ser que *el Santo* no gozara de buena salud para enfrentar una empresa tan importante y difícil. Suspiré. Después de un tiempo comencé a sentir una oleada de optimismo ante esta nueva oportunidad de ayudar a la asediada organización en su hora de mayor necesidad. Si la IWW alguna vez necesitó una victoria fue ahora.

Recordé haber conocido a un trabajador agrícola wobbly de Minneapolis llamado Carl Keller un par de días antes. Me pareció recordar que él era un cargo del Sindicato de Trabajadores Agrícolas. Recogí mis cosas y corrí hacia la sede. Tuve suerte y encontré a Keller hablando con un pequeño grupo de compañeros de trabajo. Cuando le conté acerca de nuestro plan, sus ojos se iluminaron. "Siempre dispuesto a ayudar a algunos compañeros de trabajo necesitados", dijo.

Me llevó al otro lado del pasillo y me presentó a otro rígido de la cosecha llamado Fargo Shorty, que planeaba llevar un cargamento a casa a las Ciudades Gemelas esa noche, y estaba ansioso por efectuar mi misión de educar a esquiroles de regreso a Concrete. "Estoy seguro de que podemos conseguir a algunos otros muchachos en Minnie para que nos ayuden", me sonrió.

Y a medianoche, Shorty y yo estábamos en un vagón con destino a Minneapolis. Adiós a la vida fácil del viajero de convenciones. ¡Regresaba a la dura vida del auténtico proletario en un furgón congelado!

XXIX. SOSTENIENDO EL FUERTE

Deslizándonos lentamente hacia el norte de Chicago, Shorty y yo hablamos largo y seriamente sobre los dramáticos y dolorosos eventos de la convención. Como yo, estaba confundido, desanimado, desolado. "Por eso aproveché esta oportunidad para alguna acción, compañero de trabajo", me confió sobre el ruido del tren. "Tengo que hacer algo para quitarme de la mente todo el maldito desastre"

Después de que Shorty desconectara, me quedé mirando las luces de las granjas en la oscuridad. ¡Qué extraña era la vida! Hace unos días piquetes a dos mil millas de distancia, luego el bullicio de la convención, y ahora solitario en este mercancías. A veces la vida me parecía una pesadilla sin sentido, una gran broma práctica de un dios sádico. ¿A dónde conducía todo esto? ¿Algo de esto era efectivamente real? Llegabas a este mundo contra infinitas probabilidades; luchabas como un loco y al final encontrabas un sueño, un rayo de esperanza, y luego, antes de que pudieras comprenderlo, todo se convertía en humo. Bueno, al menos nadie podría acusarme de ser un disruptor, de no hacer mi parte por la organización. Hice lo mejor que pude en Chicago y ahora iba a hacer lo mejor para los chicos de Concrete. Clack-clack hacían las ruedas en la pista. En otros diez minutos me dormí.

Minneapolis era fría y clara. Parecía que hacía falta toda la mañana para que el largo tren se arrastrara a través del Mississippi desde St. Paul. Desembarcamos del tren lento cerca del centro y encontramos un restaurante. El café se sentía bajar bien. Nunca se sentía tan bien como después de una noche de congelación en un vagón.

Después del desayuno, Shorty me llevó a la sala del IWW. Unos pocos trabajadores de la cosecha de aspecto sombrío se sentaban alrededor. Shorty conocía a varios de ellos. Cuando se enteraron de que acabábamos de llegar de Chicago, se reunieron y querían escuchar las últimas noticias. Shorty y yo pasamos media hora informándolos de cosas y sus expresiones de esperanza momentáneas se convirtieron en ceños fruncidos. Pero cuando les contamos

sobre nuestros planes para descarrilar los esquiroles, sus ojos se iluminaron de nuevo.

"¡Oye, podría soportar unas vacaciones en el Dorado Oeste!" dijo un rígido. "Nada como el invierno en Barbarous California. Es solo un salto, un salto y un salto desde Seattle".

"Hey, vi esos anuncios que el mercado de esclavos ofrecía para empleos en Concrete", dijo otro trabajador de la cosecha. "Escuché que están esperando hasta que tengan un par de vagones de carga —ochenta o cien hombres. Y obtienes comida gratis todo el camino"

Tuvimos una conferencia de estrategia. Siete de los muchachos accedieron a ir con nosotros. Al menos cuatro de ellos parecían ser buenos para pelear. Por la forma en que hablaron, todos sonaban como wobblies curtidos en la lana que sabían cuál era el resultado. Decidimos acudir a la agencia de empleo de dos en dos para evitar sospechas. Shorty y yo fuimos primero.

Efectivamente, tenían una oferta para hacer trabajos de represas y túneles en Concrete. No hubo mención de ninguna huelga. Unos pocos tiesos que no parecían muy bien alimentados se sentaban alrededor del lúgubre lugar. Claro que habíamos hecho trabajos de construcción, le dijimos al tipo con cara de rata detrás del mostrador. Claro, 3,60 \$ por día sonaba más que justo para nosotros.

El tiburón de empleo inscribió nuestros nombres. Sus ojos se iluminaron un poco. "¿Conocéis a otros muchachos que necesiten trabajo? No los enviamos hasta que tenemos una tripulación de al menos cincuenta. Ahora solo tenemos unos cuarenta alineados".

Claro, conocemos a algunos rígidos en busca de trabajo, le dijimos. Nos dijo que regresáramos a las cinco de la tarde, que si hubiera suficientes hombres para entonces tomaríamos un tren nocturno.

Regresamos de vuelta al local. Las cosas parecían perfilarse bien. Los siguientes dos chicos salieron. Mientras tanto, Shorty y yo cargamos con literatura y cancioneros, y cogí una buena cantidad de sellos y carnets de afiliación en blanco. Antes de que terminara la tarde, siete u ocho wobs más habían decidido unirse a nuestro grupo y los enviamos a registrarse.

El tren debía partir a las ocho de la noche. El tiburón de empleo nos dio cupones para comer en un restaurante local. Luego, justo antes de que abordáramos los dos viejos y desvencijados vagones, un agente de la

Compañía nos dio todos los almuerzos en bolsas con bocadillos para que nos duraran hasta el día siguiente. El agente de la Compañía subió al primer vagón con un par de cajas de suministros de alimentos, y todos los wobblies se metieron en el que estaba detrás.

Después de un largo retraso salimos. El largo tren crujío y resonó en la pradera. Se puso tan frío como el vientre de un glaciar. De acuerdo con nuestro plan, todos los wobblies jugamos bien por un tiempo, evaluando a los otros hombres. Había de todo tipo: jóvenes y viejos, inteligentes y estúpidos, amables y sombríos. Ninguno de ellos parecía haber oído hablar de la huelga. Manteniendo los oídos abiertos, pensé, después de una hora más o menos, que al menos la mitad de ellos podrían estar preparados para la persuasión.

Después de un par de horas nos detuvimos en un aparcamiento en un pequeño pueblo en la pradera. Le guiñé un ojo a Shorty. Comenzó a cantar en voz baja:

*Oh, ¿por qué no trabajas
como hacen otros hombres?
¿Cómo diablos puedo trabajar
cuando no hay trabajo que hacer?
¡Aleluya, soy un vagabundo!
Aleluya, vagabundeo de nuevo;
¡Aleluya, danos un folleto
para revivirnos otra vez!...*

Algunos de los otros empezaron a retomar la canción.

*Oh, me gusta mi jefe,
es un buen amigo mío,
por eso me muero de hambre
en la cola del pan...*

"¡Oye, esa es una canción wobbly!" dijo uno de los rígidos. "Son ustedes wobblies?" Parecía tan encantado con la perspectiva que nos sentimos obligados a admitirlo.

"Demonios, tuve un carnet por un tiempo", dijo otro rígido. "Si pudiera encontrar un delegado, me sellarían la tarjeta".

Metí la mano en mi mochila y le complací. Shorty dispendió un poco de calor embotellado. Para mi sorpresa, tres o cuatro más en el auto pidieron carnets y también compraron algunas estampillas de cuotas. Para celebrarlo, repartí cancioneros a todos.

El tren arrancó de nuevo. Hicimos un poco de fuego con un poco de madera de desecho en un extremo del auto para generar calor y luz, y pronto más de la mitad de los rígidos se unieron a nosotros en las commovedoras interpretaciones de "The Popular Wobbly" y media docena de otras canciones del IWW.

Ocho o diez de los hombres habían sido wobblies en un momento u otro. Les contamos a todos sobre la huelga y cuál era nuestro plan. Varios de los hombres expresaron indignación por no haber sido informados sobre la huelga. Algunos otros permanecieron en silencio o parecían indiferentes. Poco a poco fuimos insinuando que no nos sentiríamos muy amigables con nadie que intentara romper la huelga. La mayoría parecía estar de acuerdo con nosotros, pero tres o cuatro tíos que parecían mudos dijeron que no les importaban los sindicatos ni las huelgas.

Al día siguiente, estábamos rodando en una pradera cubierta de escarcha en Dakota del Norte. En nuestra primera parada, justo afuera de una pequeña venta, los hombres se bajaron para estirarse y aliviarse, y el agente de la Compañía dio más bocadillos.

Cuando abordamos el tren nuevamente, cinco o seis de nuestro grupo wobbly original nos subimos al otro vagón. Mientras el tren avanzaba de nuevo hacia el oeste, nos sentamos en silencio y también evaluamos a los hombres en este auto, sin querer mostrar nuestra mano prematuramente al agente de la Compañía. Al final de la tarde, teníamos una buena idea de que la situación era casi la misma aquí también: algunos wobs o ex wobs, la mayoría de los otros abiertos a la persuasión, y un puñado de costras duras.

En un punto de enlace donde nos detuvimos alrededor del mediodía, Shorty y yo fuimos a hablar con la nueva tripulación del tren que estaba esperando para tomar el control. Para nuestro deleite, tanto el maquinista como el fogonero tenían carnets rojos. El maquinista, un gran amigo alemán de unos sesenta años, había sido miembro de la American Railway Union de Eugene Debs cuando era niño, y había participado en la huelga del Gran Norte. Nos

reunimos con ellos durante unos minutos, explicando la situación, y cuando llegó el momento de partir, nos desearon suerte y se subieron a la cabina del motor.

Nuestro problema ahora era cómo organizar a los rígidos en este segundo auto sin que el agente de la Compañía se enterara. Por suerte para nosotros, la solución se presentó. Alrededor de la media tarde nos detuvimos para tomar agua en un pequeño pothole en medio de la nada. El agente de la Compañía anunció que iba a caminar dos o tres cuadras hasta la comisaría para informar sobre el progreso del asunto a Concrete. Tan pronto como partió, Shorty y yo subimos al otro lado del tren y comenzamos a correr, gritando y agitando los brazos frenéticamente, hasta el motor.

"¡Hey! ¡Hey! ¡Hay un viejo en nuestro vagón que sufre un ataque al corazón!" Grité, corriendo hacia adelante.

"Le preguntamos al jefe de la estación y 'no hay un médico en este sitio'", jadeó Shorty, sin aliento.

El gran maquinista wobbly se volvió hacia el fogonero. "Oye, Blackie", dijo. "Creo que tenemos suficiente agua para una carrera corta". Por su aspecto, tenía un presentimiento de que sabía que estábamos tirando de un rápido, y sin nuestro pequeño sketch probablemente habríamos movido el tren de todos modos.

Corrimos de vuelta a nuestro coche y subimos a bordo. En el segundo en que llegábamos, el tren comenzó a moverse. Subimos al vagón mirando hacia atrás. Después de unos treinta segundos, el agente de la Compañía salía disparado del edificio de la estación, agitando las manos frenéticamente. Tenía la mirada más ridícula en su rostro que he visto nunca. Finalmente, cuando el tren se alejó bastante, parecía que estaba arrodillado en el centro de las vías, golpeando sus puños en las traviesas.

En el siguiente abrevadero visitamos al maquinista. "Gracias Fritz", le dije. "Nuestro paciente se ha recuperado milagrosamente. Durante las últimas quince millas, él ha estado corriendo detrás del tren para hacer ejercicio. Si lo desea, lo invitaremos a bailar una jiga para usted".

Estuvimos unos veinte minutos tomando agua. Para que las cosas funcionen correctamente, votamos entre todos los hombres para ver cómo se debía dividir la comida de los dos grandes recipientes. Sugerimos a los hombres que

eligieran un comité para distribuirlo. La mayoría de ellos parecían gratamente sorprendidos por nuestros procedimientos democráticos.

Cuando el tren se preparó para partir, la mayoría de los wobs originales nos subimos al auto de delante. Éramos diez. Empezamos a hacer nuestra propuesta. Había otros cuatro hombres con carnets en el furgón, y cuando el tren comenzó a rodar hacia el oeste hacia la puesta del sol, inscribí siete u ocho más. Varios más querían alinearse, pero dijeron que habían llegado a su último centavo y que se afiliarían tan pronto como consiguieran un trabajo. Sólo tres o cuatro parecían ser verdaderos recalcitrantes.

Distribuimos más cancioneros y cantamos algunas canciones en movimiento, "All Hell Can't Stop Us" [Ni el infierno puede pararnos] y "Workingmen Unite" y "Hold the Fort" (Shorty cantaba "Hold the fart" [Sostener el pedo]). A medida que la oscuridad descendía y avanzábamos hacia el Oeste, nos distribuimos en parejas para hablar con los muertos. Convencimos a dos de ellos, y dos parecían estar más allá de la razón, así que finalmente nos rendimos y los dejamos en paz.

Al día siguiente, estábamos recorriendo un terreno cubierto de nieve en el este de Montana. Hicimos otra intentona con los recalcitrantes. Había dos en cada automóvil que estaban decididos a trabajar. Cuando comenzamos a subir a las Montañas Rocosas y el largo tren avanzaba a eso diez km/h, Shorty y yo fuimos a pararnos en la puerta del vagón.

"¡Oye, mirad un alce!" grité.

Uno de los costras vino a asomarse. Shorty se puso detrás de él. "No veo ninguno"

Su voz se desvaneció en el aire frío. Lo vimos caer en picado en un banco de nieve. "¿Cómo diablos pasó eso?" dijo Shorty.

El pasajero desembarcado se levantó, cubierto de nieve, y nos sacudió el puño. Me fui a buscar su hatillo y lo tiré. Probablemente podría haber atrapado un vagón en la parte trasera del tren si realmente lo hubiera intentado, pero creo que se dio cuenta de que no llegaría muy lejos.

Todos los wobblies en el auto se giraron para mirar al otro esquirol obstinado. Se aplastó contra el costado del coche. "Lo he estado pensando", dijo. "Creo que ustedes tienen razón en lo que dicen".

En nuestra siguiente parada de riego en lo alto de las Rocosas Shorty y yo caminamos de regreso al siguiente furgón. Los chicos acababan de terminar un coro de "Dump the Bosses Off Your Back" [Quita a los jefes de tu espalda].

"¿Cómo os va?" Les pregunté.

"Bueno, la situación alimentaria ha mejorado", dijo uno de los wobs de Minneapolis. "Dos de los muchachos decidieron apearse para cazar conejos".

A última hora de la tarde del día siguiente nos detuvimos en Town Creek, Washington, y nos subieron a los autobuses. "¿Dónde está el agente de la Compañía?" Quería saber uno de los conductores de los autobuses. Todos le dimos miradas en blanco.

Fue un viaje corto a Concrete. Cada trabajador tenía una mirada en su cara como el gato que se comía al canario.

Fuimos por las montañas sinuosas. El enorme proyecto de construcción se puso a la vista, cerca de la pequeña ciudad de Concrete. Cuando bajábamos de los autobuses, pudimos ver a docenas de nuestros compañeros de trabajo piqueteando en el puente que se avecinaba y que los capataces planeaban llevarnos de camino a la barraca.

Cuando comenzamos a marchar hacia el puente, un grupo de capataces y pistoleros de la compañía se abrieron paso a través de los piquetes para escoltarnos.

"¡De acuerdo, hombres, golpéenlos!" grité yo. Y todos empezamos a cantar:

*Nos reunimos hoy por la causa de la libertad
y elevamos nuestras voces en alto;
Uniremos nuestras manos en una fuerte unión
para luchar o morir;
Sostened el fuerte, que ya estamos llegando;
Los hombres de la unión seremos fuertes
Lado a lado lucharemos hacia adelante;
La victoria vendrá.
Mirad mis compañeros, ved la unión,
las pancartas en alto, ahora aparecen los refuerzos,
la victoria está cerca...*

Las mandíbulas de nuestros "protectores" cayeron mientras marchábamos cantando con todos nuestros pulmones a través de ellos. Los wobblies en el puente comenzaron a aplaudir y gritar, apresurándose a darnos la bienvenida.

Un ejército industrial de cantores marchamos hasta el campamento de piquetes cercano. Ahora, otros wobblies de Concrete y sus alrededores comenzaron a llegar para unirse a nosotros. Pronto éramos trescientos o cuatrocientos. Cantamos varias canciones más de wobblies, y nuestras voces atronadoras hicieron temblar las paredes de granito de los cañones.

Los compañeros de trabajo comenzaron a instarme a que me levantara y diera un discurso. Finalmente me levanté y di cuenta de nuestro viaje, y un poco de charla sobre cómo ganar la huelga. No quería discutir la convención todavía. Obtuve un buen aplauso. Más tarde, algunos músicos y algunos miembros de la sociedad de canto de chicas de Concrete llegaron. Me sentía un poco mejor acerca de la división ahora.

Más tarde, me senté en un gran tronco en el crepúsculo con algunos de los wobs locales observando cómo los últimos rayos del sol rebotaban en las laderas circundantes. Me volví hacia un wob a mi lado. "Sabes, algo importante se me acaba de ocurrir", dije.

"¿Qué es, Joe?"

"Que la IWW nunca morirá".

"Oye Joe, tienes la droga correcta", dijo. Y él se levantó de un salto, levantó el brazo en un puño cerrado y saludó a los otros hombres:

"¡La IWW vivirá para siempre!"

XXX. SOSTENIENDO EL FLETE

El sueño seguía vivo. Fue genial volver con los chicos a la línea de fuego. Mortimer Downing tenía razón: la lucha por la emancipación de los trabajadores continuaría tanto si se llamaba IWW o Sociedad de Canto de Jesús de Jimmy Rowan. Al ver el gran espíritu de los compañeros de trabajo combatiendo en Concrete, donde las noticias de la ruptura aparentemente no habían penetrado todavía, sentí que mi mal humor se desvanecía.

Además, Concrete fue probablemente el lugar más cercano a ser un pueblo wobbly desde que *el Santo* había organizado Goldfield, Nevada, en 1906. El periódico de la ciudad y todos los comerciantes locales estaban con nosotros, allí estaba el fantástico club de cantantes del IWW, y la huelga había sido un modelo de orden y totalmente desprovista de violencia.

¿Todo ese jaleo de Chicago era solo una pesadilla, un producto de mi imaginación? Dejemos que los ideólogos de Chicago salten sobre sus gargantas: aquí seguía estando el mismo plan de pelea, canto y espíritu alegre que siempre habíamos sido. Acababa de cumplir diecinueve años y me sentía más capaz de continuar la lucha de clases que nunca antes.

Las altas sombras subían las paredes del escarpado cañón. Después de que enfrió y se apagó la gran hoguera, un grupo de nosotros fuimos a la ciudad a nuestro restaurante favorito. Nos sentamos alrededor de una mesa grande sobre filetes de hamburguesa y papas fritas, comentando todo lo que había sucedido en mi ausencia. La huelga fue sólida, me dijeron los chicos con júbilo. —Los únicos esclavos en el complejo de la Compañía eran tres o cuatro monos domesticados que hacían la comida y el lavado de los platos para los peces gordos. Ahora que los esquiroles de rescate de la Compañía se habían convertido en verdaderos rebeldes wobbly, parecía que habíamos ganado. Luego Shorty y yo informamos a los demás con más detalles sobre el viaje desde Minnie. Todos rompieron sus entrañas riéndose de la historia del alce inexistente y el agente de la Compañía varado.

Sin embargo, a pesar de todo, a pesar de la euforia y los buenos ratos y de la camaradería embriagadora, me preocupaba la inquietante pregunta inevitable: ¿qué estaba pasando en Chicago?

Sentí una punzada de dolor interior cuando finalmente me lo pidieron. Era tarde y yo estaba muerto de cansancio. Las voces ruidosas se silenciaron repentinamente y todos los ojos del lugar estaban sobre mí. Hice una respiración profunda". ¿No tenéis preguntas fáciles?" Dije. "Demonios, me llevaría toda la noche comenzar a tratar de explicar ese alboroto. Acabo de terminar este largo viaje, compañeros de trabajo. Les diré qué... reunámonos mañana por la noche y les daré un golpe. "Esto pasa de vez en cuando. Pero no os preocupéis, la IWW sobrevivió a cosas peores que esta y nosotros también sobreviviremos".

Eso pareció sostenerlos, y rompimos la pequeña charla con palmadas en la espalda y votos para continuar la lucha. Uno de los chicos wobbly de la guardia de casa se ofreció a acomodarme en su cabina y nos fuimos en la noche fría. La luna había salido y pude ver el suave brillo de la nieve en las montañas cercanas.

A la mañana siguiente estaría de nuevo en las trincheras de la lucha de clases.

Dormí como un tronco y me levanté al amanecer. Mi compañero todavía estaba cortando madera, así que me vestí, salí de puntillas y me dirigí a la cuchara de grasa más cercana para comer algo. Ya hacía frío a principios de noviembre, pero era un frío vigorizante que hacía que la sangre corriera a través de las venas, no el frío mortal de Chicago que te desgarraba como un estilete. Ahora llovía mucho, y lejos de la calle pude ver a algunos de nuestros muchachos marchando hacia la línea de piquetes.

Dos o tres madrugadores más saludaron con la cabeza mientras entraba en el pequeño café. Una camarera amable que llevaba una insignia del IWW me atendió. Todavía tenía algo del dinero que me había dado Mortimer Downing, así que pedí un poco de java, una gran pila de barritas de avena cubiertas con miel, algunos huevos y un poco de papas fritas.

Mientras me daban de comer, eché un vistazo a los papeles que estaban cerca del mostrador. No había visto un periódico en días. Habían pasado muchas cosas. Mussolini estaba arrasando en Italia, y aquí en casa se habían celebrado elecciones nacionales. COOLIDGE OBTIENE LA VICTORIA, decía un titular a todo volumen. Demonios, apuesto a que nunca usó una escoba en su vida, pensé. LAFOLLETTE SOLO CONSIGUE WISCONSIN. Lástima, pero

Wisconsin era suficiente carga para cualquier hombre. ¿Qué esperaban de ti de todos modos? MA FERGUSON GANA EN TEXAS. Ahora tal vez había un poco de esperanza: los políticos masculinos habían hecho un montón de estupideces, tal vez las mujeres podrían hacerlo mejor, y había oído que era más o menos socialista, WALL STREET ESTABLECE UN NUEVO RÉCORD, fanfarroneaban: más sanguijuelas y parásitos para vivir del sudor de otras personas, NUEVA BATALLA "WASHINGTON" SOBRE EL TRATADO DE DESARME NAVAL. Ahora había noticias mostrando lo que se podía hacer por la paz, incluso por políticos torpes. Tal vez hubiera alguna esperanza para el mundo después de todo.

Luego, escondido detrás de las hojas de los plutócratas, encontré las cosas reales, el papel "tambaleante" como un rayo de luz en una tormenta eléctrica: HUELGA GENERAL DEL IWW EN NATRON: 3.000 HUELGUISTAS. Ahora había noticias. Y me senté devorando el largo relato de la huelga de trabajadores mal pagados en la nueva línea de ferrocarril que se estaba construyendo en el sur de Oregón.

Era demasiado temprano para llamar a Mortimer Downing, así que decidí irme al campamento de piquetes y ofrecerme como voluntario para algún servicio. Ya en la madrugada, teníamos un grupo animado que caminaba de un lado a otro, combatiendo el frío y soltándose con algunos de los favoritos de siempre: "It's a Long Way Down to the Soup Line" [Hay un largo camino hasta la cola de la sopa], "There is Power in a Union" [Hay poder en un sindicato], y "Workingmen Unite" [Trabajadores unidos]. Me uní con la parte superior de mis pulmones e hicimos reverberar las paredes del cañón. Tuvimos una línea de piquetes cantores por toda la calle y cruzando el puente que conducía al lugar de trabajo. Estábamos decididos a que nadie pasara.

Alrededor de las ocho, con el cielo gris amenazando lluvia, me disculpé y fui a llamar a Downing. En mi camino a la ciudad, me reuní con algunos miembros del Comité de Publicidad y me detuve a charlar con ellos por un minuto. Les dije que esperaba irme pronto para hacer un informe completo sobre mi viaje al editor del *Industrial Worker* en Seattle.

"Espera un minuto, Joe", me dijo el jefe del Comité de Publicidad. "Acabamos de recibir noticias de nuestro informante en la oficina de la Compañía. Los jefes están muy enojados por la manera en que ustedes se infiltraron en el contingente de esquirols. Estuvieron despiertos toda la noche bebiendo y hablando sobre cómo obtener su venganza. Dice que tienen una nueva carta bajo la manga ahora, pero no está seguro de qué es. ¿No puedes quedarte un

par de días más? Es posible que necesitemos toda la fuerza y el cerebro que podamos reunir".

"Bueno..." vacilé. "Voy a ver lo que dice Downing" dije. "Veré si puedo quedarme un tiempo".

Fui a la ciudad y finalmente conseguí a Downing en la línea. Parecía medio sombrío y medio alegre, alegre por la situación de Concrete y la gran huelga de Natron, pero triste por la situación en Chicago. "Ven aquí y dame un informe completo, Joe", dijo. "Me estoy volviendo loco tratando de averiguar qué poner en el periódico".

Le conté sobre los rumores de nuevos problemas en Concrete, y él me dio permiso a regañadientes para quedarme uno o dos días más.

Colgué, tomé una taza de java y volví a los piquetes. Ahora había varias docenas de piquetes más a lo largo de la línea. El cielo se veía sombrío y siniestro. El ambiente de los piquetes parecía más alegre y serio que en la mayoría de los días. Era el 10 de noviembre, y todos recordábamos la importancia del 11 de noviembre: el día que los mártires de Haymarket habían sido colgados, el día que los legionarios habían destrozado nuestra sala en Centralia y linchado a Wesley Everest. Nuestro empleador, Stone & Webster, ahora afirmaba que el trabajo se cerraría durante el invierno, pero sabíamos que era un truco y una mentira. Había una mirada de determinación ardiente en el ojo de cada compañero de trabajo.

Eran alrededor de las ocho y media de la mañana y acabábamos de terminar de cantar "The Commonwealth of Toil". De repente, seis u ocho grandes camionetas llegaron a la ciudad, cargadas de hombres armados. Debía de haber cincuenta, blandiendo rifles y escopetas. Cuando se detuvieron en seco cerca de nuestro campamento de piquetes, otros veinticinco hombres armados se acercaron a ellos desde el recinto de la Compañía. No podíamos creer lo que veían nuestros ojos.

Vinieron cargando hacia nosotros, agitando sus armas como locos, como si pensaran que estaban cargando contra San Juan Hill. A su cabeza estaba el propio sheriff Tip Conn, el Gran Bribón de la ley local, que se dirigía hacia nosotros como si fueran suyos el condado y la represa.

"Manténganse tranquilos, muchachos, mantengan la calma", oí decir al capitán del piquete mientras caminaba rápidamente a lo largo de la línea. "Sin violencia."

Todo sucedió tan rápido que no tuvimos tiempo de decidir qué hacer. Mi primer impulso fue correr e intentar salvar mi tocino, especialmente porque tenía información importante para llevar a Mortimer Downing. Pero cuando miré hacia la ladera cercana, vi que había tiradores a lo largo de toda la boca que se escondían en la boca para tener la oportunidad de disparar a cualquiera de nosotros.

Los vigilantes estaban repentinamente a nuestro lado, empujándonos con los cañones de sus armas.

"De acuerdo, muchachos, formen una columna y empiecen a marchar a la ciudad", ladró el alguacil Conn. Detrás de él, al parecer como asesores, pude ver dos agentes uniformados de la milicia del estado, pavoneándose porque pensaban que estaban combatiendo al ejército alemán.

"¿Estamos siendo arrestados?" preguntó un hombre. "¿Cuáles son los cargos?"

"Te mostraré todos los cargos que necesitamos", resopló uno de los agentes, y levantó la culata de su rifle y golpeó a nuestro compañero de trabajo en el suelo. Pude ver la sangre esparciéndose en la tierra helada. Tuve ganas de agarrar al h. p. y golpear su cabeza hasta hacerla pulpa, pero ¿qué podíamos hacer? Un gesto de desafío y todos habríamos sido candidatos para el carro de la carne.

Nos pusimos en línea a regañadientes. ¿Estaban locos? Me preguntaba. ¿Qué nos podrían hacer? Cuando finalmente estábamos alineados, el grupo comenzó a marchar. Los hombres armados a cada lado de nosotros empezaron a pinchar con sus armas a aquellos que creían que no se estaban moviendo lo suficientemente rápido. La larga fila de más de doscientos hombres comenzó a moverse lentamente hacia la ciudad.

A mi izquierda había un payaso de aspecto mudo que debía tener más o menos mi edad, portando una escopeta. "¿No te avergüenzas de ti mismo?" Le dije. "¿Un chico grande como tú siendo soldado de juguete? Estoy seguro de que tu madre está orgullosa de ti. ¿Demasiado perezoso para trabajar para vivir?"

Me miró con ojos como dagas y parecía que le gustaría meterme la escopeta en la garganta, pero no dijo nada.

Seguimos caminando. Otro joven matón se me acercó a mi derecha. "Hola amigo", le susurré en tono confidencial, "tu bragueta está abierta".

Se sonrojó, miró rápidamente a izquierda y derecha, y luego echó un vistazo rápido a la parte superior de su pantalón. Su cara se puso más roja. Parecía que quería dispararme en el acto, pero solo mantuvo esa mirada furiosa de mocoso frustrado en su cara hasta la ciudad.

Cuando bajamos por la calle principal hacia la sección de negocios, la gente del pueblo salió a las puertas, ventanas y tiendas para animarnos. Más adelante, nuestros muchachos iniciaron una conmovedora versión de "Solidarity Forever", y pronto los doscientos estábamos cantándola lo suficientemente fuerte como para hacer temblar las paredes de madera de los edificios.

Nos llevaron a un gran espacio abierto cerca del borde de la ciudad y pusieron centinelas. ¿Qué demonios iban a hacer con nosotros? Todavía no se había mencionado por ninguna persona ningún arresto, ninguna orden judicial. Después de aproximadamente una hora, llamé a uno de nuestros guardias: "Oye, colega, ¿cuál es el problema? ¿De qué nos acusan?

"Quédate dónde estás y mantén la boca cerrada si no quieres una cara llena de perdigones", respondió él.

Vimos unos cuantos contingentes de hombres armados que bajaban por las diversas calles de la pequeña ciudad. En ese momento aprendimos su propósito: iban de casa en casa en busca de los afiliados wobbly, y pronto comenzaron a escoltarlos en pequeños grupos para unirse a nosotros, mientras algunas esposas sollozaban detrás, rogando a los oficiales que dejaran a sus hombres en paz.

Eventualmente éramos 225 de nosotros bajo guardia. Comenzamos a cantar más canciones wobbly, haciendo resonar los muros del cañón. El delegado de la huelga comenzó a circular entre nosotros, animándonos y advirtiéndonos que nos mantuviéramos tranquilos.

"¿Cuáles son los cargos?" Le pregunte

"Eso es lo que he estado tratando de descubrir", respondió. "Tal vez hayan aprobado una nueva ley llamada *interferir con las ganancias*".

Continuamos esperando. Algunos de los chicos preguntaron si podían conseguir sus mochilas para comprar la ropa que necesitaban o fumar o masticar tabaco, pero los rechazaron.

Alrededor del mediodía vimos a varios de los oficiales correr hacia los camiones. De repente, los grandes vehículos comenzaron a rugir hacia nosotros. ¿Qué iban a hacer ahora, atropellarnos como perros callejeros? Pero los grandes camiones se detuvieron de golpe cerca de nosotros y sus conductores saltaron.

"¡De acuerdo, ustedes, a los camiones!" ladró el alguacil Conn, y sus oficiales y los pistoleros de la Compañía comenzaron a dirigirnos, empujándonos con sus armas.

Un alboroto surgió de los hombres. Aquellos que dudaban fueron golpeados y empujados con culatas y cañones. A un lado, pude ver a nuestro representante de la huelga entablando una conversación acalorada con Conn ahora, y escuché sus enojadas palabras: "¡Volveremos!" Más allá de los hombres armados, había multitudes de gente del pueblo, con algunas mujeres llorando o gritando histéricamente.

Seguí a Shorty hasta uno de los grandes camiones. El diputado más cercano que agitaba su rifle hacia nosotros era uno de los pocos que parecía mitad humano. "Hey colega," Grité por encima de él mientras me levantaba en el camión, "¿dónde va ésta caravana?"

Masticó su cigarrillo. "Solo los llevaremos a ustedes, muchachos, a una agradable salida de la línea del condado", dijo.

¡La línea del condado! ¡Oye, eso es secuestro!" Le grité de nuevo.

Él me dirigió una sonrisa sádica. "Ahora hay un hobo con un libro de estampitas", replicó él.

"¡Déjame conseguir mi hatillo!", gritó un compañero de trabajo, vacilando al lado del camión. "¡Sí, al menos dejadme coger mi bolsa!" gritó otro.

"Tendrás tu mochila en el infierno", respondió uno de los oficiales, empujándolo en el estómago con el cañón del rifle.

Nos metimos en los camiones, maldiciendo y refunfuñando. ¡No era un arresto, sino un viaje a la frontera del condado! Este debe ser el segundo mayor secuestro en la historia, me di cuenta de repente. Solo en segundo lugar, después de la notoria deportación de Bisbee, cuando habían empacado 1200 mineros "tambaleantes" en vagones de ganado y los dejaron varados en el abrasador desierto de Nuevo México en 1917. Luego tuvieron la excusa de que había una guerra. ¿Cuál sería su excusa esta vez?

"Parece que haremos historia todavía", le sonréí a Shorty, tratando de aliviar un poco la tensión.

Los grandes camiones cobraron vida. En la distancia, pudimos ver que nuestra sede de piquetes había sido incendiada. La gente corría de un lado a otro por las calles, gritando y chillando. Un gran feo estaba sentado junto a nuestro conductor, con el cañón de su arma casi pegado en mi vientre. Nos sentamos con la cara adolorida y enojados mientras los camiones rugían, intercambiando saludos aquí y allá con grupos de nuestros partidarios a lo largo de las calles. "¡Volveremos! ¡Volveremos!" Les gritamos, y nos animaron.

Nos dirigimos hacia el sur a través de las montañas. Empezó a llover. Aquí y allá, un solitario motorista o peatón se quedaba boquiabierto ante nuestra extraña procesión con los ojos desorbitados. Comenzamos a cantar de nuevo, "Tramp Tramp Tramp, Keep on a-Tramping" (Vagabundo Vagabundo Vagabundo, Sigue andando) , "Hallelujah I'm a Bum" y " Workers of the World Awaken" (Despertad trabajadores del mundo).

A primera hora de la tarde llegamos a la línea del condado. A pesar del hecho de que el alguacil Conn tuvo una entrevista con el sheriff del condado de Snohomish contiguo antes de nuestra inminente llegada, no había un solo policía para saludarnos.

Saltamos de los camiones y nos alineamos justo al otro lado de la línea divisoria. Cuando los grandes camiones comenzaron a girar, comenzamos a cantar al unísono: "We'll be back! We'll be back!" (¡Volveremos! ¡Volveremos!) Los matones armados en los camiones nos lanzaron unos cuantos epítetos y rugieron por el camino por el que habíamos venido.

Nos quedamos mirando a nuestro alrededor las desoladas montañas cubiertas de nieve. Noqueados. Abatidos. Vencidos.

Después de una breve reunión, comenzamos a marchar hacia el sur hacia la cercana ciudad de McMurray. Unos pocos wobs amenazaron con comenzar inmediatamente a caminar de regreso a lo largo de las cuarenta millas a través de las montañas hasta Concrete, pero cuando comenzó a llover nuevamente, se lo pensaron mejor. Dos o tres docenas más anunciaron que se dirigían al sur para ayudar a nuestros compañeros de trabajo en la gran nueva huelga en Natron al sur de Oregón. Pero la gran mayoría decidió hacer la próxima parada en el Wobbly Hall de Seattle.

Avancé en la línea de marcha hasta que encontré al presidente del Comité de Publicidad. Él ya sabía de mi misión para Mortimer Downing. Le dije lo ansioso que estaba Downing de verme lo antes posible. "Creo que iré caminando por delante", le dije, "y veré si puedo llegar a Seattle. Veré si puedo encontrar a alguien en McMurray para que salga a por algunos de ustedes".

El compañero de trabajo me deseó lo mejor. Me despedí de Fargo Shorty, imaginando que tendría más posibilidades de conseguir que me llevaran solo y partí a toda velocidad hacia la cabecera de la fila.

Tuve suerte. Al cabo de quince minutos, pasó un hoosier y me llevó a McMurray. En McMurray me paré durante una hora bajo una lluvia torrencial, pero finalmente conseguí hacer todo el camino a Seattle.

Encontré a Mortimer Downing en la planta de impresión del IWW en Western Avenue. Parecía preocupado y pálido, casi como si hubiera envejecido cinco o diez años desde nuestra última reunión. Pero el viejo espíritu tembloroso aún brillaba en sus grandes e inteligentes ojos, y sostuvo mi mano entre sus dos manos nudosas durante un largo momento de saludo.

"Hola, viejo hoss", dijo. "¿Ya comiste?"

"Hace unos días", le dije.

[Hoosier: Chicarrón del país; hoss diminutivo afectivo de hoosier]

"Bueno, vamos a tomar un poco de comida, y luego podemos resolver todos los problemas del mundo", dijo.

Nos metimos en el primer tugurio que encontramos y fuimos a un puesto en la parte trasera. Mientras esperábamos el café, Downing se sentó mirándome, sacudiendo la cabeza. "En las palabras de mi madre, 'Golpea a Bannaher'", dijo finalmente. "Seré una mula chupahuevos si puedo hacer cabezas o colas con algunas de las cosas que están sucediendo en la IWW en la actualidad, Joseph".

Le dije que sentía lo mismo: el rompecabezas chino en Chicago y ahora esta nueva indignación de Concrete.

Primero respondí algunas de sus preguntas sobre la deportación mientras él sacaba un cuaderno y escribía notas. Luego me informó sobre algunos

acontecimientos recientes que desconocía: mi viejo amigo de Portland, PJ Welinder, el presidente de la convención, había sido elegido Secretario-tesorero temporal, y en sus últimos días la convención había promulgado algunas de las medidas de descentralización que la facción Rowan había defendido; pero Rowan y su grupo habían comenzado a emitir sus propios carnets y sellos de cuotas como un Programa de Emergencia (EP) de la IWW. "Parece que la suerte está echada, Joe", dijo con una mirada profundamente pensativa.

Después de que terminamos de comer, se sentó y escuchó pacientemente durante la siguiente hora y media, interrumpiéndome para hacer una pregunta de vez en cuando, mientras contaba mis experiencias en Chicago.

Cuando terminé, Downing dejó escapar un profundo suspiro. "Me tiene completamente desconcertado, Joe", dijo. "Me temo que la IWW tiene algunos días difíciles por delante. Tendremos que esperar y ver qué pasa. Y luchar para mantener a la IWW (o a ambas IWW) mientras tanto. Rowan debería salir pronto de esta manera, y entonces tal vez podamos tener una mejor idea de lo que va a suceder y cuáles son las posibilidades.

Fue casi medianoche antes de que nuestra charla terminara. Downing me miró a los ojos con seriedad. "¿Y tú, Joe?" dijo, "¿Qué tienes en mente hacer?"

Había estado pensando en eso desde McMurray. Todavía estaba enojado por lo que nos había hecho la policía de los plutes, y estaba ansioso por volver a la pelea. "Bueno, parece como si hubiera una gran cacharreo en Oregon", dije. "Pensé que tal vez compraría un nuevo macuto y me dirigiría a la refriega"

Downing sonrió. "Hablas como un verdadero wobbly", dijo. "No te olvides de enviarme frecuentes despachos sobre la acción allí".

Pasé la noche en la casa de Downing y al día siguiente bajé a la sede. El 11 de noviembre, el día wobbly de la infamia siempre había sido un gran día, pero ahora con muchos de los veteranos enojados por la deportación de Concrete ya allí, estaba todo lleno de actividad. Hubo discursos y cantos y parodias y votos apasionados para llevar la lucha al enemigo. Y para hacerlo más caótico y confuso, hubo discusiones frecuentes al margen y, a veces, discusiones acaloradas sobre la ruptura.

"¡Callaos! ¡Callaos todos!" gritó un individuo pequeño y ardiente saltando sobre una mesa. "¿Cuándo van a entrar en razón los ignorantes? La IWW ha tenido grandes éxitos cuando se centralizó y cuando se descentralizó.

Entonces, ¿de qué estamos hablando? Detengamos este impasse todos juntos. Solidaridad, ¿recordáis? ¡Solidaridad!" Saltó hacia atrás cuando se escuchó un grito.

"Bien intencionado, simplón", oí gruñir a un gran leñador a mi lado.

Me quedé en el Hall Wobbly esa noche. Mis fondos se estaban agotando. Al día siguiente, después de un poco de café, salí y compré un paquete de segunda mano y un par de mantas de lana y una cantimplora. Quería esperar un par de días para escuchar las últimas noticias de Concrete.

Ese día, los periódicos trajeron titulares sobre la deportación. Hacían parecer que un grupo de policías heroicos habían derrotado a un peligroso ejército invasor. Pero pronto la verdad comenzó a filtrarse en el vestíbulo wobbly. Después de nuestro secuestro, tres de nuestros hombres que habían ido a tratar de recuperar sus posesiones habían sido golpeados y encarcelados por el alguacil Conn y sus seguidores. Habían expulsado a las familias de varios de los huelguistas y persiguieron a las mujeres y los niños por las vías del tren fuera de la ciudad.

Ahora Stone & Webster amenazan con abrir su propia tienda en Concrete vender más barato que los comerciantes locales y llevarlos a la quiebra. Y Conn amenazaba con traer a la milicia estatal. Roger Baldwin y la ACLU ya estaban preparando una demanda por el secuestro masivo y las palizas.

Leyendo estos nuevos desarrollos, mi sangre hirvió. Varios de nosotros discutimos la posibilidad de volver a Concrete inmediatamente. Pero el Secretario de la sucursal nos indicó que, sin duda, seríamos encarcelados en cuanto llegáramos a la ciudad. Era una idea más sabia dejar que nuestros huelguistas de Natron se movieran inocuamente hacia Concrete para ocupar nuestro lugar, mientras nosotros continuábamos su lucha en Natron.

Me quedé en el pasillo durante un par de días preparándome para la nueva campaña en Natron. Hubo una disputa en curso y la incertidumbre sobre la división. Al igual que los trabajadores madereros, muchos miembros del sindicato de trabajadores de la construcción eran seguidores de Rowan. Pero nadie parecía saber cuándo o dónde se podrían tener los nuevos suministros de la facción de Rowan o cuál era su plan de acción. Así que llené mi camisa y chaquetón con literatura y suministros del grupo centralista local. Luego me subí en un mercancías hacia el sur con algunos otros miembros a Oregon.

Pasé los siguientes meses organizando a los trabajadores en Natron Cutoff. Fue un trabajo muy duro, arrastrarse por la nieve y el hielo, entregar la literatura del IWW e inscribir a nuevos miembros. Tuvimos una serie de huelgas rápidas, y en algunos casos conseguimos una mejor alimentación y que el salario aumentase en un níquel por hora.

Mientras tanto todo era caos. A veces, los centralistas y los miembros del EP (Programa de Emergencia del IWW) trabajaban juntos, a veces había un silencio helado entre ellos, y otras veces estaban en la garganta de los demás, haciendo imposible cualquier acción laboral efectiva. Y a menudo los miembros se deprimían o disgustaban tanto con las dos facciones que dejaron de pagar las cuotas por completo.

Ocasionalmente nos habíamos encontrado con unos pocos comunistas, en su mayoría eslavos, que también llevaban carnets wobbly y que lógicamente apoyaban a la facción centralista. De lo único que hablaban era de elegir a un nuevo hijo de puta que nunca nos iba a hacer ningún bien. Eran estrictamente políticos, mientras que los verdaderos wobblies eran industriales.

El peor mito que puede tener la clase trabajadora es que van a elegir a alguien que los emancipará. Nunca pueden ser emancipados a través de la política electoral. Bajo nuestro sistema actual que permite que tantos parásitos voten, y que influyan en los votos de otros, la urna es solo una caja de cascabel para que jueguen los niños. Joe Hill lo dijo todo en su famosa canción "Mr. Block", sobre el estúpido al que los políticos consiguieron engañar:

*El día de las elecciones gritó: ¡Socialista para alcalde!
El 'camarada' fue elegido, y la alegría fue justa;
Pero después de las elecciones obtuvo un choque terrible:
Un gran toro socialista le golpeó en la cabeza...*

Había un aura de tristeza ahora en la lucha. Y durante muchos años después, hubo muchas discusiones alrededor de las fogatas en todo el Oeste donde los hombres se sentaron a discutir la controversia hasta altas horas de la noche, reviviendo los argumentos que habían dividido a la gran IWW, llorando y gimiendo y, a veces, saltando sobre las gargantas de los demás. Era una amarga pelea familiar que no parecía morir.

Pensé mucho en la ruptura. Parecía casi inevitable que hubiera algún desacuerdo sobre centralización versus descentralización en cualquier organización grande. La democracia pura era imposible, excepto tal vez en un lugar de trabajo de unas pocas docenas de trabajadores. Parecía que un sistema perfectamente justo y equitativo era imposible. Había argumentos válidos en ambos lados. Tenías que intentar llegar a algún tipo de promedio feliz.

Por lo que pude entender, la regla general debería ser que los grupos locales deberían controlar los asuntos puramente locales, pero que las cuestiones que preocupaban a todos los trabajadores y consumidores en general deberían ser decididas por toda la organización. Necesitábamos cierta cohesión nacional e internacional, pero, sin duda, el IWW se había vuelto demasiado centralizado.

Al igual que Mortimer Downing, me estaba moviendo más hacia el lado del PE, que hacía hincapié en una mayor autonomía y organización local en el punto de producción. Pero tal vez la razón principal por la que me incliné hacia los miembros del PE fue que creían mucho más firmemente que los centralistas en la tradicional lucha “tambaleante” por un mundo de trabajadores, una gestión puramente obrera, completamente alejada del pantano político.

A principios de enero de 1925, aún en Natron, leí en el *Industrial Worker* que había un mensaje importante para mí en Portland. Yo escribí para que me reenviasen el mensaje. Unos días después, recibí una carta en la que se me informaba que mi padre había muerto en Springfield el 1 de enero.

Fue un golpe demoledor. Yo sabía que estaba parcialmente paralizado después de un accidente cerebrovascular, pero no había conocido la gravedad de su estado. Pasé varios días recostándome abatido, maldiciéndome por no haber ido a casa más a menudo, pensando en la gran persona que había sido mi padre: su idealismo, su dedicación a Debs y su *American Railway Union*. Un padre bueno y devoto. Él había estado con nosotros.

Me pregunté cómo estaría mi madre y cómo lo estaba llevando, y tenía muchas ganas de volver a verla. Pero estaba casi en bancarrota y sería casi un suicidio intentar viajar en los mercancías hacia el Este a través del helado clima. Decidí que había llegado el momento de mudarme al sur, donde no se me conocía, e intentar conseguir un trabajo estable por un tiempo hasta que pudiera comprar algo de ropa decente y regresar a Springfield.

Un frío día de marzo levanté mi mochila, me despedí de mis compañeros de trabajo y me dirigí solitario en dirección a Klamath Falls. Después de una breve visita a algunos compañeros de trabajo allí, me dirigí hacia el suroeste hacia un nuevo gran trabajo de construcción a lo largo del río Klamath, no muy al sur de la línea de California, pues estaban construyendo una presa y un túnel para la California and Oregon Power Company.

Pronto encontré un trabajo como limpiador en uno de los campamentos. Era la historia habitual: baja remuneración, mala paga y jornada larga. La mayoría de los miembros del Sindicato de Trabajadores de la Construcción se habían inclinando al lado del PE, así que ahora estaba organizando para los Rowanites. Pronto el EP comenzó a publicar su propio y excelente periódico en Portland, el *Industrial Unionist*, con Mortimer Downing en el equipo. Aunque no éramos muchos, nos considerábamos los auténticos wobblies. Hicimos una serie de pequeñas huelgas en el Klamath, algunas exitosas, otras no.

En mi tiempo libre seguí leyendo, anotando cosas que me impresionaban en mis cuadernos. Algunas de este período son las siguientes:

Nunca pude creer que la Providencia había enviado al mundo a unos pocos hombres, listos para arrancar y espoleados a montar, y millones de tontos ensillados o enganchados para ser montados.

- Richard Rumbold, 1685

Todos los hombres son iguales ante la Serena Majestad de la Ley. No se permite a los millonarios ni a los vagabundos mendigar en las calles o dormir en vagones.

- Anatole France

Los trabajadores pueden ser aplastados a cualquier profundidad si se hace de forma gradual.

- Karl Marx

Amo a mi país pero odio a mi gobierno.

- Herbert Spencer

El vínculo más fuerte de la simpatía humana fuera de la relación familiar debe ser el que une a todos los trabajadores.

-Abraham Lincoln

Debemos algún día, por fin y para siempre, cruzar la línea entre el sinsentido y el sentido común. Ese día pasaremos del paternalismo de clase... a la fraternidad humana; del gobierno político a la administración industrial; de la competición en el individualismo a la individualidad en la cooperación; de la guerra y el despotismo a la paz y la libertad.

—Thomas Carlyle

A principios de abril, finalmente había ahorrado suficiente dinero para el viaje de regreso a Springfield para ver a mi madre. Entonces recibí la aplastante noticia de que ella también había muerto. ¡Perderlos a ambos en tan poco tiempo! ¿Por qué no había hecho un mayor esfuerzo para volver a verlos? Mi mente estaba adormecida. Sentí que tenía que alejarme y estar solo.

Caminé hasta la cima de un pico cercano, a través de aguanieve y hielo. Me senté en el viento frío y hundí mi cabeza en mis manos. La vida era tan compleja... a veces últimamente sentía que mi cabeza estaba a punto de estallar. Tantos problemas en la vida. Como si la lucha contra los codiciosos capitalistas sin corazón no fuera lo suficientemente dura, ahora la muerte de mis padres y la desastrosa división en la IWW. La tensión de preguntarse siempre de qué lado estaba el próximo compañero de trabajo que conocías. Estaba tan agotado y desesperado por los interminables argumentos. Y ahora esto, ambos desaparecieron. Sentí que tenía que alejarme de todo por un tiempo. Tal vez me gustaría ir al mar de nuevo. En el pequeño mundo aislado de un barco podría organizarse sin el temor continuo de encontrarse con alguien de la facción opuesta. Y quería ver más del mundo, aprender más, tener más aventuras.

Tal vez me iría acercando gradualmente a San Francisco y luego me marcharía de nuevo. Tal vez mis experiencias en el mar no habían sido tan malas después de todo, quizás había exagerado los rigores del trabajo. Y el IWW ya había conseguido jornadas más cortas y mejores condiciones en el mar. Tal vez podría trabajar como petrolero o fogonero la próxima vez, el trabajo sería más fácil y el salario mejor.

Para colmo, leí que Eugene Debs estaba haciendo una gira por California en julio, comenzando en San Francisco. Eso lo confirmó: anhelaba ver por fin al héroe de mi padre, sentía que se lo debía. Debs era uno de los fundadores de la IWW. Sabía que nunca me uniría a un partido político. Pero tuve la sensación de que Debs era tal vez uno de los pocos políticos con suficiente inteligencia e ideales y con un fondo de clase trabajadora que, si surgiera la oportunidad, dimitiría, desmantelaría su partido político y colocaría las riendas del poder en las manos de los trabajadores.

Me dirigí hacia el sur, de campamento de construcción en campamento de construcción, organizando a lo largo del camino. Una noche, a fines de junio, me encontré en Sacramento. Me dejé caer esa noche en el famoso St. Nicholas Pool Hall en la calle Fourth. Era propiedad de un humanitario llamado Nicholas Matcovich, y cada noche dejaba dormir allí a trescientas o cuatrocientas personas sin hogar desde la medianoche hasta las cuatro de la mañana.

Antes del amanecer tomé un poco de café y luego serpenteé hacia la orilla del río y me escondí en la cubierta de un barco de vapor que se dirigía río abajo hacia San Francisco.

XXXI. CONDUCIENDO CON DEBS

Un día de actividad me saludó cuando pisé la orilla en el embarcadero cerca de Market Street. La gente corría de un lado a otro en todas direcciones, sonaban las campanas de los tranvías, se cargaban o descargaban barcos de todas partes del mundo y una sensación de emoción llenaba el aire.

Tomé un café en una cafetería del puerto, luego me dirigí al cercano Hall Wobbly. Recibí la calurosa bienvenida habitual de los compañeros de trabajo. Pero cuando me senté a charlar por un tiempo con mis compañeros wobs, el tema principal de la conversación fue la división en la organización, y parecía que se estaba haciendo poco esfuerzo para organizar a los trabajadores. Cuando sugerí que tal vez las dos partes deberían intentar unirse, se desató una tormenta de controversia.

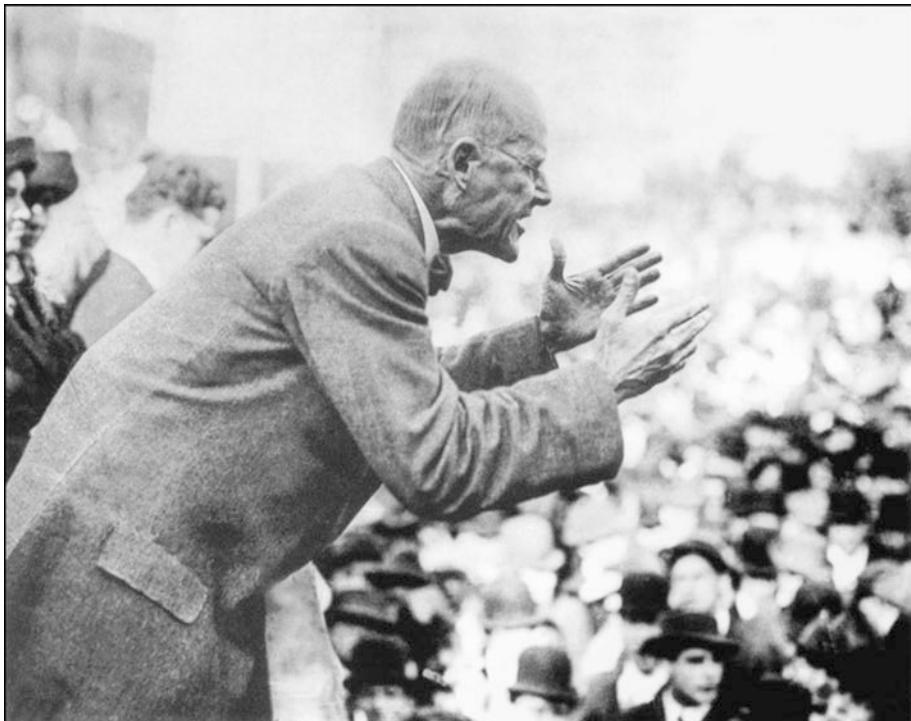
Cuando mencioné el tema del discurso de Eugene Debs la noche siguiente, hubo una explosión similar. La mayoría de los presentes agruparon a Debs con los demás "burócratas políticos". Pero uno o dos aventuraron la opinión de que la IWW tendría muchas más posibilidades de tener a Debs como Presidente en vez de a algún republicano o demócrata, y que la elección de un socialista como Debs podría ser una transición hacia un verdadero gobierno de trabajadores.

Merodeando por la ciudad el resto del día, un wobbly llamado Clint y yo nos pusimos a hablar de la notable carrera de Debs. Fogonero del ferrocarril de Terre Haute, Indiana, en su adolescencia, Debs se había levantado rápidamente para convertirse en Secretario del sindicato local. Más tarde formó la militante Unión Ferroviaria Americana y puso de rodillas al poderoso Ferrocarril del Pacífico Norte en la dura lucha de 1893. Se había postulado como presidente por el Partido Socialista cinco veces, una vez obtuvo casi un millón de votos y asustó como el infierno a los plutócratas.

Pero la historia sobre Debs que más me intrigó fue cómo él y Bill Haywood y Thomas Hagerty, un sacerdote católico y editor anarcosindicalista de un periódico del trabajo, habían terminado en una habitación de hotel de Denver

una noche con una botella de buen whisky y se les ocurrió la idea de la IWW. Aunque Debs había abandonado el IWW después de que éste rechazara la política electoral en 1908, con frecuencia lo había defendido en sus discursos y escritos. Había hablado en contra de la guerra en un discurso de Cantón, Ohio en 1918 y pasó dos años en una prisión federal por sus creencias. Ahora él y su hermano Theodore intentaban en su vejez reconstruir algunos de los locales del Partido Socialista en la Costa Oeste.

Llegamos a la pequeña sala en Market Street la noche siguiente, unos minutos antes de que comenzara la reunión. Había una pequeña multitud, la mayoría de ellos parecían bastante burgueses, pero había algunos wobblies y otros que parecían esclavos del salario también. Cómo deseé que mi padre hubiera estado vivo y presente para ver a su héroe.



Eugene Debs

Debs apareció justo a tiempo, vistiendo su habitual corbata de lazo. No podía creer que estaba a solo unos metros del gran hombre. Incluso a los setenta años, su rostro radiante y muy vivo irradiaba amor y gran ánimo. Un estallido de entusiastas aplausos lo saludó, un elogio que merecía y obviamente disfrutaba.

Debs comenzó a hablar. Su profunda voz musical parecía derramarse como la miel. Combinaba una belleza de sonido notable con una gran inteligencia que ofrecía algunas soluciones a los problemas más grandes que enfrentaba la humanidad. Había escuchado a muchos grandes oradores "tambaleantes" que hablaban de manera más áspera, directa y poderosa, pero Debs tenía una belleza poética en su discurso que la hacía única. Sin duda, fue uno de los tres mejores oradores que había escuchado, junto con Bill Haywood y Jim Thompson.

Barrido por su retórica, tuve que recordarme a mí mismo que los wobblies no debían caer en la adoración del héroe ("Todos somos líderes"). Pero demonios, solo era humano, e incluso los wobs más igualitarios tenían lugares especiales en sus corazones para *el Santo*, Joe Hill, Frank Little y Wesley Everest. Escuchando a Debs, yo decidí que aunque nunca me uniría al Partido Socialista, votaría por él si se presentaba otra vez, como muchos otros wobs habían hecho siempre como el menor de los males políticos.

Algunas de las frases de Debs me conmovieron tanto que las anoté en uno de los pequeños cuadernos que siempre llevaba conmigo:

"La letra está en todas las vallas publicitarias del universo: lo peor en el socialismo será mejor que lo mejor en el capitalismo... La clase obrera debe apoyar la causa; debe hacerlo para escuchar la llamada de la trompeta de la solidaridad: Solidaridad económica y solidaridad política. Una gran unión industrial y un gran partido político que lo abarque todo; dos corazones con una sola alma..." Bueno, al menos puso al sindicato primero, pensé.

"¿Cuál es el objetivo socialista? Golpear a todos los contendientes, igualar las cargas, exigir alegría, reconocer a todos los hombres como posibles dioses, liberarlos para que alcancen las alturas más sublimes de la exaltación intelectual, moral y espiritual".

Cuando Debs terminó de hablar, me sentí hipnotizado por su energía y su elocuencia. Una tremenda ronda de aplausos saludó al famoso socialista, y docenas de personas se apresuraron a estrecharle la mano.

Clint y yo estábamos a punto de irnos cuando un compañero que parecía vagamente familiar se acercó a nosotros. "Oye, compañero de trabajo!" dijo. "¿No eres Joe Murphy, que trabajaste conmigo en el campamento de madera en Sedro Woolley?"

Resultó que era un tipo llamado Ingemar Eriksson que ahora era un funcionario del Partido Socialista local. "Ven aquí y conoce a Gene", dijo.

Sentí que las puertas del cielo se habían abierto. Clint y yo seguimos al ex-wobbly hasta la parte trasera del salón donde siete u ocho personas esperaban para estrecharle la mano a Debs. Es gracioso que las figuras públicas carismáticas puedan hacerte creer que eres muy especial, que te sorprenden más que a otros cientos. Podría haber jurado, o engañarme a mí mismo al pensar, que una luz especial de alegría e interés entró en los ojos de Debs cuando me acerqué para estrecharle la mano.

"Puedo decir que eres un socialista", dijo, presionando mi mano cálidamente. "Tienes estrellas en los ojos".

Sentí que acababa de ser seleccionado como uno de los discípulos por Jerusalem Slim. Nadie puede decir con certeza si era correcto llamar a un sindicalista revolucionario industrial, como yo, socialista, pero siempre tomé el término como un cumplido.

"Es un honor conocerte", logré tartamudear. "Mi padre estaba en el ARU".

"Es un honor conocerte", replicó Debs.

Entonces, no queriendo monopolizar al gran hombre, me aparté para que él pudiera encontrarse con Clint y los demás a nuestras espaldas.

Clint y yo estuvimos hablando unos minutos a un lado del auditorio. Terminamos parados junto a Eriksson y algunos otros funcionarios del partido. Los escuché hablar en tono preocupado acerca de cómo el miembro del grupo programado para conducir a Debs en su gira de conferencias se había enfermado, y cómo habían estado buscando frenéticamente un reemplazo. Me sentí galvanizado por la noticia. ¿Qué pasa si...? Pero eso sería esperar demasiado. Y yo ni siquiera era miembro del Partido Socialista.

Como si a través de la telepatía mental, Eriksson se volvió hacia mí. Dijo algo en tono bajo al hombre que estaba a su lado. Luego: "Oye Joe, ¿sabes conducir?"

Me sentí atónito. "Sé cómo manejar un negocio duro", le dije. "Claro, sé manejar".

Varios de nosotros nos pusimos en un grupo. Dijeron que tenían un auto, les dije que tenía tiempo. "Bueno, ¿qué tal un recorrido de práctica alrededor de la manzana?"

Me sentí como una estrella. Entonces Clint me dijo. "No te golpees con un tranvía".

Me llevaron a un sedán nuevo y elegante. Pensé que podría manejarlo. El tráfico no era demasiado denso, y logré colocar la hermosa máquina alrededor del bloque sin incidentes.

De vuelta en la sala, el siguiente paso fue ser entrevistado por el hermano de Debs, Theodore. Era algo más rígido y formal que su famoso hermano, pero también tenía el amor de la humanidad en sus ojos. Primero, Eriksson le informó sobre algunos de mis antecedentes en el movimiento obrero, y proporcionó detalles más recientes. Teodoro parecía suficientemente impresionado.

Luego me llamó aparte. Cuando estábamos a unos pasos de los demás, me dijo en voz baja algo que me hizo prometer que mantendría en estricto secreto. Gene no era alcohólico, dijo, pero los amigables admiradores siempre lo presionaban y, a veces, por cortesía, Gene iba demasiado lejos. Me hizo prometer que intentaría prevenir tales ocurrencias y que lo convocara de inmediato si las cosas se salían de control. Estuve de acuerdo. Después de todo, ¿no había estado en el escuadrón antialcohol?

Teodoro finalmente me llevó a conversar con su hermano. La mayoría de los otros ya se habían ido. No vi a Clint por ningún lado. Debs ya parecía un poco cansado, pero todavía tenía la mirada de un amante de la vida en sus ojos. "Ahora es mi turno de ser honrado" sonrió Debs cuando su hermano le dijo que yo sería su chofer. "Tenía la esperanza de tener un conductor sindical".

A la mañana siguiente nos íbamos a Sacramento, por el camino que había venido en la barca como polizón. Debíamos pasar la noche en un pequeño hotel cercano donde se alojaban los Debs. Primero alguien me acompañó a la sede wobbly para rescatar mi equipo. Luego me llevaron al hotel y me asignaron una habitación contigua a la de ellos en el tercer piso.

Mientras los hermanos Debs se preparaban para entrar en su habitación, observé algo curioso. Gene levantó la mano y extrajo una horquilla que había sido colocada sobre la puerta. Él me guiñó. "Soy un viejo y curioso

codificador", sonrió. "Siempre quiero saber si alguien ha estado en mi habitación".

"Buena idea," dije. "Haré lo mismo en el futuro".

Estaba tan emocionado que apenas pude dormir esa noche. Finalmente, me quedé dormido, escuchando débilmente los sonidos nocturnos de la ciudad. De repente me sorprendió el hecho de que era un wobbly, y no un socialista, que estaría conduciendo a Debs. ¿Fue realmente porque no pudieron encontrar a uno de sus miembros entre todos los presentes en la reunión? ¿O fue porque la gente de Debs confiaba en mí, un wobbly, más que en sus propios miembros? ¡Qué ironía! Parecía resumir en pocas palabras lo que era obvio para mí y para cualquier persona pensante realmente inteligente: ni los gerentes de la industria ni los políticos profesionales podían manejarse bien sin los trabajadores.

Empezamos temprano a la mañana siguiente después de un buen desayuno. Unos cuantos incondicionales del partido nos despedían. Sentí una emoción vertiginosa al pasar por la fina máquina de Market Street hasta el Ferry Building, un Gene Debs sonriente y astuto a mi lado, su hermano en el asiento trasero, preguntándome si alguien a lo largo de la bulliciosa acera reconocería a mi famoso pasajero. Luego estaba la emoción de que el Ferry se adentrase en el crujiente olor a agua salada de la bahía. Desde Oakland, fuimos hacia el norte hasta el delta del río Sacramento, y a través de él en otro ferry, hasta el interior de la capital del Estado.

La gente de Sacramento esa noche no era tanta, pero estaba entusiasmada. A pesar del calor, Debs estaba en buena forma. Usó algunas de las mismas frases conmovedoras que había usado en su discurso de Frisco y obtuvieron la misma respuesta:

"El movimiento socialista es tan amplio como el mundo. Su objetivo es ganar al mundo del capitalismo y la inhumanidad capitalista... ¿Cuál es el legado del capitalismo? Correr rugiendo Niagaras de riqueza, dejando a los trabajadores en la mayor pobreza, inseguridad y angustia que antes de..."

Como parte de la gira, muchas de las personas que se reunían antes y después de las conversaciones me prestaron atenciones y me mimaron, aunque un par de personas, al oír que era un wobbly, me miraron sorprendidos, como si fuera peligroso saberlo. Me llené de algo de comida en una pequeña reunión después del discurso, y pude evitar a un camarada bastante borracho, ¿o infiltrado de la policía?, que estaba dispuesto a ofrecer

algo de alcohol a Debs. Cuando me ofreció un sorbo preliminar de su frasco de cadera, lo tomé rápidamente de un trago, luego fui y me derrumbé en mi habitación en un hotel cercano.

Durante los días siguientes, nos dirigimos hacia el sur por los humeantes valles de Sacramento y San Joaquín, a través de Stockton, Modesto, Merced, Fresno y Bakersfield. La multitud era pequeña pero entusiasta, y al menos algunos nuevos miembros se inscribieron en el Partido Socialista. Pero los mejores momentos para mí fueron en el camino, conduciendo esa hermosa máquina a lo largo de la brillante luz del sol, con el irreprimible Gene Debs a mi lado haciendo comentarios brillantes e ingeniosos sobre una multitud infinita de temas, desde política y economía hasta la agricultura o la belleza natural del vasto valle por el que estábamos pasando.

Cuento más veía a Debs, más me gustaba. Y, sin embargo, a pesar de todos sus asombrosos discursos, no pude aceptar su idea de que el partido político debería ser dominante. Recordé las palabras de Helen Keller: "El Partido Socialista es demasiado lento". Y la máxima "tambaleante": "La acción directa consigue la mercancía". Amé a Debs de la forma en que lo haría a un padre maravilloso que nunca renunciaría al control total sobre ti.

El final de la gira fue en Los Ángeles, en el Hollywood Bowl. Acudió una gran multitud, quince o veinte mil personas. La presentación de Debs fue de Upton Sinclair, héroe de la lucha libre del IWW en las cercanías de San Pedro, donde fue arrestado en Liberty Hill por leer la *Declaración de Derechos*. Cerca de Debs en el escenario estaba Norman Thomas, quien le sucedería como jefe del Partido Socialista.

Debs pronto tuvo a la multitud hechizada. Junto con una serie de nuevas observaciones, recapituló algunos de los puntos culminantes de su vida y lanzó algunas de las frases bien conocidas que lo habían hecho famoso:

"Mientras hay una clase baja, estoy en ella; mientras que hay un elemento criminal, soy parte de él; mientras hay un alma en la cárcel, no soy libre..."

Y finalmente, al anunciar que su larga carrera estaba llegando a su fin, habló de la muerte, proclamando:

"Daré la bienvenida a mi nueva aventura con una sonrisa en mis labios. Tomaré al viejo padre Tiempo por el brazo y haré de él un socialista..."

Terminó con:

"Que la gente se anime y tenga esperanza en todas partes, porque la cruz se está doblando, la medianoche está pasando y la alegría llega con la mañana..."

Salí a la cálida noche del sur de California, sintiendo que había estado conversando con los ángeles.

XXXII. UN ATISBO DE ESPERANZA

Sentí que era una persona mejor, más segura y más seria por haber conocido a Debs. Algunas de las personas notables que había tenido la suerte de conocer habían agregado dimensiones a mi vida y personalidad. Fue la única recompensa positiva por pasar por los peligros y dificultades del movimiento radical. De Debs obtuve una mayor determinación de presentar una cara positiva y feliz al mundo, de brindarles a las personas el beneficio de la duda, a menos que supiera que eran conscientemente malvados, de intentar ser mejor persona y ser yo mismo una persona alegre, optimista e idealista.

Deambulé perdido por Los Ángeles durante un par de días contemplando las vistas. Todavía sentía una punzada de dolor de vez en cuando al pensar en la muerte de mis padres, pero generalmente era capaz de sacar estos pensamientos de mi mente. En el *Industrial Unionist* del EP había visto la dirección de un hall de trabajadores de la construcción en South Spring Street, así que me pasé a charlar con los compañeros.

Me sorprendió saber que Mortimer Downing había dado aquí una serie de conferencias, pero para mi decepción ya se había ido de la ciudad. Pero conocí a un par de EPs que habían trabajado en Natron Cutoff. Me hablaron con entusiasmo sobre una serie de acciones laborales del IWW en las que habían participado en un gran proyecto hidroeléctrico en el centro de California que había dado como resultado mejoras para los trabajadores.

Hojeando el *Industrial Unionist*, me alegró saber que los miembros de EP también estaban activos en otras áreas. Teníamos una campaña actual de trabajadores agrícolas en la cosecha del trigo de Kansas, una huelga ferroviaria en la Columbia Británica y cada vez más marineros se alineaban con nosotros. Quizás lo más alentador fue un breve artículo sobre una nueva huelga en una fábrica de ferrocarriles en Pasco, Washington. El escritor decía que aún no se sabía si la huelga había sido iniciada por los EP'ers o por los centralistas, pero el *Industrial Unionist* instó a todos los miembros a que la respaldasen, ¡INDEPENDIENTEMENTE DE QUÉ FACCIÓN ESTÉ INVOLUCRADA! Sentí una nueva oleada de esperanza en mi corazón.

Deabajo de la pila de *Industrial Unionists*, me sorprendió un poco encontrar una copia del *Industrial Worker*. Sentí un poco de emoción secreta al verlo por primera vez en varias semanas, seguido de una leve punzada de culpabilidad confundida. ¡Cobarde! Pensé: ¿y qué pasaría si algunos de mis compañeros de EP me vieran leerlo? Recordé lo que Mortimer Downing había dicho sobre la importancia de la libertad de expresión. Entonces, ¿qué pasaría si sus editores tuvieran una visión de las cosas diferente a la nuestra? Todavía dirían un montón de cosas muy interesantes sobre la clase obrera.

No podías estar en Los Ángeles mucho tiempo sin escuchar que los promotores inmobiliarios estaban estafando a miles de personas los ahorros de su vida, así que me animé cuando llegué al siguiente poema:

CANCIÓN DEL ARRENDADOR

*Todo me pertenece,
En la tierra, en el aire y en el mar.
La montaña y el valle, la colina y la llanura
Están ahí para llenar mi bolsillo con ganancias.
Los mismos bosques juntan sus manos
Para mostrar que crecen en mis tierras.
Reclamo una parte de cada libra de carbón
Que se eleva por encima del suelo.
A los hombres comunes, cuando me place
Arriendo una porción de la tierra,
A mi propio precio y por mi gracia,
Les dejo un pequeño lugar.
Pero después de varios años,
¿por qué el lugar vuelve a ser mío?
¿Porqué? No te puedo responder,
Pero todo me pertenece.*

— David McKenzie

Eso resumía lo que yo sentía al respecto.

En el momento en que dejé el periódico, un marinero “tambaleante” entró en el vestíbulo. Recordé mi plan de trabajo antes de conocer a Debs. Dijo que había una falta en su barco, así que decidí bajar al puerto y firmar.

Durante la mayor parte del año siguiente navegué por el mar, algunas veces trabajando en la tripulación de cubierta y otras en la cuadrilla de la sala de máquinas. Fui a Europa y subí y bajé por la costa este de los Estados Unidos. Tuvimos varias acciones laborales exitosas y continué inscribiendo trabajadores en el sindicato. Y seguí leyendo vorazmente.

En el verano de 1926 mi barco llegó a Seattle. Decidí echar el ancla por un tiempo para poder tomar algunos cursos en la escuela nocturna. Trabajé en varios trabajos de construcción cerca de Seattle mientras tomaba cursos de inglés, literatura, historia y economía.

Las sedes de las dos facciones estaban todas separadas ahora. La división fue desalentadora como el infierno, pero ¿qué podías hacer? Si realmente creías en algo, tenías que luchar. Tenían un dicho en esos días: "Una vez que tienes un wobbly, siempre tienes un wobbly: no puedes hacer de él un capitalista", o incluso un centralista. Aún así, hojeando copias antiguas del *Industrial Worker* e *Industrial Unionist* y acudiendo a algunas "reuniones mixtas", sentí un atisbo de esperanza en mi corazón. Tal vez todavía podría haber un compromiso entre los dos grupos.

A pesar de la división, teníamos un éxito considerable en la inscripción de nuevos miembros, así como desertores de la facción centralista. Tanto así que el gobierno federal ahora parecía decidido a destruir a James Rowan. Aunque había vivido en los Estados Unidos desde la infancia, ahora decidieron revocar su ciudadanía.

En Spokane, el 13 de febrero de 1927, el juez federal Stanley Webster calificó a Rowan como "el hombre más peligroso con el que he estado en contacto. Nunca estuvo en pie cuando se tocaba el himno nacional, nunca emitió un voto y nunca se quitó el sombrero. En lo que respecta a la bandera, ha denunciado la *Constitución* como superada y al Gobierno como una creciente putrefacción diaria." los procedimientos judiciales revelaron que Rowan trabajaba en un aserradero de Portland —otro wobbly que practicaba lo que predicaba.

En un momento, estuve trabajando en un gran túnel de ferrocarril al este de Seattle. Tuvimos una huelga. Después de unos días, la Compañía trajo un montón de esquiroles de Ironwood, Michigan. Tratamos de averiguar qué hacer al respecto. Muy por encima del túnel en la ladera de la montaña había un pequeño lago, Skylight Lake. Así que tuve una idea.

Un día subí allí, atrapé algunos peces y los puse en una lata de agua para mantenerlos con vida. Entonces, como ya era demasiado conocido, conseguí que una amiga metiera de contrabando la lata de peces en el túnel. Cuando nadie estaba mirando, tiró los peces al agua en el suelo del túnel y comenzaron a sacudirse. Luego llamó a los costras: "¡Oye, mira! Viene agua del lago. ¡Incluso se puede pescar!" Y esos esquiroles se asustaron y marcharon y nunca regresaron. Pensaron que el lago iba a desfondarse encima de ellos. Tenían miedo por la muerte de esos peces. Así que la compañía finalmente accedió a lo que pedíamos y volvimos al trabajo.

Continué con los trabajos de construcción durante el invierno y el verano de 1927, continué organizando a los trabajadores en el sindicato e intentando reunir a las dos facciones.

XXXIII. ¡WOBBLIES REBELDES DE COLORADO!

Aves y wobblies van al Sur para el invierno. Al menos algunos de ellos lo hacen. En realidad, todavía era a principios del otoño de 1927 cuando rodé hacia el Sur hacia los patios de carga de Los Ángeles, un día tan agradable como el que podía esperar ver. Después de jugar un elegante juego de escondite con los toros del ferrocarril por unos minutos, tomé una taza de java en un pequeño bareto cerca de las vías y luego me dirigí al Hall Wobbly en South Spring Street en el centro de Los Ángeles.

La sala del EP estaba a solo una o dos cuadras de la sala centralista, ya sea por accidente o diseño, no lo sé. Pero la proximidad facilitó los esfuerzos esporádicos pero continuos míos y de otros para reunir a las dos facciones. De hecho, sentados en el pasillo con algunos de mis viejos amigos, supe que wobs de ambos grupos había cooperado recientemente en grandes manifestaciones mundiales a favor de Sacco y Vanzetti, los trabajadores inmigrantes italianos enjuiciados por un cargo de asesinato en Massachusetts.

Durante todo el verano, se realizaron desfiles y manifestaciones para salvar las vidas de los dos hombres condenados a ser ejecutados a principios de agosto. El 11 de agosto la IWW llamaba a una huelga general en todas las industrias. Personas famosas de todo el mundo pidieron clemencia: HG Wells, Arnold Bennett, John Galsworthy, Edna St. Vincent Millay, Romain Rolland, Alfred Dreyfus, Heywood Broun, John Dos Passos, incluso Margaret, la hija de Woodrow Wilson.

Quince mil trabajadores de cigarros pararon en Tampa, Florida, para liberar a Sacco y Vanzetti. La IWW lideró una marcha de miles de personas a través de Manhattan. Cien mil marcharon en Berlín. El gobierno de Uruguay y el ayuntamiento de Buenos Aires lanzaron protestas. Dinamarca y Suecia amenazaron con boicotear todos los productos estadounidenses. Hubo una huelga general en Francia, manifestaciones en Londres, protestas en toda la URSS e incluso protestó un periódico fascista de Roma.

En Los Ángeles, las dos facciones del IWW se habían unido a varios otros grupos en un gran desfile hacia la plaza principal cerca de Union Depot. Pero la plaza estaba amurallada por más de mil policías, y los manifestantes se encontraron con ametralladoras y gases lacrimógenos. Diecinueve fueron arrestados y la manifestación fue disuelta.

Pero la más exitosa de las protestas del IWW fue en los campos del este de Colorado, donde la IWW logró que más de cuatro mil mineros realizaran una huelga de dos días. Las protestas generalizadas ganaron un respiro de doce días para los dos prisioneros, pero finalmente fueron ejecutados el 23 de agosto.

Todo el mundo con conciencia de clase estaba deprimido por la ejecución de los dos trabajadores. Me puse de mal humor en la sede wobbly por unos días, leyendo los números atrasados de los periódicos del IWW. Uno de los elementos que más me impresionó fue otra de esas gemas únicas que solo se encuentran en la prensa wobbly. Era un poema de Jim Seymour, que había escrito la famosa balada del lavaplatos. Este esfuerzo del bardo wobbly estaba en el modo de Shakespeare, pero infinitamente más avanzado socialmente:

A UN LIBERTARIO BUENO

*Aunque los rayos de luna se mueven a través de las sombras,
no escribo sonetos pensando en tu cabello;
Ni escribo pensando simplemente que tus ojos
recuerdan las estrellas de cielos tropicales;
Ni tus mejillas serán objeto de una oda,
porque en ellas moran las rosas;
No versifico sobre la copa de tu labio.
De donde yo, un dios, el néctar de miel bebe;
Para mayor belleza, hasta ahora escribo:
un canto a una gema de valor incalculable;
Al que despierta al que duerme en su lecho
De espinas enredadas sobre una tierra empapada de sangre:
Escribo, pero a la brillantez de tu mente,
que a las alturas de la libertad lleva a los ciegos.*

Hice unos pocos trabajos de construcción a corto plazo y continué orbitando alrededor de las salas. Había más y más en los periódicos wob sobre la situación en Colorado. La huelga de protesta de agosto contra Sacco y Vanzetti había tenido tanto éxito que los organizadores wobbly ahora estaban hablando de una huelga masiva entre los doce mil mineros del estado para protestar por los recientes recortes salariales y las terribles condiciones. Uno de los organizadores más exitosos del IWW, AS Embree, estuvo a cargo de nuestra campaña de organización allí.

Embree, un minero, se convirtió en Secretario General y Tesorero de la IWW durante un año cuando Bill Haywood fue encarcelado en el gran juicio de 1917-18. El rumor era que Embree era tan carismático y popular que, el año anterior, cuando terminó un período de cuatro años de sindicalismo criminal en una prisión de Idaho, los líderes del IWW en Chicago temieron su inmensa popularidad tanto que lo enviaron a los lugares más difíciles para encargarse de todo en las minas de carbón de Colorado, con la esperanza de que fracasara y se deshonrara. Embree negó el rumor.

Embree y el principal organizador mexicano-estadounidense wobbly, Conrado Aguilar, lograron avances rápidos al cuadruplicar la afiliación del IWW en el último año. Ahora, como resultado de la huelga de Sacco-Vanzetti, cada vez más mineros cogían carnets rojos. Cuando el sentimiento por una huelga parecía abrumador, el IWW celebró una votación y la votación para la huelga fue casi unánime. Se decidió comenzar la huelga el 8 de octubre.

Ambas facciones de la IWW comenzaron a organizar el apoyo a la huelga. Desde la sede de Chicago, vino una delicada mujer llamada Mary Gallagher para ayudar a organizar el apoyo a la huelga en Los Ángeles. Mientras tanto, en Colorado, las minas, la mayoría de ellas propiedad de Rockefeller, ya habían comenzado a desalojar a los mineros y movilizar a un ejército de matones armados.

A finales de septiembre, recogí una copia de *Industrial Solidarity* y vi un llamamiento a la acción:

¡A COLORADO, REBELDES DE LA IWW!

Sentí que mi sangre se agitaba. Parecía que iba a ser un esfuerzo masivo, lo más grande que había sucedido en la IWW en años. Mejor aún, ambas facciones estaban involucradas y parecía la mejor oportunidad hasta ahora para unir las dos partes. Otro aspecto que me atrajo fue que involucró a trabajadores de docenas de países y orígenes étnicos (anglosajones,

mexicanos, italianos, griegos, eslavos, polacos y muchos otros) y, como tales, presentarían al mundo el ideal “tambaleante” de todos los trabajadores y razas, trabajando juntos por el bien común.

Un grupo de chicos y yo nos sentamos en la sede wobbly discutiéndolo. Finalmente nos cansamos de sacudirnos los dientes y decidimos actuar. A principios de octubre habíamos reunido tres utilitarios y una pequeña montaña de suministros. Un baile de apoyo wobbly nos ayudó con nuestros gastos. Estábamos fuera y dispuestos a la pelea. La vida había vuelto a la vida.

Nos dirigimos hacia el Este, hacia el gran desierto. Éramos once en los tres vehículos, todos experimentados wobblies. Colorado: La palabra sonaba casi tan buena como "Missouri". Colorado: colores brillantes. Y lo fue, también. Y tuvimos una historia colorida, íntimamente relacionada con los orígenes de la IWW.

Nos dirigimos hacia el Este, haciendo agitación por el camino, parando en pequeños cafés de clase trabajadora a tomar java y durmiendo por la noche en el desierto. Comencé a sentir que era una especie de santa peregrinación. Y tendido en el desierto, entre los cactus iluminados por la luna, vi que la luna se levantaba una noche toda radiante y rojiza en el este y parecía ser el símbolo wobbly, un gigantesco mundo redondo con el globo y las letras "IWW" superpuestas en lo que parecía ser un talismán milagroso que nos impulsaba en nuestra noble lucha. Al día siguiente, al pasar por algunas áreas mineras, dos personas más y otros seis compañeros de trabajo se unieron a nosotros mientras nuestra caravana rugía hacia el Este.

Corriendo a lo largo, intercambiábamos información sobre el tempestuoso pasado de Colorado. Fue allí donde se produjeron las luchas laborales más feroces en la historia de la nación cuando la Federación Occidental de Mineros luchó contra los dueños de las minas en Leadville, en Cripple Creek, en Telluride. Las batallas con armas de fuego habían sido desenfrenadas, los propietarios habían explosionado las minas y derrumbado las estaciones de ferrocarril, y se había culpado a los mineros; el sindicato había sido suprimido sin piedad. *El Santo* se había quedado sin Telluride en 1903 después de que un propietario de la mina proclamara en el periódico de la ciudad: "El principal problema es que no hay suficiente dinero en todo el Estado de Colorado para comprar a Vincent St. John". *El Santo* había ido al oeste para organizar Goldfield, Nevada y convertirla en lo más cercano a una sociedad sin clases en la historia de los Estados Unidos. El gobernador Waite ordenó a la milicia que

protegiera a los mineros de los ejércitos de hombres armados de la Compañía. Fue la única vez que supe que un político importante había usado el ejército del lado del trabajo, y fue sin duda porque él mismo había sido minero.

Pero todo eso había sido la minería del metal. La historia de los campos de cultivo en las laderas orientales de las Montañas Rocosas había seguido un curso diferente, aunque igualmente sangriento. Hubo tres campamentos principales: uno al norte de Denver, otro que se extiende al sur desde Walsenburg a Trinidad cerca de la frontera con Nuevo México, y uno más pequeño cerca de Canon City, al oeste de Pueblo.

John D. Rockefeller era dueño de una gran fábrica de acero en Pueblo. El acero necesitaba carbón para la destilación del coque. Así que John D. había comprado la mayoría de las minas de carbón del este de Colorado. Y el carbón y el acero necesitaban transporte, así que también compró los ferrocarriles. Pronto tuvo una enorme baronía feudal, con ciudades de la Compañía y la propiedad de tiendas, hogares, escuelas e incluso iglesias. Y los políticos.

En los primeros años del siglo hubo algunas huelgas duras, principalmente de mineros galeses e ingleses, todos aplastados por las compañías. Pero los Trabajadores Mineros Unidos comenzaron a crecer y la militancia aumentó. La ardiente Mother Jones vino a Colorado para organizar, fue secuestrada y deportada a Utah, pero se escondió de nuevo disfrazada y continuó su organización y su infierno. En busca de trabajadores más dóciles, Rockefeller comenzó a importar mineros de Grecia, Italia, las naciones eslavas y México. Pero ellos también se volvieron rápidamente insatisfechos con la baja remuneración, el trato tiránico y las terribles condiciones.

En 1913 estalló otra gran huelga bajo los auspicios de United Mine Workers (UMWA). Los matones armados y una fuerza especial de "Rangers" del Estado comenzaron a disparar a los huelguistas. En abril de 1914, las ametralladoras de la milicia estatal abrieron fuego contra una colonia de tiendas de huelguistas y sus familias en el pequeño poblado de Ludlow, al norte de Trinidad. El líder griego de la colonia recibió un disparo cuando se acercó a los hombres armados con una bandera blanca. Los soldados luego rociaron las tiendas con queroseno y dispararon o atacaron con bayonetas a los que intentaron escapar. Veinte personas murieron, entre ellas once niños y dos mujeres, quemadas debajo de las tiendas.

Luego siguió una guerra de diez días entre bandas de milicianos y mineros. Un grupo de mineros griegos marcharon hacia el norte desde Nuevo México para ayudar a sus hermanos asediados, y sindicalistas armados vinieron de todo Colorado. Más de cien fueron asesinados. Finalmente, el presidente Wilson envió tropas federales para desarmar a ambos bandos y se perdió la huelga. La masacre de mujeres y niños inocentes en Ludlow fue uno de los episodios más vergonzosos de la historia de Estados Unidos.

A estas alturas, John D. Rockefeller Jr. era el jefe de los enormes intereses de Rockefeller. Tras la conmoción por los eventos de Colorado, introdujo un sindicato de la compañía que se suponía debía dar voz a sus trabajadores para mejorar sus condiciones, pero que en realidad era principalmente una farsa y una forma de deshacerse de la UMWA. La inquietud comenzó a crecer de nuevo.

A estas alturas, a la UMWA solo le quedaban unos pocos locales en Colorado. En el este, logró la llamada "escala de Jacksonville" de 7,75 \$ por día. Pero en Colorado, los trabajadores tenían que trabajar por 5,25 \$ por día. Para empeorar las cosas, la UMWA había lanzado una nueva y masiva huelga de carbón en el Este, pero ordenó a sus sucursales occidentales que siguieran trabajando. El *One Big Union* de la IWW nunca toleraría una situación tan injusta y suicida.

Los trabajadores se enojaron cada vez más. Una queja particularmente ardiente fue la negativa de las compañías a permitir que los hombres tuvieran sus propios comprobadores de peso para poner fin a la práctica generalizada de pesaje corto. Además, Colorado Fuel and Iron Company, de Rockefeller, había comenzado a instalar máquinas de carga de carbón en algunas de las minas, causando más desempleo y resentimiento.

Unos meses antes, el IWW había comenzado a celebrar reuniones en masa, instando a los mineros a que no reprendieran a sus hermanos en el Este y protestaran por la ejecución de Sacco y Vanzetti. Los razonadores oradores "tambaleantes" y el coro de niños del IWW cantando canciones revolucionarias en inglés y español, habían comenzado a avivar el sentimiento de huelga. Finalmente, en septiembre, los trabajadores emitieron sus demandas: 7,75 \$ por día, jornada de seis horas, pesadores elegidos por los trabajadores y la aplicación de las leyes de seguridad en las minas de Colorado.

Wobblies sin ataduras como nosotros empezaron a reunirse en el Estado. La milicia estatal y los pistoleros de la Compañía comenzaron a movilizarse. Los

dueños comenzaron a despedir y desalojar a conocidos sindicalistas. La IWW anunció que cada minero despedido se convertiría en un organizador. La huelga se fijó para el 18 de octubre. Ya era 17 de octubre.

Nuestros cacharros corrían hacia el Este. Comenzó a hacer frío y nos dirigimos hacia el norte a las Montañas Rocosas, sus picos brillaban con nieve temprana. Era difícil creer que esas hermosas montañas cubiertas de nieve ocultaban horrores tan sombríos como las minas. Con la huelga comenzando a la mañana siguiente, decidimos conducir toda la noche. Agarré y sostuve el volante desde la medianoche hasta las cuatro de la madrugada, mis compañeros de trabajo dormían a mi lado. Me sentía muy vivo en el aire frío, sintiendo la emoción y el miedo de una batalla inminente, la sensación embriagadora de la participación total en la vida.

Poco después del amanecer llegamos a Trinidad, un viejo y maltratado enclave tendido contra la alta pendiente oriental de las Montañas Rocosas, serpenteando a lo largo de las orillas del río Purgatoire. El sol rojo sangre surgió como una señal de advertencia a lo largo de la amplia pradera que se alejaba hacia el Este. Al ver algunas de las primeras chozas de los mineros, pensé en Herrin, Illinois, y los mineros oprimidos allí y me pregunté si podía hacer una contribución tan importante aquí.

La ciudad estaba en un fermento. Grupos de hombres, mujeres y niños iban y venían en la luz gris por las calles con carteles de piquetes. Algunos permanecían vigilantes frente a las chozas de adobe o madera cruda. Alrededor de la mitad eran de piel oscura, mexicanos y algunos italianos, algunos con miradas sombrías, otros con brillantes sonrisas desafiantes. Lindos y pequeños niños mexicanos nos saludaron. Cuando vieron la pancarta del IWW en el costado de nuestro auto, comenzaron a vitorear, intercambiamos holas y saludamos con el puño cerrado. Tiramos un puñado de nuestros folletos de apoyo rojinegros y revolotearon con la brisa fría de la mañana como bandadas de mirlos, y luego se acomodaron en la tierra con los niños de los mineros que reían.

Rugimos hacia el centro de la ciudad. Nudos de hombres a lo largo de la calle, algunos con insignias y armas, nos miraban con suspicacia o saludaban animadamente. La gente miraba inquieta desde las ventanas de los pisos superiores. La pequeña ciudad ahora se estaba llenando de luz polvorienta. Vimos una pancarta del IWW en una ventana de un segundo piso y nos detuvimos, los otros cuatro autos se detuvieron detrás de nosotros. Salí

y le grité al conductor del automóvil que estaba detrás: "Espera aquí. Veremos si la sede está por aquí en alguna parte".

Los cuatro salimos y comenzamos a caminar más allá de las tiendas. Justo cuando nos acercábamos al edificio con la pancarta wobbly en la fachada, cuatro hombres grandes que llevaban insignias salieron de lo que parecía un bar clandestino y comenzaron a caminar hacia nosotros. Parecían malvados. Cuando vieron nuestros botones rojos "tambaleantes" en nuestras solapas sus ojos se aceleraron. Era obvio que no tenían la intención de dejarnos espacio para pasar. Y era obvio, con otros hombres observando a lo largo de la calle, que no teníamos la intención de hacerles una reverencia y rascarnos.

Los dos grupos se acercaron. Me había enorgullecido de desarrollar un talento para pensar rápidamente en el enfrentamiento. Pero este me tenía perplejo y me daba pánico.

Cuando estábamos a unos ocho pies de distancia, algo vino a mí. Miré a los ojos del hombre más grande de cerca de seis pies. "Oye, ¿no eres mi primo tercero que conocí en esa reunión familiar hace tres o cuatro años?" Sonréí, y me apresuré y le estreché la mano. Parecía tan aturdido como sus tres compañeros.

Se desconcertó el gigante, y los cuatro nos escapamos. Cuando pasé junto a él, golpeé al hombre alto en la espalda. "Me alegro de verte, Cuz", dije, y puse una pegatina del IWW en su espalda. Tenía una foto de un burro y decía: "ÉSTE ASNO NO PERTENECE A LA UNIÓN". Mientras caminaban los cuatro hombres armados, los transeúntes a lo largo de la calle se echaron a reír. Los cuatro hombres miraron hacia atrás, perplejos pero pavoneándose.

Encontramos el Hall Wobbly y volvimos a buscar a los demás. La sala era un fermento de actividad. Nuestros miembros estaban repartiendo suministros, planificando su estrategia, alimentando piquetes temprano en la mañana. Nos recibieron con entusiasmo y nos prepararon un desayuno caliente. Para mi deleite, uno de los líderes locales de la huelga era un antiguo wobbly mexicano llamado Méndez, que había guiado a sus compatriotas en Natron Cutoff en Oregón. Después de haber descargado nuestros suministros, él nos informó sobre la situación.

La huelga era un setenta por ciento exitosa aquí en el sur, dijo. Y casi todos los huelguistas se habían unido a la IWW. Los Trabajadores Mineros Unidos se habían declarado neutrales. Tres noches antes, el día 15, una multitud de hombres liderados por miembros del Ku Klux Klan, la American Legion y

hombres armados de Rockefeller, habían irrumpido en la sala IWW en Walsenburg, a cuarenta millas al norte, y el publicista del IWW Byron Kitto apenas había podido escapar. Quemaron los suministros y destruyeron la sala, pero ahora se había vuelto a abrir.

El consejo de la ciudad votó para desalojar a todos los IWW de Walsenburg, y al día siguiente una multitud eligió a diez organizadores Wobbly fuera de la ciudad. El mismo día se allanó la sala de Lafayette en los campos del norte, y ayer se allanó la sala de Pueblo. Según la ley de Colorado, un sindicato tenía que anunciar una huelga con treinta días de anticipación, y la IWW lo había hecho, pero ahora la Comisión Industrial de Colorado amenazaba con que la huelga era ilegal y prohibía todo piquete por motivos falsos de que la IWW no representaba a los trabajadores.

Después de efectuar la descarga, Méndez nos pidió que dividiéramos nuestras fuerzas y tomáramos suministros y llevássemos literatura a algunos de los campamentos y minas donde algunos hombres todavía trabajaban. Envió junto con nosotros como guía a un entusiasta muchacho mexicano-estadounidense de catorce años llamado Emilio Coolidge, al que todos llamaban "Presidente Coolidge".

Salimos al campo hacia el norte. Estaba completamente despierto ahora. Ocasionalmente, llegaban grupos de mineros, en viejos cacharros o a pie. Corrimos a lo largo de las laderas orientales de las estribaciones, salpicadas de aguamarina púrpura y pinos y álamos temblorosos, mientras que hacia el este estaba la gran pradera que se extendía hasta donde podían ver los ojos. Lejos hacia el oeste se alzaban las montañas rocosas cubiertas de nieve.

Después de unas pocas millas, *Presidente Coolidge* nos dirigió por un camino lleno de baches que se dirigía hacia Black Hills hacia el Este. Estábamos cerca de Ludlow ahora. Pude ver pilas redondas de esquisto rojizo con puestos para rifles donde el ejército de mineros había combatido a la milicia en la guerra de diez días en 1914.

En la actualidad, vimos un derrumbe de una mina con una bandera de los Estados Unidos sobre un repecho por encima de una elevación baja. Luego pasamos por allí y nos dirigimos hacia la entrada de la mina, donde nos recibió una visión conmovedora: docenas de piquetes, aproximadamente la mitad de ellos de aspecto mexicano, que iban y venían de un lado a otro, acompañados por sus esposas con faldas voladoras, llevando a cabo un diálogo animado con unos pocos hombres con cara de hollín reunidos alrededor de la bebida.

Aparcamos y comenzamos a caminar hacia los demás con nuestros libros de canciones y otros suministros. De repente vi a los tres hombres armados a un lado. Ellos se dirigieron hacia nosotros, sus dedos retorciéndose en las culatas de sus fusiles. Parecían un poco llorosos e inestables, como si hubieran estado lamiendo el brandy de Jackass en uno de los salones de la Compañía. Uno de ellos se colocó de lleno en nuestro camino.

"¿Estáis con esta basura?" bramó el pistolero aludido. "¡Bueno, yo no quiero ningún sucio bolchevique venir a correr la mina de un hombre blanco!"

Presidente Coolidge, de cinco pies de altura, se le acercó y escupió en el suelo cerca de sus pies. "Tú no distingues a un bolchevique de tu propio culo, *pendejo*", se burló.

El pistolero sacó su mano derecha y envió a nuestro diminuto guía a morder el polvo. Mi instinto era protegernos de los pistoleros, y sabía que la política del IWW era de no violencia.

La brutalidad fue contraproducente para los tres matones. Uno de los mineros de cara fría que había estado indeciso se puso de pie repentinamente y se volvió hacia los demás. "Digo que si no podemos ganarnos una vida decente en estos sucios hoyos, ¡hagamos otros lo suficientemente profundos!" gritó. Cruzó para unirse a nosotros, seguido por quince o veinte de los otros mineros, mientras que unos pocos más permanecieron hablando entre ellos, aún por decidir.

Presidente Coolidge se levantó, se quitó el polvo y comenzó a distribuir copias de una nueva canción del IWW que había sido escrita especialmente para la huelga. Los matones se quedaron con el ceño fruncido. El chico medio mexicano se volvió hacia los piquetes en masa y sus nuevos partidarios. "¡Todos juntos!" gritó, y los huelguistas empezaron a cantar al unísono la nueva canción wobbly, mientras Emilio se movía arriba y abajo y saltaba frente a ellos:

Rang-u-tang,
Rang-u-tang,
Siss boom ba,
¿Quién demonios
crees que somos?
Wobblies,

Wobblies, Ha, ha, ha.
Somos ásperos,
somos duros,
nunca hacemos un farol.
Y libertad de expresión
nunca tenemos suficiente.
¡Somos Wobblies,
Wobblies,
Wobblies!

Una gran alegría se levantó cuando el canto terminó. De repente, los mineros restantes se levantaron y vinieron a unirse a nosotros, con un aplauso salvaje. Los tres hombres armados miraron disgustados y se dieron la vuelta y comenzaron a caminar hacia su auto. Dimos la bienvenida a los nuevos reclutas con palmaditas en la espalda y los invitamos a tomar el café y los bocadillos que habíamos traído en nuestro vehículo. Entonces empezamos a inscribirlos en el *Único Gran Sindicato*.

Fuimos de campamento en campamento. Algunos pararon bien. Otros tenían algunos hombres que seguían trabajando. Algunos salieron en respuesta a nuestros reclamos. Algunos se quedaron adentro. Otros estaban en lo profundo de la tierra más allá de nuestra llamada. Algunos fueron retenidos como virtuales esclavos dentro de los complejos de la Compañía con cercas de alambre de púas y guardias en las puertas.

Llegamos a uno de estos últimos después de un par de horas. "No hemos podido entrar a hablar con los hombres", dijo el *Presidente Emilio Coolidge*. "Ojalá pudiéramos enviarles algunos de nuestros folletos. Pero tienes que ser un amigo de alguien en el campamento antes de que te dejen entrar, y nos conocen a todos aquí".

"¿Sabes el nombre de alguien ahí?" Preguntó Mose, el wobbly a mi lado en el asiento delantero.

"Sí, un chico, Sean Muldoon".

"Espera aquí", le dije. "Intentaremos entrar. Soy pariente de Sean".

Tomamos la pancarta del IWW del auto. Presidente Coolidge se escondió detrás de unas rocas a unos doscientos metros de la puerta del

campamento. Me puse al volante. Mose y yo nos movimos lentamente. Un gran guardia mudo nos detuvo en la puerta. "Primo de Sean Muldoon", le dije.

"¿Traes alguna identificación?" dijo el guardia.

Mose me dio una mirada desesperada. Pero una vez más, un impulso subconsciente saltó en mi ayuda. Sin pestañear, saqué mi carnet rojo y se lo mostré oficialmente al guardia.

Lo miró con ojos incomprendibles. Me pregunté si sabría leer y escribir. "Está bien, entra", dijo con un pequeño gesto. "Última choza a la izquierda".

Nos dirigimos hacia el campamento. Unas cuantas mujeres y niños de aspecto sombrío nos miraban desde las chozas de la compañía, destortaladas y sin pintar. Decidimos que Muldoon's era tan bueno como cualquiera para detenerse. Nos detuvimos en frente y Mose y yo nos dirigimos a la puerta. Una mujer de aspecto preocupante de unos treinta años respondió a nuestra llamada.

"Representantes personales del Sr. Rockefeller", dije, tratando de parecer serio. "Estamos haciendo una encuesta de los campamentos".

La mujer de aspecto infeliz nos invitó a entrar, espantando a dos niños pequeños en un rincón de la pequeña sala de estar oscura. El piso sin alfombra era de madera astillada. Cortinas rotas colgaban de las ventanas. Unas pocas sillas destortaladas se distribuían alrededor.

"Mi marido está enfermo", dijo la mujer de manera poco convincente. "Varios de los hombres están enfermos, realmente lo están". Ella nos indicó que nos sentáramos.

"¿Cuántos hombres están trabajando?" Preguntó Mose.

"Oh, no lo sé bien, tal vez la mitad de ellos".

"¿Ha cogido algo?" Sonreí. "¿Como la fiebre de la huelga?"

Una mirada asustada entró en los ojos de la mujer. Ella comenzó a protestar, pero en ese momento una voz masculina y ronca salió de la puerta abierta del dormitorio. "Molly, trae a esos hombres adentro".

Un hombre corpulento con un rostro arrugado prematuramente se incorporó en la cama. Empezó a toser cuando entramos. Le entregué una copia del papel wobbly. "Tal vez esto ayude a tu tos", le dije.

Miró el papel y una sonrisa se extendió por su rostro. "Hay más de una manera de hacer huelga", dijo. "Tomad asiento, muchachos. Molly, calienta un poco de café para estos caballeros".

Hablamos sobre la situación con el minero "enfermo" y su esposa. Tal vez para las personas en la empresa que lo utilizaban, este método era el mejor. Algunos tenían la edad suficiente para recordar la huelga de 1914, fueron desalojados a colonias de tiendas de campaña y luego fueron quemados o expulsados por hombres armados.

"¿Piensas que esta enfermedad podría extenderse a los otros chicos?" Preguntó Mose.

"Con la ayuda de tu pequeño papel, creo que podría", sonrió Muldoon. "Deja unas cuantas docenas de copias, pronto oscurecerá y entonces saldré."

Miré a los dos niños. Mose y yo decidimos que la mejor política era dejar que la literatura wobbly hiciera el trabajo. Los mineros "enfermos" y sus familias serían desalojados muy pronto sin que nosotros creásemos un alboroto. Más tarde, cualquiera que se quedara de esquirol podría ser piqueteado. Les dijimos a los Muldoons dónde podían obtener ayuda en la sede del IWW si los desalojaban, y nos fuimos tan discretamente como habíamos llegado.

XXXIV. LA CHICA DEL VESTIDO ROJO

Recogimos a Presidente Emilio Coolidge y nos dirigimos hacia el norte. Llegamos a la pequeña ciudad de Walsenburg, donde A. S. Embree había establecido su cuartel general de huelga, alrededor del mediodía, justo cuando se estaba llevando a cabo un gran mitin al aire libre. Estaba muerto de cansancio después de la casi insomne noche, pero la emoción de los acontecimientos me impulsó. Diputados armados nos miraron con recelo cuando nos acercamos a la enorme multitud. Debía haber por lo menos mil personas allí, hombres, mujeres y niños, cantando y agitando carteles de piquetes y pancartas “tambaleantes”.

Un apuesto y joven orador de unos veinte años llamado Byron Kitto estaba en la plataforma. Era el publicista del IWW de Chicago que había estado en la sede cuando fue allanada tres noches antes. Tenía un encanto infantil contagioso, y casi cada frase de su oratoria de fuego rápido conseguía un grito de alegría de la multitud.



Ben Fletcher

Luego vino Kristen Svanum, el jefe del Sindicato de Trabajadores Mineros del IWW que había venido de Butte, Montana. Dijo que la gira por el Este del líder negro wobbly, Ben Fletcher, en apoyo de la huelga, consiguió que la

reunión del Congreso del Trabajo Negro Americano en Filadelfia instase a todos los mineros negros en Colorado a unirse a la IWW, y que cada uno de los quinientos mineros negros en los campamentos del norte habían salido en huelga. Un rugido de aprobación surgió de la multitud.

A continuación, se presentó a una niña de diecisiete años llamada Millie Buzich. "Soy de Ludlow", comenzó ella. Señaló su botón IWW. "He sido una wobbly desde que tenía cuatro años, eso es cuando Rockefeller y sus hombres armados mataron a mis parientes en la colonia de tiendas de campaña. Si hay un hombre en esta multitud que tenga miedo de salir de piquete, le cambio mi falda por su mono". Se levantó un grito salvaje, mezclado con la risa.

Más tarde, todos nos unimos para cantar canciones wobbly e hicimos resonar las paredes de las laderas distantes.

Después del mitin, sentados alrededor del reabierto salón del IWW tomando café, Mose, *Presidente Emilio Coolidge* y yo recogimos fragmentos y noticias de otros frentes de huelga. En el Norte estaban sólidos fuera. Cientos de diputados especiales fueron juramentados y hubo arrestos y palizas. Los wobblies estaban recorriendo el área de huelga de todo el país, con flivvers, furgones, pulgares y pies. Algunos de los periódicos habían publicado informes de que "no había huelga" y, al mismo tiempo, exigían que el gobernador llamara a la Guardia Nacional. Me acordé de la historia sobre el agricultor al ver su primer elefante en el zoológico y exclamando: "No, no puede existir este animal"

De repente, Byron Kitto estaba de pie junto a nosotros. Cuando supo que teníamos un automóvil, nos pidió que lleváramos un mensaje urgente a AS Embree, que hablaría en algunas reuniones esa noche en los campamentos del Norte. Eran ya pasadas las dos, y estábamos a unas doscientas millas, por lo que Mose y yo decidimos tragarnos una taza de café más y empezar a conducir. Organizamos un viaje de regreso a Trinidad para llevar a Emilio y luego nos volvimos a amontonar en nuestro viejo coche y partimos.

Todo el campo estaba en fermento. Corriendo a lo largo, con nuestra ondeante bandera al viento, saludamos a grupos de mineros a lo largo de la carretera y a compañeros de trabajo en otros autos. Nos arrastramos a lo largo de la escarpa oriental de las Montañas Rocosas, los grandes picos nevados flotaban hacia el oeste, pasamos por Colorado Springs, al este de Denver y, finalmente nos dirigimos hacia el noroeste hasta los grandes campos de carbón que rodeaban Boulder.

Estaba oscureciendo cuando llegamos a la sede wobbly en Lafayette. Nos dirigieron a la pequeña ciudad minera cercana, donde Embree tenía previsto hablar. Cientos de mineros y sus esposas e hijos corrían por los caminos, cantando y saludando. Nos enteramos de que la sede cercana era demasiado pequeña para la multitud, por lo que iban a tener la reunión en un campo abierto iluminado solo por la luz de la luna y los faros de los autos.

Finalmente encontramos a Embree y le dimos la carta de Kitto. Estaba subiendo a la plataforma oratoria en un camión. Colocamos nuestro flivver en un gran semicírculo con los demás y encendimos nuestros faros. Levanté la vista hacia la luna: ahora siempre hacía una broma privada con ella, imaginando que era un emblema del IWW.

Embree comenzó a hablar. La multitud de miles se calló. Habló con firmeza y, sin embargo, con gentileza y compasión. Reflexioné sobre lo extraño que fueron los años en prisión que rompieron a algunas personas y, sin embargo, parecía hacer que personas como Rowan, Debs y Embree fueran aún más duras y dedicadas. E incluso aunque él era un centralista, no podía dejar de tener una inmensa admiración por el hombre. Cuando se sentó, una ovación atronadora saludó su llamada a la solidaridad.

Noté unas pocas docenas de caras negras dispersas entre la multitud. Y el siguiente orador fue un guapo negro llamado William Lofton, uno de los organizadores y tácticos más importantes del IWW, que esa mañana había sacado a los mineros al cien por cien en Green Canyon. Parecía haber un silencio total mientras el hombre negro hablaba.

"Mi piel es negra, mi alma es blanca y mi carnet es rojo", comenzó con su voz profunda y resonante, y sostuvo su carnet "tambaleante" en alto a la luz de los faros. Hubo un segundo de silencio, luego unos cuantos vítores y palmadas, como si la mayoría de las personas no supieran cómo reaccionar ante una afirmación tan inaudita; y luego, de repente, llegó el aplauso sostenido. Lofton continuó describiendo los eventos del día y sus razones para ser un wobbly. En el momento en que había terminado yo creo que no habría un hombre o una mujer del público (excepto quizás los informantes) que no le habría seguido al infierno y de regreso con la IWW.

Estaba de pie cuando terminó el mitin. La sala wobbly más cercana estaba repleta de mineros desalojados y los muchos voluntarios que habían comenzado a llegar, así que Mose y yo dormimos en el automóvil en un gran campo donde decenas de wobs habían extendido sus mantas sobre la tierra

fría. Eché un vistazo a las imponentes montañas del oeste, oí el aullido solitario de un coyote, y luego me dormí.

Los próximos días fueron un frenesí de actividad. Cuatro mil mineros estaban en el área alrededor de Boulder. Las minas estaban cerradas tan fuerte que una cucaracha no podría entrar. Pero queríamos asegurarnos de que permanecieran cerradas, por lo que había grandes mítinges a diario para mantener el espíritu de la tropa.

Lo mejor de todo el asunto fue que los wobblies hacían todo democráticamente. No había generales dirigiendo gente alrededor. Los mineros eligieron comités de sus propios miembros para atender todo, con nosotros, "agitadores externos", actuando simplemente como asesores y ayudantes, y todas las decisiones importantes eran votadas por todos los miembros. Y fue una gran alegría ver las reacciones de estas personas que habían sido prácticamente esclavas toda su vida, que de repente les pidieran sus opiniones sobre las cosas y se les diera la dignidad de tomar decisiones sobre los asuntos que afectaban sus vidas. Se deleitaron con ello y se destacaron: fue la magia la que mantuvo unida la huelga.

Mose y yo nos mantuvimos ocupados desde el amanecer hasta la medianoche: formando piquetes, cargando piquetes aquí y allá en nuestro vehículo, ayudando a alimentar a los huelguistas en los diversos salones sindicales, ayudando a difundir folletos de huelga y en una multitud de otros trabajos. Más y más wobblies veteranos llegaron al área, veteranos duros de la lucha de clases que sabían cuál era el puntaje y cómo cambiar las cosas.

Un día vi a una figura familiar con una venda en la espalda caminando hacia la plataforma de los altavoces. Era el amigo de Jack London, George Speed, a quien yo había conocido en la convención del 24, que estaba montado mercancías desde Chicago a los setenta y dos años de edad. Hubo un momento de curiosidad entre los dos o tres mil en la multitud cuando este extraño e imponente "vagabundo" se levantó para hablar.

"El poder es lo que determina todo hoy", tronó la profunda voz de Speed."...Es lógico que el tipo que tiene la gran porra la balancee. Eso es lo que existe hoy en día. El uso del poder. Ni el socialismo ni la política os ayudarán. Deben organizarse y ayudarse ustedes mismos...

"Es comprensible que algunos de ustedes estén un poco sorprendidos y poco acostumbrados a la naturaleza universal de nuestro *Gran Sindicato Único* — blancos y negros, mexicanos y griegos y turcos y finlandeses e irlandeses y

eslavos que trabajan todos juntos. Pero si todos los diferentes pueblos no pueden aprender a trabajar juntos siempre habrá problemas en el mundo y nos perjudicará a todos. Un hombre es tan bueno como otro para nosotros.

No nos importa si es negro, azul, verde o amarillo, siempre y cuando actúe como un hombre y sea fiel a sus intereses económicos como trabajador... "Fuertes estallidos de aplausos saludaron las palabras del viejo guerrero "tambaleante".

El comité a cargo de los mítimes siempre buscaba nuevos oradores, y después de un par de días me pidieron que hablara. Había tantos oradores ahora que estábamos limitados a diez minutos cada uno. Me levanté y le di mi mejor tiro.

"Algo está podrido en Denver", comencé, refiriéndome a la decisión de la Comisión Industrial de Colorado de prohibir la huelga, y se escucharon algunas risas de los más literarios entre la multitud. "Pero hay diez mil de nosotros en huelga ahora y no hay suficientes cárceles en Colorado para encerrarnos a todos".

Levanté un periódico con una foto del Presidente Calvin Coolidge sonriendo hipócritamente cuando se le preguntó sobre la huelga. "Mirad a nuestro gran líder", dije. "Cuando sonríe, parece una arruga en un pepinillo. Cuando terminemos, seremos nosotros los trabajadores quienes tomemos las decisiones en este mundo y no un grupo de payasos elegidos por Rockefeller y Wall Street". Luego pasé a hablar brevemente de Centralia y la huelga costera de Portland. Cuando terminé recibí un buen aplauso.

Y luego empezamos a escuchar algo extraordinario: sonaba como en el sur, alrededor de Walsenburg, Ludlow y Trinidad, las mujeres se habían hecho cargo de la huelga. El día 20, los piquetes de mujeres habían convencido a los costras a salir de dos minas y quince mujeres habían sido arrestadas. Al día siguiente, otras dieciséis mujeres fueron llevadas a la cárcel. Una mujer había superado a un guardia de la mina en una pelea a puñetazos. Las jóvenes idealistas Juana de Arco del movimiento obrero de dieciséis y diecisiete años, encabezaban e iluminaban a cientos de huelguistas a través de los cañones hasta los campos y minas. Empezamos a oír hablar de "Flaming Milka" Sablich, de 17 años, "la chica del vestido rojo", que ya se había convertido en una leyenda y había provocado el terror de los dueños de las minas.

Ahora que las minas en el norte estaban cerradas casi por completo, se decidió formar una gran caravana de coches para ayudar a nuestros hermanos y hermanas en el sur. El día 23 en una gran reunión en Lafayette a la que

asistieron más de tres mil huelguistas y sus esposas, se establecieron planes para la gran procesión. Teníamos que partir el día 26.

Nos asignaron a Mose y a mí para que la gente ofreciera sus autos como voluntarios para la caravana. Fuimos de tienda en tienda a través de Lafayette, Frederick, Erie, Louisville, Boulder. Muchos de los pequeños empresarios dependían de las compras de los mineros para su sustento y se ofrecieron a ayudar. Algunos acordaron prestar sus autos directamente, otros decidieron venir como choferes. Para cuando llegó el 26, teníamos alrededor de 130 vehículos. Fue la primera gran caravana de huelguistas motorizados de la historia.

El campamento masivo se despertó a las tres y media de la mañana del 26. Éramos más de quinientos, incluidas muchas mujeres. Los miembros de la caravana habían sido cuidadosamente examinados en busca de alcohol y armas. Los comerciantes locales habían donado una montaña de comida, carpas, mantas y otros suministros. Banderas y pancartas ondeaban desde nuestros autos y cubrían sus lados: ÚNETE AL IWW Y SE UN HOMBRE; UNA INJURIA A UNO ES UNA INJURIA A TODOS; MINERO DE COLORADO, ¡NO TRAICIONES A TUS COMPAÑEROS!

Dado que los propietarios de las minas ahora estaban ondeando banderas estadounidenses en todos sus campamentos, nosotros también ondeamos banderas estadounidenses: este país era tan nuestro como suyo... o debería serlo. Nos enteramos de que el gobernador había ordenado ejercicios de la Guardia Nacional ese mismo día en las cercanías de Golden, y tres aviones militares, incluido un bombardero equipado con ametralladoras y bombas, estaban siendo puestos en servicio.

La gran caravana partió. Mose y yo, y dos huelguistas y sus esposas estábamos a unos treinta autos de distancia de la cabeza. Los cientos de faros se encendieron. Los motores rugieron a la vida. Atravesamos Erie y Louisville en el frío amanecer, cantando y gritando, recogiendo más vehículos. Nos detuvimos en cada pequeña ciudad por la que pasamos, organizando mítines a primera hora de la mañana para recaudar apoyo. Al amanecer, miramos hacia atrás y vimos la larga caravana que se extendía por el horizonte.

En muchos lugares, multitudes de personas nos animaban o nos ofrecían café y sándwiches. En cada ciudad de cualquier tamaño detuvimos la enorme caravana mientras nos turnábamos para dirigirnos a las multitudes a través de megáfonos desde camiones con plataforma. Pasamos por Denver hacia Arvada y Colorado Springs. Por la noche nos detuvimos en parques o campamentos y

encontramos habitaciones para las mujeres en la ciudad, mientras que los hombres dormían en autos o tiendas de campaña o en el frío suelo. Nos levantábamos a las 3:30 de la mañana construyendo fogatas para cocinar nuestro desayuno, y a las 4:30 estábamos nuevamente en la carretera.

Cuando llegamos al área de ataque del sur, la enorme caravana iba de un campamento a otro y de una mina a otra, sacando a los que aún trabajaban. Por las tardes, íbamos de casa en casa para llevar a la gente a las grandes reuniones nocturnas.

Un día nos encontramos como parte de una procesión de más de doscientos autos que se dirigían hacia un cañón al sur de Walsenburg hacia una de las pocas minas grandes que aún funcionaban, *el Ideal*. Mose estaba al volante. Cuando la larga caravana se detuvo cerca de un punto donde el cañón se estrechaba, me puse de pie en el coche para mirar hacia adelante. Vi un espectáculo que hizo que mi corazón diera un vuelco. ¡De pie en un auto cincuenta metros más adelante, con su cabello rojo fluyendo, estaba "Flaming Milka"!



La muchacha del vestido rojo hablando en Boston en 1928

El camino se había desvanecido en una senda áspera paralela a la línea del ferrocarril. Salimos de nuestros autos y formamos una columna de marcha de media milla de largo. Comenzamos a marchar hacia la mina, cantando a todo pulmón. Avancé, pasando las filas de los cantores marchantes. Finalmente

llegué a la cabecera de la columna. Allí estaba ella, Milka Sablich, con su vestido rojo brillante, liderando la columna de mil quinientos huelguistas.

Con sólo diecisiete años, era una figura cautivadora, el tipo de persona que uno escogería en una multitud de cien o mil personas. Tan alta como la mayoría de los hombres y más alta que algunos, su cara orgullosa y fuerte parecía tallada en granito, y con sus manos de trabajadora parecía un poco masculina, tal vez para trascender las distinciones comunes del sexo. Con su intensidad, carisma, energía y don para la retórica, era una líder nata, y tal vez la más inteligente de todas las personas con las que me encontraría en la huelga.

Parecí haber captado su atención por un instante cuando se giró brevemente, y me gusta pensar que hubo una intensa comunión en ese momento, pero tal vez solo fue una ilusión. A un lado de ella había un niño mexicano que llevaba la bandera estadounidense. En el otro lado había una mujer algo mayor que luego supe que se llamaba Unwin, esposa de uno de los huelguistas. Me coloqué justo detrás de las dos mujeres y el chico mexicano.

Marchamos a lo largo, gritando y cantando. Debía haber cuatro o cinco millas hasta la mina. En un momento, cuando estábamos cerca de la línea del ferrocarril, una locomotora rugió de manera inquietante y se movió a nuestro lado, lanzándonos vapor caliente. De repente, una manada de matones apareció a través del vapor, lanzándonos piedras y maldiciones. Tenía ganas de cargarles el banco, pero apretamos los dientes y pasamos.

Finalmente llegamos al campamento minero. Justo antes de un puente, y más allá del puente, una oficina de Correos, en cuyo frente nos habían dicho que podíamos tener una reunión.

Pero cuando llegamos al puente, estaba bloqueado por hombres armados y montados de tropas estatales. Nuestra columna se detuvo.

"¿Dónde están vuestros líderes?" gritó un hombre armado, aparentemente preparado para no creer que una chica de diecisiete años de edad, pudiera llevar un ejército de mil quinientos.

"Esta es nuestro líder" gritó la señora Unwin, apuntando a la bandera en poder del niño mexicano.

En respuesta uno de los hombres armados arrojó una roca, golpeando una de las manos del niño mexicano que portaba la bandera. Se encogió, pero sus pequeños dedos marrones permanecieron sujetando firmemente el asta.

Milka y los demás nos llevaron más cerca, pero cuando llegamos al borde del puente uno de los soldados montados se colocó en nuestro camino y le dijo: "Ya has ido suficientemente lejos". Extendiéndose, arrancó la bandera de las manos del chico mexicano y lo empujó bruscamente.

Sin desanimarse, Milka gritó: "¡Por aquí, compañeros de trabajo!"

Pasando por un lado, ella comenzó a llevarnos por debajo del puente y hacia las escaleras de la oficina de Correos en el otro lado. Corrimos tras ella, cientos de nosotros, agitando nuestras pancartas y carnets rojos. Mientras tanto, algunos de los hombres armados se estacionaron en los escalones de la pequeña oficina de correos.

El niño mexicano de la bandera fue el primero en llegar a la oficina de Correos. "¡Esto es lo que obtuve, muchachos!" Gritó, mostrando, su mano sangrante. Louis Scherf, el jefe de la policía estatal, lo empujó al suelo y comenzó a golpearlo sin piedad. La señora Unwin comenzó a subir los escalones, fue arrojada hacia atrás y se derrumbó, inconsciente. Traté de protegerla, pero fui golpeado en el suelo. Nuestras fuerzas empezaron a dispersarse.

Cuando me levanté, me zumbaban los oídos, vi a Milka, a un lado, ser atropellada por uno de los cosacos montados. El hombre de la milicia cogió repentinamente una cuerda enrollada, la hizo girar en el aire y la cordada cogió a la joven pelirroja alrededor de un brazo como un novillo y comenzó a arrastrarla sobre el terreno áspero. Docenas de personas corrieron tras ellos, gritándole que se detuviera. El jinete finalmente detuvo a su caballo, desenredó su cuerda y se marchó dejando a Milka inconsciente en un montón.

Mientras tanto, decenas de personas fueron arrestadas y golpeadas por pistoleros. Varios de nosotros corrimos hacia Milka y tratamos de revivirla. Lentamente recuperó la conciencia, gritando de dolor. Era evidente que su brazo fláccido se había roto, y sin duda sufrió heridas internas también. Mientras la policía continuaba deteniendo a otros iniciamos lo más suavemente que pudimos el camino de vuelta por donde habíamos llegado.

El retiro masivo comenzó. Treinta o cuarenta de los nuestros fueron arrestados y decenas resultaron heridos. Llevamos a nuestros heridos lentamente las cuatro o cinco millas que había hasta nuestros autos. Yo ayudé a cargar a la valiente pelirroja parte del camino, mirándola a los ojos mientras los abría de vez en cuando en una muda agonía. Dios, esperaba que ella no muriera. Sabía que ya estaba locamente enamorado de ella.

Llevamos a nuestros heridos a los hospitales más cercanos, y nuestra larga columna procedía ahora con la solemnidad de un cortejo fúnebre. Milka tenía un brazo y cuatro costillas rotos. Pero al día siguiente, ella estaba en buenas condiciones para ser arrestada en el hospital.



Los eventos en la mina "Ideal" tuvieron sus repercusiones. Recibimos noticias del norte de que A. S. Embree se dirigía a Walsenburg inmediatamente con una caravana de quinientos mineros. Se organizaron grandes caravanas de socorro en Los Ángeles, San Francisco, Chicago y el Noroeste. Por cada wobbly arrestado, dos más aparecieron en Colorado.

El cierre de la *Mina Ideal* ahora se convirtió en una cruzada sagrada para nosotros. Un par de días después, una caravana dos veces más grande que la que había conducido Milka sitió la mina, y esta vez sacamos a todos los esquiroles.

Presionado por Rockefeller y los otros dueños de las minas, el gobernador ahora reorganizó a un grupo de desesperados expulsados de la existencia por la legislatura solo unos meses antes: los "Colorado Rangers". Varios de ellos habían estado entre los brutales asesinos de Ludlow. Ahora, los aviones de la

Guardia Nacional comenzaron a descender amenazadoramente sobre los mítimes de los trabajadores. Sin embargo, parecía obvio que ganaríamos: no podían encarcelar a diez mil mineros y otras ocho o diez mil esposas e hijos. Tal vez John D. Rockefeller Jr. era tan implacable porque simplemente no podía creer que una organización como el IWW pudiera vencerlo.

Cuanto más crecía nuestro éxito, más viciosamente se defendían los propietarios. Nuestros prisioneros fueron trasladados de cárcel en cárcel en medio del frío para evitar que nuestros abogados los liberasen por procedimiento de hábeas corpus. Nuestro principal publicista, Byron Kitto, fue encarcelado por piquete. El gobernador, finalmente obligado a admitir que el IWW realmente representaba a los mineros, nos instó a solicitar a la Comisión Industrial una reunión con los propietarios; cuando diez de nuestros delegados llegaron para discutir la propuesta, todos fueron arrestados y recluidos en régimen de incomunicación.

[El *hábeas corpus* es una institución jurídica que obliga a que a toda persona detenida se la presente en un plazo preventivo determinado ante el juez de instrucción que podría ordenar la libertad del detenido si no encontrara motivo suficiente para el arresto]

Justo cuando estábamos teniendo más éxito en los campos del sur, un número creciente de costras comenzó a trabajar nuevamente en la gran mina Columbine cerca de Boulder. Había una configuración rara allí. La oficina de Correos oficial de los Estados Unidos estaba detrás de alambre de púas, en propiedad de la Compañía. Sin duda, fue por esta razón que al creciente ejército de piquetes wobbly se le permitía ingresar a la propiedad de la Compañía. Hubo marchas animadas de cientos de piquetes todas las mañanas ahora en un clima bajo cero, cantando canciones wobbly y tocando una banda del IWW. Aparecieron más guardias armados y los aviones de la Guardia Nacional comenzaron a picar sobre los huelguistas.

El 20 de noviembre llegó un contingente de los Rangers recién reconstituidos, armados con ametralladoras. Esa tarde, los huelguistas los vieron practicar el tiro cerca, matando a dos caballos y varios perros y gatos. Fueron escuchados borrachos toda la noche, jactándose de que iban a matar a los huelguistas.

A la mañana siguiente, el 21, la columna de marcha de wobblies apareció como de costumbre, pero esta vez la puerta estaba cerrada. Los guardias lanzaron burlas y amenazas a los huelguistas. Fueron lanzadas bombas de gas y algunos de los huelguistas, exigiendo su derecho a ir a la oficina de Correos, fueron aplastados contra el suelo. Dos mineros fueron disparados fuera de la puerta y la multitud se dispersó en todas direcciones, algunos retirándose, otros empujando hacia el complejo. Las ametralladoras abrieron fuego. Pronto, cinco mineros yacían muertos en el suelo y veinte o treinta más fueron heridos. Los hombres armados se negaron a permitir que los huelguistas se llevaran a sus muertos y heridos.

Mose y yo estábamos en el sindicato en Lafayette cuando llegaron las noticias. Saltamos a nuestro automóvil y, junto con otros vehículos, nos dirigimos a la escena de la tragedia. Era un desastre sangriento. Cuando llegamos, los pistoleros finalmente permitieron que los huelguistas recogieran a sus muertos y heridos. Cuerpos silenciosos y gemidos sobre el suelo helado. Recogimos cautelosamente la vida y los llevamos a nuestros autos, luego los llevamos a los hospitales más cercanos.

Pasamos el día yendo y viniendo del campo de matanza a los hospitales, atendiendo a los heridos y sus familias. Todos estábamos en estado de shock. El gobernador proclamó la ley marcial y envió una unidad de la Guardia Nacional de quinientos soldados con tanques, caballería y artillería.

Las repercusiones fueron inmediatas. Hubo protestas a nivel nacional. La IWW exigió la destitución del gobernador. Los mineros que seguían trabajando en las áreas de esquiroles más grandes del sur ahora pararon también. Otras minas de renombre hicieron lo mismo, y ahora casi todos los doce mil mineros de carbón del estado estaban en huelga. En el sur, sorprendentemente, algunos de los hombres armados soltaron sus armas y comenzaron a asistir a las reuniones del IWW.

El jurado de un forense blanqueó los asesinatos y encontró a sus perpetradores inocentes, aunque no se encontró ningún arma de ningún tipo, ni siquiera un solo cuchillo de bolsillo, en los manifestantes. Esta indignación aumentó la determinación de los huelguistas. Grandes recaudadores de fondos en todo el país apresuraron la ayuda. Tom Connors, el brillante ex jefe abogado defensor del IWW de California, salió de Los Ángeles para Denver y Big Jim Thompson se dirigió al Oeste desde Chicago. La mayoría de los propietarios de minas ahora aceptaron el arbitraje de la disputa, pero los mineros enfurecidos se atuvieron a sus demandas originales.

Comenzó la triste procesión de los funerales. El 23 de noviembre, más de tres mil personas marcharon a la tumba del compañero de trabajo John Eastenes. Un cuarteto de mineros cantó "Some Day They Will Understand" (Algún día comprenderán) y otro compañero de trabajo leyó algunas palabras de Helen Keller del libro de canciones del IWW. Al día siguiente, cuatro mil asistieron a los servicios de Nick Stanudakis y cantaron "The Workers Funeral Hymn" (Himno funeral de los trabajadores).

El funeral más memorable fue el de Mike Vidovitch, al que asistieron seis mil personas. Vidovitch había sido el primer ciudadano de Colorado en alistarse en el ejército en la Primera Guerra Mundial, y pensé en Wesley Everest con su uniforme del ejército defendiendo la sala wobbly en Centralia, proclamando: "¡Luché por la democracia en Francia y voy a luchar por ella aquí! Esta ceremonia no tuvo precedentes, fue la única vez que el IWW y su antiguo enemigo, la Legión Americana, llevaron a cabo un funeral o ceremonia conjunta de cualquier tipo. Los legionarios lanzaron una descarga sobre la tumba del wobbly (¿por qué hacían eso para las personas que ya habían oido demasiadas balas?) Y luego tocaron "Silencio" (Taps). Las altas notas persistentes sonaban a través de los montículos de nieve con una belleza agonizante.

A medida que avanzaba diciembre, la opinión pública comenzó a inclinarse cada vez más hacia el lado de los huelguistas. Pero a pesar de ello, algunos de los propietarios lucharon desesperadamente, y todavía hubo arrestos y esporádicos arrebatos de violencia. El líder de la huelga, AS Embree, estaba en la cárcel ahora, y Tom Connors, liberado solo unos meses antes, después de años en San Quintín, se hizo cargo de la huelga.

Nuestra huelga se mantuvo casi sólida y nuestros espíritus elevados. El gran Jim Thompson "voz plateada", mantuvo las filas en nuestras reuniones diarias, junto con docenas de otros oradores. Llegaron cada vez más caravanas de apoyo. Los estudiantes de la Escuela de Teología de Iliff en Denver recorrieron el área de la huelga, instando a los propietarios a cumplir con nuestros términos, y el obispo católico Henry Tihen de Denver habló al lado de los trabajadores. Varias caravanas de estudiantes de la Universidad de Denver llegaron y hablaron en nuestros mítines.

Byron Kitto, trasladado de cárcel en cárcel sin siquiera un abrigo, contrajo neumonía por el frío. Recuperándose, se fue a mediados de diciembre a California para dirigir una gira de recaudación de fondos allí. AS Embree y Milka Sablich, también liberados recientemente, se dirigieron

a una extensa gira por el Medio Oeste y el Este, donde aparecieron con Edwin Markham, autor de "El hombre de la azada"

La Comisión Industrial de Colorado, convencida por fin de que la IWW tenía el derecho y el mandato de representar a los trabajadores, comenzó las audiencias para tratar de resolver la huelga. La batería de abogados de los propietarios de minas no pudieron presentar un solo testigo minero para reforzar su caso. La evidencia de condiciones terribles y peligrosas y el fraude fue abrumadora contra los propietarios. El inspector estatal de minas dio un testimonio devastador contra las compañías. Tom Connors y el abogado ciego del IWW Raymond Henderson discutieron brillantemente por los mineros. Pero a pesar de nuestro progreso en las audiencias, la violencia continuó en el Sur. Se allanaron más salas del IWW, y los huelguistas fueron golpeados y encarcelados.

El 12 de enero se produjo otra indignación. Durante un mitin del IWW en Walsenburg, la policía estatal disparó con ametralladoras a la multitud, matando al huelguista Clement Chávez y a un niño de catorce años llamado Celestino Martínez, e hiriendo a muchos otros. Pareció ser un último intento desesperado de interrumpir el proceso pacífico de la audiencia de la Comisión Industrial. Esta vez la evidencia estuvo abrumadoramente del lado de los huelguistas. Una investigación encontró a los soldados culpables de un ataque no provocado.

Mose y yo fuimos a los funerales del compañero de trabajo Chávez un par de días después. Se cantó su canción favorita, "Solidarity Forever", y un sacerdote católico pronunció la oración fúnebre en español. El presidente Emilio Coolidge estaba allí, llorando, parado a mi lado. "El padre le dio a los capitalistas el infierno", me dijo un precoz muchacho mexicano-estadounidense.

En Frederick, en la zona de huelga del norte, dos estudiantes fueron expulsados porque se negaron a sentarse en clase junto a uno de los niños de un esquirol. En protesta, alrededor de doscientos de los estudiantes se declararon en huelga, haciendo piquetes en la escuela y marchando dos millas para sacar a los estudiantes de otra escuela. Como resultado de todo esto, se formaron los Junior Wobblies, con cuotas de diez centavos por mes. En un momento se habían establecido cinco locales, cada uno con cincuenta o doscientos miembros.



Junior Wobblies Local Nº 1

Al entrar en febrero, nuestras filas eran más fuertes que nunca. En la sesión final de las audiencias de la Comisión Industrial en Denver, el Sindicato de la Compañía Rockefeller se presentó como una farsa y un instrumento para mantener a los mineros en servicio. El 15 de febrero, un tribunal de distrito federal calificó a los Rangers de Colorado como "proscritos" y declaró ilegales los arrestos que efectuaron.

Unos días más tarde, los propietarios acordaron conceder a los huelguistas las demandas de un aumento de un dólar por día en salarios, control de peso, comités de fosos y la mayoría de las demás demandas. El 19 de febrero el noventa por ciento de los huelguistas votaron por aceptar el acuerdo.

La gran huelga de carbón de Colorado estaba por terminar.

Pero no del todo. Irónicamente, ahora que incluso la Comisión Industrial de Colorado quería que los propietarios aceptaran al IWW como el agente de negociación de los mineros, surgió un conflicto entre los wobblies sobre la cuestión de si aceptar o no un contrato escrito. La opinión tradicional a través de los años había sido que la IWW no firmaría ningún acuerdo que limitara nuestro derecho a la lucha. La facción generalmente más revolucionaria de la IWW, los EP se habían sentido más convencidos de esto que los centralistas: "No hay tregua en la guerra de clases". Pero ahora, paradójicamente, fue el organizador de la huelga, Embree, de la facción centralista, quien insistió en la

pureza revolucionaria, mientras que Tom Connors, del PE, favoreció la *realpolitik* de firmar un acuerdo que mantendría a los mineros en el IWW y garantizaría cierta estabilidad en la organización del trabajo.

Fue un dilema agonizante. Mose, yo y muchos otros wobblies nos sentamos después de la huelga argumentando que los trabajadores subían por un lado de los pasillos wobbly y bajaban por el otro. Si a los miles de nuevos miembros no les importara lo suficiente el IWW para pagar sus cuotas voluntariamente, ¿qué tipo de revolucionarios serían? Por otro lado, si estuvieran vinculados a la IWW por un contrato escrito, al menos estarían en contacto continuo con la organización y recibirían sus publicaciones, y tal vez hubiera más posibilidades de efectuar una educación revolucionaria para las futuras luchas.

Finalmente llegué a estar de acuerdo con Tom Connors. Pero a pesar de lo convincentes que fueron sus argumentos, Embree todavía tenía un número mayor de seguidores y sus opiniones tradicionales prevalecieron. Fue la última gran oportunidad para que el IWW se convirtiera en un sindicato de funcionamiento estable.

Había sido la huelga más exitosa en la historia de Colorado. Pero a pesar de todos nuestros esfuerzos, el IWW desapareció de nuevo. En unos pocos meses, todos menos unos pocos cientos de incondicionales wobbly habían dejado de pagar las cuotas. Josephine Roche, probablemente la propietaria más humana de las minas, obtuvo un gran préstamo para su problemática Rocky Mountain Fuel Company de parte de United Mine Workers y permitió que el sindicato organizara a sus trabajadores. Bajo condiciones sindicales más humanas, su compañía se volvió más eficiente que el CF&I de Rockefeller y comenzó a vender más. A principios de los años treinta, prácticamente todos los mineros del carbón de Colorado estaban en el United Mine Workers. Pero pronto el volumen de la minería del carbón comenzó a disminuir debido a las incursiones del petróleo y el gas natural.

Milka Sablich ingresó a la Universidad del Trabajo de la Gente en Duluth.

La neumonía de Byron Kitto se convirtió en tuberculosis y murió un par de años más tarde a los treinta de edad en Los Ángeles.

Mose y yo pusimos en marcha su viejo coche y comenzamos el largo viaje de regreso a California.

XXXV. UN PAR DE ZAPATILLAS PARA EL SANTO

Cuando regresé a LA, me encantó descubrir que mi viejo amigo y mentor Mortimer Downing estaba en la ciudad, trabajando en un nuevo EP. Quería conocer todos los detalles de la huelga de Colorado, y nos sentamos toda la noche en un pequeño restaurante en South Spring Street mientras se lo contaba. Parecía mayor y estaba desanimado por la continua división en la organización, pero estaba lejos de estar listo para tirar la toalla.

Ambas facciones habían mostrado signos de un aumento de la actividad últimamente, y los miembros de los grupos opuestos incluso habían trabajado en algunas cosas juntos. Como de costumbre, uno de los mayores problemas fueron las finanzas, tanto para la organización como para la defensa de los prisioneros de la lucha de clases. Downing me convenció de ir a trabajar para recaudar fondos para los prisioneros de Centralia, que aún languidecían en sus apestosas celdas en Walla Walla. Organizó unos compromisos de charla para mí y recaudé unos cientos de dólares. Entonces, un día me dijo, para mi sorpresa, que Charlie Chaplin había aceptado verme en su estudio en Hollywood. A pesar de ser un conocido radical, Mortimer había trabajado como escritor en los grandes diarios de Los Ángeles y tenía muchos contactos.

Tomé el tranvía a Hollywood, lleno de sentimientos contradictorios de entusiasmo y contemplación con respecto a la industria del cine con sus millonarios y su falso brillo. Pero con la reputación de Chaplin como radical, ciertamente no podía ser culpado por la inhumanidad de los jefes de estudio. Me sorprendió que, ya que él siendo comunista, estuviera dispuesto a ayudar al IWW. Tal vez, como muchas personas, estaba confundido acerca de la distinción y desconocía las amargas batallas entre los dos grupos. No debes esperar que un gran actor sea un experto en todo. O tal vez —quien sabe— que fuera un secreto “tambaleante”. Ciertamente encajaba con sus papeles de vagabundo.

El guardia del estudio me estaba esperando. Cuando me pidió alguna identificación, le mostré mi carnet rojo. Parpadeó, pero me dejó entrar. Me dirigieron a una cafetería a media manzana de distancia. Chaplin, me dijeron, llegaría allí en breve. Caminé por la calle del estudio, tratando de no mostrar

demasiado mi entusiasmo. Reconocí un par de caras que había visto en la pantalla. Algunas de las personas que pasé tenían caras amistosas y honestas, y otras parecían tan falsas como un billete de tres dólares.

Entré en la gran cafetería animada y miré alrededor del océano de caras. ¿Y si no pudiera reconocer a Chaplin? Pensé. Él obviamente no estaría usando su traje de vagabundo. ¿O lo haría? Tomé una taza de café y fui a una mesa vacía. La gente estaba charlando a una milla por minuto a mi alrededor. Entonces con el próximo movimiento de cabeza vi a un grupo entrar en la habitación. Uno de ellos pareció deslizarse en lugar de caminar, hacia el mostrador, yendo por delante de los demás. Miró a su alrededor, como si me buscara. Luego ordenando algo en el mostrador, él y un compañero se sentaron en una mesa en una esquina de la gran sala.

Temblando un poco, me acerqué a ellos. Me sorprendió lo diferente que Chaplin se veía fuera de la pantalla. Se veía perfectamente serio, realista y amigable, sin el menor indicio de su imagen de celuloide. Se disparó como un cohete cuando me acerqué a él. "Usted debe ser el compañero de trabajo Murphy!" dijo, agarrando mi mano con gusto y presentándome a su amigo.

Me invitaron a sentarme y Chaplin inmediatamente quiso saber sobre el estado de los prisioneros de Centralia. Les informé y les di algo de literatura. Chaplin la estudió ávidamente.

"¡Vamos, Joe!" Dijo de repente, levantándose de la mesa. "¡Vamos a sacudir a algunas de estas ricas primadonnas!" Y deslizándose una nota, me llevó a un recorrido por el estudio.

Estuve con el gran genio del cómic durante aproximadamente una hora. Para mi vergüenza, siguió presentándose como un "héroe del movimiento obrero". Me presentó a directores, productores, dos o tres actores famosos, camarógrafos y escritores. Cada uno de ellos fue aportando. Cuando terminamos, había recogido unos quinientos dólares. Tartamudeé mi gratitud a Chaplin y él estrechó mi mano cálidamente en la despedida. "Cuando tengas tiempo, compañero de trabajo, vuelve y organiza los estudios", dijo. "Te ayudare."

"Lo tendré en cuenta", dije, y le agradecí nuevamente.

Una semana después, más o menos, Mortimer Downing me preguntó si me gustaría acompañarlo mientras él visitaba a Upton Sinclair en Pasadena. Naturalmente, aproveché la oportunidad.

Los Sinclair vivían en una casa hermosa pero sin pretensiones en un área llena de árboles y flores. Sinclair era tranquilo y amistoso, y en ocasiones un entusiasmo juvenil se rompía a través de su actitud generalmente seria. Quería saber todo sobre mi vida y mis aventuras en la IWW. Después de que lo satisface, sintiéndome halagado por su interés, me sorprendió diciéndome que le gustaría escribir un libro basado en mi vida, y me pidió que regresara en unas pocas semanas para informarle de más detalles. Pero nunca volví a verlo.

Durante los siguientes meses viajé por la Costa Oeste, organizando y recaudando fondos para la defensa de Centralia, deteniéndome aquí y allí para trabajar durante unos días para pagar mi camino. A finales de 1928, en Frisco, me topé con un "tambaleante" trabajador de la construcción que había conocido llamado John Graham. Estaba trabajando en un equipo de manejo de pilotes que estaba construyendo un muelle en Redwood City y me dijo que podían usar una mano extra. Así que fui a trabajar allí con el equipo de manejo de pilotes.

Un domingo, cuando Graham y yo estábamos sentados en la sala wobbly en Frisco, escuché mencionar el nombre *del Santo*. De repente fui todo oídos. En la avalancha de acontecimientos casi había olvidado que existía. "Pobre, viejo y rígido", oí decir a uno de los compañeros de trabajo. "Es una pena que muchos de los chicos no salgan a visitarlo".

"¿Dónde está?" exigí.

"En un hospital del condado, aquí en Frisco", fue la respuesta.

De repente, mi sangre se sintió como electricidad en mis venas. ¡Aquí; mi persona favorita de toda la historia estaba aquí en San Francisco y ni siquiera lo sabía!

John Graham parecía tan emocionado como yo, y decidimos faltar al trabajo al día siguiente, incluso a riesgo de ser despedidos, y visitar a nuestro héroe. Pero nuestros espíritus se hundieron un poco cuando nos dijeron en qué mal estado estaba *el Santo*, muriéndose lentamente por las complicaciones de la bronquitis que había contraído cuando tenía veinte años mientras rescataba a los trabajadores de una mina llena de humo.

Intentamos decidir qué llevar a St. John, y finalmente nos decidimos por algunos libros y revistas y una caja de dulces. A la mañana siguiente nos dirigimos al hospital. Los hospitales siempre me habían deprimido, aunque la mayoría de las enfermeras parecían provenir de algunas especies distintas,

varias muescas por encima de las mías. Era un edificio grande y maloliente con la sensación de la muerte. Pero todos los que nos dirigíamos hacia *el Santo* obteníamos una suave sonrisa en los labios cuando mencionábamos su nombre. Tal vez tenía el lugar organizado, pensé con ilusión.

Finalmente fuimos introducidos en la habitación que compartía con otros. No había duda de quién era *el Santo*. Los ojos en la cara pálida que descansaba sobre la almohada tenían un brillo que parecían llenar toda la habitación. Al mirar esos ojos, sentí que estaba mirando toda la historia. *El Santo* vio inmediatamente nuestras insignias IWW en las solapas y una sonrisa iluminó su rostro. "¡Vengan a sentarse, compañeros de trabajo!" dijo con voz débil y ronca, levantándose con dificultad en la cama. Aunque solo tenía cincuenta y ocho años, era obvio que estaba en muy malas condiciones.

Nos presentamos y presentamos nuestros regalos, y él parecía casi al borde de las lágrimas en su gratitud. Con su voz ronca que le hacía tan difícil hablar, nos pidió las últimas noticias de la organización y lo informamos lo mejor que pudimos.

"No os preocupéis por los números", nos dijo de manera entrecortada. "Jerusalem Slim comenzó con solo una docena y uno de ellos resultó ser un traidor. Es el principio lo que cuenta".

Nos quedamos con él alrededor de una hora. Nos dolió ver la dificultad que tenía para hablar, y no queríamos que se esforzara demasiado. Cuando nos preparamos para partir, él tomó nuestras dos manos y, de nuevo, sus ojos parecían estar cerca de las lágrimas. "Prometedme algo chicos", dijo. "Que trataréis de juntar los dos lados".

Prometimos y cumplimos nuestra promesa. Dejándolo allí, sentí que de alguna manera mi vida estaba por fin completa.

[La facción EP, se disolvió y reintegró al resto del IWW a comienzo de los años treinta. Una acción de Murphy en pro de la fusión, más adelante en la historia]

Una semana después, descubrimos que *el Santo* ni siquiera tenía un par de zapatillas y tenía que caminar descalzo por el frío pasillo del hospital, así que le compramos un par. Y fuimos a visitarle una vez a la semana durante los próximos meses que estuvimos cerca de San Francisco.

Unos meses más tarde la depresión golpeó. Los millonarios se lanzaron desde los rascacielos en lugar de enfrentar el horror del trabajo honesto o el estigma de la pobreza que ellos mismos habían creado. Todos dijeron que se debía a la ampliación de márgenes en el mercado de valores. Pero los wobblies sabíamos que era culpa de todo el podrido sistema capitalista irracional, que con la creciente automatización había dejado a millones de personas sin trabajo, cuando la solución obvia era acortar las horas para que todos pudieran trabajar y beneficiarse de la tecnología moderna y poder mejorar la capacidad de compra para mantener la economía en marcha.

El trabajo de manejo de pilotes terminó y los trabajos de la construcción cayeron en picado. La IWW organizó un sindicato de desempleados y comencé a viajar organizando y dando discursos con un compañero de trabajo que se hacía llamar Unemployed Clark. Estábamos tratando de conseguir comida, ropa y refugio para los pobres, y educarlos para que no atacaran a los huelguistas. Y formamos equipos que iban por ahí ayudando a la gente a reconstruir sus habilidades.

En 1930 yo estaba sentado con otro "tembloroso" en un pequeño restaurante en Yakima, Washington, cuando una camarera nos dijo que nuestro abogado del IWW, Elmer Smith, había muerto. Las lágrimas acudieron a mis ojos y tuve que levantarme e irme. Pensaba que solo tenía treinta y pocos años o como mucho cuarenta. Una úlcera lo había atrapado, sin duda debido a sus incansables esfuerzos por liberar a los prisioneros de Centralia. Recordé la noche en que me había dado su única manta en la cárcel de Centralia.

Mi compañero wobbly y yo llegamos inmediatamente a los patios del ferrocarril y tomamos el primer mercancías a Centralia. Había alrededor de quinientas personas en el funeral. Nunca conocí a un hombre mejor que Elmer Smith. Él, por su parte, merecía ser llamado algo mejor que "abogado". Era un compañero de trabajo.

El verano de 1930 me encontró de nuevo en Los Ángeles. Hubo un par de pequeñas reuniones entre los centralistas y los miembros del EP para intentar unir a las dos partes. Recordé mi promesa al *Santo* y quise hacer todo lo posible por ayudar. Un miembro del grupo centralista, CE Setzer y yo fuimos coautores de una apelación a la unidad que apareció en el documento del PE, *The New Unionist*:

2 MEMBERS PLEAD FOR UNITY TO BOTH FACTIONS OF I.W.W.

We, the undersigned members, attended the Los Angeles, Calif., General Membership meeting of the two factions of the I.W.W. on February 8, and wish to state our reasons for supporting the proposed merger plan as adopted by the members present at that meeting.

Considering the question from various angles together with what confronts both factions now, as well as what has transpired in the past six years, we find the following facts, which speak for themselves:

In 1924 the I.W.W. had approximately 30,000 members and was acknowledged as the vanguard of Revolutionary Labor activity in the United States. Today finds both factions with a combined membership of less than 3,000. In terms of simple arithmetic the organization has decreased at the rate of almost 5,000 per year. This decline in membership has been due almost wholly to the existence of two organizations with the same name and statement of fundamental principles as embodied in the I.W.W. Preamble.

To us the loss of this membership during the past six years is the important and vital matter to be considered and not the factional disputes and personal prejudices. It is obvious to anyone that if the same percentage of loss continues, the I.W.W. is doomed to an untimely end, just when the need of the working class for industrial unionism is greatest.

Referring to the proposals submitted by the joint meeting of Los Angeles, we believe that the plan complies with the idea of rank and file rule, which is accepted and practiced in both factions. If anyone can offer a plan whereby we can

merge and have continuous solidarity in our ranks, without having to face the predominant factor of rank and file rule, we would appreciate the presentation of that plan. It is our opinion that any plan that does not recognize the rank and file rule is not feasible and cannot hope to accomplish the desired unity of the two factions.

On the one side we find those who maintain that a minority seceded and have no rights to consideration. On the other side we find some who maintain that they are right regardless of the majority. Both are wrong attitudes for reasons stated in previous paragraphs. Above all this is the fact that nothing can be accomplished by a continued division of the I.W.W.

In conclusion we wish to ask, who built the I.W.W.? Was it these small groups within the ranks of both factions today or those tens of thousands who made history, that are now not members? Who has rights? Is it the minority of both factions who are stifling industrial unionism by refusing to face the vital facts because of petty prejudices, or is it the working class that has all the rights and all the needs for the benefit of a fighting economic organization. Shall the last chapter of the I.W.W. be the story of its death due to factional disputes, or shall we reunite the two factions and make greater progress towards the emancipation of the working class?

The future of the I.W.W. is up to the membership. Shall we go forward facing the common enemy or shall we sink into ignoble oblivion?

Joe A. Murphy, X138,594, E.P.
C. E. Setzer, X13,068, Four Trey

Dos miembros abogan por la unidad de ambas facciones del IWW

Quería quedarme en Los Ángeles e intentar hacer más para promover el esfuerzo de reconciliación. Pero los tiempos eran difíciles y necesitaba trabajo. Y cuando me topé con un hoosier que estaba reclutando hombres

para hacer trabajos de construcción en Kingman, Arizona, me despedí de los compañeros de trabajo, tomé mi hatillo y me dirigí al este hacia el desierto.

XXXVI. LA PRESA BOULDER

Debía ser la represa más grande y más alta de la historia, la estructura más grande jamás construida, excepto la gran pirámide de Keops. El IWW, en uno de sus *agitadores silenciosos* (pegatina), se anunciaba como "La cosa más grande de la Tierra". Parecía como un destino manifiesto que ambos entraran en contacto.

La depresión se profundizaba. Desesperados trabajadores desempleados sin hogar y sus familias se podían ver ahora por todas partes. Cuando el trabajo en Kingman, Arizona, se desvaneció, otro wobbly llamado Dirty Shirt Huey y yo nos sentamos para decidir qué hacer. Con el verano, en el desierto hacía un calor como si fueran las bisagras del infierno. Habíamos estado leyendo en los periódicos wobbly sobre la lucha en el nuevo trabajo de la presa Boulder cerca de Las Vegas, así que decidimos dirigirnos hacia Las Vegas y ver si podíamos echar una mano. Parecía la mejor oportunidad en mucho tiempo que la IWW tendría para hacer una reaparición y unir a las dos facciones.

La ruta directa de ochenta millas a Las Vegas era poco más que un camino de burros en aquellos días, pero decidimos tomar algunas bolsas de agua, y comida para atravesar el desierto a pie. Me daba un poco de miedo, pero siempre me había gustado probar algo diferente. Y encendió mi espíritu caído el dirigirme una vez más a una gran cruzada "temblorosa".

Sobrepasamos el cactus y el mezquite. Pronto quedamos fuera de la vista de todos los signos de civilización, solos con nosotros mismos y la inmensidad de la naturaleza.

Atravesamos el ardiente sol, el sudor corría por nuestras caras. A mediodía, el desierto parecía una enorme plancha: se podía freír un huevo en una roca. Las serpientes de cascabel se abanicaban mutuamente con sus colas para tratar de mantenerse frescas. Incluso por la noche, nunca enfriaba mucho, y Dirty Shirt y yo nos echábamos a dormir en calzoncillos, preguntándonos si un escorpión o una serpiente nos atacaría mientras pernoctábamos. La caminata nos llevó cuatro días.

Nunca olvidaré mi primera visión de Las Vegas cuando la observamos desde las colinas del este. Mirábamos la puesta del sol hacia el oeste. Parecía que alguien había tomado una enorme naranja y la había aplastado contra la tierra, con su jugo corriendo a lo largo de todo el horizonte. No hay nada tan hermoso como una puesta de sol en el desierto. Y a medida que nos acercábamos, las luces brillantes de la ciudad empezaron a parpadear como si mil luciérnagas cobraran vida. El claro aire del desierto hacía que cada una brillara como un diamante.

Cogimos un autocar los últimos kilómetros de carretera hasta la ciudad. Era una población de solo cuatro o cinco mil habitantes en aquellos días, en el 31, pero había una vivacidad salvaje en el Oeste desde el momento en que salimos de la artemisa. Coches llenos de personas que charlaban, trabajadores, turistas y gente de la ciudad, corrían de aquí para allá. Las calles estaban llenas de peatones, algunos bien vestidos, algunos con ropa de trabajo, otros con harapos. El mismo aire parecía sobrecargado de energía.

Nuestro conductor nos dejó en la calle principal y comenzamos a caminar hacia el centro de la ciudad. Primero nos detuvimos por una hamburguesa en un restaurante. Luego llegamos a un lugar donde pudimos bañarnos, afeitarnos y guardar nuestro equipo. Luego, sintiéndonos refrescados incluso en el calor empalagoso de la noche, nos dispusimos a explorar el centro de la ciudad.

Era un extraño circo de euforia y desesperación. Llegamos al primer casino y echamos un vistazo. Los juegos de azar se habían legalizado en Nevada unos meses antes. Sólo diez o doce casinos se habían abierto hasta ahora, pero estaban abarrotados de sudorosa humanidad. Nos abrimos paso a través de la multitud empujando. Todo tipo de personas estaban presentes: trabajadores, turistas bien vestidos, divorciados o casados recientemente o en el futuro, proxenetas, putas, carteristas, tiburones de bienes raíces, mafiosos, contrabandistas, falsificadores de documentos, desplumados, borrachos, optimistas, y desesperados.

Como un tonto, puse uno de mis últimos dólares en el número siete (por mi cumpleaños, el 7 de noviembre) en una mesa de ruleta, y perdí. Ahora sabía por qué algunas personas llaman ya a los de la ciudad "salarios perdidos" por lo que había muchas más razones para organizarlos. Nos abrimos paso por delante de las mesas de blackjack, los juegos de póker, el chuckaluck, el keno y volvimos a la noche vaporosa.

Doblamos una esquina y comenzamos a pasar una serie de puertas y ventanas abiertas donde se sentaban mujeres con poca ropa. Un par de ellas nos llamaron en voz baja y sentí que mi sangre se agitaba, pero sabía que podría necesitar las pocas monedas que me quedaban para comer. Continuamos por las calles iluminadas con luces de neón, observando un club o un casino tras otro.

Finalmente llegamos al depósito del Union Pacific al final de la calle principal. Aquí la vida tomaba un aspecto diferente. Cientos de hombres mal vestidos se sentaban o yacían tendidos en el pasto. Rara vez había visto una escena tan triste. Con los millones que se quedaron sin trabajo a causa de la depresión, miles de personas habían acudido a Las Vegas en busca de trabajo: en furgonetas, vehículos, a caballo o a pie como nosotros.

Nos acercamos a un par de tiesos con rollos de cama que estaban sentados en el borde de la hierba fumando un solo cigarrillo casero por turnos. Nos invitaron a unirnos a ellos.

"¿Cuál es la situación laboral?" pregunté.

"Demonios, llevamos esperando aquí tres semanas y aún no hemos encontrado un trabajo", dijo uno. "Los veteranos tienen la primera opción en la presa, ya sabes. Algunos de estos muchachos llevan esperando aquí dos o tres meses. Pero la única oportunidad de trabajo es cuando algún tieso tiene que ser retirado al hospital o al cementerio".

Dirty Shirt tenía algo de Bull Durham, así que hizo un par de cigarrillos y se los dio a los chicos. Todos eran "hobos" que habían estado por todo el Oeste trabajando en varios proyectos de construcción. Conocían las cosas cuando se trataba de la situación local, y poco a poco nos iban informando de cosas.

[Bull Durham, Toros de Durham, es un famoso equipo de béisbol]

La represa estaba siendo construida por el gobierno federal. Era un trabajo tan grande que ninguna empresa de construcción era lo suficientemente poderosa como para manejarlo. Así que algunas de las empresas más grandes del país se habían combinado: Henry Kaiser, Bechtel, Utah Construction y otras tres. Se llamaban las Seis Compañías.

Hubo una pequeña confusión sobre el nombre del proyecto. Originalmente, se había planeado construir la represa en Boulder Canyon, en el río Colorado, a unas treinta y cinco millas al sureste de Las Vegas. Pero entonces la Oficina de Reclamación había decidido que había una mejor ubicación en el cercano Cañón Negro. Pero habían mantenido el inapropiado nombre de "Presa Boulder". Para hacer las cosas más confusas, cuando el Secretario del Interior llegó unos meses antes para la gran ceremonia de lanzamiento del proyecto, cambió su nombre a "Presa Hoover". Pero la mayoría de la gente todavía lo llamaba Boulder Dam, especialmente aquellos que no eran fanáticos del gran patrocinador de la mayor depresión de la historia.

Para agregar a los dudosos comienzos, el presidente Hoover hizo un desastroso cambio de planes de último minuto. El plan original tenía tres disposiciones principales: que se diera preferencia a los veteranos; que no se contratase a "mongoles" (inmigrantes asiáticos); y que pasasen seis meses construyendo una "ciudad modelo" para albergar a los trabajadores en Boulder City, a siete millas del sitio, antes de que comenzase el trabajo en la represa.

Pero para dar trabajo a tres o cuatro mil hombres de los millones sin empleo, Hoover había decidido comenzar el trabajo de inmediato en medio del calor abrasador del verano, sin un lugar para vivir la mayoría de los trabajadores, con el fin de obtener un poco de publicidad barata para sus esfuerzos por ayudar a los desempleados. Como resultado, incluso muchos de los que tenían empleos en la presa vivían en chozas, carpas, carros o dondequiera que pudieran arrojar un camastro, sin el beneficio de saneamiento, instalaciones de baño, luces eléctricas o cualquiera de las otras comodidades de la llamada civilización. Era el verano más caluroso de la historia, y cada vez hacía más calor.

Fue uno de los peores lugares de trabajo de la historia. El gobierno había cargado a los Seis Grandes con una penalización diaria por cada día en que la finalización de la represa se retrasara más allá de cierta fecha. Como resultado, los jefes conducían como maníacos a los esclavos. Un capataz había despedido a un trabajador por quitarse los guantes para limpiarse el sudor de la frente. Había una semana laboral de siete días con dos días al año libres: Navidad y el cuatro de julio. La paga era de alrededor de cinco dólares al día para la mayoría de los trabajadores comunes. Y las violaciones de las normas de seguridad de Nevada y Arizona ya eran notorias, con una muerte cada tres días y cientos de lesionados.

Dimos las gracias a los dos compañeros y comenzamos a circular entre los otros hombres desafortunados y mujeres y niños tendidos en el césped. En todas partes escuchamos historias de aflicción: personas que habían perdido empleos, casas, automóviles, negocios y granjas, personas que habían visto pasar hambre a sus hijos, personas que habían recorrido cientos e incluso miles de millas en busca de trabajo, solo para terminar suplicando por comida y viendo destrozadas sus esperanzas.

A las diez en punto seguía habiendo más de 40,5 °C. Algunas personas tenían periódicos extendidos sobre ellos (mantas de California, las llamaban), pero la mayoría permanecía sofocada e insomne sin un trozo de cobertura. Dirty Shirt y yo finalmente encontramos un rincón desocupado y nos dejamos caer. Después de la larga caminata a través de las montañas y el desierto, estaba completamente cansado. Comencé a quitarme los zapatos para aliviar mis ampollas en los pies.

"Oh no, no te quites las patadas, amigo", me dijo un tieso cercano. "Te los habrán robado al amanecer, tan seguro como que las ranas aman las moscas".

Así que mi primera noche en Las Vegas dormí con los zapatos puestos.

Nos despertamos a la mañana siguiente por el rugido de un tren que golpeaba los patios. Pudimos ver cómo saltaban varios tiesos con hatillos, y registraron incredulidad y consternación cuando vieron a los cientos de personas que estaban acampando. Poco después del amanecer, ya estábamos a 35 grados, y la bola de fuego que se elevaba a través de las montañas hacia el Este parecía que nos iba a convertir en cenizas. Dirty Shirt y yo nos levantamos, nos cepillamos y salimos en busca de un restaurante barato.

Cuando terminamos de desayunar ya estábamos a 42° C. Jesús, pensé: ¿cómo se espera que los hombres realicen trabajos físicos duros todo el día aquí? Dijeron que los panaderos locales no necesitaban hornos, simplemente dejaban su masa al sol. Si bebías alcohol, nos dijeron algunos hobos, tenías que tomar tu bebida rápidamente antes de que hirviera. Si estabas al aire libre y ponías un cubito de hielo en un vaso, éste se rompía, eso era realmente cierto.

Deambulamos por la calle en busca de algunos de nuestros compañeros de trabajo, el sudor goteaba en nuestras caras. No pasó mucho tiempo antes de encontrarnos con una cara familiar: era CE Setzer, el Centralista con el que había colaborado en el llamamiento de unidad para el *Nuevo Sindicalista*. Estaba de pie repartiendo papeles wobbly frente a uno de

los establecimientos. Nos sonreímos el uno al otro y nos dimos un pequeño abrazo. Le presenté a Dirty Shirt. Hicimos una pequeña zambullida para tomar un café y él nos informó sobre la situación.

Setzer estaba lleno de optimismo. Había entre dos y trescientos wobs en el área, dijo, y la mayoría de ellos había logrado obtener algún tipo de trabajo en la presa. Los centralistas y los EP'ers parecían llevarse muy bien allí. El organizador principal era un tipo llamado Frank Anderson, de unos treinta años, pero todos parecían tener confianza en él. Se había colocado como conductor de camión en la represa.

Al principio, la mayoría de los wobs tenían problemas para ser contratados debido a la preferencia por los veteranos, dijo Setzer. Pero habían escrito a los locales del IWW de todo el país para obtener documentos de baja de los miembros que habían estado en el servicio, y un experto wobbly llamado Ryan había hecho el resto. Los hombres en la represa estaban cada vez más insatisfechos. Cuando tengamos algunos más registrados, estaremos listos para tirar del pasador.

Terminamos nuestro café y Setzer dijo que en poco tiempo algunos de ellos saldrían a entregar la literatura Wob en la represa y podríamos seguir adelante. Mientras tanto, Dirty Shirt y yo lo ayudamos a vender periódicos a lo largo de la calle principal.

Poco antes del mediodía, caminamos hacia una casita monótona cerca del borde de la ciudad. Entrar al lugar era como un gran regreso a la casa wobbly. En una mirada reconocí a media docena de buenos amigos de luchas anteriores a través de los años y todos nos estrechamos la mano con entusiasmo. Estaban Ryan, el falsificador, Frenchie Moreau el minero de roca dura, Joe Jarvis el marinero, y mi compañero John Graham, el obrero de la construcción, que se había unido a mí para visitar al *Santo*. Nos sentamos y tuvimos una reunión entusiasta mientras el sudor salía de nosotros a cubos.

"Joe, este trabajo debería ser una sopa de pato", sonrió Graham. "El *Santo* organizó Goldfield a solo un par de cientos de millas al norte de aquí en 1907 y 1908, y mucha gente local todavía recuerda eso. Podemos contar con mucho apoyo local".

"Sí, y mucha falta de apoyo de los toros y de todos esos veteranos y legionarios en la presa y todos esos posibles esquiroles en la estación Union Pacific", dijo alguien más.

"Bueno, ¿cómo podemos ayudar Dirty Shirt y yo?" pregunté.

"Solo ayudadnos a sacar la literatura y a afiliar miembros por el momento", dijo Graham. "Mientras tanto, el compañero de trabajo Ryan puede arreglaros algunos papeles para que podáis intentar subir a la represa".

Alrededor de la una, todos nos amontonamos en dos viejos cacharros y nos dirigimos a la presa. Todo se veía diferente a la luz del día. Un viento tórrido soplaba por la ciudad y la mayoría de las personas estaban en el interior. A medida que nos acercábamos a las afueras de la ciudad, pasamos por unos cuantos campamentos llenos de automóviles y remolques descompuestos. Más allá de éstos había unas pocas chozas y casuchas de papel de alquitrán, y más allá el abrasador desierto abierto. John Graham, sentado a mi lado en el asiento trasero, me dijo que la carretera en la que estábamos se llamaba "La creadora de viudas", por la cantidad de accidentes que involucraban a trabajadores de la presa cuando iban a los casinos y prostíbulos de Las Vegas.

Después de diez o quince millas, llegamos a un par de barrios marginales llamados Texas Acres y Oklahoma City. No eran nada más que chozas de cartón y chapas, con algunas tiendas de campaña irregulares y personas que vivían fuera de los cacharros averiados. Nos detuvimos y distribuimos periódicos y folletos wobbly. Hombres y mujeres con ojos vacíos y niños que miraban desde adentro de las carpas y debajo de los carros donde se habían refugiado del sol. Unos pocos mostraron un leve interés, pero la mayoría parecía demasiado hambrienta o apática para expresar alguna reacción.

Volvimos a nuestras furgonetas y bajamos hacia el río. Cuanto más nos alejábamos, más desolado se volvía el terreno. Aquí, en el tórrido calor, no vivía nada más que unos pocos árboles de Joshua y un poco de artemisa, cactus y matorrales. Cuanto más nos acercábamos al río, más calor hacía. Incluso las serpientes de cascabel evitaban esta parte del país, dijo alguien. Ahora los vientos calientes comenzaron a soplar álcali y polvo de yeso a través de la carretera y sentí que empezaba a ahogarme.

Salimos de la carretera principal a la izquierda y recorrimos un camino difícil a través de lo que se llamaba Hemenway Wash. Era como bajar a un horno húmedo. Yo había sudado en los campos de trigo del Medio Oeste y me había sofocado en las salas de máquinas de los barcos, pero aquello era solo el purgatorio; esto era el infierno. El calor era un enemigo implacable del que no había escapatoria. ¿Por qué los wobblies siempre elegían los lugares más

difíciles para organizar? Me preguntaba por qué nadie más lo hacía. Porque nadie más era lo suficientemente duro como para hacerlo.

"Yo no tenía miedo de morir", el "tambaleante" que había en mí se rompía en mis pensamientos. "Después de esto, el infierno parecerá un paraíso".

Finalmente llegamos a Hell's Hole, o Ragtown, como se llamaba más comúnmente, un enclave de varios cientos de personas desesperadas en las orillas del Colorado. Más allá, en las colinas blanqueadas por el sol, se encontraban las quebradas del Cañón Bootleg. Hacia el este fluía el poderoso Colorado, un torrente color café de remolinos y corrientes traicioneras: "demasiado espeso para beber y demasiado delgado para arar".

En comparación, Ragtown, Texas Acres y Oklahoma City habían sido como Park Avenue. Esto era el fondo de un pozo. La única vegetación eran unos pocos árboles de tamarisco en la orilla del río. De vuelta entre la ardiente arena y las rocas, había docenas de tiendas de campaña desaliñadas y rasgadas. Niños con aspecto de estar medio muertos de hambre asomaban debajo de los coches y por las puertas de chabolas de papel alquitranado. Abajo, a la orilla del río, unas pocas mujeres y niños se encontraban con el agua hasta la cintura tratando de mantenerse frescos. Unas cuantas carros viejos estaban estacionados en el agua para que los radios de las ruedas de madera no se rompieran en el camino hacia Las Vegas. A un lado, en la escasa sombra de un árbol de tamarisco, cuatro hombres se sentaban a jugar a las cartas en una mesa destortalada, con los pies en una única tina de agua para mantenerse frescos. Al borde del río había una pequeña tienda y un bote amarrado. Aguas abajo se alzaban los escarpados muros de Black Canyon, cerrando la vista del río cuando se precipitaba en una curva y descendía hacia el lugar de la presa.

A un lado del campamento, más allá de las trincheras de cal apagada que se usaban como letrinas, encontramos a algunos hombres sudorosos cavando un hoyo. Cerca se encontraba el cadáver recién sacrificado de un animal grande. John Graham me dijo que en su desesperación algunas personas se habían volcado a cazar burros salvajes en el desierto. Vimos cómo los sudorosos envolvían la carne de burro en sacos húmedos de arpillería, la ponían sobre brasas calientes y luego la cubrían con tierra para vaporizarla hasta el anochecer.

Cuando habíamos repartido toda nuestra literatura, nos despedimos de todos y subimos en los flivvers. Nos dirigimos por el camino irregular hacia lo que se llamaba River Camp, a la vuelta de la curva en el Cabo de Hornos, debajo de

los acantilados del cañón. Llegamos en breve a unos pocos barracones de madera en bruto de dos pisos que se alzaban precariamente en una pendiente pronunciada sobre el río, bajo el sol abrasador. La única vegetación era unos pocos arbustos de creosota marchitos. Este era el hogar de unos cuatrocientos trabajadores solteros, los únicos barrios construidos hasta ahora por las Seis Compañías hasta que finalizase la Ciudad de Boulder. John Graham me dijo que teníamos varias docenas de miembros viviendo allí.

Aparcamos nuestras furgonetas y miramos a nuestro alrededor mientras esperábamos que el turno de día saliera de servicio. En el interior, las barracas construidas apresuradamente eran como un horno. Los trabajadores yacían en sus literas como hombres en estado de coma, durmiendo de esta manera y, ocasionalmente, eliminando a la extraña especie de pequeños ratones saltarines que se escurrían por sus cuerpos y caras. No había electricidad, ni ventiladores, ni refrigeradores de agua, ni duchas, nada en cuanto a la comodidad. En el exterior, el agua arenosa del río se almacenaba en tanques abiertos para beber, y varios hombres habían muerto de disentería.

Llegaron los hombres del turno de día, cubiertos de sudor y mugre, muchos tan agotados que se tiraron de inmediato en sus literas. Algunos bajaron a lavarse en el río. Intercambiamos algunos guiños encubiertos con los trabajadores agotados cuando repartimos nuestra literatura, pero no hubo conversaciones abiertas en el campamento acerca de la IWW debido a los siempre presentes hechiceros.

Cuando habíamos entregado los últimos documentos del IWW, John Graham decidió llevarnos a mí y a Dirty Shirt a una visita a la presa. Pronto comenzamos a subir a la cima de las paredes de roca escarpada del Cañón Negro, quince mil pies por encima de la cinta marrón rojiza del Colorado, allí abajo. Aquí no había vegetación alguna, solo inmensas losas de roca de lava negra mezcladas con pórfido rojo y púrpura, con la hendidura profunda del cañón cortándola como una inmensa herida.

Nos detuvimos y caminamos tan cerca como nos atrevimos hasta el borde del precipicio. Yo estaba mareado. Muy por debajo, hombres y máquinas diminutas corrían de un lado a otro cerca de la orilla del río en una furiosa actividad. Graham nos señaló dónde se estaban perforando cuatro enormes túneles de desviación a tres cuartos de milla, de cincuenta y seis pies de diámetro, dos a cada lado del río, para llevar el agua alrededor del sitio de la presa mientras la estructura de 727 pies de altura se construyera.

Mientras lo observaba, me sorprendió ver a un gran camión que se encontraba muy por debajo de uno de los túneles desaparecer de la vista. Cuando se completaran los inmensos túneles, se construirían ataúdes de tierra río arriba y río abajo del sitio de la presa para forzar el agua en los túneles y secar el lecho del río para la construcción de la presa.

Lo más sorprendente de todo fue observar a los "escaladores". Eran temerarios armados con palancas que estaban cortando roca suelta y esquistos para que los lados de la presa pudieran anclarse en roca sólida. Eran bajados sobre el borde del cañón con cables largos, sentados precariamente en pequeños asientos de madera que se balanceaban. Al otro lado, del lado de Arizona, se veían como docenas de arañas extrañas enredadas en las profundidades del cañón. Muchos eran antiguos artistas de trapecio de circo o reparadores de rascacielos o campanarios. Mientras observábamos, vimos a un par de ellos realizar acrobacias peligrosas, saltando lejos del muro del cañón y colgando en posiciones precarias. No hubo lesiones menores entre los "escaladores".

Seguimos conduciendo. Finalmente, echamos un breve vistazo a la polvorienta y humeante meseta de Boulder City, a siete millas de distancia, donde los trabajadores se apresuraban a construir cientos de casas baratas y unas pocas viviendas de lujo para los grandes tiros. Luego, después de tomar algo de comida en un lugar llamado Hunger Cure Cafe, nos dirigimos de regreso a la larga y polvorienta carretera hacia Las Vegas.

Esa noche tuvimos una reunión en la casa en ruinas en la que habíamos estado al principio del día. Todavía estábamos a más de 42° C a las siete de la noche y la mayoría de nosotros nos sentábamos sin camisa. En ese momento llegó el organizador principal, un tipo compacto y sin tonterías llamado Frank Anderson. Tenía solo veintiocho años, pero las primeras frases que pronunció me dijeron que era tan creyente en el IWW como cualquiera de nosotros.

Como de costumbre, decidí recostarme y dejar que los demás hablaran la mayor parte del tiempo. Para beneficio de Dirty Shirt y de mí y un par de otros wobs sueltos que acababan de aterrizar en la ciudad, hubo una breve discusión de nuestro enfoque general. Debido a que este era un trabajo del gobierno y debido a todos los veteranos y legionarios empleados, se había decidido restar importancia a los objetivos revolucionarios finales del IWW y concentrarse en las mejoras en el trabajo. Si pudiéramos conseguir algo concreto para los trabajadores, como condiciones de seguridad mejoradas y horarios más cortos

y mejores salarios, entonces podríamos comenzar el proceso de educación revolucionaria.

Anderson habló de manera optimista sobre la afiliación de treinta o cuarenta miembros nuevos en las últimas semanas, y de los nuevos éxitos que habíamos tenido en la organización en los campos del Condado de Harlan, Kentucky. Luego dirigió la reunión a los recién llegados.

"Joe", Anderson se volvió hacia mí con una mirada seria, "tu reputación te ha precedido. El compañero de trabajo Graham y algunos de los otros muchachos me informaron de lo buen orador y organizador que eres. Si te parece bien, me gustaría que dejes de postularte para un trabajo en la represa por un tiempo y nos ayudes a hablar un poco y afiliar trabajadores aquí en la ciudad".

Le dije al grupo que estaba ansioso por ayudar de cualquier manera que pudiera.

La siguiente parte de la reunión se dedicó a los informes de varios miembros que trabajan en la represa sobre el estado actual de las cosas en el trabajo y los posibles enfoques para alinear a ciertos trabajadores, de los cuales se sospechaba que eran exterminadores, y de las quejas que los wobs deberían expresar en varios lugares de trabajo. Todos estuvieron de acuerdo en que la gran mayoría de los trabajadores temían unirse a la IWW ("Idaho Wild Women, Mujeres salvajes de Idaho como nuestros enemigos nos habían etiquetado a nivel local), pero que si la IWW consideraba una huelga por reclamaciones legítimas, la mayoría la apoyaría. La pregunta delicada era cuál de las muchas quejas debía aprovecharse y cuándo atacar.

Después de la reunión, algunos de nosotros nos sentamos alrededor, abanicándonos y charlando. Los compañeros de trabajo parecían más fervorosos con respecto a esta campaña que cualquier otra en la que hubiera estado. Era una propuesta desesperada. Con el IWW casi desaparecido a consecuencia de la ruptura, éramos como los trescientos espartanos que defendían a Grecia contra las hordas invasoras. Con la gran cantidad de atención pública enfocada en el mayor de todos los proyectos de construcción en los tiempos modernos, teníamos la oportunidad de obtener publicidad a nivel nacional y revitalizar nuestra querida IWW. Si perdíamos sería el desastre.

"Esta es la gran prueba, Joe", me dijo John Graham cuando la reunión se disolvió. "Tenemos que ganarla".

Salimos al calor empalagoso. No había escapatoria, incluso de noche. En los últimos días, el promedio máximo fue de 48° C y el promedio mínimo, justo antes del amanecer, 35° C. Un par de nuestros compañeros de trabajo nos llevaron hasta el borde de la ciudad donde cincuenta o sesenta de nuestros miembros habían erigido una serie de cobertizos entre el mezquite y la artemisa. Permanecimos hasta lo que debió haber sido la una o dos de la mañana mirando las estrellas, sin poder dormir, pensando en lo importante que era para nosotros ganar esta lucha crucial, y en las formas en que podríamos hacerlo.

Al día siguiente comencé mi “jabonería”. Primero distribuimos folletos y periódicos wobbly en toda el área cerca del depósito del ferrocarril. Luego, alrededor de las ocho, antes de que el sol ardiente los llevara a todos a buscar refugio me subí a la caja, en realidad una caja de bebidas pirata de contrabando vacía, e hice mi lanzamiento. Sabíamos que la mayoría de los pobres desgraciados que estaban sentados o mintiendo probablemente nunca tendrían la oportunidad de trabajar en la represa. Pero de los pocos que lo hicieran al menos nosotros podríamos pinchar sus conciencias lo suficiente como para que no desaparecieran en caso de una huelga.

[Jabonear es la palabra wobbly utilizada para discursar y agitar en la calle, ya que en las primeras luchas por la libertad de expresión los oradores se subían en cajas de jabón]

Comencé haciendo la pregunta simple: "¿Por qué estáis aquí?" Luego señalé que era porque algo no estaba bien en la sociedad. Conté cómo el IWW estaba tratando de conseguir empleos decentes y un salario digno para todos los trabajadores, y di algunos ejemplos de dónde y cómo lo habíamos hecho. Di algunos datos y cifras sobre las muertes y lesiones en la represa. Hice un llamamiento a los presentes para que fueran hombres y no esclavos. Tragando saliva, les conté el orgullo de llevar un carnet IWW y que a veces valía la pena perder una comida para ello.

Cuando terminé, veinticinco o treinta hombres se habían acercado para escuchar. De esos, cuatro o cinco se quedaron para hablar después de que terminé mi discurso. Uno quería unirse. Fue un progreso.

Seguimos esperando el momento adecuado para atacar. Ahora mis esfuerzos estaban divididos entre hablar, vender periódicos y solicitar contribuciones de hombres de negocios y otros. Unos pocos recordaron al *Santo* y a Goldfield y dieron generosamente, principalmente comida y ropa. Ahora también estaba ayudando a preparar comidas en nuestra jungla de artemisa cerca del borde de la ciudad.

Junio se derritió en julio. Estaba conociendo a mucha gente. Un día, sintiéndome dispuesto, decidí golpear a algunas de las madamas en la fila de la prostitución para obtener contribuciones. Para mi sorpresa, un par de ellas, y algunas de las putas también, contribuyeron con unos shekels muy necesarios. Algunas de ellas parecían chicas muy buenas, víctimas del sistema, como los pobres hobos que dormían en el jardín del juzgado y en la estación de ferrocarril.

Un par de veces, mientras me dirigía a la caja de jabón o recogía el correo, vi a una puta que llevaban a lo largo de la calle en una canasta, con las piernas colgando a un lado, de camino al cementerio. Parecía que al menos una vez a la semana una se suicidaba, generalmente por una sobredosis de pastillas para dormir. La tasa de suicidio de las prostitutas era casi la misma que la tasa de mortalidad en la represa.

Una vez, cuando pasaba frente a un burdel, la señora estaba en la entrada con lágrimas corriendo por sus mejillas, lamentaba el hecho de que ningún predicador, sacerdote o rabino dijera unas palabras en el cementerio a las prostitutas muertas. Ella me preguntó si no podía hacer nada.

Fui al sacerdote local. Le dije: "¿Por qué no sales, hijo de puta, y dices unas palabras sobre las tumbas de las putas?"

Él dijo: "¿Por qué debería yo? Son la trampa del mundo".

Y entonces comencé a salir a decir unas palabras sobre las tumbas de las putas. Y recitaba un pequeño poema que comenzaba: "En los prostíbulos no crecen alas de ángel..."

Las prostitutas estaban muy agradecidas, y podría haber tenido un viaje gratis cuando quisiera. Pero no necesitábamos a las putas porque estaban las divorciadas. A veces nos reuníamos con ellas en los cafés y clubes. Y algunas de ellas prácticamente te pagarían por llevarlas nadando contigo. Así que hubo algunos buenos momentos a pesar del calor y la pobreza y la difícil lucha que tuvimos que soportar.

XXXVII. UNA ALEGRÍA TRANQUILA

El calor aumentó, increíblemente convirtiéndose en pesadilla. Y con ello los accidentes y las muertes. Fue el julio más caluroso de la historia reciente. Docenas colapsaron debido a la postración por el calor, pero los médicos de las Compañías atribuían todas las muertes a neumonía para que no se culpase a las seis empresas. En el caso de muertes certificadas relacionadas con el trabajo, los trabajadores inmediatamente arrastraban los cadáveres hacia el lado de Arizona del río, porque los pagos de compensación de ese Estado eran más altos que en Nevada. A medida que aumentaban el calor y los accidentes y las muertes, aumentaba el descontento de los trabajadores. Sabíamos que algo tenía que suceder pronto.

El 10 de julio alrededor de las nueve de la noche yo estaba en el depósito del ferrocarril cuando el jabonero Dirty Shirt llegó corriendo con la noticia de que Frank Anderson había sido detenido. Frank había estado vendiendo periódicos en la calle principal frente al Club Boulder, uno de los primeros casinos. Un alguacil adjunto llamado Eddie Johnson, quien se encontraba en la penumbra como un portero en el club, lo había arrestado bajo la acusación de "vagancia", solo por vender el periódico del IWW. Lo habían llevado a la cárcel. Dirty Shirt había visto todo el asunto.

Nos apresuramos a la cárcel. Llevábamos meses vendiendo los periódicos wobbly. ¿Por qué habían elegido este momento en particular para reprimirnos? Me preguntaba.

Llegamos a la pequeña cárcel. Diez o quince wobs estaban ya allí. En un momento dado, vislumbré brevemente a Frank, atascado en la pequeña celda con una docena de personas. Intercambiamos saludos apretados. Entonces una puerta se cerró de golpe y mi vista se cortó. Un par de mis compañeros de trabajo se involucraron en una seria discusión con el carcelero, pero después de unos minutos se hizo evidente que era inútil. La *Declaración de Derechos* se suspendió y Anderson se había quedado a dormir y eso fue todo.

Tuvimos una reunión de emergencia en la destortalada casa cerca del borde de la ciudad. Primero se eligió un comité para ganar la liberación de Anderson y se pusieron en marcha inmediatamente en busca de un abogado. A continuación, dos miembros fueron elegidos para enviar un cable a la sede en Chicago sobre el arresto. Otros fueron elegidos para redactar un folleto sobre la detención para su distribución inmediata. El resto de nosotros debíamos intensificar la agitación oratoria y la venta de periódicos. Era otra vez como en los viejos tiempos.

Apenas dormí esa noche en nuestro sofocante enclave al borde del desierto. Me quedé durante horas mirando las brillantes estrellas, construyendo mi resolución para la lucha que tenía por delante y rezando a mi manera de no creyente para que los wobblies salieran adelante.

Dirty Shirt y yo nos levantamos al amanecer de la mañana siguiente para repartir los nuevos folletos que denunciaban el arresto de Anderson. Luego puse mi caja de jabón en la estación de tren, vigilando a los toros. Pude ver de inmediato que había más interés de lo habitual en mi discurso en la multitud abigarrada reunida alrededor. ¿Cuándo aprenderían los plutócratas que los falsos arrestos casi siempre eran contraproducentes para ellos?

Luego, alrededor de las nueve y media, dos wobs llegaron corriendo por la calle para decírnos que había habido dos arrestos más. CE Setzer y un compañero de trabajo llamado Gracey habían sido atrapados por los toros en la oficina de la Western Union justo después de enviar un telegrama a Chicago solicitando fondos de emergencia para la defensa. Nuevamente la acusación fue la vagancia.

Ahora estábamos realmente entusiasmados. Varias docenas de nosotros corrimos a la estación de policía exigiendo la liberación de nuestros miembros. Se decía que el sheriff, un antiguo minero, era un tipo decente, pero el jefe de policía era un verdadero piojo. Se negó a discutir el asunto con nosotros e hizo una declaración pública en la que insinuaba que los wobblies podrían no ser alimentados mientras se encontraban bajo su custodia.

Intensificamos nuestra campaña de propaganda. En menos de una hora, varias docenas de nosotros vendíamos los periódicos wobbly y distribuíamos literatura en los casinos, la estación de tren y en los diversos campamentos y lugares de trabajo cerca de la presa. Alrededor del mediodía recibimos la buena noticia de que un leguleyo local llamado T. Alonso Wells había aceptado representar a nuestros miembros arrestados.

Agregando emoción e insulto a la situación, el *Las Vegas Age* salió con titulares a todo volumen: DESCUBIERTO UN GRUPO IWW EN LA PRESA. Seguía un largo artículo inflamatorio lleno de mentiras que implicaban que el IWW estaba empeñado en causar estragos y cerrar el proyecto por completo. Pero otro artículo, del *Evening Review Journal*, criticó a *Las Vegas Age* por su prosa inflamatoria y restó importancia a cualquier amenaza de la IWW. Emitimos una declaración de que "nuestro objetivo principal no es llamar a una huelga en la presa de Boulder, sino organizarnos para obtener mejores salarios y horarios. Si es necesaria una huelga, los hombres tendrán el poder de la unidad para luchar con ella".

Esa noche, cuando un par de docenas de nosotros estábamos dispersos vendiendo los periódicos frente al Boulder Club y otros cafés y casinos, una pequeña falange de toros se acercaba por la acera. Cogieron al compañero de trabajo más cercano a la entrada del Boulder Club y lo pusieron bajo arresto. Un toro arrancó los periódicos del IWW de sus manos.

"¿Arresto, arresto por qué?" preguntó el compañero de trabajo.

"Vagancia, eso es lo que es".

"Pero tengo dieciocho dólares. Aquí está mi billetera, mira por ti mismo".

"Dígalo al juez", dijo el toro. Y comenzó a conducirlo por la calle.

Otro compañero de trabajo inmediatamente se colocó en su posición cerca de la puerta y comenzó a anunciar nuestros periódicos. Él también fue arrestado. Luego un tercero, y un cuarto y un quinto. Fue como los días de las viejas luchas de libre expresión de nuevo. Sabía que para cuando esta noche hubiera terminado, la llamada atraería a wobblies de todo Estados Unidos para acudir a Las Vegas para llenar las cárceles.

Se marcharon por la calle, cinco valientes wobblies: King, McFarland, Savilonis, Burroughs y Mather. Un par de nuestros miembros los siguieron para ver si podían ayudar, mientras que el resto de nosotros nos lanzamos a la refriega, pregonando nuestros papeles con renovada determinación.

Para nuestra sorpresa, no arrestaron al sexto hombre que ocupó la estación junto a la puerta del Boulder Club, tal vez porque su cárcel pajarrera ya estaba llena más allá de su capacidad.

Toda una multitud se había reunido. Me acerqué a nuestro miembro que vendía los periódicos y comencé a hablar. Primero protesté por la constitucionalidad de los arrestos. Luego comenté sobre el aumento de muertes y accidentes y las condiciones insostenibles en la represa. Luego le dije a la creciente multitud lo que la IWW estaba pidiendo: una jornada de seis horas (u ocho horas de puerta a puerta) para aliviar la miseria por el calor intollerable y proporcionar más empleos; mejor paga y la aplicación de las leyes estatales de seguridad; y mejoras para la vida tales como aire acondicionado, enfriadores de agua, inodoros y comida decente. Para mi sorpresa, me dieron un buen aplauso después de mi perorata apasionada.

Al día siguiente intensificamos nuestra agitación y oratoria y obtuvimos multitudes cada vez más grandes. Más wobblies sueltos comenzaban a acudir desde todas las direcciones. No inscribimos más trabajadores en la presa, pero nuestros ocho compañeros de trabajo todavía languidecían en el horno superpoblado de la cárcel y el sádico jefe de policía no nos dejaba visitarlos ni enviarles comida.

El día 15 Julio aparecieron en los tribunales. El pequeño tribunal estaba atascado. Nuestro abogado, Alonzo Wells, demostró que conocía su oficio. El caso de Frank Anderson se vió primero. El único testigo que la fiscalía pudo presentar fue Eddie Johnson, el alguacil adjunto que hizo arresto por vagancia.

"¿Sabes lo que es la vagancia?" Preguntó Wells.

"Sí". Johnson dijo que significaba falta de fondos.

"¿Tuvo conocimiento de la situación financiera del acusado la noche del arresto?"

"No, no lo hice".

"¿Sabía que el IWW le pagaba al acusado veintiocho dólares al mes?"

"No, no lo sabía".

"¿Alguna vez has leído uno de los periódicos que el acusado estaba vendiendo?"

"No, no lo he hecho".

"¿Por qué, entonces, hiciste el arresto?"

Porque, dijo Johnson, "el adjunto del sheriff Bodell, propietario del Club Boulder, me había dicho que lo hiciera".

Era un caso abierto y cerrado. El juez no tuvo otra alternativa que desestimar el cargo de vagabundeo contra Anderson. Los cargos contra los otros wobblies también fueron retirados.

Fue una victoria emocionante. Obtuvimos una publicidad favorable en todo el país. "Mucho sentimiento excelente entre la gente local había salido a la luz como resultado del asunto", escribió uno de nuestros miembros encarcelados en *Industrial Solidarity*. "Los habitantes de Nevada no habían olvidado la condición de los trabajadores en el inigualable Goldfield que estuvo controlado por el IWW".

Desafortunadamente los toros locales tampoco olvidaron el asunto. La pequeña fuerza policial de Las Vegas redobló sus esfuerzos para acosarnos a nosotros y a los de abajo en general. Una noche nos sacaron fuera de nuestros magros sacos de dormir justo dentro de los límites de la ciudad y nos obligaron a adentrarnos en el desierto abierto. Por unos días fue una lucha tratar de encontrar un lugar para dormir sin molestias, si el calor del desierto te dejara dormir.

Los dueños de las Seis Compañías se hicieron un poco más sofisticados. Sin duda, en respuesta a nuestra victoria en la corte y nuestro número cada vez mayor, instituyeron algunas mejoras a regañadientes: en lugar del agua caliente y arenosa del río Colorado en el campamento del río, se recogió el agua de los pozos artesianos de Las Vegas y se instaló un enfriador de agua; la dinamita almacenada a pocos metros del taller mecánico se alejó a una distancia segura; y la gasolina, que había explotado varias veces y quemado a varios trabajadores, fue prohibida como líquido de limpieza.

Incluso a algunos de los ricos y poderosos les gustaron los wobblies, y a fines de julio, un director de cine que tenía una gran extensión más allá de los límites de la ciudad acordó dejarnos vivir allí a cambio de nuestra excavación de un pozo y una cerca. Entonces, después de eso, tendríamos un lugar legal para dormir y podíamos echar un vistazo a los toros sádicos en Las Vegas.

Lo primero que hicimos fue construir un montón de porches, muchos de ellos apoyados en cactus saguaro gigantes, para protegernos del viento caliente y del sol abrasador. Luego nos turnamos para cavar el pozo y colocar la cerca. Mientras algunos hacían eso, otros recolectaban comida para grandes estofados mulligans o discurreaban y repartían literatura en la ciudad o en la represa. En un momento, adquirimos una heladera de cinco galones, y algunos de nosotros íbamos a la planta de hielo para refrigeradores en los patios de la Union Pacific y conseguíamos hielo para hacer el helado.

Una vez estábamos tan escasos de comida que algunos de nosotros fuimos a una expedición de caza en busca de burros salvajes, y arrastramos a dos de las desafortunadas bestias y las asamos toda la noche en profundos pozos, como lo habían hecho los hombres en el Hell's Hole (Agujero del infierno).

Una noche, mientras caminaba de regreso al rancho después de una temporada de cajas de jabón, una cuadrilla de mascotas armados me asaltó, me lanzó al borde del desierto y me dejó inconsciente. Lo último que oí fue a estos legionarios americanos gritar: "Machácalo, machácalo!"

El calor empeoró, algunos días se alcanzaron 53° C al aire libre y hasta 60° C en los túneles de desviación en la presa. La insatisfacción de los trabajadores continuó creciendo. Un día, cinco trabajadores se derrumbaron por calor y una niña de quince años murió en Ragtown.

Esa noche en nuestra reunión, Anderson dijo que en su opinión era ahora o nunca. La mayoría decidió que dentro de una semana deberíamos tirar del alfiler. Ahora era el momento para que la mayor cantidad posible de nosotros pudiéramos trabajar en la represa, así que estaríamos en la escena para ayudar a sacar a los otros trabajadores.

El compañero de trabajo Ryan me proporcionó documentos de alta del ejército falsificados. Fui a la oficina de empleo de la presa con inquietud, sabiendo que parecía demasiado joven para haber estado en la guerra y que mucha gente me reconocería por mi caja de jabón. Pero el esclavo que estaba detrás del escritorio casi no me miró más allá del pecho y los bíceps, y para mi sorpresa, me dijeron que trabajara el lunes siguiente como desquiciado en los túneles de desviación.

Llegando a la presa un par de días más tarde, tuve sentimientos conflictivos. Yo había visto los cadáveres de los trabajadores que habían muerto allí. Había oído hablar del calor de 65° C en los túneles. Sin embargo, la idea de bajar a esa inmensa rendija en la tierra y trabajar en el proyecto de ingeniería más grande de la historia moderna me emocionó. Y, por supuesto, quería ayudar en la próxima pelea.

Poco después del alba, pasamos junto a los trabajadores que salían del turno de noche, con los rostros mugrientos, desdibujados y agotados. Varias docenas de nosotros entramos en el inmenso túnel. Cincuenta y seis pies de ancho, era lo suficientemente grande como para contener una pequeña casa. Enormes camiones iban y venían dentro del gigantesco pozo, transportando la roca destrozada que había sido dinamitada y sus tubos de escape escupían humos

de monóxido de carbono. Era ilegal que los motores de combustión interna funcionaran dentro de un túnel, pero las autoridades se negaron a hacer cumplir la ley. Miré alrededor a los rostros de los otros trabajadores que entramos más profundamente en la larga abertura irregular, en busca de un rostro que conociera, pero no reconocí ningún compañero wobbly.

Los mineros de nuestro grupo intervinieron para ocupar los lugares de los trabajadores del turno de noche, sin apenas perder un movimiento en el proceso de perforación. Las docenas de taladros largos se adentraban en la roca, haciendo agujeros para la dinamita. Nos pusieron a trabajar de inmediato a los limpiadores, recogiendo los fragmentos de las explosiones anteriores.

El calor solo era suficiente para hacerte sentir que estabas a punto de colapsar. Cada empuje y elevación de la pala enviaba un dolor agonizante a través de mí. Unos capataces ceñudos estaban cerca, casi desafiándonos a que dejáramos de movernos por un segundo. El ruido de los taladros era ensordecedor, como si estuvieran moliendo directamente en mi cerebro. Y los humos de los camiones que continuamente iban y venían parecían ahogarme.

¿Cómo podría algo humano trabajar en tales condiciones? Y sin embargo, estaban a mi alrededor, mis semejantes, seres humanos, ahogándose, tosiendo y paleando por todo lo que valían. El único respiro venía cuando se activaban las cargas de dinamita, y nos retirábamos hacia la boca del túnel. Luego volvíamos a las profundidades antes de que el gas y el polvo pudieran dispersarse. Era una pesadilla.

Pensé que el almuerzo no llegaría nunca. Cuando lo hizo, fue un gran borrón. Estaba tan enfermo mi estómago por los gases que apenas podía comer. Después de atragantarme y casi vomitar durante varios minutos, me volví hacia el hombre que estaba sentado a mi lado contra la pared del túnel.

"¿Cuánto tiempo has estado haciendo esto?" pregunté.

"Casi dos semanas".

"No puedo tomar estos humos", le dije. "¿Cómo lo soportas?"

"Mejor que morir de hambre", dijo.

"¿Alguien murió en este túnel?"

"Uno o dos de un desprendimiento de roca. Tres o cuatro del calor", dijo con naturalidad.

"Si todos nos negáramos a trabajar en estas condiciones, podrían ventilar mejor el túnel", dije.

Él sólo se encogió de hombros.

Volvimos a trabajar. Se puso más caliente. Después de aproximadamente una hora sentí que mis rodillas empezaban a debilitarse. Tuve un ligero dolor de cabeza por el humo desde la primera hora aproximadamente en el trabajo, pero ahora comenzaba a convertirse en fuertes dolores punzantes. Me dolía por todas partes, sentía náuseas y mareos, estaba empezando a tener escalofríos y mi visión se estaba difuminando.

Pero me obligué a seguir trabajando. Teníamos que ganar la huelga inminente. ¿Cómo iba a sacar a cualquiera de los otros trabajadores si no me veía como un tío? Era grande y fuerte, había luchado con hombres incluso más grandes que yo en el ring y, sin embargo, tenía que admitir que estas bestias de trabajo que estaban a mi lado eran aparentemente más fuertes que yo. Tal vez fuera porque tenían un sistema nervioso mejor desarrollado que el que yo tenía; me dije con desesperación, que los humos y el calor me afectaban más porque había más que afectar. Entonces me di cuenta de que uno de los hombres que había estado trabajando con nosotros por la mañana ya no estaba allí.

"¿Qué le pasó a Shorty?" Yo miraba al hombre que trabaja junto a mí a través de mi visión borrosa.

"Tuvo que despedirse. Algunos hombres no pueden hacerlo".

"No veo cómo alguien puede hacerlo. Nos estamos matando", dije. "En mi opinión, todos deberíamos derribar a los capataces y decirles a los jefes que se vayan al infierno hasta que las condiciones sean mejores en este averno".

El hombre a mi lado no dijo nada. Bueno, al menos no fui el único que estaba sufriendo, pensé.

Después de otra hora apenas pude pararme. Mi cabeza se estaba dividiendo y los escalofríos sacudían mi cuerpo en oleadas. De repente, mi visión pareció fallar por completo. Sentí un calambre en mi estómago, me incliné y vomité. Un capataz parecía estar mirándome con desdén. Así que esto era lo que era morir de intoxicación por monóxido de carbono o postración por calor, pensé. Bueno ellos podrían tomar este trabajo y empujarlo. Esto no era trabajo, era suicidio. No sería bueno para el IWW ni para nadie más si cobrara mis fichas aquí en este maldito túnel.

Me volví hacia los hombres a mi lado. "Ustedes son tontos," tosió. "Si continúas con este tipo de suicidio, eres un tonto". Dejé caer mi pala y comencé a tambalearme hacia la entrada. Fue la primera vez en mi vida que yo no había sido capaz de manejar un trabajo, pero yo estaba convencido de que si no salía de ese túnel lleno de gas sería un hombre muerto.

Me tiré justo afuera de la entrada y me quedé sin aliento. Alguien se acercó a mí y me dio un vaso de color marrón sucio de agua del río, y sentí arena en los dientes. Después de unos minutos comencé a sentirme mejor.

Regresé al campamento y conseguí mi equipo, sintiéndome avergonzado pero afortunado de estar vivo. Yo temía volver a la selva tembloroso y tener que explicar lo que había sucedido. Pero después de experimentar las condiciones insostenibles en los túneles, estaba más decidido a organizar el trabajo que nunca.

Los compañeros de trabajo en el campamento esa noche fueron comprensivos y me dijeron que había hecho lo correcto. Uno de ellos había tenido un hermano que había muerto por postración por calor en los túneles. Más tarde nos sentamos a cantar canciones del *Little Red Songbook* y mi espíritu revivió un poco. Así que volví a la caja de jabón y la venta de los periódicos wobbly.

Agosto fue incluso más caluroso que julio. Aún así, cientos de buscadores de empleo desesperados seguían llegando a la ciudad. Los grandes fanfarrones de las Seis Compañías sabían que tenían diez posibles reemplazos para cada trabajador que pudiera morir en un accidente o salir en la huelga. La Depresión significaba más malestar, pero también significaba más esquiroles.

Alrededor de las tres y media del 7 de agosto, tres o cuatro wobs más y yo estábamos en el sitio de la presa entregando literatura cuando llegó el cambio de turno para trabajar en los túneles de desvío. Estábamos en el embarcadero, donde las barcazas esperaban para tomar el turno del día río arriba hacia el cuartel del campamento del río. El sol ardía como mil cañones. Alguien vio de repente un aviso proclamando una reducción salarial: los limpiadores reducían de 5 \$ por día a 4 \$, los trabajadores de cable de 5.60 \$ a 4 \$ y los hombres de freno de 5.60 \$ a 5 \$.

Un rugido de protesta enojada surgió del grupo. Los otros wobblies y yo nos apresuramos a mirar el aviso. Ahora, sí era el momento de atacar.

Afortunadamente todos nosotros éramos wobs experimentados. Mientras los hombres se arremolinaban con mal humor, el viejo wobbly a mi lado, un duro minero de roca dura que había pasado por las obras, saltó sobre una pila y gritó pidiendo silencio. La misma rapidez de su movimiento pareció galvanizar a los hombres que nos rodeaban.

"¡Compañeros trabajadores!" gritó. "¡Mi hermano murió en ese túnel de allí! Todos ustedes ponen sus vidas en sus manos todos los días para enriquecer a los h. p. dueños codiciosos de los Seis Grandes. Es así como muestran su aprecio por nuestro trabajo y sudor; pagando por debajo de lo que los hombres obtienen por trabajos seguros en la ciudad. ¡Vamos a mostrar a los h. p. de que somos hombres, no esclavos!

Surgieron aclamaciones y gritos de aprobación. Entonces unos cuantos hombres más se unieron. Me levanté en un momento y repasé nuestra lista de quejas e insté a los hombres a que esperen a que salga el equipo del turno de día y les pidamos que se unieran a nuestra protesta. Cuando los hombres del turno de día comenzaron a llegar unos minutos más tarde, corrimos hacia ellos con la mala noticia, y estos trabajadores agotados se unieron a la indignación. El primer orador wobbly se levantó de nuevo e instó a ambos grupos de trabajadores a asistir a una reunión en el comedor de River Camp a las cinco en punto para discutir la situación. Mientras tanto, enviamos un auto rápido a Las Vegas para convocar a nuestros organizadores veteranos.

Unos cuatrocientos esclavos descontentos se reunieron en el comedor de River Camp a las cinco. Sentí que el fuego de las viejas luchas "tambaleantes" se reavivaba en mis venas. Ahora teníamos a nuestros mejores oradores allí, incluidos Frank Anderson, John Graham y varios otros. Si alguna vez había visto a un grupo de trabajadores masticando el trozo para golpear, era este. Trabajador tras trabajador, sus rostros llenos de sudor, se levantaron y aullaron sobre las terribles condiciones en la presa. Finalmente, cuando el sentimiento se estaba ejecutando en su nivel más alto, uno de nuestros oradores convocó una votación de huelga. Fue una votación unánime. Una gran ovación de júbilo y determinación surgió de la multitud.

Luego, cuando las cosas se calmaron un poco, uno de nuestros miembros sugirió que eligiéramos un comité para elaborar una lista de demandas para llevar a los seis grandes. Las nominaciones comenzaron. Me di cuenta de que era un momento difícil y crucial para nosotros. Los próximos momentos decidirían si se trataba de un golpe wobbly en toda regla, con toda la

publicidad que obtendría para nuestro movimiento en expansión, o solo un golpe fomentado por wobblies, lo que sería menos impresionante.

Varios de nuestros miembros fueron nominados, junto con el doble de los que no eran wobs. Contuvimos el aliento cuando comenzó la votación. Cuando la votación terminó mi corazón se hundió. Fuimos superados en número en el comité. Pero qué demonios, pensé, siempre habíamos sido las tropas de choque poco apreciadas del movimiento obrero, pero siempre habíamos luchado con todas nuestras fuerzas para ayudar al buey obrero, ¿por qué deberíamos detenernos ahora? Así que no sería una huelga oficial del IWW.

A continuación, se eligió un comité para ir al campamento recién terminado en Boulder City para tratar de sacar a los hombres allí también. Los hombres estaban de muy buen humor cuando salieron de la sala humeante, decididos a mostrarle a los grandes fanáticos de las Seis Compañías que no podían ser ninguneados.

Los hombres de Boulder City respondieron. Se convocó una reunión a las siete en punto en el nuevo comedor, y más de seiscientos trabajadores enojados acudieron para desahogar sus quejas. Nuevamente, orador tras orador, incluidos muchos wobblies, se levantaron y ampollaron a los propietarios con su retórica. Nuevamente votaron abrumadoramente a la huelga. Incluso los mecánicos y carpinteros mejor pagados se unieron. Ahora, casi mil quinientos trabajadores estaban en huelga. Pero nuevamente, cuando se eligió un comité de huelga ampliado, los wobblies estábamos en minoría.

En el júbilo, los trabajadores se comprometieron a permanecer en los campamentos, y sentimos que todavía existía la posibilidad de que pudiéramosemerger como líderes de la huelga. Nos quedamos despiertos toda la noche distribuyendo nuestra literatura a todos los campamentos e instando a los trabajadores individuales a que se unieran a la IWW, y luego nos sentamos exhaustos al borde del río en Ragtown para ver qué nos depararía el día siguiente.

Al día siguiente, el comité había formulado su lista de demandas:

Cancelar el recorte salarial.

Volver a contratar a todos los trabajadores en huelga.

Un puerta a puerta de ocho horas diarias.

Agua fría, pura e inodoros.

Vestuarios en las salidas del túnel.

Un hombre en cada túnel para proporcionar primeros auxilios a los

trabajadores lesionados.

Cumplimiento de todas las leyes de seguridad minera.

Y un par de otras peticiones.

Todos estábamos jubilosos y confiados en el éxito. Seguros de la victoria, muchos trabajadores se fueron a Las Vegas para celebrar y tener su primer día de descanso en semanas o meses. Mientras tanto, nuestro comité presentó su lista de demandas a los Seis Grandes. El capataz principal, "Date prisa" Crowe, respondió que necesitarían veinticuatro horas para dar una respuesta.

El *New York Times* y otros periódicos de todo el país publicaron historias de primera plana sobre la huelga. Entrevistado por teléfono, el capataz Crowe fue citado diciendo que la "protesta" tendría poco efecto, que era "en gran medida el efecto de la agitación del IWW, y que la Compañía estaría encantada de deshacerse de eso".

Debido a que no teníamos una mayoría en el comité de huelga, este organismo emitió un comunicado a la prensa en el sentido de que el paro fue una reacción espontánea ante el recorte salarial y no resultó de la agitación del IWW. Pero estábamos acostumbrados a tales desautorizaciones, que sabíamos que en algunos casos se necesitaban para obtener apoyo público, y prometimos luchar por los trabajadores tan duro como siempre. Además de continuar con nuestra propaganda entre los trabajadores, enviamos comités para solicitar apoyo en Las Vegas y otros lugares, y muchos comerciantes locales comenzaron a contribuir con "paquetes de atención" para los trabajadores en huelga.

Al día siguiente llegó la respuesta de los Seis Grandes. Para sorpresa y consternación de todos, fue un NO pleno. El presidente de las Big Six, William Wattis, anunció sin rodeos: "No discutiremos el asunto con ellos. Tendrán que trabajar bajo nuestras condiciones o no". "Date prisa" Crowe anunció que el proyecto estaba cerrado por completo. La Compañía se negó a hacer concesiones en un solo punto, y ordenó a los trabajadores en huelga que abandonaran la reserva federal donde se encontraban el lugar de la presa y los campamentos.

Para llevar su caso a casa, Crowe se jactó de que las Seis Compañías llevaban seis meses de adelanto "y podemos permitirnos rechazar concesiones". De repente me llamó la atención: Herbert Hoover el ingeniero, había iniciado el proyecto seis meses antes, antes de que estuvieran disponibles la vivienda y el

saneamiento, no tanto para dar trabajo a un puñado de desempleados, con la buena publicidad que lo acompañaba, sino para ayudar a los ingenieros-propietarios a cumplir su plazo.

Nos quedamos impactados, consternados, enojados, incrédulos.

Jubilosos y decididos unas horas antes, muchos de los huelguistas ahora caminaban como perros azotados, con la cabeza colgando tímidamente. Muchos consiguieron sus cheques de pago y se fueron a Las Vegas; Algunos incluso se dirigieron en trenes de carga fuera del área.

Circulaban informes de que se podía llamar a las tropas federales, golpeando el terror en los corazones de algunos de los esclavos con menos cicatrices de batalla. El golpe de repente pareció a punto de desmoronarse. Pero los wobblies y otros miembros del comité de huelga instaron a la mayor cantidad posible de trabajadores a permanecer en los campamentos de la Compañía, señalando que estábamos en una reserva del gobierno de los Estados Unidos y que dependía de la Oficina de Reclamación, no de las Seis Compañías ordenarnos fuera de la zona. Y el gobierno de los Estados Unidos, hasta el momento, se había mantenido neutral.

Alrededor de doscientos hombres, muchos de ellos wobs, decidieron quedarse en el campamento del río y obligar a los dueños. Algunos del resto de nosotros nos unimos a ellos, mientras que otros wobs regresaron a Las Vegas para trabajar en apoyo a la huelga. En el asfixiante River Camp nos sentamos media noche discutiendo qué hacer si llegaban las tropas.

A la mañana siguiente, nuestros vigilantes se precipitaron hacia el sofocante cuartel y anunciaron que se acercaba una caravana de camiones. Corrimos a las ventanas justo a tiempo para ver a decenas de hombres armados que saltaban de los grandes vehículos y rodeaban los cuarteles.

Los hombres armados entraron después de nosotros. Era todo lo que podía hacer para abstenerme de golpear a uno de los matones, pero habría sido suicida resistir. Mientras se apiñaban en el cuartel, Fred Fuglevik, uno de nuestros principales organizadores, gritó: "Manténganse tranquilos, muchachos, recuerden que somos wobblies". Así que nos mordimos los labios, nos tragamos nuestro orgullo y dejamos que los pistoleros nos metieran en los camiones que nos esperaban.

Pero para sorpresa de todos, justo cuando los camiones en los que nos encontrábamos estaban a punto de retirarse, el auto de un mariscal de EE. UU.

Rugió de repente en un remolino de polvo. Un mariscal adjunto saltó y detuvo al primer hombre a la vista. Ordenó a los rompehuelgas que entregaran sus armas, y nos dijo que saliéramos de los camiones. Para nuestra sorpresa y alegría, anunció que los Seis Grandes no tenían autoridad para desalojar a nadie de una reserva federal. La huelga seguía viva.

Ahora fue el turno de los hombres armados de parecer intimidados y avergonzados. Frunciendo el ceño, subieron de mala gana a sus camiones y se alejaron.

Dimos las gracias al diputado mariscal y celebramos nuestra victoria al menos temporal. Por dios, tal vez los gobiernos y las burocracias no siempre fueran tan malos después de todo. Habíamos ganado el caso de Frank Anderson y los otros wobs encarcelados, y ahora esto. Tal vez un poco de justicia y racionalidad comenzaba a filtrarse en la civilización. Para elevar nuestros ánimos, una larga caravana de autos wobbly llegó más tarde desde Las Vegas y nos trajo café, comida y otros suministros.

Para elevar aún más el ánimo, esa noche un grupo de escritores y periodistas, incluido el escritor y crítico de izquierda Edmund Wilson, visitó a los huelguistas. Con una atención tan simpática de alto nivel, comenzamos a sentirnos invencibles nuevamente.

Pero nuestra euforia no iba a durar mucho. Pronto llegó la noticia de que la Oficina de Reclamación había llegado a una decisión: a la mañana siguiente, los funcionarios federales venían a ordenarnos que abandonáramos la reserva.

Nuestros espíritus se desplomaron. El gobierno federal se había comprometido, meses antes, a tratar de mantener niveles salariales decentes, y las Seis Compañías se habían comprometido a hacer lo mismo, y ahora esto. Algunos de nosotros defendimos la resistencia y estábamos dispuestos a morir si era necesario por la causa, pero los no wobblies no eran tan valientes. Un miasma de pesimismo se asentó sobre el sofocante campamento. Y recordé cómo, en algunos de sus primeros escritos, Eugene Debs había especulado que si el gobierno era dueño de todas las industrias bajo el socialismo, podría ser aún más difícil para los trabajadores remediar, a través de la huelga, las injusticias que pudieran surgir.

Incluso el clima parecía estar en connivencia con el melodrama. Un manto de nubes gruesas, casi inauditas en verano, comenzó a oscurecer la luna y las estrellas.

A la mañana siguiente nos sentamos a la espera de nuestro destino. A algunos de nosotros nos pareció la sentencia de muerte de la IWW. Doce años de lucha casi incesante, pensé, para terminar así. Parecía un destino insopportable.

El sofocante aire estaba cargado de humedad y olía a lluvia. Era como si el río subiera y nos envolviera y nos ahogara a todos. Alrededor de las ocho se acercaron los vehículos del gobierno: varios sedanes, algunos camiones y un autobús. Varios oficiales estadounidenses, acompañados por el oficial jefe de la Oficina de Reclamación en la presa, Walker R. Young, entraron en el gran comedor en el que estábamos esperando. Fue un momento humillante. Como si la eterna grandeza de la naturaleza simpatizara con el IWW y nuestra difícil situación, las gotas de lluvia comenzaron a caer, la primera en meses de sol ininterrumpido, justo cuando los hombres del gobierno ingresaron al edificio.

Young era un típico burócrata malhumorado y un apologistas de los hombres de mucho dinero. Se subió a un banco y nos agradeció por la forma ordenada y no violenta en que habíamos conducido la huelga. Luego nos pidió que fuéramos buenos chicos y abandonáramos la reserva, como estaba seguro de que lo haríamos.

En ese mismo instante, como si los dioses estuvieran furiosos, un pequeño derrumbe de rocas aflojadas por la lluvia cayó sobre la empinada ladera justo fuera del edificio y se precipitó hacia el río.

Vimos que era inútil resistir. Pero no podríamos irnos sin alguna protesta. Me levanté y en un lenguaje incierto les dije sin espinas en los bolsillos a Young y los demás que eran peones, proxenetas y títeres de los Seis Grandes. Un número de otros wobblies hicieron lo mismo. Luego, Red Williams, presidente del Comité de huelga, se levantó y afirmó que abandonar la reserva no era el final de la huelga, porque todavía podíamos hacer piquetes en la entrada de la reserva.

La lluvia caía más fuerte ahora. Salimos enojados pero invictos a los camiones. Rara vez me había sentido más abatido. Durante el largo camino hacia Las Vegas, la mayoría de nosotros nos sentamos sin hablar, amamantando nuestros pensamientos privados de desesperación, ira, desafío e incertidumbre.

Conseguimos a tantos trabajadores como pudimos en Las Vegas. Eran un grupo enojado, desesperado. Algunos ya habían echado a perder el dinero que tenían con el alcohol, las prostitutas o el blackjack, y los dolores del hambre

empezaban a dominar su poder de raciocinio, su sentido de la justicia. De los casi mil quinientos que habían salido en huelga, solo entre tres y cuatrocientos parecían interesados en levantar un dedo para continuar la lucha.

De los que seguían estando dispuestos, la mayoría de ellos wobblies, se decidió en un último esfuerzo desesperado por establecer una tienda de campaña para los huelguistas, que se llamaría Camp Stand, una plataforma fuera de la reserva en Boulder Highway, a lo largo de la carretera y esperó que pudiéramos disuadir a los trabajadores de regresar al trabajo hasta que se cumplieran nuestras demandas. Podría funcionar. Si no, perderíamos peleando.

Los Seis Grandes se movieron rápidamente de nuevo tan pronto como lograron que el gobierno nos desalojara. Anunciaron que comenzaban a contratar trabajadores de reemplazo. Pero la Oficina de Empleo debía trasladarse de Las Vegas al límite de la reserva, los agitadores debían ser eliminados, y nadie podría ingresar a la reserva sin un pase del gobierno.

Sin embargo, la huelga no había sido completamente infructuosa. Aunque la escala salarial reducida permanecería en vigencia, la Compañía garantizó no más reducciones durante la duración del proyecto. Prometieron comenzar a instalar luces eléctricas y enfriadores de agua, a instalar vestuarios en las entradas de los túneles e intensificar la finalización de la vivienda en Boulder City. Podríamos tener algo de consuelo al lograr al menos parte de nuestras demandas.

Al día siguiente, comenzaron las contrataciones y los doscientos de nosotros que nos apagábamos a nuestra lucha, tomamos nuestras solitarias estaciones de piquetes, tendidos a lo largo de la carretera que conduce a la reserva. ¿Podríamos mantener viva la huelga? No pasó mucho tiempo antes de que obtuviéramos nuestra respuesta: cientos de trabajadores desesperados corrieron y nos ahogaron con el polvo en su carrera infernal para alimentar sus barrigas. Fue el día más largo y triste de mi vida.

Piqueteamos durante dos días más, pero para entonces ya se había contratado a un grupo completo de trabajadores en la represa. En la desesperación, votamos a favor de "devolver la huelga al trabajo"; en estas circunstancias, una frase hueca y sin sentido.

Poco a poco, no pudiendo ser recontratados, nuestros miembros dejaron de trabajar. Me quedé y trabajé en el rancho wobbly por un tiempo, y ayudé a vender nuestros periódicos, pero todos sabíamos en lo más profundo de

nuestro corazón que se había perdido la causa. Nuestro gran sueño "tembloroso" se estaba tambaleando, quemado por el calor del verano, congelado por los fríos corazones de hombres codiciosos.

En septiembre, el calor comenzó a disminuir un poco, y una tarde, algunos de nosotros nos sentamos alrededor de una fogata en el borde del desierto, John Graham, Neil Logan y un par de personas más. Todos parecíamos mirarnos a los ojos con una mirada interrogadora al mismo tiempo.

"Bueno, va por los tubos, muchachos". Neil dijo lo que todos estábamos pensando. "Adiós IWW".

"Bueno, peleamos una buena batalla, chicos", dijo John Graham. "Somos afortunados. Tuvimos algo de visión. Tratamos de hacer algo. Los otros son sólo lacayos sin sentido o bueyes de trabajo."

"Recuerdo lo que AS Embree dijo a algún periodista cuando estábamos en la cárcel en la huelga del carbón de Colorado," dije: " Vale la pena luchar por la utopía, pero la felicidad del luchador está en la misma lucha"

"Tal vez algún día, dentro de cientos de años, la gente piense que el IWW es el Camelot de los Estados Unidos", dijo John Graham. "Algo verdaderamente democrático y humano".

"Jesús, otro extraordinario filósofo wob" dijo otro "tembloroso".

"No nos emocionemos demasiado", dijo John Graham. "La gente tiene que comer antes de que puedan filosofar. Nosotros los wobs hemos ayudado a la gente a comer"

"Tal vez estábamos demasiado adelantados a nuestro tiempo", dijo otro wobbly. "Tal vez el mundo aún no esté listo para una democracia real".

"Nunca ha habido algo como el IWW", dijo Neil Logan. "Nunca lo habrá otra vez".

Unos días después sentí la extraña necesidad de echar un último vistazo a la presa. Hice un paseo cerca de la puerta de entrada a la reserva, me escabullí por el desierto y caminé un largo trecho hasta la cima del Cañón Negro. Allí estaba; toda extendida debajo de mí, su gran inmensidad, y me quedé sentado durante horas mientras el sol se ponía y las cientos de luces del proyecto se encendían debajo de mí. La presa Boulder: el objeto físico más grande en la historia de Estados Unidos... el vencedor de la idea más grande en la historia de los Estados Unidos.

Mirando hacia abajo a esa inmensa colmena de implacable actividad, repentinamente tuve una sensación abrumadora del flujo incesante de la historia, moviéndome hacia abajo como la cinta del río, a mi alrededor, sin parar, sumergiéndome en su marea interminable, el antiguo Egipto, Grecia, las amargas guerras de clase de Roma, las revoluciones francesa y rusa, las luchas de los wobblies, la lucha interminable de la conciencia humana para darle algún sentido a todo esto, las búsquedas a tientas en la luz y los descensos a la oscuridad, la marejada incesante y el flujo del bien y del mal, la caridad y la codicia, el amor y el odio.

Con la caída de la luz, se me ocurrió un pensamiento repentino y convincente, y decidí escribir uno de mis propios aforismos en uno de los pequeños cuadernos que siempre llevaba conmigo:

La cordura consiste en tratar de hacer aquellas cosas que producen la mayor felicidad en proporción a la infelicidad en toda la conciencia que existe y que existirá.

Es difícil ver morir un sueño. Especialmente cuando es el sueño más hermoso y brillante que jamás haya existido. El IWW podría ser destruido. Pero tarde o temprano otro movimiento tomaría su lugar. Tal vez un movimiento más extremo, incluso tan extremo como el capitalismo, o tal vez ciertos compromisos con la bestia que intentaba devorarnos. Y tal vez después de cientos de años, y un sinfín de luchas y experimentos y nuevas combinaciones, un mundo finalmenteemergería en el que las personas ya no tratasen de tomar ventaja unas a otras, sino que tratasen de ayudarse mutuamente para crear el mayor bien común.

El mundo sobre la gran presa ahora estaba en negrura. ¿Qué sigue? Me preguntaba. Pensé en ese día, hace mucho tiempo, cuando me había recostado en un campamento de madera al norte de Seattle, tratando de planear el futuro de mi vida. Cuando decidí pasar mi vida trabajando en parte para mí y en parte para mejorar el mundo. De conseguir un trabajo estable decente y hacer una organización. Todavía sonaba como un buen plan.

Pensé en San Francisco, la ciudad de mi nacimiento. Hacía fresco allí. Era una ciudad sindical. Tal vez podría agarrarme a algo decente allí, echar raíces, ayudarme a mí mismo y a los demás...

Y pensé en lo afortunado que era haber vivido en los últimos tiempos, en los días de la IWW, haber participado en la lucha por un mundo mejor. Sí, fui uno de los afortunados: no había pasado por mi juventud medio dormido, me

había levantado como un tieso con algo de agallas y cerebro, mi vida había valido la pena. Y yo sabía que a pesar de que la IWW podría morir como organización, sus ideas de una vida buena para todos vivirían en el futuro. Nunca podrían ser aplastadas.

La noche cayó. Me estiré en la oscuridad y apoyé la cabeza en mis brazos. La tierra y el cielo oscuro me envolvieron con sus brazos y me acunaron en el sueño. Y esa noche tuve un sueño. Estaba todo mezclado, pero también tenía un tipo de calidad luminosa. Yo estaba en algún lugar en un prado de alta montaña. Enormes picos se alzaban por todos lados y cabañas de mineros estaban aquí y allá. Me di cuenta de que debía ser Telluride.

De pronto apareció ante mí una cara familiar: era el *Santo*. Mirando a sus ojos me sentí lleno de una alegría tranquila. Recuerdo solo unas pocas palabras de la conversación que tuvimos. Recuerdo que dije "Hola, *Santo*..." y luego él dijo algo y yo dije: "Seguro que mis cuotas están pagadas, las pago con mucha antelación, Vint". Y tuve una lucha para decir las siguientes palabras pero finalmente dije: "¿Recuerdas las veces que te he visitado en el hospital de Frisco, Vint. Bueno yo siempre quise decirte que eres mi "tembloroso" favorito..."

Y entonces, de repente, mi madre y mi padre estaban allí. "Hola, mamá. Hola, papá. Vint, este es mi padre y esta mi madre, la mejor cocinera en todo Missouri". Y luego estuve hablando con mi madre durante un minuto. "Hice todo lo posible por ser bueno, mamá, para tratar de resolverlo todo... Solo porque lo llamemos Jerusalem Slim no significa que no lo respetemos..."

Y luego volví a estar solo con el *Santo*. Y estaba apuntando hacia arriba en el cielo y había un sendero de retroceso que iba y venía de un lado a otro hasta llegar a este agujero enorme en la cima de la montaña que se elevaba sobre nosotros. "¿Dónde?" Dije. "Oh, lo veo ahora, Vint. Así que esa es la Unión de Descontentos allá arriba. Es un camino seguro. Hiciste un buen trabajo organizando allí, Vint. Jesús, esa mina está casi en el cielo". Y él dijo algo y yo dije: "Claro que iré allí contigo, Vint, iría a cualquier parte contigo... Dices que Bill está allí arriba también? Y Gurley y Wesley y Joe y Frank Little y Gene y el padre Hagerty? ¿Dices que todos los compañeros de trabajo están ahí arriba contigo? Lo tenemos totalmente organizado, ¿eh? ¿Dices que es una colonia wobbly utópica allá arriba? La verdadera Comunidad Cooperativa, ¿eh? Por dios sabía que lo conseguiríamos algún día. Vamos a empezar a subir, Vint".

Pero cuando volví la cabeza, el *Santo* se había ido y no podía verlo por ninguna parte. Me pregunté si los platos todavía estaban en el techo de aquella cuchara grasienta en Seattle...

¡SOLIDARIDAD!

DESPUÉS DE TODO

Después de sus años en la IWW, Joseph Murphy se convirtió en una figura importante en el trabajo de la Costa Oeste. Hizo una apuesta por una huelga general en la lucha costera de 1934 que se convirtió en la lucha laboral más dramática y significativa en el Oeste de los Estados Unidos, y luego ganó para su sindicato la primera jornada de seis horas y el primer plan médico financiado por la empresa.



Joe Murphy a los 64 años en el documental *The Wobblies* de 1970

GLOSARIO

AFL—American Federation of Labor

Agitador silencioso — pegatina, mini-cartel

ARU — American Railway Union

Bindle — hatillo, mochila, macuto

Bindlestiff — hatillo de un “rígido” o “tieso” que contiene la ropa de cama

Blind pig — barra ilegal durante la prohibición

Boomer — trabajador de la construcción que viaja de un trabajo a otro

Bull — toro, policía

Carretera de deslizamiento — distrito donde los migrantes se reúnen en una ciudad

Cat — trabajador ocupado en una ocupación específica; gato del sabotaje

Soltar el gato — realizar sabotaje

Sab cat — el gato del sabotaje, el gato negro que simboliza al IWW

Centralistas — La facción, popularmente llamada "Cuatro Treyers", encabezada por los líderes sindicales de trabajadores agrícolas Tom Doyle y Joe Fisher en la convención del IWW de 1924. Favorecían el control centralizado de los sindicatos constituyentes de la IWW.

Dehorn — whisky de contrabando de calidad inferior

Escuadrón dehorn — Escuadrón antialcohol. Equipo “tambaleante” que cerraba los bares durante una huelga

EP — Programa de Emergencia, nombre de la facción encabezada por el líder sindical maderero James Rowan en la Convención de 1924 del IWW.

Favorecieron la descentralización y la autonomía de los sindicatos industriales dentro de la IWW.

EP'er — miembro del EP, o facción descentralista de la IWW.

Flivver — coche

Gandy dancer — persona que mantiene o establece vías férreas

GEB (JEG) — Junta Ejecutiva General

Glom the guts of a rattler — Subirse a un tren de carga

Gunsel — Hombre asaltante

Hobo, 'bo, — vagabundo, trabajador migratorio

Hoosier — Granjero o chicarrón del país; Persona incompetente, aburrida, que finge inocencia o actúa incompetentemente; Natural de Indiana

IWW: Trabajadores industriales del mundo, o "wobblies"

Jerusalem Slim: Jesús de Nazaret, una especie de héroe popular secular entre los wobblies.

Jim Hill's goat - Gran ferrocarril del norte

Jungla - campamento de hobos, usualmente cerca de un cruce de ferrocarril

Kazoo - nalgas, ano

Lizzie, tin — Modelo T o coche barato

Mercado de esclavos — agencia de empleo, especialmente una en la que los reclutadores exigen altas tarifas a los solicitantes de empleo

Muckamuck - persona importante, que probablemente sea alta

Mucker — trabajador que quita los escombros que producen los mineros. Limpiador

OBU — *One Big Union*, un concepto y objetivo del IWW

Piecard — Un funcionario del sindicato que se sienta "en la salsa" o "en el pastel", en lugar de hacer un trabajo real para servir a las bases. Burócrata

Plute – plutócrata, capitalista

Prole — Proletario

Traqueteante - tren de carga

Rockpile - Cárcel

Sab cat — Gato sab, símbolo IWW para sabotaje

Santo, el — Vincent Saint John

Sarna — Rompehuelgas, esquirol

Scissorbill - Un trabajador egoísta, sin conciencia de clase, patán, traidor, lameculos, borrego.

Shyster - Abogado (a menudo utilizado de manera amistosa y no peyorativa cuando los wobblies hablan de sus propios abogados)

Skypilot - Predicador, especialmente uno que exhorta a los trabajadores a sufrir humildemente para ganar "pastel en el cielo cuando mueras"

Smilo joint — Taberna que vende licor pirata.

Speakeasy — Bar ilegal durante la prohibición

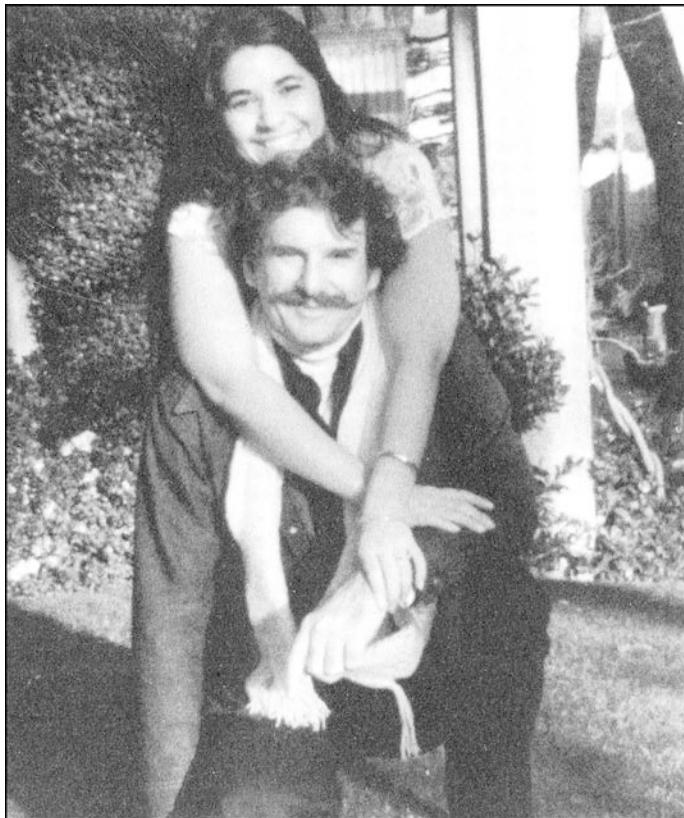
Stiff – Tieso, rígido, trabajador migratorio que lleva su ropa de cama en un hatillo o bindle

Stoolie, stoolpigeon – Informador

Varillas — Varillas debajo de un tren de carga

Tin lizzie — Modelo T o un coche barato

Wob, wobbly — miembro del IWW



LA CANCIÓN DE MI MISMO

Nací en Modesto, California, lo que quizás explique mi aparente modestia. No doy mi fecha de nacimiento, porque estoy buscando una compañera y quiero ser juzgado por cosas más importantes que mi edad. Mis dos casas de la infancia y mi jardín, fueron tomadas por bandas de banqueros que probablemente jamás trabajarían la tierra ni sus hijos morirían de hambre. Cualquier persona que trabaje en una profesión que involucre destrozar los hogares de los niños no puede tener mucho en el cerebro o algo que decir en cuanto a la moral. Viví en ciudades de toda California, donde mi madre trabajaba de camarera.

Me motivaron a hacer mi primera reflexión seria sobre la conveniencia del mejoramiento económico y político a los doce años, después de leer el *Manual del Boy Scout* con su mensaje de ser considerado con los demás. También me di cuenta de la necesidad de un cambio social al leer *Ciudadano Tom Paine* de Howard Fast, y los poemas y ensayos de Percy Shelley. Me di cuenta de la

conexión entre el racismo y el capitalismo a través de las amistades de la escuela secundaria con muchachos mexicano-americanos y chino-americanos que vivían en los barrios pobres. Gané el primer lugar en el concurso de discursos del Club de Leones con un discurso sobre la paz mundial; el concurso de poesía de secundaria con un poema sobre Thomas Paine; y el concurso de ensayos de la escuela secundaria con un ensayo sobre el hogar.

A los dieciséis años leí los poemas de Walt Whitman y comencé a escribir poesía. Decidí pasar mi vida como poeta errante, pero descubrí que hace demasiado frío en los EE. UU. para poder dormir al aire libre.

Después de la secundaria, trabajé por un tiempo con inmigrantes mexicanos que recogían remolacha azucarera cerca de Stockton con una azada de mango corto. Fue un trabajo difícil y mal pagado, y me hizo muy consciente de la falsedad del mito de que los mexicanos son perezosos. Eran las personas más cálidas, amigables y de mayor espíritu que he conocido, y alimentaron mi interés por las cosas mexicanas. Más tarde, trabajé como esclavo asalariado en cuarenta o cincuenta diferentes empleos, tratando de obtener perspectivas diferentes y nuevas sobre el mundo, así que espero poder escribir de manera efectiva sobre aspectos de la vida que otros escritores no cubren, aumentando así la conciencia humana.

Me casé con una enfermera mexicoamericana. Planeamos criar una familia internacional para mostrar que diferentes personas pueden vivir juntas en armonía. Lamentablemente, no teníamos suficiente dedicación o recursos para llevar a cabo eso, pero otras parejas lo han hecho con gran éxito. Tuvimos un matrimonio exitoso durante varios años, en parte porque cada uno tomaba las decisiones en días alternos.

En 1966 fui promotor en Texas de la primera huelga de vendimiadores del Sindicato de Trabajadores Agrícolas de César Chávez. Más tarde, en el sur de Texas, fundé un sindicato llamado la Asociación de Trabajadores Independientes, que luego se afilió a los Trabajadores Agrícolas Unidos de Chávez. Una larga huelga y marcha a Austin resultó en mejores salarios y condiciones para los trabajadores en el sur de Texas. Fui arrestado por varios cargos falsos o exagerados, incluyendo incitar disturbios y amenazar las vidas de los Rangers de Texas.

El mejor argumento que se me ocurre para el sindicalismo es Suecia, que siempre ha tenido uno de los niveles de vida más altos del mundo, con más del 90% de su fuerza laboral sindicalizada. (Sin embargo, lo que realmente necesitamos es un estándar de felicidad, ya que los indicadores económicos

por sí solos no cuentan toda la historia; a menudo las personas con menos bienes materiales viven vidas más felices). El mejor argumento para el sindicalismo o el anarcosindicalismo (una gestión económica por parte de los trabajadores) es la revolución española en 1936, cuando los trabajadores tomaron las granjas y fábricas en Cataluña y las dirigieron de manera más eficiente que los antiguos propietarios capitalistas.

Recibí mi Ph. D. (Doctorado en filosofía) en Reality Studies en 1984 mientras estaba sentado en un nuevo mercedes convertible en un centro comercial cerca de Guerneville, California. Dos mujeres, en instantes separados, salieron de la tienda y me hicieron propuestas. (Desafortunadamente, un porcentaje probablemente incluso más alto de hombres también están atontados por la riqueza y la opulencia). Desde entonces he estado más dedicado al ideal de una sociedad sin clases en la que las personas se liberan de la tiranía del dinero y eligen amigos y amantes por mucho tiempo y por razones más importantes.

Creo que las principales prioridades hoy en día son: prevenir las explosiones nucleares; alimentar a los hambrientos disminuyendo la contaminación y el agotamiento de los recursos de la Tierra; lograr una tasa de natalidad mucho más baja; hogares para todos; democracia industrial; y la democracia cooperativa y participativa (con compasión) en todos los aspectos de la vida. Estamos en una terrible crisis.

He escrito catorce libros. Tengo dos hijas, Tamar y Shelley.

Actualmente soy el coordinador de Homes for All (Casas para todos), una organización cuyo objetivo es terminar con el sistema de propietarios y ver que todas las personas del mundo sean propietarias de una casa o del terreno en la que construirla.